VIDA DE SAN BENITO Y OTRAS HISTORIAS DE SANTOS Y DEMONIOS
DIÁLOGOS

GREGORIO MAGNO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
PEDRO JUAN GALÁN

EDITORIAL TROTTA



Vida de san Benito
y otras historias de santos y demonios
Diálogos

Vida de san Benito
y otras historias de santos y demonios
Diálogos

Gregorio Magno

Introducción, traducción y notas de
Pedro Juan Galán

E D I T O R I A L   T R O T T A

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Religión - Colección de Vidas
Dirigida por Ramón Teja



Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN (edición digital pdf): 978-84-9879-305-5

CONTENIDO

VIDA DE SAN BENITO
Y OTRAS HISTORIAS DE SANTOS Y DEMONIOS
DIÁLOGOS

INTRODUCCIÓN

1. EL AUTOR Y SU ÉPOCA

Gregorio Magno (540-604) vivió en un período extraordinariamente agitado y convulso de la historia de Italia, en la segunda mitad del siglo VI y primeros años del siglo VII, en la frontera de dos épocas: el final del mundo antiguo y el comienzo del mundo medieval. Dicho período estuvo marcado en Italia por la invasión sucesiva de dos pueblos germánicos, los ostrogodos (494-554) y los lombardos (568-774). Así pues, en el transcurso de la vida de Gregorio apenas si hubo un período de unos quince años de paz entre ambas invasiones, el período representado por la reconquista de la Península itálica por el emperador bizantino Justiniano I. Pero, al margen de este breve espacio de tiempo, la presencia de los ostrogodos y los lombardos supuso para Italia una triste sucesión de guerras entre los citados pueblos bárbaros —ambos de confesión arriana— y el católico Imperio romano de Oriente. Dichas guerras de conquista y reconquista trajeron consigo, como es natural, destrucción, pillaje, pobreza, carestía, escasez de alimentos, hambre, sufrimientos, epidemias y muertes.

Pues bien, fue en este turbulento contexto histórico en el que hubo de desarrollarse la vida de Gregorio Magno. El autor nació en Roma, en torno al año 540, en el seno de una antigua y rica familia patricia. Conocemos el nombre de su padre, Gordiano, senador romano, y el de su madre, Silvia. Se trataba de una familia de profunda raigambre católica. De hecho, cuatro de sus miembros, además del propio Gregorio, llegarían a alcanzar el título de santos: su antepasado el papa Félix III, sus tías Társila y Emiliana, vírgenes consagradas a Dios, y su madre, Silvia, dedicada a la vida religiosa tras la muerte de su esposo.

Cinco años antes del nacimiento de Gregorio, en 535, el emperador Justiniano había puesto en marcha la empresa de la *recuperatio imperii*, iniciando la reconquista de Italia contra los reyes ostrogodos radicados en la Península itálica. Las campañas bélicas de Justiniano —llevadas a cabo por sus generales Belisario y Narsés— se habrían de prolongar durante casi veinte años: primero contra Teodato, luego contra Vitiges, Hildibaldo, Erarico, y, muy singularmente, contra Totila (541-552). Las acciones bélicas de este rey ostrogodo coincidieron con la infancia de Gregorio, quien alude a hechos sucedidos en la época de Totila hasta en diez capítulos de sus *Diálogos* (I, 2; II, 14, 15, 31; III, 5, 6, 11, 12, 13, 18). Totila guerreó contra los bizantinos por espacio de once años, llegando a tomar Roma por dos veces (en 546 y en 549). Finalmente, el general Narsés logró derrotarlo en 552. Y un año después venció también a Teya, el último rey del pueblo ostrogodo. De este modo, tras el caos y destrucción ocasionados por veinte años de guerra contra los ostrogodos, el emperador Justiniano pudo ver cumplido al fin su sueño de restablecer en Roma la antigua autoridad imperial.

Contaba, pues, Gregorio con unos catorce años de edad cuando se instauró en Italia la *pax romana* de Justiniano (554-568). Este período de tranquilidad coincidió con la etapa de su formación personal e intelectual, de la que no sabemos apenas nada. Es de suponer que, como los jóvenes de su tiempo, estudiara gramática, retórica y dialéctica o filosofía, así como, tal vez, derecho y jurisprudencia, estudios muy en boga en la época de Justiniano (además de estar imbuido, claro está, de la literatura patrística latina). Poco más se puede decir de la etapa de formación de Gregorio, salvo señalar el dato —según el propio Gregorio revela en algunas de sus cartas— de que nunca llegó a dominar el griego, y ello a pesar de haber residido durante varios años en Constantinopla.

A partir de 568 y hasta la muerte de Gregorio Magno, el Imperio bizantino tuvo que enfrentarse en la Península itálica a la invasión de un segundo pueblo bárbaro: los lombardos. Esta nación saqueó y arrasó con especial fiereza y crueldad diferentes regiones de Italia, como el propio Gregorio describe en varios pasajes de sus *Diálogos* (con singular dramatismo en III, 38). El rey lombardo Alboíno (568-572), en tiempos ya del emperador Justino II, conquistó el norte de Italia y logró llegar hasta las puertas de Roma y Rávena, la capital en esa época del exarcado bizantino en Italia, desbaratando muchas de las conquistas de Justiniano. En estos primeros años de la invasión lombarda, Gregorio, que, tras finalizar sus estudios, había enfocado su vida hacia la función pública, llegó a alcanzar la más alta magistratura de la ciudad de Roma, al ser nombrado *praefectus urbi* por Justino II en el año 573. El futuro papa entraba así en contacto con las funciones administrativas y judiciales, que más tarde habrían de serle sin duda de gran utilidad durante los años de su pontificado.

Entre 574-584 el reino lombardo se desintegra, llegando a dividirse hasta en treinta y cinco ducados independientes e instaurándose un período de anarquía, durante el cual los duques lombardos pelean, por un lado, entre ellos, y, por otro, con el Imperio bizantino (gobernado ahora por Tiberio II), y esquilman de nuevo a la población itálica, provocando miedo, desolación y ruina. Pues bien, es al comienzo de esta década de anarquía, en torno a 574, cuando Gregorio, persuadido por la predicación de dos monjes benedictinos llegados a Roma desde el monasterio de Montecassino fundado por san Benito de Nursia (a quien nuestro autor le dedica todo el libro II de sus *Diálogos*), decide —después de muchas dudas, según revela su correspondencia epistolar— abandonar el mundo y abrazar la disciplina monástica. Con la fortuna heredada de su padre convierte su palacio familiar en el monte Celio, junto al *Clivus Scauri*, en un monasterio benedictino, llamado de San Andrés. Gregorio vive allí como monje durante unos cuatro años. Desde esa fecha tenemos constancia de los problemas de salud que habrían de acompañarle durante toda su vida, aquejado de podagra y de frecuentes dolores estomacales. En todo caso, en adelante Gregorio recordará siempre con gran sentimiento y nostalgia (especialmente en el prólogo de sus *Diálogos*) los felices años vividos en la paz y sosiego del monasterio, alejado de los negocios y las preocupaciones del siglo.

En el año 577 el papa Benedicto I hace salir a Gregorio del monasterio, ordenándolo diácono y poniéndolo al frente de uno de los siete distritos eclesiásticos de Roma. Poco después, en torno a 579, el papa Pelagio II lo nombra *apocrisiario* o nuncio apostólico en Constantinopla. Gregorio acude entonces como embajador pontificio ante la corte bizantina, permaneciendo en la ciudad imperial entre 579-586 (últimos años de Tiberio II y primeros años de Mauricio I). En Constantinopla, hacia el año 583, conoció a san Leandro de Sevilla, quien se había desplazado a la capital del Imperio para pedir ayuda al emperador de Oriente a favor de la causa del visigodo Hermenegildo, rey católico alzado en armas en Hispania contra su padre arriano Leovigildo (579-584). Gregorio pudo conocer así, de primera mano, a través de Leandro de Sevilla, todos los detalles de la rebelión de Hermenegildo, incluido su ajusticiamiento en la cárcel por orden de su padre, tras haberse negado a tomar la comunión de manos de un obispo arriano (585), suceso que será contado luego por nuestro autor en *Diálogos* III, 31. La amistad de Gregorio con Leandro de Sevilla —el gran promotor de la conversión de los visigodos al catolicismo en el concilio III de Toledo de 589— habría de ser a partir de ese momento larga y fructífera.

Por esa época, en Italia el rey lombardo Autario (584-590) consigue poner fin a la década de anarquía de los ducados y unifica de nuevo el reino lombardo bajo su mando, haciéndose fuerte en el norte de Italia y

guerreando duramente contra el emperador Mauricio, quien sólo consigue controlar una pequeña parte de Italia, la del Exarcado de Rávena. Durante el mencionado reinado de Autario, una vez terminada su labor diplomática en Constantinopla, hacia 587, Gregorio vuelve al monasterio de San Andrés en Roma. Pero en esta segunda etapa de su estancia en el monasterio Gregorio participa activamente ya, al mismo tiempo, como colaborador y consejero del papa Pelagio II.

A finales de 589 se producen en Roma fuertes inundaciones del Tíber, acompañadas de una intensa hambruna y de una epidemia de peste al año siguiente. Entre las numerosas víctimas se encuentra el papa Pelagio II, fallecido a principios del año 590. Así las cosas, el 3 de septiembre de ese año, el pueblo, el senado y el clero romano eligen papa a Gregorio por aclamación, siendo ratificado posteriormente por el emperador Mauricio. Se convirtió así, con el nombre de Gregorio I, en el primer monje que lograba llegar al Pontificado.

El papado de Gregorio Magno estuvo inevitablemente marcado por el vacío de autoridad política existente en Roma como consecuencia de la invasión lombarda y la debilidad del Imperio bizantino para hacer frente al invasor de un modo firme y duradero. Esa situación explica que Gregorio tuviera que asumir como Papa, además de las funciones espirituales y pastorales propias del cargo, funciones administrativas y de gobierno civil y político, para atender, por un lado, a las necesidades de la depauperada población de Roma y, por otro, para proteger y defender a esa misma población de los ataques de las hordas lombardas que arrasaban Italia. De este modo, ante la ausencia de ayuda económica imperial, Gregorio, haciendo uso del dinero y los bienes y propiedades de la Iglesia, debe encargarse del aprovisionamiento y reparto del trigo procedente de Sicilia, de la distribución de limosnas a los pobres, del reparto de alimentos en épocas de escasez, del rescate de los prisioneros caídos en manos de los lombardos, de las obras públicas de la ciudad (reparación de acueductos, etc.). Sin duda, su antigua condición de *praefectus urbi* le habría de ser muy útil para gestionar con éxito este tipo de tareas. Por lo demás, el mismo año de la llegada de Gregorio al Papado accedió al trono del pueblo lombardo el rey Agilulfo, quien habría de permanecer en él durante los catorce años del pontificado de Gregorio (y aún mucho después, hasta 616). Agilulfo sitió Roma en 592. Al no poder recibir ayuda del Imperio bizantino, Gregorio tuvo que negociar personalmente con los lombardos un armisticio a cambio de un elevado tributo anual, que sería ratificado al año siguiente por el exarca de Rávena en nombre del emperador. Y en 598 y 603 se vio obligado a negociar de nuevo con los bárbaros. En suma, las circunstancias históricas hicieron de Gregorio Magno un hombre de acción y de gobierno, que, además de atender a su misión pastoral y espiritual, tuvo que emplear-

se a fondo en la administración del poder temporal. De hecho, puede decirse que es a partir de su pontificado cuando se inicia el proceso de autonomía e independencia del Papado con respecto al poder político representado por el Imperio bizantino.

En lo que se refiere a la labor más propiamente eclesiástica de Gregorio, pueden destacarse los siguientes hechos: en 595 se enfrentó al patriarca de Constantinopla, Juan el Ayunador, que pretendía arrogarse el título de «Patriarca ecuménico», en detrimento del primado de Roma. Como reacción y contraposición, Gregorio adoptó el humilde apelativo de «Servidor de los siervos de Dios» (*Servus servorum Dei*), título que en adelante habría de ser ya adoptado por todos los papas. En 596 promovió la evangelización de Inglaterra, enviando a la isla al prior del monasterio de San Andrés de Roma, Agustín de Canterbury, en compañía de cuarenta monjes. Este monje benedictino bautizó en 597 al rey de los anglosajones Ethelberto de Kent y a más de diez mil de sus súbditos, lo que constituyó sin duda el mayor éxito de la acción pastoral de Gregorio. Por otra parte, gracias a sus buenos oficios diplomáticos con la reina Teodolinda, de confesión católica, en 603 el esposo de ésta, el rey lombardo Agilulfo, permitió bautizar por el rito católico a su hijo Adaloaldo, sentando así las bases para la futura conversión de todo el pueblo lombardo al catolicismo. En lo que se refiere al problema de las herejías, Gregorio obtuvo buenos resultados en su lucha contra el rebrote de la herejía donatista en el norte de África, así como en su combate del cisma en el norte de Italia (Milán y Aquilea) provocado por el asunto de los *Tres Capítulos*.

Después de trece años de pontificado (590-604), Gregorio murió en Roma el 12 de marzo de 604, a los sesenta y cuatro años de edad. Fue considerado uno de los cuatro Padres de la Iglesia occidental, junto con Ambrosio de Milán, Jerónimo de Estridón y Agustín de Hipona. A finales del siglo XIII fue declarado doctor de la Iglesia por el papa Bonifacio VIII, alcanzando también el nombre de «Magno» por los méritos de su obra ascética, moral y pastoral.

Como escritor Gregorio Magno cultivó diferentes géneros. Su obra más conocida y famosa, de enorme influencia en la Edad Media, fue la *Regla pastoral*, un tratado moral destinado a la formación de los obispos y el clero secular, en el que se indican las virtudes y cualidades que debe tener el buen pastor, cuál ha de ser su comportamiento y su género de vida, cómo debe enseñar y predicar a los fieles y cómo ha de huir, más que de ninguna otra cosa, del pecado del orgullo. Gregorio destaca también por sus escritos de exégesis bíblica, en los que se ajusta a la hermenéutica habitual cristiana, buscando los típicos tres sentidos en las Sagradas Escrituras: histórico, alegórico y moral. Su obra más importante en este terreno son los *Morales*, un comentario exegético al libro de Job, de

gran repercusión también en la Edad Media, obra en la que prima sobre todo la interpretación moral; en segundo lugar, un *Comentario al Cantar de los Cantares*; y, en tercer lugar, un *Comentario al libro I de los Reyes*, este último de autoría dudosa. Gregorio cultivó, asimismo, el género de la homilía: sermones de naturaleza también exegética, pero dirigidos al pueblo, durante la ceremonia de la misa, escritos en un estilo popular y sencillo. A dicho género pertenecen sus *Cuarenta homilías sobre los Evangelios* (algunos de cuyos relatos milagrosos serán reutilizados en los *Diálogos*) y sus *Veintidós homilías sobre Ezequiel*. Por otro lado, la labor pastoral le llevó a Gregorio a mantener una amplia correspondencia con todas las iglesias del mundo cristiano: Hispania, Francia, Italia, Inglaterra, Armenia, Persia, Arabia, el norte de África y el Imperio bizantino. De tales epístolas, dirigidas a todo tipo de destinatarios y relativas a todo tipo de asuntos, se conserva un *Epistolario* de más de ochocientas cartas. Finalmente, se le atribuyen también a Gregorio dos obras de naturaleza litúrgica: los denominados *Sacramentario* y *Antifonario* gregorianos. En lo que se refiere al *Sacramentario*, no se trata de una obra escrita de su puño y letra, sino que la labor de Gregorio habría sido la de dirigir u ordenar la recopilación, selección, simplificación y uniformización de los textos relativos a la celebración de la misa y a otras ceremonias litúrgicas. Otro tanto habría que decir del *Antifonario*, un texto litúrgico que recoge los diversos cantos del oficio divino (antífonas, cánticos, salmos, himnos): Gregorio habría mandado realizar una compilación y uniformización de la música sacra existente en la época.

2. LA OBRA

Por numerosas referencias internas de la obra, así como por datos externos extraídos de la correspondencia epistolar de Gregorio Magno, sabemos que el autor escribió los *Diálogos* en 593-594, es decir, tres o cuatro años después de su acceso al Pontificado. La obra se nos ha transmitido en la mayoría de los manuscritos con el título de *Diálogos sobre los milagros de los padres de Italia*. Dicho título alude, por un lado, al aspecto formal más visible de la obra: su forma dialogada, con la intervención de dos interlocutores, el propio Gregorio y el diácono Pedro; por otro lado, el título alude al contenido: el texto consiste, en efecto, en una colección de milagros de santos italianos o radicados en Italia (como es el caso del galo Paulino de Nola o del monje siríaco Isaac). Ahora bien, el segundo de los cuatro libros que conforman la obra está íntegramente dedicado a la vida y milagros de san Benito, lo que le confiere, en gran medida, una entidad propia. De hecho, este libro II de los *Diálogos* ha sido editado y traducido muy a menudo por separado.

La obra consta, como ya ha quedado dicho, de cuatro libros, cuya extensión es progresivamente creciente, de modo tal que el libro cuarto presenta el doble de páginas que el primero. Cada libro se divide en capítulos, cuyo número es también muy variable, desde los 12 capítulos del libro I hasta los 62 del libro IV, pasando por los 38 de los libros II y III. Ahora bien, en nuestra opinión, por razones que sería prolijo enumerar aquí, esta capitulación y los títulos que encabezan cada uno de los capítulos no son atribuibles a la mano de Gregorio, sino a la de alguno de los copistas posteriores. En cuanto a los personajes protagonistas de los milagros, casi todos ellos son religiosos. Así, entre los cuarenta y ocho santos taumaturgos que aparecen en los tres primeros libros sólo encontramos cuatro seglares: el rey Hermenegildo y tres sacristanes. Los restantes son todos hombres de iglesia (muchos de ellos conocidos únicamente por su aparición en los *Diálogos*): dos papas, dieciocho obispos, ocho abades, dos priores, tres monjes, dos monjas, cuatro eremitas y cinco presbíteros. En cuanto al libro IV, de naturaleza muy diferente a los otros tres —como más adelante veremos—, la proporción de los protagonistas cambia sustancialmente: veintinueve religiosos (cuatro obispos, tres abades, dos diáconos, tres presbíteros, diez monjes, cuatro monjas y tres eremitas) frente a diecinueve seglares.

En lo que respecta a la motivación concreta que impulsó a Gregorio a escribir los *Diálogos*, el propio autor manifiesta en una de sus cartas (*Reg.* 3, 50) que lo hizo a instancias de una serie de monjes próximos a él, que le exhortaron insistentemente a escribir un relato sobre los «milagros de los padres de Italia». ¿Con qué finalidad? De entrada, no hay que descartar una primigenia finalidad historiográfica, es decir, el sencillo propósito de dejar constancia de las «gestas milagrosas» de los héroes cristianos, dignos de recuerdo y veneración para las generaciones futuras. No puede perderse de vista, en efecto, que para los autores cristianos, especialmente los de los primeros siglos, «hagiografía» e «historiografía» se confunden de modo inextricable. De ahí, por ejemplo, que Gregorio insista una y otra vez en el carácter absolutamente «verídico» de su narración, y que utilice los más diversos medios para intentar convencer al lector de la «veracidad» de los prodigios que relata. Pero, por otro lado, en las páginas iniciales de la obra (I, *pról.*, 9), el interlocutor Pedro declara que «del recuerdo de los milagros se extrae una edificación» parecida a la de las investigaciones exegéticas, y que «no faltan aquellos a quienes para el amor a la patria celestial les inflaman más los ejemplos que la predicación». De acuerdo con ello, los *Diálogos*, como la mayoría de las obras hagiográficas, tienen una fundamental finalidad edificativa y moralizante: los milagros y la conducta ejemplar de los santos sirven para incitar a la práctica de la virtud y las buenas obras, convirtiéndose en modelos o paradigmas de emulación para los fieles. A

ello se une además una intencionalidad didáctica, pues el autor no deja de introducir a lo largo de toda la obra frecuentes digresiones de carácter doctrinal y teológico para aclarar diversas cuestiones suscitadas al hilo de la narración de los milagros. Ahora bien, junto al propósito historiográfico y la finalidad moralizante, existe todavía una tercera intencionalidad, no explicitada por el autor, pero de mayor importancia tal vez que las otras dos: la oportunidad de dotar a la nación italiana de una obra equiparable a las que ya tenían, desde el siglo IV, el Oriente o la Galia. Así, los monjes que le instan a escribir la obra a Gregorio le piden expresamente una obra sobre los «padres de Italia» y sólo sobre ellos. Y el diácono Pedro, al comienzo de los *Diálogos*, insiste en la misma idea: «No sé de nadie en Italia cuya vida haya brillado extraordinariamente por sus milagros... o, en todo caso, hasta el día de hoy se han mantenido tan en silencio que no sabemos si se han producido» (I, pról. 7). Si el propósito de la obra hubiera sido exclusivamente edificativo y moralizante, no se entendería bien la decisión de acotar la materia hagiográfica al territorio italiano. Parece claro, pues, que la comunidad religiosa italiana estaba deseosa de la aparición de una obra que reivindicara a los santos autóctonos de su patria y que dotara a Italia —como ha señalado De Vogüé— de una colección hagiográfica que desde hacía tiempo ya existía en otras partes de la cristiandad, como Egipto, Palestina, Siria o la Galia. Con los *Diálogos* Italia tendría ya una gran biografía, la *Vita Benedicti* (libro II), parangonable a la *Vita Antonii* de Oriente o a la *Vita Martini* de la Galia, además de una colección de relatos hagiográficos comparable a la de las *Historias de los monjes de Egipto*. Por lo demás, no se trata de algo nuevo en hagiografía: también en las *Historias de los monjes de Siria* de Teodoreto de Ciro —como subraya R. Teja, traductor de la obra en esta misma colección— subyace la intención de hacer ver que los monjes y anacoretas sirios no eran inferiores a los de Egipto y Palestina. Y lo mismo ocurrirá en obras hagiográficas posteriores a los *Diálogos*, como, por ejemplo, las *Vidas de los santos padres de Mérida*, que también pretenden rivalizar con otras regiones del universo cristiano haciendo ostentación de sus propios santos locales.

En lo que se refiere a la época a la que pertenecen los biografiados, prácticamente todos ellos viven a lo largo de la centuria del siglo VI. Las únicas excepciones son Paulino de Nola, que vivió a caballo de los siglos IV y V, y el obispo del siglo IV Zenón, del que se cuenta un relato *post mortem* acaecido en el siglo VI. En todo caso, Gregorio no sigue un orden cronológico en la exposición de las distintas «biografías», pues, aunque es verdad que a medida que avanza la obra (libros III y IV) son más abundantes las noticias sobre santos recientes y menos frecuentes las de los más antiguos (libros I y II), lo cierto es que se producen continuos saltos cronológicos, pasándose de personajes vivos a personajes

muertos y viceversa, de la época de los ostrogodos a la de los lombardos y al contrario. A este respecto hay que decir que el autor entiende por «hechos antiguos» los anteriores al rey ostrogodo Totila (541-552), y por «hechos recientes» o «de nuestros días» los posteriores a dicho rey. Así, tras haber hablado en el libro III de una serie de santos de la primera mitad del siglo VI y pasar a hablar de un suceso acaecido durante el reinado de Totila, Gregorio dice lo siguiente: «Pero debemos dejar de hablar ya de los hechos del pasado. Hay que volver a los hechos que han tenido lugar en nuestros días». Tal perspectiva es perfectamente lógica, dado que Gregorio nació en torno al año 540, justo un año antes de la llegada al trono del rey Totila. Ahora bien, si las «biografías», como hemos dicho, no están ordenadas cronológicamente entre sí, dentro de cada «vida», en cambio —siempre que tengan cierta extensión y no se limiten a contar un milagro o dos del santo, como en realidad ocurre en la mayoría de los casos—, sí es perceptible un orden cronológico. Ello ocurre especialmente en lo que se refiere a la vida de san Benito, que comienza con las noticias biográficas relativas a su familia y lugar de nacimiento, la niñez, los estudios de juventud, y continúa luego, en mitad de los milagros, con los hitos más importantes de la vida del santo: su vida primera como eremita en el desierto, su ingreso luego en la vida monástica, la fundación de monasterios, la escritura de su Regla, etc., hasta concluir con su muerte y los milagros *post mortem*.

En cuanto al espacio geográfico, prácticamente todos los santos se circunscriben a Italia, de acuerdo con el plan preestablecido por el propio autor, quien se propone hablar únicamente de los santos italianos. Sólo hay en la obra dos excepciones: los capítulos III, 31 y III, 32 trasladan el relato a Hispania y el norte de África, respectivamente, para referirse a sucesos milagrosos protagonizados por el rey católico Hermenegildo (perseguido por su padre arriano Leovigildo), y por un grupo de obispos africanos martirizados por los vándalos. Se trata de un excurso al que el autor ha sido empujado por el hilo de la narración: los dos relatos vienen precedidos, en efecto, por varios capítulos dedicados al tema del martirio y a la polémica antiarriana. Ello le lleva a Gregorio a realizar ese breve paréntesis: «Aunque yo me había propuesto narrar únicamente los milagros obrados en Italia, ¿quieres, no obstante, que para mostrar la condena de esta misma herejía arriana nos traslademos con la palabra a Hispania y que desde allí regresemos a Italia a través de África?» (III, 30, 8). En todo caso, dentro de la Península itálica, Gregorio no sigue tampoco un criterio geográfico en cuanto al orden expositivo, pues de unas regiones se pasa a otras, ya sean cercanas o lejanas, y luego se vuelve a las primeras sin problema alguno. Así, por poner un ejemplo, en el libro I, los capítulos 1-3 se ubican en la región de Campania, los capítulos 4-6 en la antigua Valeria; los capítulos 7-8 en el Lacio; los

siguientes, 9-10, en la Tuscia romana, para volver de nuevo en los dos últimos capítulos, 11-12, al territorio de Valeria.

En lo que se refiere a las fuentes de información de las que se sirve Gregorio para la redacción de los relatos hagiográficos, el autor revela en el prólogo de la obra los dos tipos de fuentes que utiliza: su propia persona, conocedora directa de algunos prodigios, y las informaciones de varones fidedignos que tuvieron conocimiento de los hechos milagrosos. En este sentido, en una ocasión Gregorio es beneficiario y, por tanto, «testigo directo» del milagro (III, 33: Eleuterio cura con su oración unos fuertes dolores estomacales de Gregorio). En cuatro ocasiones el informador de Gregorio es el propio taumaturgo o el beneficiario directo del milagro[1]. En cinco ocasiones los prodigios ocurren en el entorno familiar o monástico de Gregorio, por lo que es lógico pensar (ya que en estos casos el hagiógrafo no señala ninguna fuente de información) que el autor tuvo conocimiento de ellos por boca también de los propios monjes y familiares implicados en los mismos[2]. Pero, fuera de estos pocos casos, en todos los demás Gregorio se sirve siempre de «testimonios indirectos». Todos ellos son «orales», con la única excepción del relato milagroso sobre la muerte de Paulino de Nola (siglo V), que proviene de una fuente escrita, seguramente del libro de Uranio *De obitu Paulini*. Por otro lado, el autor distingue también en el prólogo dos modos de exposición de los testimonios indirectos: unas veces ofrecerá el «testimonio literal» de sus informadores, algo que en la práctica realizará únicamente en siete ocasiones en toda la obra; otras veces llevará a cabo una «adaptación de los testimonios», vertiéndolos con sus propias palabras, para evitar caer —dice— en un lenguaje demasiado vulgar y coloquial.

En todo caso, Gregorio, que, como hemos dicho, concibe su obra como «historiográfica», se muestra continuamente preocupado por convencer a los lectores de la «veracidad» de los prodigios que cuenta. Y así, dice lo siguiente: «para no dar ocasión de duda a los lectores, no dejaré de indicar a partir de qué personas he conocido todos y cada uno de los hechos que narro». Y lo cierto es que a propósito de casi un centenar de prodigios cumple lo que dice. La mayoría de las veces aporta el nombre concreto de su informador y su cargo o profesión. En este sentido, abundan, con diferencia, los informadores religiosos o vinculados con la Iglesia (cincuenta y siete, en total), especialmente los de mayor rango eclesiástico: un papa, quince obispos, dieciséis abades y un prior (además de doce monjes, tres sacerdotes, tres presbíteros, dos clérigos, un subdiácono, dos *defensores eclesiásticos* y un sacristán). Así

1. III, 33; III, 37; III, 38; IV, 37.
2. III, 36; IV, 17; IV, 27; IV, 40; IV, 49.

pues, la «condición eclesiástica» de los informadores se presenta, implícitamente, como garantía de veracidad. A veces sus fuentes son personajes de «elevada condición social o política»: dos ilustres varones, dos viceprefectos y un tribuno. Sólo en cinco ocasiones el autor extrae la información hagiográfica de personajes del pueblo llano: unos obreros, un soldado, un criado, unos tintoreros y unos vecinos. No obstante, no pudiendo siempre aportar el nombre concreto de su fuente, más de una vez Gregorio se ve obligado a recurrir a expresiones vagas y genéricas: «ancianos muy venerables», «nuestros mayores», «personas serias y fidedignas», «varones ancianos y sabios», «un varón muy venerable», «un honorable anciano», «el testimonio de mucha gente», «los que estaban presentes», o la más recurrente de las expresiones de este tipo: «un piadoso varón». Únicamente en diez ocasiones Gregorio no aporta ninguna fuente concreta, pero lo cierto es que en cinco de ellas es fácilmente deducible que su informador sigue siendo el mismo que el citado en el capítulo anterior, por lo que la ausencia de fuentes, en realidad, afecta únicamente a cinco episodios en toda la obra[3]. Por otro lado, con el fin de reforzar la garantía de veracidad de sus fuentes, Gregorio utiliza distintos recursos. El más habitual es el de subrayar la estrecha relación existente entre su informador y el taumaturgo en cuestión, señalando que el primero tuvo un trato muy íntimo con el segundo, que fue discípulo, pariente, vecino o criado suyo, que «lo conoció bien», que vivió en el mismo monasterio, en la misma ciudad o en la misma región, etc. (treinta y ocho veces). En dieciocho ocasiones Gregorio señala —o se desprende abiertamente de la narración— que sus informadores fueron «testigos oculares» del prodigio. En siete ocasiones el informador no es testigo directo del milagro, pero el autor afirma que lo oyó contar a «testigos oculares» del mismo. En once ocasiones Gregorio aporta no una, sino dos o más fuentes distintas del milagro. En diecisiete ocasiones alude a la «multiplicidad de testigos». Asimismo, es frecuente, como garantía de veracidad, la alusión bien a la avanzada edad, bien a la vida piadosa de los informadores. En efecto, a falta de otra cosa mejor, el autor suele presentar la «ancianidad» y la «piedad» de sus informadores como prueba suficiente de la veracidad de su relato. Otras veces, en fin, Gregorio señala que los testigos viven todavía o que no hace mucho que murieron, que su interlocutor, Pedro, «los conoció bien» o que la información la ha recibido «hace unos días». Pero, además de afanarse en acreditar la garantía de sus fuentes, Gregorio recurre también a otro tipo de expedientes que pretenden demostrar el carácter auténticamente milagroso de los prodigios. Así, en un par de ocasiones aduce la con-

3. IV, 24; IV, 38; IV, 48; IV, 58, IV, 59; I, 6; I, 8; I, 12; III, 3; III, 4 (en los cinco últimos casos la fuente es la misma que la del capítulo anterior).

servación hasta los tiempos actuales de un determinado objeto implicado en el hecho milagroso, como «prueba» de que el prodigio realmente se produjo: la criba rota arreglada milagrosamente por san Benito o las ropas de un pecador que fue arrojado de la tumba en la iglesia. En otras ocasiones el hagiógrafo se esfuerza por desechar las posibles explicaciones «racionales» del prodigio, a fin de persuadir al lector del carácter «milagroso» del mismo. Por ejemplo, cuando el abad Honorato detiene en mitad de una ladera un enorme peñasco que amenazaba con destruir la abadía, apostilla lo siguiente: «Y está claro que no había allí ningún obstáculo con el que el peñasco pudiera detenerse: tal es así que todavía hoy a los que miran hacia el monte les parece que el peñasco permanece suspendido en su caída». O, por ejemplo, cuando el balcón sobre el que se encontraba el presbítero Florencio —el envidioso enemigo de san Benito— se derrumbó, el hagiógrafo señala que ello ocurrió «mientras toda la estructura de la casa permanecía en pie sin moverse», con el fin de hacer ver que no se trató de un terremoto fortuito, sino de un auténtico milagro sobrenatural. O, por ejemplo, en los milagros sobre «producción de lluvia», Gregorio señala sistemáticamente que ello se produce de manera repentina y estando el cielo completamente sereno. Por otro lado, en los milagros relativos a «curaciones a distancia» el autor subraya una y otra vez, de modo sistemático, la «coincidencia temporal» entre las palabras curativas del santo y la curación efectiva del beneficiario que se encontraba en otro lugar, a fin de probar, una vez más, el carácter milagroso, no fortuito, del suceso milagroso. Y lo mismo ocurre con el resto de prodigios obrados «a distancia» (visiones, liberación de prisioneros, salvación de un naufragio, etc.). En una ocasión, para demostrar que la aparición del «cuerpo incorrupto» del santo constituye un auténtico milagro, Gregorio señala que el mismo día y en el mismo lugar enterraron también a un niño, cuyo cadáver putrefacto, por comparación con el cuerpo intacto del santo, se presenta, implícitamente, como prueba de la naturaleza milagrosa del hecho. Otra forma, en fin, de certificar la realidad del milagro es la de acudir a la comparación de los prodigios de los santos italianos del siglo VI con otros milagros bíblicos semejantes, para dotarles así de la credibilidad derivada de la autoridad de la Biblia (en un par de ocasiones la comparación se establece, expresamente, con los milagros de otros santos antiguos: Gregorio el Taumaturgo y el mártir Donato). En definitiva, Gregorio, consciente del alto grado de inverosimilitud de sus relatos hagiográficos, se esfuerza por todos los medios a su alcance por convencer al lector de la veracidad de los hechos que cuenta.

3. EL GÉNERO LITERARIO

Los *Diálogos* de Gregorio Magno se inscriben en el género cristiano de la *hagiografía*, dentro del cual se suelen distinguir tres subgéneros principales: las Actas de los mártires, las Pasiones y las Vidas de santos. La obra de Gregorio pertenece al último subgénero, el de las *Vitae* o «biografías hagiográficas». Una vez concluida la época de las persecuciones contra los cristianos, y desaparecidos, por tanto, los mártires, la hagiografía cristiana se centró en el relato de las vidas ejemplares de los nuevos héroes cristianos: los monjes solitarios o anacoretas del desierto (siglo IV) y más tarde también los obispos (siglo V). A partir del siglo VI, con el auge del monacato en Occidente, los monjes consagrados a la vida cenobítica pasan también a ser protagonistas de las nuevas Vidas, como ocurrirá, por ejemplo, en muchos de los relatos hagiográficos de Gregorio. En las primeras vidas de santos destacan dos elementos principales: por un lado, la narración de la vida del santo propiamente dicha, a fin de mostrar su conducta ejemplar y su comportamiento ascético y piadoso; por otro lado, la descripción de sus gestas, centradas básicamente en el relato de sus extraordinarios milagros. Ese segundo elemento, por su carácter espectacular, era, sin duda, el que más atraía a los lectores, y ello hizo que los hagiógrafos, con el paso del tiempo, fueran dando más espacio en sus biografías al elemento maravilloso de los milagros, en detrimento del relato propiamente dicho de la vida y virtudes del santo. De ese modo, el género fue derivando paulatinamente desde el relato de las «vidas» hacia la descripción únicamente de los «milagros», cada vez más sorprendentes, fantásticos e inverosímiles. Se pasó, en definitiva, del subgénero de las *Vitae* al de los *Miracula*. Pues bien, la obra de Gregorio se inserta dentro de este último subgénero. Y eso explica el título con el que se ha transmitido en la mayoría de los manuscritos: *Diálogos sobre los milagros de los padres de Italia*. En Gregorio, en efecto, el relato de las vidas de los santos ocupa un lugar ínfimo, ya que en su obra casi todo son milagros, incluida la propia *Vida de san Benito*, en la que los datos biográficos aparecen reducidos a la mínima expresión, para dar cabida a un ingente número de prodigios, que constituyen la materia básica del libro II, el cual, en realidad, apenas se diferencia en este sentido de los libros I y III, salvo por el hecho anecdótico de que los milagros pertenecen a un único personaje.

La primera biografía cristiana fue la *Vida de Cipriano*, obispo y mártir, escrita por su discípulo Poncio en el siglo III. Pero esta obra se halla a medio camino entre las *Actas de los mártires* y las *Vidas de santos*, dado que se centra no tanto en la vida como en el martirio del obispo de Cartago. Las dos grandes obras de referencia para el género de las Vidas de santos, dado su enorme éxito y popularidad desde el momento mis-

mo de su aparición, fueron la *Vida de Antonio*, de Atanasio de Alejandría (escrita en griego, pero traducida muy pronto al latín por Evagrio de Antioquía) y la *Vida de Martín*, escrita en latín por Sulpicio Severo, ambas del siglo IV. Estas primeras obras conjugaban, como hemos dicho, el elemento biográfico y el elemento milagroso, y pretendían sobre todo ensalzar el ideal de vida ascético y monástico. Jerónimo de Estridón engrosó el género de las *Vidas de santos* en el Occidente latino con tres nuevas *Vitae*, las de Pablo, Hilarión y Malco. Si en la primera y la última no hay apenas relatos fantásticos, la *Vida de Hilarión*, en cambio, constituye un apretado mosaico de sucesos extraordinarios, avanzando así hacia el subgénero de los *Miracula*. Otras obras del siglo V, cuyos protagonistas son obispos, fueron la *Vida de Agustín*, de Posidio, y la *Vida de Ambrosio*, de Paulino de Milán, la primera de ellas sin elementos legendarios o fabulosos y la segunda con muy pocos. También de obispos del siglo V, con abundancia de milagros, son la *Vida de Honorato*, escrita por su discípulo Hilario, y la *Vida de Germán*, de Constancio de Lyon. Sin duda, Gregorio Magno conoció todas o la mayoría de estas obras; y, en mayor o menor medida, hubieron de influir en sus *Diálogos*, especialmente aquellas en las que los milagros se imponían sobre el relato puramente biográfico. Tales escritos debieron de ser el modelo, sobre todo, para el libro II de la obra, donde se narra, en exclusiva, la *Vida de san Benito*.

Por otro lado, junto a las vidas de santos individuales, desde el siglo V el género había derivado también hacia las «colecciones de vidas de santos», en las que el relato no se circunscribía ya a un único protagonista, sino a un ramillete de santos pertenecientes a un territorio determinado. Así, en Oriente, y en lengua griega, habían aparecido la *Historia de los monjes de Egipto*, de autor anónimo (traducida al latín a principios del siglo V por Rufino de Aquilea), la *Historia Lausiaca*, de Paladio de Helenópolis, y las *Historias de los monjes de Siria* (o *Historia Philotea*), de Teodoreto de Ciro, escrita en el siglo V, pero que no fue traducida al latín hasta el siglo XVI. En ellas se relataba la vida y milagros de los monjes egipcios, palestinos y sirios, respectivamente. En el Occidente latino, pocos años antes de los *Diálogos* de Gregorio Magno había aparecido la *Vida de los padres*, de Gregorio de Tours, dedicada a un conjunto de santos de la Galia. Pues bien, los *Diálogos* de Gregorio Magno siguen también este segundo modelo de «antologías hagiográficas». Los libros I y III de la obra son, en efecto, una colección de relatos breves sobre una serie de taumaturgos de una época y un territorio concretos, la Italia del siglo VI.

La obra de Gregorio Magno se presenta, pues, como la mezcla de dos modelos hagiográficos diferentes: el de las «vidas individuales», representado especialmente por la *Vida de Antonio* y la *Vida de Martín*

(libro II de los *Diálogos*), y el de las «colecciones de milagros» (libros I y III), siguiendo en este segundo caso la estela de la *Historia de los monjes de Egipto*, la *Historia Lausiaca*, las *Historias de los monjes de Siria* o la *Vida de los padres*. Concretamente, la obra de Gregorio Magno ofrece bastantes similitudes de tipo general y estructural con la obra de Teodoreto de Ciro. Y, lo que es más significativo aún, presenta dos pasajes concretos que parecen haber sido tomados directamente de la obra del autor griego. Así, en el prólogo de ambas obras los dos hagiógrafos, con el fin de garantizar la veracidad de los hechos que cuentan, emplean una idéntica argumentación a la hora de justificar el uso de «fuentes indirectas»: los dos apelan expresamente a la autoridad de la Biblia, concretamente a los Evangelios de Marcos y Lucas, los cuales —dicen ambos—, a pesar de estar basados en testimonios indirectos, merecen tanto crédito como los de Mateo y Juan, testigos oculares, ellos sí, de la vida de Jesús. En otro pasaje, el eremita Martín, lo mismo que Simeón el Estilita, ata una cadena de hierro por un extremo al pie y por el otro a una roca, a fin de no poder moverse más allá de la amplitud de la cadena. Al tener noticia de esto, en un caso el abad san Benito y en el otro el obispo Melecio reprenden a los anacoretas en parecidos términos, haciéndoles desistir finalmente de dicha disciplina. Ahora bien, si estos dos pasajes están directamente inspirados en la obra de Teodoreto, como parece, entonces habría que concluir que Gregorio Magno conocía la lengua griega mucho más de lo que él mismo reconoce, pues, como ya hemos dicho, las *Historias de los monjes de Siria* tardaron muchos siglos en ser traducidas al latín.

Por lo demás, el doble modelo seguido por Gregorio Magno, con la mezcla de «biografía individual» y «conjunto de biografías», tenía un claro antecedente —como ha señalado De Vogüé— en una segunda obra hagiográfica de Sulpicio Severo: los *Dialogi*. En efecto, esta obra del autor galo, que comparte además con la de Gregorio la forma dialogada, está constituida por un conjunto de noticias breves sobre una serie de monjes egipcios seguida a continuación de una serie de hechos relativos a la vida y milagros de san Martín. Es muy probable, pues, que tanto el modo de composición mixta como la forma dialogada le dieran a Gregorio Magno la idea acerca de la forma de composición y estructuración de su obra, titulada también *Diálogos*.

4. LA FORMA DIALOGADA Y LA FUNCIÓN DEL INTERLOCUTOR

La forma literaria del diálogo había sido empleada por los escritores cristianos con relativa frecuencia para la confección, sobre todo, de tratados polémicos y apologéticos, pero no era algo habitual en las vidas de san-

tos. De todos modos, el diálogo ya había sido ensayado, antes de Gregorio, en algunos relatos hagiográficos. En este sentido, ya hemos aludido a los *Dialogi* de Sulpicio Severo. También Paladio había escrito, en griego, un *Diálogo sobre la vida de Juan Crisóstomo*, cuyos dos interlocutores eran, como en nuestro autor, un obispo y un diácono. Asimismo, las *Conferencias* de Casiano, aunque no eran propiamente una colección de vidas de santos, consistían también en unas conversaciones entre Casiano y Germán, por un lado, y los más famosos monjes de Egipto, por otro, en donde se combinaban disquisiciones doctrinales y ascéticas con diversas narraciones. El referente de Gregorio debió de ser seguramente los *Dialogi* de Sulpicio Severo, ya que, como hemos dicho, esta obra compartía con la de Gregorio no sólo la forma dialogada, sino también el modo de composición mixta y el contenido hagiográfico.

Los *Diálogos* de Gregorio simulan un coloquio, en «un lugar retirado», entre el propio Gregorio y un interlocutor, el diácono Pedro, coloquio que se mantiene a lo largo de los cuatro libros de los que consta la obra. Ahora bien, la forma dialogada de la obra gregoriana en gran medida no es más que un marco puramente formal y externo, pues el texto de Gregorio es, en su mayor parte, de carácter «narrativo». Por lo demás, todo el peso de la narración descansa sobre Gregorio, que es quien cuenta la vida y milagros de los diversos taumaturgos. El papel de Pedro no pasa de ser meramente instrumental, como lo demuestra el hecho elocuente de que los parlamentos de Gregorio ocupan, aproximadamente, el 93% del total del texto, frente al 7%, únicamente, de los parlamentos de Pedro.

Pedro interviene en total en 145 ocasiones (33 + 28 + 39 + 45). Sus intervenciones —siempre muy breves— tienen diferentes funciones. Así, en el prólogo del primer libro sirven para introducir el tema de la obra: es Pedro, en efecto, quien alude a la inexistencia de varones taumaturgos en Italia y quien le pide expresamente a Gregorio la narración de los milagros que el Pontífice afirma conocer, aduciendo como causa de la petición el valor didáctico y moralizante de las vidas de santos. A lo largo de la obra Pedro insistirá, en varias ocasiones, sobre el provechoso estímulo y «edificación» que se extrae de los relatos hagiográficos. Una vez convencido, tras los primeros relatos de Gregorio, de la existencia de santos italianos («sin razón pensaba yo hasta ahora —según advierto— que no había habido en Italia padres que hicieran milagros»), la función del diácono pasa a ser la de instar a su interlocutor a la narración de sucesos milagrosos que hayan tenido lugar, sobre todo, en época «reciente y actual».

Una segunda función del diácono Pedro es la de hacer progresar —con sus frecuentes preguntas, comentarios o peticiones expresas— el discurso narrativo de Gregorio. Unas veces, instándole abiertamente a continuar con el relato de la vida y milagros de un determinado perso-

naje, a retomar el hilo de la narración después de una digresión, a contar nuevos prodigios del santo, a hablar —además de sus milagros— de su conducta, de sus virtudes, de sus palabras, etc. Otras veces, las intervenciones de Pedro posibilitan la transición de un santo a otro. Así, su pregunta sobre si Honorato tuvo algún discípulo lleva al narrador a iniciar el relato de la biografía de Libertino; y su pregunta sobre si no hubo otros santos en la congregación de Libertino da entrada a la biografía de un monje hortelano del mismo monasterio. En ocasiones, son las breves reflexiones o comentarios indirectos de Pedro (sobre las asechanzas del Demonio, sobre el martirio de los santos, sobre la protección de Dios a los católicos frente a la persecución arriana, sobre la presencia de muchos niños en el Cielo, etc.) las que le dan pie al narrador para introducir nuevos personajes y milagros relacionados con tales asuntos. A veces, en fin, el interés de Pedro por determinadas cuestiones y su petición expresa de que sean tratadas por Gregorio sirven para la introducción de muchos temas, especialmente del libro IV. Y así, a partir de las peticiones directas de su interlocutor, Gregorio introduce en dicho libro IV multitud de asuntos: la fiabilidad o no de los sueños, la gran abundancia de profecías que se producen en el momento mismo de la muerte, la posibilidad de que las almas vayan al Cielo antes incluso de la resurrección de los cuerpos, el reconocimiento de los justos entre ellos en el Cielo y de los pecadores en el Infierno, las «muertes por error» y el regreso consiguiente a la vida, la existencia o no existencia del Purgatorio, la abundancia de «visiones» a la hora de la muerte, la ubicación exacta del Infierno, la existencia de uno solo o muchos tormentos diferentes, la eternidad del Infierno, la utilidad o inutilidad de enterrar a los muertos en las iglesias, los medios provechosos para la redención de las almas del Purgatorio, etc. Fuera del libro IV, este tipo de peticiones directas de Pedro es mucho menos frecuente, pero no deja de estar presente. Así, por ejemplo, la explicación de las diferentes clases de compunción (libro III) o el modo en que se conjugan la predestinación y los milagros de los santos (libro I) son cuestiones abordadas por Gregorio tras la petición expresa del diácono. En algunas ocasiones, la introducción de nuevos temas y personajes corre a cargo del propio Gregorio, de modo que su interlocutor, en tales casos, se limita simplemente a aprobar las propuestas del narrador. Por ejemplo: «G. ¿Quieres conocer algo de la actuación de Nonnoso en la que siguió también el ejemplo de Eliseo?» «P. No sólo quiero, sino que estoy ansioso por oírlo».

Una tercera función muy frecuente del interlocutor Pedro es la de poner de manifiesto sus dudas o su perplejidad a propósito bien de diversos pormenores del relato, bien de las opiniones doctrinales, teológicas, etc., expuestas por Gregorio, postulando, explícita o implícitamente, la oportuna aclaración del narrador o incluso su demostración con testimonios

bíblicos. En ocasiones se trata de preguntas muy puntuales (¿quién de los dos realizó el milagro?, ¿cómo un Papa puede ser engañado?) o que simplemente solicitan la explicación de ciertas expresiones, de determinadas citas bíblicas o de diversos elementos alegóricos (¿qué significa el barco de la «visión», qué la casa de ladrillos de oro, qué los fétidos vapores, qué el puente, qué el río?). Pero la mayoría de las veces se trata de preguntas genéricas y de bastante calado y profundidad: ¿se puede ser santo sin haber tenido un maestro?, ¿cómo Dios llega a atender incluso los ruegos más insignificantes?, ¿cómo el Demonio pudo matar a alguien que le había dado hospitalidad?, ¿cómo es posible comunicarse con otros mediante los sueños?, ¿cómo el mundo entero puede ser visto por un solo hombre?, ¿el espíritu de la profecía está siempre presente en los santos o sólo temporalmente?, ¿los milagros se producen siempre gracias a la oración o también por la sola voluntad del santo?, ¿cómo los mártires realizan milagros aun en los lugares donde no están enterrados?, ¿es grave lanzar una maldición cuando uno se encuentra ofuscado por la ira?, ¿cómo las visiones de los seres celestiales pueden acarrear una enfermedad?, ¿cómo Dios permite que mueran sus santos a manos de los perseguidores?, ¿es que Cristo hubo de querer algo que luego no pudo cumplir?, ¿puede un hombre mortal, por muy santo que sea, liberar las almas del Purgatorio?, ¿cómo un varón que ha realizado milagros puede encontrarse temporalmente en el Purgatorio?, ¿por qué Dios se encuentra tan bien dispuesto a escuchar y atender las palabras de los santos?, ¿los santos pueden tener defectos?, ¿por qué casi siempre mueren los justos en lugar de los pecadores? Todas estas preguntas son respondidas sistemática y convenientemente por Gregorio, mediante argumentaciones más o menos amplias, muchas veces aderezadas con testimonios de la Biblia. Tan sólo en una ocasión en toda la obra el narrador desconoce la respuesta. Se trata del episodio del criado Armentario, quien, tras haber estado en el Cielo, haber profetizado la muerte de varias personas y haber recibido de Dios el don de lenguas, a la hora de su muerte se autolesionó, desgarrándose con los dientes las manos y los brazos. Ante la extrañeza de Pedro por tal comportamiento, el narrador sólo acierta a contestar: «¿Quién puede conocer los secretos juicios de Dios? En todo caso, lo que no podemos comprender en los dictámenes divinos, debemos temerlo más que cuestionarlo».

La cuarta función importante de Pedro consiste no ya en plantear simples preguntas y dudas, sino en exponer abiertas objeciones o críticas a determinadas afirmaciones de Gregorio. Algunas de tales objeciones son de escasa importancia. Así, en dos pasajes del libro II y en uno del libro IV el diácono se enfrasca en un forcejeo con el Pontífice a propósito del significado atribuido por Gregorio a determinadas expresiones o pasajes bíblicos. A la citas del Papa el diácono le opone otros pasajes bíblicos que parecen admitir una interpretación diferente. Tras las oportunas explica-

ciones, Pedro acaba siempre dando su brazo a torcer. Pero las objeciones de mayor calado se encuentran, como era de esperar, en el libro IV, ya que en él se tratan cuestiones escatológicas particularmente complicadas y difíciles. La primera discusión importante se centra en la dificultad de creer en los seres celestiales, ya que nadie los ha visto ni ha tenido experiencia de ellos, así como en la idea de que el alma sigue viviendo después de la muerte del cuerpo. La objeción fundamental de Pedro es que es muy difícil creer en algo que nadie puede ver ni ha visto con los ojos corpóreos. Gregorio arguye que hay que tener fe en las palabras de nuestros mayores. Pedro objeta que al incrédulo, para creer, no le basta la fe, sino que deben dársele argumentos racionales. Y afirma, concretamente, que habiendo estado presente en la muerte de un hermano, él no pudo ver si el alma salía o no salía del cuerpo. El Pontífice argumenta que es lógico que no pudiera verla, porque el alma, por su propia naturaleza, es invisible. Pero el diácono objeta que la vida del alma mientras permanece en el cuerpo puede inferirse a partir de los propios movimientos corporales, causados justamente por la potencia del alma. Ahora bien, «¿En qué movimientos o en qué acciones puedo ver yo la vida del alma una vez que abandona el cuerpo, de modo que a partir de lo visto pueda yo inferir la existencia de lo que no puedo ver?». El argumento final de Gregorio, que acabará venciendo las resistencias del diácono, es que la vida del alma tras la muerte del cuerpo puede inferirse a partir de los milagros que los santos llevan a cabo, una vez muertos, por medio de sus reliquias. La segunda y última discusión importante del libro IV gira en torno a las penas del Infierno: por un lado, Pedro opina que las almas de los pecadores no pueden ser atormentadas en el Infierno antes del Juicio Final; por otro lado, argumenta que el fuego, siendo algo material, no puede atormentar al alma, que es inmaterial. Añade que no parece justo que los pecados, finitos y temporales, puedan ser castigados eternamente, de modo que es posible que el castigo eterno de los pecadores tal vez no sea más que una mera amenaza de Dios con el fin de disuadir a los hombres de cometer pecados. Y todavía aporta tres objeciones más: si los pecadores una vez en el Infierno ya no pueden enmendarse, no siendo Dios un ser cruel, ¿con qué fin se les castiga eternamente? ¿Y cómo los santos podrán ser verdaderamente santos si no pueden rezar por los condenados en el Infierno? ¿Y cómo se dice que el alma es inmortal, si muere en el fuego eterno? Todas las objeciones de Pedro serán convenientemente refutadas por Gregorio, con profusión de razonamientos y de testimonios bíblicos[4]. Y

4. Los escritos bíblicos más frecuentemente citados en los *Diálogos* son las cartas de Pablo (35 veces), el *Evangelio de Mateo* (22), el *Eclesiastés* (15), el *Evangelio de Juan* (12), el *Evangelio de Lucas* (10), el *Génesis* (8), los *Hechos de los Apóstoles* (6), *Isaías* (6), el libro II de los *Reyes* (5), *Daniel* (5), el libro II de *Samuel* (4), los *Salmos* (3) y el *Apocalipsis* (3).

en este sentido, debe subrayarse que todo el peso de la argumentación, igual que ocurría con el peso de la narración, vuelve a descansar sobre Gregorio.

Un quinto tipo de parlamentos de Pedro consiste, simplemente, en meras frases de asentimiento y aprobación ante las respuestas y argumentaciones dadas por Gregorio a sus preguntas, dudas y objeciones. Se trata del tipo de intervenciones más frecuente en la obra: aparecen constatadas hasta en 43 ocasiones. La expresión más recurrente es del tipo «me parece bien lo que dices» o similares: «estoy de acuerdo», «me convence plenamente lo que dices», «acerca de este asunto me veo más que satisfecho», etc. Otras veces Pedro reconoce la completa disipación de todas sus dudas: «confieso que la fuerza de tus palabras ha esfumado todas las dudas de mi mente». Otras, alude a la claridad de los razonamientos de Gregorio: «lo que dices resulta claro», «el razonamiento es claro y evidente». En repetidas ocasiones se insiste en la solidez de las argumentaciones de Gregorio («tu sólido razonamiento está proclamando a gritos que ello es tal como dices») o en su profundidad («me complace haber ignorado lo que pregunté, pues de ese modo he tenido la oportunidad de aprender con tanta profundidad lo que ignoraba»). Otras veces se alaban tanto los razonamientos como los testimonios bíblicos aportados: «la verdad es que mi ánimo se ve inclinado a creer a partir del razonamiento y los testimonios bíblicos aducidos». Un último tipo de expresiones alude, en fin, a la total disipación de las objeciones planteadas por Pedro: «No hay nada que pueda objetarse ya a tu claro razonamiento», «confieso que no me ha quedado objeción alguna acerca de todo aquello sobre lo que tenía alguna duda».

Un sexto tipo de intervenciones de Pedro tiene que ver no ya con los razonamientos y explicaciones de Gregorio, sino con la narración propiamente dicha de los hechos milagrosos. Pero su función, en el plano de la narración, es muy similar al que tenían las expresiones anteriormente citadas en el plano de la argumentación. Se trata, en efecto, de meras frases de admiración o estupefacción ante los maravillosos prodigios y milagros realizados por los santos (16 ocasiones). Frases de asombro y admiración como las siguientes: «lo que acabo de oír es sumamente admirable», «lo que cuentas es realmente magnífico», «todo esto resulta sumamente extraordinario y asombroso en nuestros días». O frases de estupefacción como estas otras: «¿quién no se queda estupefacto ante tales prodigios?», «me doy perfecta cuenta y me quedo completamente atónito».

Finalmente, un último tipo de parlamentos del interlocutor Pedro se podría calificar de simples «apostillas», a modo de breves sentencias o comentarios de apenas una línea o dos. El contenido de dichas apostillas, como es natural, es muy diverso. En varias de ellas el diácono señala

la similitud del milagro narrado por Gregorio con el de determinados prodigios bíblicos: «estoy oyendo el antiguo milagro de los tres jóvenes que, arrojados al fuego, no sufrieron daño alguno». En otras, a modo de cierre de la vida del santo en cuestión, Pedro profiere una frase más o menos sentenciosa sobre la excelencia de sus virtudes o de sus prodigios («ese hombre fue exteriormente grande en cuanto a sus milagros, pero fue más grande aún interiormente en cuanto a su humildad»), o sobre los sentimientos personales que los milagros y la vida de santidad le suscitan («cuando tengo que oír lo que no puedo imitar, me entran ganas de llorar más que de decir nada»). Otras veces, el diácono manifiesta algunas conclusiones que extrae del relato: «el resultado de su acción demuestra que no pudo haber una intención pura en su obra de misericordia»; o bien manifiesta sus temores personales ante las artimañas del Demonio, ante la terrible sentencia del Juicio Final, etc.: «ahora me veo obligado a tener miedo no sólo de los pecados de los que soy consciente, sino también de los que no tengo conciencia de haber cometido», «¿quién, a la hora de la muerte —cualesquiera que hayan sido sus obras—, no habrá de tener miedo de esta sentencia de condenación tan inexplicable? Pues, aunque cada uno ya conoce lo que ha hecho, sin embargo, desconoce aún con cuánto rigor serán juzgadas sus obras».

En suma, las funciones del interlocutor Pedro, aunque variadas, son, como se ve, puramente instrumentales y en muchos casos anecdóticas. Muchas de ellas, en realidad, podrían haber sido asumidas por el propio autor si hubiera decidido emplear una forma puramente narrativa para la confección de su obra. De todos modos, hay que reconocer que tanto las preguntas y dudas del diácono como sus objeciones (con su petición, tácita o expresa, de aclaración o demostración) le vienen muy bien al Pontífice para introducir todo el cúmulo de explicaciones escriturarias, doctrinales, espirituales o teológicas que jalonan la obra, muy especialmente el libro IV.

5. LA ESTRUCTURA DE LA OBRA

Los *Diálogos* de Gregorio Magno están divididos formalmente en cuatro libros. Ahora bien, nada más comenzar la lectura del libro IV el lector advierte enseguida que este último libro es muy diferente de los tres primeros. En efecto, mientras que aquéllos constituyen una auténtica colección de «vidas y milagros de santos», este otro constituye, más bien, un pequeño tratado escatológico destinado a demostrar una tesis: que el alma sigue viviendo después de la muerte del cuerpo (ya sea en el Cielo, en el Infierno o en el Purgatorio). El propio autor lo deja meridianamente claro en las palabras con las que cierra el libro III: «En este cuarto

volumen que sigue demostraré que el alma sigue viviendo después de la muerte del cuerpo». Y, de acuerdo con dicho propósito, en muchos pasajes del libro IV se pasa de una intención puramente «narrativa», con una finalidad moralizante (la de los libros I, II y III), a una intención «demostrativa», con una finalidad de enseñanza doctrinal y teológica que lleva al autor a dejar de lado la narración y a sustituirla por la argumentación. Dicho de otro modo, el libro IV deja de centrarse en la narración de los milagros de los santos de Italia para dedicarse a la demostración de un problema teológico concreto: la inmortalidad del alma. Por eso no sorprende en absoluto que algunos códices antiguos, haciéndose eco de esta fractura de intención y de contenido de la obra, presenten el siguiente título: *Diálogos sobre los milagros de los padres de Italia y sobre la inmortalidad de las almas*. El añadido «sobre la inmortalidad de las almas» alude obviamente a la temática del libro IV, muy diferente de la de los otros tres. De hecho, en veintitrés de los sesenta y dos capítulos de dicho libro[5], es decir, en la tercera parte del total, no se narra prodigio alguno, sino que tales capítulos son de carácter plenamente discursivo o argumentativo. Además, los prodigios que aparecen en los treinta y nueve capítulos restantes consisten todos ellos (con la excepción de un único «milagro operativo», de un par de profecías y de una serie de prodigios obrados directamente por Dios) en sueños o visiones del más allá, no en milagros propiamente dichos obrados por santos taumaturgos, a diferencia de lo que ocurre en el resto de la obra. Es decir, frente al protagonismo «activo» de los santos de los tres primeros libros, los personajes del libro IV desempeñan un protagonismo «pasivo»: no realizan milagros en el más acá, se limitan a experimentar sueños o visiones procedentes del más allá. Por último, los protagonistas de los sueños o visiones del libro IV, sorprendentemente, no son ya únicamente varones piadosos, como cabía esperar de acuerdo con la intención manifestada por el autor en el prólogo de la obra, sino que la cuarta parte de ellos son pecadores: doce hombres malvados, frente a treinta y seis varones justos.

En definitiva, en lo que se refiere a la estructura general de los *Diálogos*, hay que hablar de un tríptico formado por los libros I, II y III (vidas de santos) y un añadido, de naturaleza diferente, constituido por el libro IV. Este cuarto libro, como ha señalado De Vogüé, más que con las vidas de santos se relaciona con una obra como las *Conferencias* de Casiano, obra también dialogada, donde se mezclan teorías y relatos, exposiciones de carácter doctrinal y narraciones. Así pues, de acuerdo con lo dicho, todo hace pensar —y en ello coincidimos plenamente con Pricoco— que el libro IV fue el resultado de una idea sobreveni-

5. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 26, 29, 30, 34, 41, 43, 44, 45, 46, 47, 50, 51, 52, 60, 61 y 62.

da del autor que seguramente no estaba en el plan inicial de la obra, habida cuenta de las sustanciales diferencias que ofrece, como hemos visto, con respecto al bloque homogéneo de los otros tres. En todo caso, el lazo de unión de los cuatros libros viene dado por el nexo común de los prodigios, los cuales, aunque no en la misma medida y con el mismo sentido están ciertamente presentes en todos ellos, incluido el libro IV. En efecto, para demostrar la existencia del más allá y de la vida del alma después de la muerte, el argumento principal utilizado por Gregorio en el libro IV consistirá, justamente, en las extraordinarias visiones de ultratumba y las apariciones de seres celestiales o infernales en el momento de la muerte. De este modo los prodigios, bien como materia de narración, bien como medio de demostración de una tesis, están presentes en la totalidad de los *Diálogos*, otorgándole así a la obra el imprescindible elemento de unidad. A dicho elemento de unidad se le suman todavía otros dos: la forma dialogada, naturalmente, así como el hecho de que los sueños y visiones del libro IV se ubican en la misma época y en el mismo territorio que los tres anteriores: la Italia del siglo VI.

Por otro lado, cabe preguntarse qué es lo que le llevó a Gregorio Magno a incluir el añadido del libro IV, no previsto en los planes iniciales. La idea pudo surgirle tal vez a partir del último prodigio narrado en el libro III: la visión en la que el mártir san Eutiquio se le aparece al obispo Redento y le anuncia la próxima invasión de Italia por parte de las hordas lombardas, invasión que parece presagiar la inminente llegada del fin del mundo, a tenor del contenido de las siguientes palabras: «*Se aproxima el fin de la carne toda. Se aproxima el fin de la carne toda. Se aproxima el fin de la carne toda*». A partir de ahí, Gregorio pudo concebir la idea de la confección de un último libro dedicado, todo él, a los milagros de ultratumba, los cuales le habrían de servir, al mismo tiempo, para enfrentarse al escepticismo de muchos de sus contemporáneos acerca de la inmortalidad del alma después de la muerte, pues a los ojos de Gregorio los milagros *post mortem* constituyen una «prueba» irrefutable de que las almas efectivamente siguen viviendo en el más allá.

Centrándonos en el tríptico originario formado por los tres primeros libros, la estructura de conjunto es bastante clara: los libros I y III constituyen una «antología de milagros de diversos santos de Italia», según el modo de composición, por ejemplo, de las *Historias de los monjes de Siria* de Teodoreto; mientras que el libro II, colocado intencionadamente en el centro de los otros dos, trata sobre la vida y milagros de un único taumaturgo, san Benito de Nursia, el gran santo de la Italia del siglo VI, al estilo, por ejemplo, de la *Vida de Martín* de Sulpicio Severo. De este modo, desde el punto de vista estructural, la figura de san Benito alcanza todo el relieve y la importancia que a juicio de Gregorio

merece, flanqueada a uno y otro lado por otros santos italianos, por así decir, de menor entidad o categoría.

Ahora bien, si el contenido de los tres primeros libros es muy parecido, la estructura interna de los libros I y III presenta, en cambio, algunas diferencias con respecto a la del libro II, debido a su diferente concepción: «serie de biografías» / «biografía única». Así, los libros I y III, constituidos por la suma de numerosas «vidas», presentan para cada uno de los biografiados una estructura interna que incluye, de modo ideal, los siguientes elementos: 1) datos identificativos del santo: nombre, época en la que vive, lugar de residencia y breve alusión a sus virtudes o a su vida de santidad en general; 2) fuentes de información: nombre del informador y datos que garantizan la veracidad de su testimonio (en ocasiones se aportan distintas fuentes para los diversos milagros del santo); 3) narración de los milagros; 4) ilustración sobre la conducta piadosa o sobre alguna virtud del santo (muy raras veces); 5) breves digresiones o excursos de carácter didáctico o doctrinal a partir de las preguntas planteadas por el interlocutor Pedro, situados en mitad de la narración de los milagros o al final de la biografía; 6) apostillas conclusivas de Pedro o del propio Gregorio como cierre de cada relato biográfico.

En cuanto al orden expositivo o el modo en que se relacionan estructuralmente las diversas biografías entre sí, en algunas ocasiones (concretamente once veces) Gregorio actúa por simple yuxtaposición, es decir, sin que el nuevo capítulo ofrezca ningún nexo de unión con el anterior[6]. En estos casos, no es raro que el autor introduzca una frase de transición para marcar el cambio brusco de época («pero debemos dejar de hablar ya de los hechos del pasado. Hay que volver a los hechos que han tenido lugar en nuestros días») o de lugar («¿quieres que te cuente ahora algo de la región de Tuscia?»). Sin embargo, en la mayoría de los casos Gregorio hace avanzar el relato por lo que podríamos denominar «asociación de ideas». De este modo, en los libros I y III es posible encontrar muchos capítulos que conforman entre sí pequeños bloques que comparten algún rasgo en común de tipo geográfico, temático, temporal, etc. Así, los tres primeros capítulos del libro I están protagonizados por tres monjes del mismo monasterio, siendo el primero y el segundo de ellos maestro y discípulo, respectivamente. Los capítulos 4, 5 y 6 tienen por protagonistas a tres santos de la región de Valeria, dos de ellos de la misma ciudad: Ancona. Los capítulos 7 y 8 refieren los milagros de dos monjes —un prior y un abad— de la región del Lacio. Los capítulos 9 y 10 están dedicados a sendos obispos de la región de Tuscia. Por último, los capítulos 11 y 12 vuelven a hablar, de nuevo, de dos santos de la región de Valeria. Así pues, en el primer libro los personajes se agrupan,

6. I, 4; I, 7; I, 9; III, 5; III, 20; III, 22; III, 23; III, 26; III, 33; III, 36; III, 37.

básicamente, siguiendo un criterio geográfico. Por su parte, el libro III se inicia con cuatro capítulos dedicados a personajes de fecha antigua, comenzando por Paulino de Nola (siglo V). Los otros tres personajes (caps. 2, 3 y 4) realizan sus milagros en Grecia (dos de ellos en la misma ciudad: Corinto), en el transcurso de tres viajes diferentes a Constantinopla en visita al emperador. Los santos de los capítulos 2 y 3 tienen en común, además, el hecho de ser papas. A partir del capítulo 5 se pasa a relatar ya hechos recientes, es decir, pertenecientes a la época de los godos, especialmente del reinado de Totila. Concretamente, los santos de los capítulos 4 al 13 tienen en común el hecho de ser todos ellos obispos. Dentro de este bloque «episcopal», los capítulos 9 y 10 comparten la misma fuente de información y narran milagros semejantes: sendos ríos se pliegan a las órdenes de los santos y les obedecen. Los capítulos 11 y 12 narran también prodigios similares, consistentes en la «división de la lluvia». Finalmente, los capítulos 12 y 13 se ubican en la misma época (la del rey Totila) y en la misma región (Umbría). Al bloque «episcopal» le sucede luego un bloque «monacal». En efecto, los capítulos 14 a 19 tienen en común el que todos los biografiados son monjes. Este bloque se une al anterior por el hecho de que sus dos primeros capítulos (14 y 15) se centran en santos residentes en la región de Umbría (como los de los capítulos 12 y 13 del bloque «episcopal»). Además, los cuatro primeros santos del bloque «monacal» son todos ellos eremitas (caps. 14 a 17). Por su parte, los capítulos 18 y 19 comparten un mismo tipo de prodigio, como el propio Gregorio se encarga de subrayar: «En nuestros días ha tenido lugar un hecho similar a este milagro tan antiguo, pero con la intervención del elemento contrario». En efecto, en un caso el fuego no puede quemar al santo, en el otro el agua no puede inundar la iglesia en la que se encuentran refugiados los fieles. Los capítulos 20 y 21 comparten un mismo protagonista: el diablo. Los capítulos 23 y 24 tienen en común el hecho de producirse los dos en una iglesia de san Pedro, aunque en regiones muy diferentes. En efecto, es sólo ese dato en común lo que lleva a Gregorio a la asociación de ideas: «Puesto que el milagro que acabo de contar se produjo en el monasterio de San Pedro Apóstol de la ciudad de Palestrina, ¿quieres oír también algo que aconteció en relación con los custodios de la iglesia de San Pedro en esta ciudad de Roma?». Los capítulos 24 y 25 están consagrados a sendos sacristanes pertenecientes a una misma iglesia. Por lo demás, dado que el narrador se ha ido deslizando de nuevo hacia milagros o santos de fechas antiguas, antes de comenzar el capítulo 26 Gregorio vuelve a echar mano de una frase de transición: «Debemos reconducir nuestro relato hacia los padres de nuestra época». Tras un capítulo dedicado al monje Menas, los capítulos 27 a 32 forman un bloque temático uniforme centrado en el asunto de las «persecuciones contra los cristianos». El 27 y

el 28, concretamente, muestran el martirio de dos grupos de campesinos cristianos a manos de las hordas lombardas paganas. Los capítulos 29 y 30 muestran la otra cara de la moneda: la protección divina para con los fieles católicos ante la impiedad arriana de esos mismos lombardos. Finalmente, los capítulos 31 y 32 vuelven a relatar dos martirios provocados por los arrianos: el de Hermenegildo a manos del visigodo Leovigildo y el de un grupo de obispos africanos a manos de los vándalos. Tras este bloque temático, Gregorio vuelve a retomar el hilo de la narración con una nueva frase de transición: «Como condena de la herejía arriana baste ya con lo que hemos dicho. Ahora volvamos a los prodigios que han tenido lugar recientemente en Italia». Los capítulos 33 y 35 (el 34 constituye un mero excurso didáctico sobre las diversas clases de «compunción», en el que no se narra prodigio alguno) están unidos por el hecho de que los dos santos protagonistas realizan un mismo tipo de prodigios: la curación de enfermedades. Finalmente, el último capítulo del libro III, el 38, en el que el obispo Redento tiene una extraordinaria visión sobre la llegada inminente del fin del mundo, sirve de perfecta introducción para el contenido del libro IV, dedicado todo él al mundo de ultratumba. En definitiva, parece claro que, a excepción de algunos casos en los que Gregorio opera por simple yuxtaposición, el nexo de unión entre las distintas biografías de los libros I y III viene dado, fundamentalmente, por la «asociación de ideas».

En lo que se refiere al libro II, dedicado todo él a la vida y milagros de un único protagonista, san Benito, el orden expositivo adopta, como era de esperar, un criterio distinto, concretamente un orden cronológico, narrando los episodios desde la infancia hasta la muerte del santo; si bien las noticias biográficas son, de hecho, bastante vagas y de carácter muy genérico, ya que en este libro, como ya hemos dicho, lo verdaderamente importante son también los milagros, exactamente igual que en los libros I y III. De todos modos, se pueden distinguir los siguientes hitos en la vida del santo: breve introducción sobre la infancia y la juventud de Benito, abandono de los estudios y de la casa familiar para dedicarse a la vida religiosa, llegada a Affile acompañado de su nodriza y realización del primer milagro, abandono de la nodriza y llegada a las soledades de Subiaco. Benito vive allí una vida de eremita durante tres años, con la ayuda ocasional del monje Román. Finalmente, el santo eremita es descubierto por un presbítero y por unos pastores, con lo que la fama de su vida de santidad se propaga por todo el contorno. Tras vencer la tentación de la lujuria, Benito es nombrado abad de un monasterio cercano, pero los monjes, no pudiendo soportar la severidad de la disciplina del nuevo abad, intentan asesinarlo. Benito regresa entonces a su vida de eremita, pero muy pronto, ante la afluencia de mucha gente atraída por sus prodigios y milagros, funda doce monasterios, inaugu-

rando así su etapa de vida cenobítica. La envidia provocada por su fama de santidad lleva al presbítero Florencio a un segundo intento de asesinato del santo. Benito marcha entonces a otros parajes y comienza la construcción del monasterio de Montecassino, sobre un antiguo templo de Apolo. En este punto el narrador, desde el capítulo 12 hasta el capítulo 22, adopta un criterio temático, acumulando una amplia serie de milagros «cognitivos» del santo (profecías, clarividencias, precogniciones, etc.), algunos de ellos referidos al rey Totila, quien habría visitado al santo atraído por la fama de sus prodigios. El capítulo 33 recoge un milagro obrado por la hermana del santo, Escolástica, mientras que el 34 narra la visión que tuvo Benito del alma de su hermana ascendiendo al cielo en el momento de su muerte. En el capítulo 36 se nos informa sobre la *Regla* monástica escrita por san Benito. El 37 se centra en la muerte del santo, profetizada por él mismo, y el 38 y último narra un milagro *post mortem* realizado en la antigua cueva de Subiaco. Para todos estos datos biográficos, así como para el relato de los milagros, el autor asegura al comienzo del libro II que se ha servido del testimonio de cuatro discípulos de san Benito, los cuatro abades de distintos monasterios: Constantino, Valentiniano, Simplicio y Honorato. A ellos se añaden, secundariamente, los testimonios de Aptonio y Peregrino para los capítulos 26 y 27, respectivamente.

Por último, la estructura interna del libro IV presenta notables diferencias con respecto a la de los tres primeros, en consonancia con su distinta naturaleza y finalidad. De entrada, es verdad que la materia de los cuatro libros de los *Diálogos* se caracteriza, unitariamente, por la suma de dos elementos complementarios: narración de milagros + excursos explicativos, doctrinales o teológicos. Pero mientras que en los tres primeros libros lo sustancial es la narración de los milagros, y los excursos constituyen algo meramente accesorio, en el libro IV la situación se invierte totalmente: lo fundamental en él pasa a ser la demostración de la doctrina escatológica de que el alma sigue viviendo después de la muerte, mientras que los prodigios sirven únicamente para demostrar o ejemplificar dicha tesis. De hecho, como ya ha quedado dicho, la tercera parte del total del libro IV es de carácter argumentativo, no narrativo. Y ello mismo explica también que la proporción de citas o referencias bíblicas (traídas en apoyo de la argumentación) aumenten considerablemente en dicho libro IV, donde encontramos hasta el 43% del total de las mismas (frente al 12% del libro I, el 23% del libro II y el 22% del libro III). En suma, el carácter eminentemente doctrinal del libro IV condiciona inevitablemente su diferente estructura. Es verdad que en las narraciones propiamente dichas de prodigios se mantiene, para cada capítulo, la estructura señalada para los libros I y III: datos identificativos del santo (o, en su caso, del pecador), fuentes de información, narración

de los prodigios, etc., pero en lo que se refiere a la doctrina escatológica, ésta ya no se presenta a manera de excursos subordinados a la narración, sino que tal doctrina ofrece una total autonomía y se erige, de hecho, en el contenido fundamental y vertebrador del libro IV: ahora los prodigios sirven para explicar, aclarar o confirmar la teoría, mientras que en los tres primeros libros la teoría servía para explicar diversos pormenores o cuestiones dudosas surgidas al hilo de la narración de los milagros. Y así, en el libro IV Gregorio expone siempre, en primer lugar, los «argumentos racionales» (apoyados casi siempre en referencias bíblicas), y sólo en segundo lugar narra los «testimonios» de diversos prodigios que avalan dicha teoría doctrinal. Y ello de acuerdo con la petición expresa del diacono Pedro al final del libro III: «muchísima gente que se halla dentro del seno de la santa Iglesia tiene dudas sobre la vida del alma después de la muerte del cuerpo. Por eso te ruego que expongas, para edificación de esa gente, tanto los *argumentos racionales* de los que ellos pueden servirse como los *testimonios* de las almas que te vengan a la mente, a fin de que quienes recelan de ello sepan que el alma no fenece con el cuerpo».

De este modo, los argumentos racionales de la tesis principal del libro IV —la supervivencia del alma después de la muerte del cuerpo— aparecen expuestos en los siete primeros capítulos. A continuación, los capítulos 8-25 sirven para ejemplificar dicha tesis con una serie de milagros: los capítulos 8-11, en concreto, narran prodigios en los que el alma es vista salir del cuerpo del difunto en el momento mismo de su muerte; en los capítulos 12-20 los santos o sus allegados experimentan la «visión» de diversos seres celestiales que reconfortan las almas de los difuntos en el tránsito; en los capítulos 22-25 se describe una serie de prodigios producidos inmediatamente después de la muerte de los hombres justos. Al finalizar el capítulo 25 se introduce una nueva cuestión teológica: ¿Los justos van al Cielo antes del Juicio Final? Dicha tesis es defendida en el capítulo 26 mediante argumentos racionales y testimonios bíblicos. Los capítulos 27 y 28 tratan, mediante argumentos racionales y prodigios concretos, sobre los diversos tipos de predicciones o profecías de los moribundos. Los capítulos 29-33 defienden la tesis de que los pecadores van también al Infierno antes del Juicio Final: en los dos primeros capítulos, de un modo teórico y argumentativo; en los tres siguientes, de un modo práctico y narrativo. Los capítulos 34-36 abordan una nueva cuestión: ¿Los buenos reconocen a los buenos en el Cielo, y los malos a los malos en el Infierno?: en el primero de ellos de un modo argumentativo, en los dos siguientes de un modo narrativo, aportando prodigios concretos. Los capítulos 37-40 están dedicados al asunto de las «visiones del Cielo y del Infierno» por parte bien de los moribundos (cap. 40), bien de los «muertos por error» que tras regresar a la vida

cuentan lo que han visto (37-39). En los capítulos 41-43 se desarrolla el tema de la existencia del Purgatorio: en el primero de ellos de un modo teórico, en los dos siguientes de un modo práctico y narrativo. Tras el tema del Purgatorio, los capítulos 44-47 se detienen en diversas cuestiones relativas al Infierno y a la condenación eterna, expuestas exclusivamente desde un punto de vista teórico y argumentativo. Los capítulos 48 y 49 desarrollan, mediante ejemplos concretos, el tema del «miedo a la muerte y al Juicio de Dios». Los capítulos 50-51 (a raíz de la narración en el capítulo anterior de tres sueños de otros tantos moribundos) plantean la cuestión de la «credibilidad o no de los sueños»: el primero de ellos de un modo teórico, el segundo de un modo práctico, aportando un ejemplo concreto. Finalmente, los capítulos 52-62 tratan, tanto mediante argumentos teóricos como con prodigios concretos, un único asunto: el del tipo de acciones que pueden aprovechar a las almas del Purgatorio. En este sentido, se habla primeramente de la inutilidad de enterrar a los pecadores en las iglesias (52-56), y seguidamente de la utilidad del ofrecimiento de la hostia eucarística por los difuntos (57-62). En definitiva, la estructura interna del libro IV viene determinada por una ordenada alternancia de «argumentos racionales» a los que sigue, habitualmente, la narración de «milagros concretos» que demuestran, en la práctica, los argumentos que previamente han sido expuestos de un modo teórico y discursivo.

6. EL CONTENIDO DE LA OBRA: LOS MILAGROS

Los *Diálogos* de Gregorio Magno presentan, como ha quedado dicho, dos tipos de contenidos principales: la narración de prodigios y la explicación de diversas cuestiones doctrinales o teológicas. El primer tipo de contenido es, con diferencia, el predominante en los libros I, II y III, mientras que el segundo constituye el hilo conductor y la materia vertebradora del libro IV. Pero, en todo caso, como también se ha dicho, los milagros están presentes en el conjunto de los cuatro libros y son la verdadera razón de ser de toda la obra y lo que, en última instancia, le da verdadera unidad al conjunto.

La obra hagiográfica de Gregorio Magno constituye un ingente mosaico de milagros de toda naturaleza y condición: 231 en total (si se incluyen algunos prodigios a los que se alude tan sólo de modo genérico), distribuidos del libro I al IV del siguiente modo: 44 + 51 + 67 + 69. Algunos de ellos están inspirados en milagros bíblicos (en ocasiones, el parecido con tales milagros es señalado por el propio narrador o por su interlocutor Pedro), otros están extraídos de diversas obras hagiográficas anteriores, otros sacados del folclore popular, otros de la tradición oral.

Pero todo este cúmulo de hechos extraordinarios y sobrenaturales puede clasificarse, tipológicamente, en tres clases de prodigios fundamentales: «milagros operativos», «milagros cognitivos» y «sueños o visiones».

Los «milagros operativos» son los más abundantes (145), si bien no todos ellos son atribuibles a la acción directa de los santos taumaturgos, sino que muchos de ellos son obrados directamente por Dios con el fin de ayudar, proteger u honrar a sus varones elegidos. Así, una primera función de los «milagros operativos divinos» (51 de los 145) tiene como objeto rendir homenaje al santo y proclamar al mundo entero su santidad (a veces en vida del mismo, pero sobre todo tras su muerte). Por ejemplo, un torbellino de viento venido del Cielo arrojó el arcón de trigo que un campesino irreverente había colocado sobre el sepulcro de san Equicio, «para que todos conocieran claramente cuán grandes méritos tenía el varón cuyo cuerpo yacía allí». Otras veces se produce un terremoto o un temblor de tierra en el momento mismo de la muerte del santo, subrayando así su glorificación. La santidad puede ser proclamada también mediante la conservación del cuerpo incorrupto del santo, la curación milagrosa de las heridas del cadáver o el fragante olor despedido por la carne putrefacta; o bien mediante la aparición de una luz resplandeciente, un olor delicioso o una música dulcísona en el momento mismo de la muerte. Una segunda función muy frecuente de los milagros divinos es la de proteger a los santos o a los fieles católicos de todos aquellos individuos que los persigan, maltraten, afrenten, desprecien, tienten o simplemente les molesten o importunen. Los malvados se exponen, en efecto, a sufrir la «cólera de Dios» (a veces mediante la previa «maldición» del santo). El castigo puede consistir en la paralización de los miembros, en la posesión diabólica, en la ceguera, en el envío de una enfermedad o de una lesión corporal y hasta en la muerte misma. Un ejemplo extremo de la punición divina es el del pobre artista callejero que, por haber irritado al santo Fortunato al aporrear sus címbalos delante de su puerta cuando el hombre de Dios se disponía a comer, fue castigado por Dios con la muerte fulminante mediante una enorme piedra que se desprendió súbitamente del techo y cayó sobre su cabeza. En ocasiones, el castigo de los malvados se confunde con el conocido tópico historiográfico de la «muerte de los perseguidores». Por ejemplo, Dios castiga con la muerte al rey arriano Teodorico, enemigo de la fe cristiana y perseguidor de los fieles católicos. Con cierta frecuencia, el castigo de los malvados termina tan pronto como éstos dejan de perseguir o hacer el mal a los hombres de Dios. Por lo demás, la acción punitiva divina se aplica no sólo a quienes molestan o persiguen a los santos, sino que se extiende también a todos los pecadores que desobedecen las leyes divinas: los lujuriosos, los vanidosos, los blasfemos, los soberbios, los desobedientes, los ladrones, los herejes, los violadores,

los asesinos, etc. Una tercera y última función de los prodigios obrados por Dios es la de velar por la protección física y material de sus varones elegidos. Por ejemplo, la roca que amenazaba con destruir la cueva y la vida del monje Martín «dio un salto, para no tocar el techo de la caverna de Martín, y, como evitando herir al siervo de Dios, fue a caer mucho más lejos». Y, a continuación, el hagiógrafo apostilla lo siguiente: «El que cree firmemente que todas las cosas son dispuestas por la divina Providencia es consciente de que ello fue realizado por obra de los ángeles, siguiendo una orden de Dios todopoderoso». La salvación de un naufragio, la liberación de un cautiverio, la curación de enfermedades, la protección del cadáver de la voracidad de las fieras, la evitación de que el fuego queme a los santos, etc., son otros ejemplos claros de la protección física de Dios hacia los santos o hacia los fieles cristianos en general.

En lo que se refiere a los «milagros operativos obrados por los santos mismos» (94), prácticamente todos ellos se encuentran concentrados en los tres primeros libros. En el libro IV sólo aparece un milagro de esta naturaleza: la curación de un endemoniado, sanado de su mal al tocar la dalmática colocada encima del féretro de san Pascasio. Los milagros operativos de los santos son muy variados, si bien determinadas tipologías son especialmente recurrentes. Antes de nada, habría que hacer una distinción previa entre los milagros operativos realizados en vida del santo y los milagros *post mortem*. La segunda clase de prodigios tiene escasa presencia en los *Diálogos*: sólo aparece constatada en nueve ocasiones (y aun en dos de ellas de forma genérica). Habitualmente se trata de milagros obrados en beneficio de los mortales: curación de enfermedades, expulsión de demonios, producción de lluvia para combatir la sequía, protección ante las desgracias materiales o ante la persecución religiosa, etc. Los milagros se producen generalmente ante la tumba del santo o bien por mediación de alguna reliquia suya (la cueva donde vivió el santo, la ropa o cualquier otro objeto personal). Por lo demás, el hagiógrafo suele insistir, en estos casos, en la importancia de la fe del beneficiario o sus deudos en la consecución del milagro para que éste pueda llevarse efectivamente a cabo. Pasando ya a los milagros obrados en vida del santo, el tipo de prodigios más frecuente es, sin duda, la «curación de enfermedades» (16 milagros). Los santos sanan todo tipo de dolencias (ceguera, cojera, mudez, parálisis, lepra, erupciones cutáneas, síncopes, fiebres, rabia) y todo tipo de lesiones (piernas rotas, brazos paralizados, cuerpos aplastados, etc.). En una ocasión, la acción del santo tiene efectos «preventivos», más que «curativos», evitando, por ejemplo, que un niño muera o quede gravemente malherido en su caída desde lo alto de un monte. Generalmente, las curaciones se producen por mediación de la oración o de las lágrimas del santo, por la aplica-

ción de la señal de la cruz o de agua bendita, por el intermedio de la hostia eucarística o por la imposición de las manos sobre la zona en la que se localiza el mal. Con ello se deja claro que el milagro depende, en última instancia, de la voluntad y la potestad de Dios. Un segundo tipo de milagro operativo muy frecuente es el de la «expulsión del diablo» del cuerpo de los endemoniados, prodigio que aparece constatado en los *Diálogos* doce veces, además de otras dos ocasiones en las que el Demonio es expulsado por el santo de una iglesia y de un monasterio en construcción. Los exorcismos se llevan a cabo, habitualmente, mediante la oración (acompañada en ocasiones por la señal de la cruz), pero existen también otros medios más expeditivos: ordenar a gritos al Demonio que abandone el cuerpo del endemoniado, tenderse encima del poseso, golpearle con una vara o darle un bofetón. Un tercer tipo de prodigios bastante frecuente es el que pone de manifiesto el dominio que los santos ejercen sobre las fuerzas de la naturaleza (10 prodigios): el fuego, el viento, la tierra, la lluvia, los ríos, el agua, etc., les obedecen, les respetan y se someten enteramente a su voluntad. Los santos, en efecto, pueden detener un incendio, producir lluvia repentina, hacer brotar agua de una roca, caminar sobre las aguas, modificar la madre de un río o hacer regresar las aguas a su cauce después de una inundación, solidificar el agua para evitar el ahogamiento de los fieles, etc. Junto a su ascendiente sobre las fuerzas de la naturaleza, los santos manifiestan también, a menudo, su dominio sobre las bestias salvajes (7 prodigios). Así, los más diversos animales (serpientes, leones, osos, cuervos, orugas, aves, etc.) se ponen al servicio del santo, colaboran con él, le obedecen o se abstienen de hacerle daño. Un cuarto tipo de milagros es el basado en la «multiplicación» (de aceite, vino, trigo o pan), siguiendo el ejemplo del famoso milagro de Jesús de la multiplicación de los panes y los peces (7 prodigios). Junto a ellos, encontramos también un milagro de conversión de agua en aceite, siguiendo en este caso la conversión del agua en vino por Jesús en las bodas de Caná. Como siempre, la mayoría de las veces el santo realiza tales prodigios por medio de la oración, acompañada a veces por el agua bendita o la colocación del producto en cuestión sobre un altar. Un quinto tipo de milagros operativos es el del «castigo de los malvados»: el santo, lo mismo que Dios, llega a vengarse a veces directamente de quienes le persiguen, maltratan o intentan hacerle daño, recurriendo a diversos castigos (7 prodigios): paralización de los miembros (del brazo de un verdugo, del cuerpo de un ladrón, de los caballos de unos perseguidores), posesión diabólica, maldición para que el malvado no alcance la dignidad episcopal, etc. En una ocasión el santo, tras implorar oportunamente a Dios, llega a matar milagrosamente a una zorra que se comía sus gallinas. Finalmente, un sexto tipo de milagros relativamente frecuente es el de la «resurrección de un muerto». Se

trata del prodigio más extraordinario de todos, propio de los tiempos apostólicos. Por ello mismo la natural humildad de los santos se muestra reacia casi siempre a realizar tal clase de milagros, como se pone de manifiesto, por ejemplo, en las siguientes palabras de san Benito cuando un campesino le implora y le suplica que resucite a su hijo: «Estas cosas no son de nuestra incumbencia, sino de los santos apóstoles. ¿Por qué quieres imponernos una carga que no podemos llevar?». De todos modos, finalmente los santos, a la vista del profundo dolor de los familiares, suelen apiadarse y terminar por realizar el prodigio. Ello ocurre en los *Diálogos* en seis ocasiones, además de otras tres en las que la resurrección es obrada directamente por la misericordia divina.

En lo que se refiere a los «milagros cognitivos», encontramos en los *Diálogos* 29 ejemplos. Estos prodigios son realizados directamente también por los propios santos (a diferencia de los sueños o visiones), pero, frente a los prodigios operativos, no tienen efecto material alguno, sino que se trata de hechos sobrenaturales de orden intelectual, realizados a través de la mente o el pensamiento. Dentro de esta clase de prodigios se pueden distinguir cuatro tipos principales: profecías, clarividencias, precogniciones y comunicaciones o conocimientos telepáticos. Las «profecías» o predicciones de acontecimientos futuros realizados por los santos por inspiración divina constituyen uno de los elementos más habituales de la literatura hagiográfica. En los *Diálogos* se enuncian hasta doce profecías, seis de ellas por boca de san Benito, sin duda el santo taumaturgo dotado de mayor espíritu profético de todos. Las profecías pueden predecir hechos futuros muy próximos (por ejemplo, algo que ocurrirá al día siguiente), o, más habitualmente, hechos muy alejados en el tiempo, profetizados con muchos años de antelación. Son, asimismo, de muy diferente calado en cuanto a la importancia de los hechos que se predicen, desde sucesos bastante baladíes (el conde Teófanes predice que el día de su muerte cesará la lluvia torrencial y, de ese modo, su mujer podrá enterrarlo sin problemas), hasta acontecimientos de gran importancia, como, por ejemplo, la profecía por parte de san Benito de la futura destrucción del monasterio de Montecassino a manos de los bárbaros. En todo caso, el tipo de profecía más recurrente (cuatro ejemplos) es la predicción de la propia muerte o la de personajes importantes, como, por ejemplo, la predicción de la muerte del rey Totila, profetizada por san Benito, o la del rey vándalo de África, predicha por san Paulino de Nola.

En cuanto al don de la «clarividencia», consiste en la facultad sobrenatural de ver y conocer cosas no perceptibles por el ojo humano, bien porque se hallan ocultas a la vista (o el santo en cuestión es ciego), bien porque el hecho se produce en un lugar muy distante de donde se encuentra el hombre de Dios. En los *Diálogos* encontramos doce prodi-

gios de esta naturaleza. De nuevo, la mayoría de ellos (siete) se atribuyen a san Benito. Éste conoce, por ejemplo, como si estuviera presente, que su discípulo Plácido se está ahogando en el río, o que sus monjes u otras personas han cometido actos censurables o prohibidos por la regla monástica (algunos de sus monjes han comido fuera del monasterio, han aceptado unos pañuelos, un criado ha hurtado un barril de vino). Asimismo, por el don de la clarividencia san Benito descubre la ponzoña oculta dentro del pan con el que pretenden envenenarle o descubre el engaño del escudero Rigo, que simula ser el rey Totila vistiendo sus ropas y haciéndose acompañar por todo su séquito. También Sabino, obispo de Canosa, a pesar de ser ciego, reconoce al rey Totila, que pretende engañarle igual que a Benito, o descubre el veneno en el vino con el que intentan asesinarlo. Por su parte, el monje Isaac conoce, como si lo hubiera visto, que un criado le ha hurtado una cesta de alimentos o descubre que unos falsos mendigos que llegan a él semidesnudos pidiendo caridad han escondido sus ropas en el camino. En suma, la mayoría de las veces el don de la clarividencia le sirve al santo para descubrir hechos ocultos con los que determinados individuos pretenden engañarlo o atentar incluso contra su vida.

El don de la «precognición» podría definirse como la capacidad de conocer de antemano, de manera extrasensorial o sobrenatural, un acontecimiento del futuro más inmediato. Se acerca en cierto modo a la profecía, pero es de mucha menor entidad, pudiéndose equiparar más bien a una especie de «presentimiento» divino, es decir, a la adivinación de una cosa antes de que suceda, pero sin que tal adivinación esté basada en ningún indicio ni señal racional, sino sólo en la inspiración celestial. El prodigio aparece tres veces en los *Diálogos*: san Equicio presiente de antemano, con solo verlo, que Basilio no es un auténtico monje, sino un brujo o hechicero, como muy pronto terminará demostrándose. El mismo santo, ante el aplazamiento por parte del *defensor* Julián del viaje a Roma para visitar al Pontífice, le dice apesadumbrado: «Me entristeces, hijo, porque si no partimos hoy, mañana ya no salimos», como, en efecto, sucedió. Por su parte, el monje Isaac ordenó poner en el huerto un número determinado de azadones presintiendo la llegada por la noche de unos ladrones que a la postre, arrepentidos, habrían de trabajar en el huerto. Pues bien, a la mañana siguiente «entrando en el huerto con los hermanos, encontró trabajando en él a tantos obreros como azadones había ordenado arrojar allí».

Finalmente, en dos ocasiones aparecen en los *Diálogos* sendos casos de «telepatía» o transmisión de pensamientos por medios sobrenaturales, los dos atribuidos de nuevo a san Benito, el campeón sin duda de los «milagros cognitivos». Así, en una ocasión el santo descubre el pensamiento soberbio de un monje que se rebelaba mentalmente ante la idea humi-

llante de estar sirviendo de pie al santo mientras éste se hallaba comiendo tranquilamente sentado. En otra ocasión, mediante un doble sueño, san Benito les transmite al abad y al prior del nuevo cenobio de Terracina las instrucciones precisas para la construcción de dicho monasterio.

El tercer y último tipo de prodigios de los *Diálogos* está representado por los «sueños y visiones» (57 en total). Si los milagros operativos y cognitivos son los más habituales en los tres primeros libros, la mayoría de los sueños o visiones se concentran, en cambio, en el libro IV, donde se computan hasta 41 casos. Ello es lógico y natural, si se tiene en cuenta, como veremos, que la función principal de este tipo de prodigios en la obra de Gregorio no es otra que la de demostrar, de una u otra forma, que el alma de los difuntos sigue viviendo después de la muerte, cuestión que constituye el tema específico del libro IV. De todas formas, en los tres primeros libros no dejan de aparecer algunos milagros de esta naturaleza: 4 + 8 + 4. Antes de nada hay que decir que en la literatura hagiográfica, desde el punto de vista funcional, no parece existir ninguna diferencia entre los «sueños» y las «visiones»: ambas manifestaciones son de origen divino y cumplen una idéntica función, la de poner en contacto a la divinidad con los hombres. De hecho, en muchos casos ni siquiera es posible dilucidar a ciencia cierta si estamos ante un sueño o una visión, pues el término latino *visio* puede referirse, en realidad, tanto a una cosa como a otra. En ese sentido, en nuestra traducción, hemos optado por traducir «sueño» cuando en el texto latino aparece expresamente el vocablo *somnium* o bien cuando al lado del término *visio* aparece alguna alusión a la noche (*visio nocturna*, por ejemplo), reservando la traducción «visión» para el resto de los casos.

La finalidad de los sueños y visiones en los *Diálogos* es muy diversa. Una primera función es la de confortar y fortalecer la virtud de los santos en vida, animando a los elegidos a continuar por la senda del bien y librándoles de todo tipo de pesadumbres o tentaciones. Así, por ejemplo, a san Equicio, abrumado en su juventud por la tentación de la lujuria, una noche se le apareció un ángel en sueños que le castró, cortándole de raíz «toda la excitación de sus miembros genitales», de modo que «desde ese momento se mantuvo tan ajeno a la tentación como si ya no tuviera órganos sexuales en su cuerpo». Una segunda función es la de transmitir a los santos o a otras personas una orden, una instrucción o una información procedente de la divinidad: el mismo san Equicio, por ejemplo, recibe en sueños la orden divina de salir a predicar, a pesar de no ser sacerdote, al tiempo que en otro sueño divino se le ordena al Papa no perseguir al santo por dicha predicación. Un tercer cometido importante de los sueños o visiones es la comunicación a los elegidos por parte de la divinidad de un acontecimiento futuro. Por ejemplo, al obispo Redento, en un estado de duermevela, se le anuncia la futura invasión de Italia por

parte de los lombardos, invasión que parece presagiar la llegada inminente del fin del mundo. Pero el hecho futuro que con más frecuencia es anunciado desde las regiones celestiales es la próxima muerte del santo o de otras personas. En estos casos, en un par de ocasiones no asistimos tanto a una «visión» como a una «audición», en donde una voz procedente del Cielo es la encargada de comunicar la noticia de la muerte. Una cuarta función importante de las visiones en los *Diálogos* —presente exclusivamente en el libro IV— es la de escenificar la «llamada» de las almas de los santos al Cielo y confortarlas en el difícil momento del tránsito, mediante la aparición a los moribundos o a sus allegados de diversos seres celestiales (ángeles, apóstoles, mártires, profetas, el propio Jesús o la Virgen María), quienes les confirman su inminente ascensión al Cielo y les facilitan de ese modo el trago amargo de la muerte. Una quinta función de las visiones es mostrar cómo el alma del santo o del pecador abandona el cuerpo al morir y asciende hacia el Cielo o se encamina hacia el Infierno. El prodigio aparece en tres ocasiones en el libro II. En dicho libro su finalidad es, simplemente, la de dar a conocer a los seres queridos ausentes la muerte del santo. Así, por ejemplo, san Benito desde su celda «alzando los ojos a las regiones celestes vio cómo el alma de su hermana, tras salir de su cuerpo, penetraba en forma de paloma en los misterios del Cielo». Es frecuente, como en el caso de Escolástica, que el alma sea vista en forma de paloma; otras veces el alma es transportada por los ángeles en un globo de fuego o bien asciende al empíreo por un camino alfombrado y resplandeciente flanqueado de antorchas. En el libro IV, en cambio, la finalidad de este mismo tipo de visión es distinta: demostrar, de acuerdo con la tesis principal defendida en dicho libro, que el alma del santo o del pecador sigue viviendo después de la muerte del cuerpo. Con frecuencia la entrada al Infierno se ubica en los cráteres de los volcanes de las islas de Sicilia. Una sexta función de las visiones (prácticamente exclusiva, de nuevo, del libro IV) es similar a la anterior: mostrar cómo el alma de los muertos ha llegado ya al Cielo, al Infierno o al Purgatorio, donde sigue viviendo después de la muerte del cuerpo. El Purgatorio aparece identificado en un par de ocasiones con unas termas, en las que los que han incurrido en pecados veniales purgan sus penas en medio de sofocantes vapores. El octavo y último tipo de visiones presente en los *Diálogos* consiste en la «visión del Demonio o del Infierno», unas veces con la finalidad, simplemente, de dar a conocer a los santos la presencia del mal y actuar en consecuencia; pero la mayoría de las veces (libro IV) con el fin de provocar el arrepentimiento del visionario ante sus malas obras y ayudarle de ese modo a salvar su alma, o, en todo caso, con el fin de conseguir la corrección del resto de los fieles que tienen noticia de la visión terrorífica por boca de un pecador que ya ha sido condenado irremisiblemente.

7. EDICIONES Y TRADUCCIONES

Los *Diálogos* de Gregorio Magno tuvieron una gran aceptación desde el momento mismo de su aparición. Prueba de su éxito y popularidad es, por un lado, la gran cantidad de manuscritos conservados; por otro, el hecho de que la obra fuera traducida al griego por el papa Zacarías en una fecha tan temprana como mediados del siglo VIII —época a la que remontan también los más antiguos manuscritos latinos conocidos—, o al anglosajón antiguo en el siglo IX por Alfredo de Wessex. A lo largo de la Edad Media se hicieron numerosas traducciones a diversas lenguas: italiano, francés, búlgaro, antiguo eslavo, islandés, árabe, catalán, español, etc. Con la aparición de la imprenta el número de traducciones aumentó de modo considerable. El libro II de los *Diálogos*, dedicado a la vida de san Benito, comenzó a editarse por separado desde fecha antigua. Especial atención merece, en este sentido, la vida de san Benito que precede a la obra de A. de Nuce, *Chronica sacri monasterii Casinensis* (Paris, 1668).

En el apartado de las ediciones críticas, destacan dos importantes ediciones antiguas: en el siglo XVIII, la de D. de Sainte-Marthe, *Sancti Gregorii Papae I cognomento Magni Opera omnia* (Paris, 1705), basada en 21 manuscritos franceses, edición que fue luego incluida por Migne en su *Patrología Latina* (t. 77, 127-432: libros I, III y IV; y t. 66, 125-204: libro II); y a principios del siglo XX la edición de U. Moricca, *Gregorii Magni Dialogi Libri IV* (Roma, 1924), basada en 10 manuscritos italianos. Pero las dos grandes ediciones modernas de los *Diálogos* son las de A. de Vogüé, *Grégoire le Grand. Dialogues, Introduction, bibliographie et cartes. Texte critique et notes*, con traducción francesa de P. Antin (Paris, 1978-1979-1980, Sources Chrétiennes, vols. 251, 260, 265); y la de M. Simonetti, *Gregorio Magno, Storie di santi e di diavoli*, con traducción italiana del editor, e introducción y comentario de S. Pricoco (Fondazione Lorenzo Valla, Milano, 2005).

En cuanto a las traducciones, no es posible recoger aquí las muchas que se han hecho desde la aparición de la obra. Señalaremos únicamente las más recientes: la alemana de J. Funk, *Gregor des Grossen Vier Bücher Dialoge* (München, 1933), la inglesa de O. J. Zimmermann, *Saint Gregory the Great, Dialogues* (New Cork, 1959); la francesa de P. Antin, *Grégoire le Grand. Dialogues* (Paris, 1979-1980); la italiana de M. Simonetti, *Gregorio Magno. Storie di santi e di diavoli* (2005); y la catalana de N. Xifra i Riera, *Sant Gregori el Gran, Diàlegs* (Barcelona, 1989-1991).

8. NUESTRA TRADUCCIÓN

La presente versión de los *Diálogos* de Gregorio Magno es la primera traducción moderna de la obra completa que se realiza en lengua española. Del libro II, dedicado a la vida de san Benito, sí existen varias traducciones castellanas en el siglo XX: B. Ávila (Buenos Aires, 1938), F. P. Rivas (Madrid, 1948), L. M. Sansegundo (Madrid, 1954), recogida en la Biblioteca de Autores Cristianos, vol. 115, E. Zaragoza Pascual (1995) o A. M. Santángelo, en la revista argentina *Cuadernos Monásticos* 153 (2005).

Para nuestra traducción nos basamos en el texto establecido por la edición crítica de M. Simonetti (2005). Tenemos también en cuenta la edición crítica de A. de Vogüé (1978-1980). Las notas y comentarios de ambas obras nos han sido de gran ayuda para la confección de las nuestras, especialmente para ciertos pormenores eruditos. Igualmente nos han sido muy útiles sus magníficas introducciones. Adoptamos la división en parágrafos establecida por A. de Vogüé y seguida por M. Simonetti, pero colocando los títulos —para facilitar la labor al lector— al principio de cada capítulo, como hace el editor italiano, y no al comienzo de cada uno de los cuatro libros, como hace —siguiendo a la mayoría de los manuscritos— el editor francés. En todo caso, colocamos dichos títulos entre corchetes, convencidos como estamos de que no son obra del autor. Por lo demás, nuestra traducción pretende ser sumamente respetuosa con el estilo, la sintaxis y el léxico del original, adaptándolos, claro está, a las particularidades gramaticales del español y buscando, al mismo tiempo, la mayor fluidez y elegancia posibles en castellano. Para la traducción de las citas bíblicas no hemos seguido ninguna de las versiones españolas de la Biblia disponibles, sino que ofrecemos nuestra propia traducción. En cuanto a los nombres de lugares (también los de personas) hemos optado por modernizarlos —siempre que ello ha sido posible— con los nombres españoles correspondientes (o, en su defecto, los italianos), aun a riesgo de pecar en algunos casos de anacronismo, con el fin de facilitar al lector moderno la localización de los lugares. La traducción se acompaña de notas aclaratorias para una mejor comprensión del texto, colocadas al final de cada uno de los cuatro libros. Su naturaleza es muy diversa, pero destacan singularmente dos tipos de anotaciones: por un lado, las informaciones sobre los lugares, los personajes y los hechos históricos mencionados en la obra. Por otro, las notas relativas al aspecto hagiográfico, subrayando pormenorizadamente los tópicos y lugares comunes que aparecen de manera recurrente a lo largo de toda la obra, y prestando especial cuidado a la catalogación de los diversos tipos de milagros o prodigios del género hagiográfico.

BIBLIOGRAFÍA

Acerbi, S., *Entre Roma y Bizancio: La Italia de Gregorio Magno a través de su* Registrum epistolarum, Madrid, 2006.

Andrés, M., *Obras de San Gregorio Magno. Regla pastoral. Homilías sobre la profecía de Ezequiel. Cuarenta homilías sobre los Evangelios*, trad. castellana de P. Gallardo, introducción general, notas e índices de M. Andrés, Madrid, 1958.

Boesch Gajano, S. (ed.), *Agiografia altomedievale*, Bologna, 1976.

Boesch Gajano, S., *Gregorio Magno. Alle Origini del Medioevo*, Roma, 2004.

Boglioni, P., «Miracle et nature chez Grégoire le Grand: théorie et thèmes»: *Cahiers d'Études Médiévales* 1 (1974), pp. 11-102.

Ciccarese, M. P., *Visioni dell'aldilà in Occidente. Fonti, modelli, testi*, Firenze, 1987.

Colombás, G. M., Sansegundo, L. M. y Cunill, O. M., *San Benito. Su vida y su Regla*, Madrid, 1968.

Cracco, G., «Uomini di Dio e uomini di Chiesa nell'Alto Medioevo (per una reinterpretazione dei *Dialogi* di Gregorio Magno)»: *Ricerche di storia sociale e religiosa* 12 (1977), pp. 163-202.

Cremascoli, G., *L'exegesi biblica di Gregorio Magno*, Brescia, 2001.

Dagens, C., «Grégoire le Grand et la culture: de la *sapientia huius mundi* à la *docta ignorantia*»: *Revue des Études Augustiniennes* 14 (1968), pp. 17-26.

Evans, G. R., *The Thought of Gregory the Great*, Cambridge, 1986.

Festugière, A. J., «Lieux communs littéraires et thèmes de folklore dans l'hagiographie primitive»: *Wiener Studien* 73 (1960), pp. 123-152.

Fontaine, J., Gillet, R. y Pellistrandi, S. (dirs.), *Grégoire Le Grand. Actes du Colloque International de Chantilly* (15-19 septembre 1982), Paris, 1986.

Judic, B., *Totius Europae Speculator. La fundation d'une culture européenne et la construction d'une auctoritas: la postérité de Grégoire le Grand dans le Haut Moyen Âge latin*, Lille, 1999.

Leonardi, C., «Modelli di santità tra secolo V e VII», en *Santi e demoni nell'alto medioevo occidentale (secoli V-XI)*, XXXVI Settimane di studio del centro italiano di Studi sull'alto medioevo, Spoleto, 1989, t. I, pp. 261-283.

Markus, R. A., *Gregory the Great and his World*, Cambridge, 1997.

Mc Cready, W., *Sings of Sanctity. Miracles in the Thought of Gregory the Great*, Toronto, 1989.

Penco, G., «Sulla struttura dialogica dei *Dialoghi* di San Gregorio»: *Benedictina* 33 (1986), pp. 329-335.

Petersen, J. M., *The* Dialogues *of Gregory the Great in their Late Antique Cultural Background*, Toronto, 1984.

Pricoco, S. y Simonetti, M., *Gregorio Magno. Storie di santi e di diavoli (Dialoghi)*, introducción y comentario de S. Pricoco, texto crítico y traducción de M. Simonetti, Fondazione Lorenzo Valla, Milano, 2005.

Richards, J., *Consul of God. The Life and Times of Pope Gregory the Great*, London, 1980.

Tadeo, F., «La struttura dei dialoghi di Gregorio Magno»: *Vetera Christianorum* 2 (1965), pp. 101-127.

Teodoreto de Ciro, *Historias de los monjes de Siria*, introducción, traducción y notas de R. Teja, Madrid, 2008.

Van Uytfanghe, M., «L'eschatologie des Dialogues grégoriens: expériences potentielles, assises idéelles, fiction littéraire», en *Gregorio Magno nel XIV centenario della morte. Atti del Convegno internazionale di Roma, 22-25 ottobre 2003*, Roma, 2004.

Vilella, J., «Gregorio Magno e Hispania», en *Gregorio Magno e il suo tempo. Atti del XIX incontro di studiosi dell'antichità cristiana*, Roma, 1991, t. I, pp. 167-186.

Vogüé, A. (de), *Grégoire le Grand. Dialogues*, vol. I *Introduction, bibliogaphie et cartes*, vols. II y III, *Texte critique et notes* de A. de Vogüé, vols. II y III, *Traduction* de P. Antin, Paris, 1978-1979-1980.

VIDA DE SAN BENITO
Y OTRAS HISTORIAS DE SANTOS Y DEMONIOS
DIÁLOGOS

LIBRO I

[Prólogo]

1. Un día, abrumado por el desmedido alboroto de algunos seglares, a los que muchas veces nos vemos obligados a satisfacer en sus asuntos, incluso a propósito de aquellos con los que verdaderamente no estamos en deuda, busqué un lugar retirado, propicio para mi pesadumbre, en donde pudiera manifestarse abiertamente todo lo que me disgustaba de mis ocupaciones y en donde pudiera ponerse ante mis ojos, con plena libertad, todo el cúmulo de aflicciones que solían causarme dolor[1].

2. Así pues, estando allí sentado, muy afligido y callado durante mucho tiempo, vino a verme mi queridísimo hijo, el diácono Pedro, ligado a mí en íntima amistad desde los primeros años de la juventud y compañero mío en el estudio del Verbo divino[2]. Éste, viendo que yo me atormentaba con grave dolor de mi corazón, me dice: «¿Ha ocurrido alguna novedad, que hace que la tristeza te embargue más que de costumbre?».

3. Y yo le digo: «Esa tristeza, Pedro, que diariamente siento y que ya es siempre para mí algo viejo, por habitual, al tiempo que algo nuevo, porque no deja de aumentar cada día... Y es que mi desdichado espíritu, golpeado por los reveses de sus ocupaciones, se acuerda de quién fue él en el monasterio en otro tiempo, de cómo todo lo perecedero estaba por debajo de él, de cuánto se elevaba en todos los asuntos que requerían reflexión, de cómo no solía pensar más que en las cosas celestiales, de que, a pesar de estar apresado en el cuerpo, lograba traspasar, mediante la contemplación, las barreras mismas de la carne, de que incluso a la muerte, que casi para todo el mundo constituye un castigo, él la amaba, como inicio en realidad de la vida y premio de sus fatigas[3].

4. En cambio, ahora, con ocasión del trabajo pastoral, mi espíritu ha de aguantar los negocios de la gente del siglo y, después del hermosísimo esplendor de su sosiego pasado, se ve mancillado por el polvo de las acciones terrenales. Y al volcarse él hacia los asuntos externos, por

condescendencia hacia la muchedumbre, incluso cuando apetece aquellos otros más íntimos, no hay duda alguna de que retorna a ellos más debilitado. Reflexiono, pues, sobre todo lo que soporto, reflexiono sobre todo lo que he dejado, y cuando veo lo que he perdido, se me hace más pesada aún la carga que sobrellevo.

5. He aquí, en efecto, que ahora me veo sacudido por el oleaje de un vasto mar, y en la nave de mi espíritu soy zarandeado por el vendaval de una violenta tempestad, y cuando recuerdo mi vida anterior, como si dirigiera los ojos hacia atrás, suspiro a la vista del litoral. Y lo que es más grave aún, cuando estoy siendo arrastrado y agitado por la enormidad del oleaje, apenas si puedo ver ya el puerto que dejé atrás. Porque también son así las desgracias del espíritu, que primeramente pierde éste el bien que posee, pero, en todo caso, se acuerda aún de haberlo perdido, mas cuando marcha más lejos, entonces llega a olvidarse incluso del propio bien que ha perdido, sucediendo que después ni siquiera puede ver con la memoria lo que antes poseía de hecho. Por lo que se viene a cumplir lo que anteriormente decía, que cuando navegamos demasiado lejos ya ni siquiera vemos el puerto de tranquilidad que hemos dejado atrás[4].

6. Pero a veces se añade, para aumentar mi dolor, que me viene a la memoria la vida de ciertos hombres que abandonaron de todo corazón el siglo presente; y, cuando veo la altura a la que llegaron, me doy cuenta de hasta qué punto he caído yo en lo más bajo. Muchísimos de ellos agradaron a su Creador mediante una vida totalmente retirada, y, para que no envejecieran apartados de la maravilla de la vida espiritual por causa de las acciones humanas, Dios todopoderoso no quiso que se ocuparan en los trabajos de este mundo».

7. Pero expondré mejor lo que nosotros dos hablamos entonces, si lo que expusimos mediante preguntas y respuestas lo distingo poniendo ahora solamente los nombres de cada uno[5].

PEDRO. No sé de nadie en Italia cuya vida haya brillado extraordinariamente por sus milagros. Por eso, no sé quiénes pueden ser esos cuya comparación con ellos te causa tanta pesadumbre. Y es que no dudo, ciertamente, de que en esta tierra haya habido hombres buenos, pero, en cuanto a prodigios y milagros, no creo en absoluto que ellos los hayan realizado, o, en todo caso, hasta el día de hoy se han mantenido tan en silencio que no sabemos si se han producido[6].

8. GREGORIO. Pedro, si tan sólo te contara lo que yo sé —y mira que yo no soy más que un solo hombrecillo— acerca de ciertos varones perfectos y excelentes, tanto lo que conozco por el testimonio de hombres piadosos y dignos de todo crédito como lo que yo he llegado a saber por mí mismo, me parece que acabaría antes el día que mi propio relato[7].

9. PEDRO. Me gustaría que, al hilo de mis preguntas, me contaras algunas cosas de ellos, sin que parezca que por eso se interrumpe la

noble ocupación de tus investigaciones exegéticas[8], pues del recuerdo de los milagros también se extrae una parecida edificación. En efecto, mediante las investigaciones exegéticas se conoce cómo se ha de adquirir y mantener la virtud, pero mediante la narración de los prodigios conocemos cómo se manifiesta esa virtud previamente adquirida y mantenida. Y no faltan aquellos a quienes para el amor a la patria celestial les inflaman más los ejemplos que la predicación. Y es que mediante los ejemplos de los padres se produce muchas veces en el ánimo del oyente un doble provecho, pues con la comparación de quienes le han precedido no sólo se inflama él para la caridad de su vida futura, sino que, si piensa que su persona ya vale algo, al conocer las obras mejores de otros, se hace más humilde[9].

10. GREGORIO. Aquello de lo que yo he tenido noticia por el relato de venerables varones lo expondré sin vacilación alguna, siguiendo en ello el ejemplo de la sagrada Autoridad, pues me consta, con más claridad que la luz del sol, que los hechos narrados en los Evangelios de Marcos y Lucas no los conocieron ellos con sus propios ojos, sino sólo a partir de lo que oyeron[10]. Pero, para no dar ocasión de duda a los lectores, no dejaré de indicar a partir de qué personas he conocido todos y cada uno de los hechos que narro[11]. Y quiero que tú sepas también esto, que en algunos casos mantendré solamente el sentido, y en otros casos tanto el sentido como la expresión; pues, si hubiera querido mantener la expresión concreta y particular de todas las personas, el estilo del que esto escribe no habría tolerado bien las expresiones proferidas en lengua vulgar[12].

Lo que cuento a continuación lo supe por el relato de ancianos muy venerables.

[1. Honorato, abad del monasterio de Fondi][13]

1. Hace algún tiempo había una finca de un patricio llamado Venancio en el territorio de Samnio, en donde un colono suyo tenía un hijo llamado Honorato, el cual desde los primeros años de la infancia se inflamó de amor por la patria celestial entregándose a la abstinencia[14]. Y como gracias a tan excelsa vida de piedad hubiera adquirido una gran fortaleza, habiendo llegado incluso a dejar de lado la ociosa conversación y adquirido un gran dominio sobre su cuerpo —gracias, como ya he dicho, a la abstinencia—, un día sus padres hicieron un convite para sus vecinos, en el que se prepararon para comer platos de carne. Y, al negarse él, por su deseo de abstinencia, a tocar la comida, sus padres empezaron a burlarse de él y a decirle: «Come. ¿Es que tendremos que traerte pescado en mitad de estos montes?»[15]. Y lo cierto es que en aquellos parajes se solía oír hablar de peces, pero no se solía verlos.

2. Y mientras Honorato soportaba la burla de tales palabras, inesperadamente en mitad del convite faltó agua para el servicio de la mesa. Un criado se encaminó a la fuente con un cubo de madera —según era allí la costumbre—, y cuando estaba cogiendo el agua entró en el cubo un pez. Y el criado, al regresar, a la vista de todos los que estaban sentados a la mesa, junto con el agua dejó caer el pez, el cual habría podido bastarle a Honorato para el sustento de todo un día. Asombrados todos los presentes, cesaron todas aquellas burlas de los padres. Y, de hecho, empezaron a respetar en Honorato la abstinencia de la que antes se habían reído, y de este modo el pez del monte arrancó del hombre de Dios el oprobio de las burlas.

3. Y como él creciera lleno de grandes virtudes, su dueño, el anteriormente mencionado Venancio, le concedió la libertad. Y Honorato fundó un monasterio en el lugar llamado Fondi, en donde se convirtió en abad de casi doscientos monjes, y allí su vida dio muestras por todo el contorno de una extraordinaria piedad religiosa[16].

4. Así, un día, desde el monte que se levanta en lo alto de su monasterio se precipitó la mole de un enorme peñasco, que viniendo rodando por la ladera inclinada del monte amenazaba con destruir toda la abadía y matar a todos los hermanos. Y al ver el santo varón que el peñasco se les venía encima, invocando repetidas veces en voz alta el nombre de Cristo y extendiendo luego la mano derecha, le opuso la señal de la cruz[17], e hizo que el peñasco se quedara clavado, en su caída, en la ladera misma del monte en pendiente, según cuenta el piadoso varón Lorenzo. Y está claro que no había allí ningún obstáculo con el que el peñasco pudiera detenerse[18]: tal es así que todavía hoy a los que miran hacia el monte les parece que el peñasco permanece suspendido en su caída.

5. PEDRO. ¿Debemos pensar que este varón tan excelso, para llegar a ser después maestro de discípulos, primero tuvo también él un maestro?

6. GREGORIO. Yo no he oído nunca que él fuese discípulo de nadie, sino que el don del Espíritu Santo no se halla sujeto a ninguna ley. Sin duda lo habitual de la recta vida de piedad es que no ose estar encima quien no haya aprendido a estar debajo, y que nadie ordene a los inferiores la obediencia que él mismo no sabe mostrar a los superiores. Pero, en todo caso, a veces hay algunos varones que son instruidos interiormente por el magisterio del Espíritu, de tal modo que, aunque a ellos les falte exteriormente el aprendizaje del magisterio humano, no les falta la instrucción de un maestro interior. No obstante, la libertad de vida de tales varones no debe ser tomada como ejemplo por los débiles de espíritu, no sea que, presumiendo cada cual de estar igualmente lleno del Espíritu Santo, desprecie ser discípulo del hombre y se convierta en maestro del error[19]. Por lo demás, el alma que está llena

del Espíritu divino presenta sus propias clarísimas señales, a saber, los milagros y la humildad[20], cosas ambas que, si confluyen completamente en una misma alma, dan testimonio claro y patente de la presencia del Espíritu Santo.

7. De hecho, tampoco leemos en ningún sitio que Juan el Bautista hubiera tenido un maestro; y la misma Verdad[21], que enseñó a los apóstoles en presencia corpórea, no lo incluyó nominalmente entre sus discípulos, sino que a aquel a quien él enseñaba interiormente, exteriornte lo dejó, por así decir, a su libre albedrío. E igualmente Moisés, instruido en el desierto, aprendió de un ángel la misión que no conoció por boca de ningún hombre[22]. Pero —como ya hemos dicho— los débiles de espíritu deben venerar esto, no imitarlo.

8. PEDRO. Me parece bien lo que dices. Pero te ruego que me digas si este padre tan excelso dejó tras de sí algún discípulo que lo imitara.

[2. Libertino, prior del monasterio de Fondi][23]

1. GREGORIO. El venerabílisimo varón Libertino, que en tiempos del rey Totila[24] fue prior de ese mismo monasterio de Fondi, fue instruido por él y se convirtió en discípulo suyo. Aunque el relato fidedigno de muchísima gente ha divulgado multitud de milagros suyos, sin embargo el piadoso varón que antes mencioné, Lorenzo[25], que vive todavía hoy, y que tuvo una relación muy estrecha con él en la época misma en que ocurrieron los sucesos, solía contarme muchas cosas de él. De las cuales, expondré unas cuantas que recuerdo.

2. En esa misma provincia de Samnio que antes mencioné, iba de viaje el citado varón por asuntos relativos a los intereses del monasterio. Y habiendo entrado en esa región con su ejército Darida, conde de los godos[26], sus hombres arrojaron al siervo de Dios del jamelgo en el que iba montado. Y soportando él de buen grado el daño del jumento perdido, incluso les ofreció el látigo que llevaba a los que le estaban robando, diciéndoles: «Cogedlo, para que tengáis la manera de arrear a este jumento». Y dicho esto, inmediatamente se entregó a la oración[27]. El ejército del mencionado general llegó con veloz carrera al río llamado Vulturno[28]. Allí, todos y cada uno empezaron a golpear a sus caballos con las picas y a herirlos con las espuelas. Y, sin embargo, los caballos golpeados con las fustas, heridos con las espuelas, podían ser atormentados, pero no podían ser obligados a moverse: hasta tal punto temían tocar el agua del río, como si se tratara de un mortal precipicio.

3. Y como, tras haberlos golpeado durante mucho tiempo, todos los jinetes, uno por uno, acabaran por cansarse, uno de ellos concluyó que sufrían aquel contratiempo en su marcha a causa del mal que le habían hecho al siervo de Dios en el camino[29]. Y volviendo al punto sobre

sus pasos, encuentran detrás de ellos a Libertino postrado en oración. Y al decirle: «Levántate y coge tu jamelgo», él les respondió: «Marchad con bien, yo no necesito el jamelgo». Pero, bajándose ellos, lo montaron contra su voluntad en el jamelgo del que antes lo habían echado al suelo y se alejaron inmediatamente. Y sus caballos atravesaron a galope tendido el río que antes no podían atravesar, como si el cauce del río apenas tuviera agua. Y de este modo sucedió que, al serle devuelto al siervo de Dios su único jamelgo, todos y cada uno de ellos recobraron la totalidad de sus caballos[30].

4. Por esa misma época también, en el territorio de Campania, llegó Bucelino con los francos[31]. Del monasterio del citado siervo de Dios había salido el rumor de que en él había muchas riquezas. Entrando en el oratorio, los francos, enfurecidos, se pusieron a buscar a Libertino, a llamar a gritos a Libertino, mientras él yacía allí mismo, postrado en oración. ¡Y oh hecho verdaderamente admirable!: los francos, que lo buscaban enfurecidos, se topaban con él nada más entrar y no podían verlo. Y así, frustrados por su ceguera, se fueron del monasterio con las manos vacías[32].

5. En otra ocasión también, Libertino, por orden del abad que había sucedido a su maestro Honorato, se dirigía a Rávena por asuntos propios del monasterio. Por amor del venerable Honorato, adondequiera que iba solía llevar siempre en su seno una sandalia de aquél. Yendo, pues, de camino sucedió que una mujer portaba el cuerpecito de su hijo muerto. Y al ver ella al siervo de Dios, inflamada de amor por su hijo, sujetó por las riendas su jumento y, lanzando un juramento, le dijo: «Tú no te irás de aquí de ninguna manera hasta que no resucites a mi hijo».

6. Pero él, entendiendo que un milagro de tal naturaleza era algo extraordinario, se asustó ante el juramento de aquella petición[33]. Quiso rehuir a la mujer, pero no teniendo fuerzas suficientes para hacerlo dudó en su corazón. Es hermoso considerar qué combate y de qué dimensiones hubo de librarse en su corazón. Pues allí luchaban entre sí la humildad de su vida piadosa y el sentimiento de piedad hacia la madre, el miedo de osar realizar algo extraordinario y el dolor de no prestar ayuda a aquella mujer privada de su hijo. Pero, para mayor gloria de Dios, el sentimiento de piedad acabó venciendo sobre su corazón virtuoso, el cual fue un corazón fuerte justamente por ello, por haber sido derrotado. Pues no habría sido un corazón virtuoso si el sentimiento de piedad no lo hubiera vencido. Así pues, se apeó, se arrodilló, tendió las manos al cielo, se sacó la sandalia del seno y la puso sobre el corazón del niño muerto. Y, rezando, la vida volvió al cuerpo del niño. Lo asió de la mano, se lo entregó vivo a su madre que lloraba y terminó el viaje que había iniciado[34].

7. PEDRO. ¿Qué diremos que ocurrió aquí? ¿Fue el mérito de Honorato o fue la plegaria de Libertino la que realizó el prodigio de un milagro tan grande?

GREGORIO. En el portento de un milagro tan extraordinario, junto con la fe de la mujer[35], concurrió el poder milagroso de ambos. Y pienso que Libertino pudo realizar tal milagro por lo siguiente, porque había aprendido a confiar en el poder milagroso de su maestro más que en el suyo propio. En efecto, puso su sandalia en el corazón del cuerpecito muerto porque sin duda pensó que el espíritu de aquél podía lograr lo que le pedía. Así, también Eliseo, llevando el manto de su maestro y llegando al Jordán, golpeó una vez sus aguas y no logró separarlas. Pero al decir de repente: '*¿Dónde está también ahora el Dios de Elías?*'[a], golpeó las aguas del río con el manto de su maestro y abrió un camino en mitad de ellas[36]. ¿Te das cuenta, Pedro, de cuánto poder tiene la humildad a la hora de hacer milagros?: sólo entonces pudo realizar el milagro de su maestro, cuando trajo a la memoria su nombre. Y así, puesto que retornó a la humildad poniéndose bajo la advocación del maestro, lo que el maestro había hecho, también él mismo pudo hacerlo.

8. PEDRO. Me parece bien lo que dices. Pero dime: ¿hay alguna otra cosa que puedas contar todavía de este mismo varón, para nuestra edificación?[37].

GREGORIO. La hay, sin duda, pero siempre que haya alguien que esté dispuesto a imitarlo. Y es que yo considero más importante la virtud de la paciencia que los prodigios y milagros[38]. Así, un día, el que estaba a cargo del gobierno del monasterio tras la muerte del venerable Honorato estalló en violenta cólera contra el venerable Libertino, hasta el punto de llegar a poner sus manos sobre él. Y al no encontrar ninguna vara con la que poder sacudirle, cogiendo un escabel de los que se usan para poner los pies, le golpeó la cabeza y la cara y dejó todo su rostro hinchado y amoratado. Y él, violentamente maltratado, se retiró en silencio hacia su lecho.

9. Pero al día siguiente estaba concertado un negocio relativo a los intereses del monasterio. Así pues, al terminar los himnos matutinos, Libertino se llegó hasta el lecho del abad y le pidió humildemente su bendición. Y conociendo aquél lo mucho que todos lo honraban y querían, creyó que quería marcharse del monasterio a causa de la afrenta que le había inferido, y le preguntó lo siguiente: «¿A dónde quieres ir?». Y él le respondió: «Padre, está concertado un negocio del monasterio que no puedo dejar de atender, y puesto que ayer me comprometí a que iría hoy, he determinado ir allí».

10. Entonces él, considerando desde el fondo de su corazón su severidad y dureza, al tiempo que la humildad y mansedumbre de Libertino, saltó fuera del lecho, abrazó los pies de Libertino y reconoció que él había pecado, que él era culpable por haber osado cometer una afrenta tan

a. 2 Re 2, 14.

cruel sobre un varón de tantas y tan excelsas prendas. Pero Libertino, a su vez, prosternándose en tierra y echándose a sus pies, replicaba que lo que había recibido había sido por su culpa, no por la crueldad de él. Y de este modo vino a ocurrir que una gran mansedumbre se adueñó del abad y que la humildad del discípulo se convirtió en maestra del maestro.

11. Y habiendo marchado a atender aquel negocio relativo a los intereses del monasterio, muchos nobles y distinguidos varones, que le honraban mucho en toda ocasión, fuertemente extrañados, le preguntaban con inquietud qué era aquello, que tenía el rostro tan hinchado y amoratado. Y él les decía: «Ayer tarde, por culpa de mis pecados, choqué con un escabel de los que se usan para los pies y me hice esto». Y de ese modo el santo varón, preservando en su corazón el respeto de la verdad, al tiempo que el de su maestro, ni revelaba la falta del abad ni incurría en el pecado de la mentira[39].

12. PEDRO. ¿Habremos de pensar que este venerable varón Libertino, del que has contado tantos prodigios y milagros, no dejó, en una congregación tan grande, ningún imitador de sus virtudes?

[3. Un monje hortelano del mismo monasterio][40]

1. GREGORIO. Félix, al que llamaban Curvo, a quien tú conociste bien, que hasta no hace mucho fue prior de ese mismo monasterio, me contaba muchas historias admirables de los hermanos de dicho monasterio. Me callo algunas de ellas que me vienen ahora a la memoria, pues tengo prisa por llegar a otros asuntos[41], pero te referiré una sola que él me contó y que considero que no debe ser pasada en silencio de ninguna manera.

2. En ese mismo monasterio había un monje hortelano de vida intachable. Un ladrón solía venir, saltar la cerca y robar a escondidas las hortalizas. Y como el monje sembrara muchas verduras que luego echaba de menos, y unas las viera pisoteadas y otras arrancadas, dando una vuelta por todo el huerto encontró el camino por donde acostumbraba a venir el ladrón[42]. Y recorriendo el huerto encontró también una serpiente, a la que le ordenó: «Sígueme». Y al llegar al lugar por donde entraba el ladrón, le mandó a la serpiente lo siguiente: «En nombre de Jesús, te ordeno que vigiles esta entrada y no permitas que el ladrón entre aquí». Al instante la serpiente se tendió en el camino, toda de través[43]. El monje volvió a la abadía.

3. Y cuando todos dormían a la hora de la siesta, llegó el ladrón —según su costumbre habitual— y saltó la cerca; más al poner el pie en el huerto vio de repente que una serpiente tendida le había cerrado el paso, y temblando de miedo cayó de espaldas hacia atrás y su pie se quedó enganchado por el zapato en una estaca de la cerca. Y, de este modo, se quedó allí colgando cabeza abajo hasta que volvió el hortelano.

4. A la hora acostumbrada vino el hortelano y se encontró al ladrón colgando en la cerca. Y le dijo a la serpiente: «Gracias a Dios. Has cumplido lo que te ordené. Márchate ya». Y ella se alejó al punto. Y llegándose hasta el ladrón le dijo: «¿Qué hay, hermano? Dios te ha entregado a mí. ¿Por qué has osado tantas veces llevar a cabo tus hurtos en el trabajo de los monjes? Y tras decir esto, liberó su pie de la cerca en la que se había enganchado y lo depositó en el suelo sin lesión alguna. Y le dijo: «Sígueme». Y, siguiéndole él, lo condujo hasta la entrada del huerto y le ofreció con gran dulzura las hortalizas que él pretendía llevarse con sus hurtos, diciéndole: «Vete y, después de esto, no robes más, sino que, cuando tengas necesidad, ven aquí junto a mí y lo que tú intentas llevarte con pecado yo te lo daré de buen grado».

5. PEDRO. Sin razón pensaba yo hasta ahora —según advierto— que no había habido en Italia padres que hicieran milagros[44].

GREGORIO. Lo que ahora voy a contar lo he sabido por el relato del venerable varón Fortunato, abad del monasterio llamado Baños de Cicerón[45], así como de otros varones igualmente venerables.

[4. Equicio, abad de la provincia de Valeria][46]

1. Un santísimo varón, llamado Equicio, en el territorio de Valeria, era tenido por todo el mundo en la zona como un hombre digno de gran admiración, debido a los méritos de su vida. Conoció él muy estrechamente al mencionado Fortunato. Este Equicio, gracias sin duda a su extraordinaria santidad, llegó a convertirse en abad de muchos monasterios en la citada provincia. A éste, como en la época de su juventud lo atormentaran con cruel encarnizamiento los estímulos de la carne, las angustias de su misma tentación lo afianzaron aún más en su dedicación a la oración[47]. Y buscando mediante continuas plegarias el remedio de Dios todopoderoso para este problema, una noche, presentándosele un ángel, vio cómo era castrado, y en el sueño se le mostró cómo el ángel cortaba de raíz toda la excitación de sus miembros genitales, y desde ese momento se mantuvo tan ajeno a la tentación como si ya no tuviera órganos sexuales en su cuerpo[48].

2. Y fiado en esa virtud proporcionada por la ayuda de Dios todopoderoso, como antes había asumido la dirección de los hombres, así comenzó también a asumir en adelante la dirección de las mujeres[49]; pero no cesaba, no obstante, de advertir a sus discípulos que no se fiaran fácilmente, tomándolo a él como ejemplo, en un asunto como éste, y que ellos, que habrían de caer, no pretendieran poner a prueba un don que no habían recibido[50].

3. En la época en la que se prendió a los hechiceros en esta ciudad de Roma, Basilio, el primero de todos ellos en las artes de la magia,

trató de alcanzar Valeria huyendo en hábito de monje[51]. Y encaminándose al reverendísimo varón Castorio, obispo de la ciudad de Amiterno[52], confió en que él lo entregara al abad Equicio y lo recomendara a su abadía para ejercer como médico. Entonces el obispo se dirigió al monasterio, se llevó con él al monje Basilio y le rogó al siervo de Dios Equicio que acogiera al monje en su congregación. Nada más verlo el santo varón, le dijo: «Padre, yo no veo que éste que me recomiendas sea monje, sino diablo». Y él le respondió: «Estás buscando excusas para no tener que hacer lo que te pido». Y el siervo de Dios le dijo al punto: «Te advierto que él es en verdad eso que yo veo. No obstante, para que no pienses que no quiero obedecerte, haré lo que me ordenas»[53]. Y, de ese modo, Basilio fue acogido en el monasterio.

4. No muchos días después, el siervo de Dios partió de la abadía hacia un lugar bastante alejado para exhortar a los fieles al deseo de la vida celestial. Y, al marcharse, sucedió que en el monasterio de las monjas —cuyo gobierno estaba al cuidado de aquel mismo abad— una de ellas, que parecía hermosa según la putrefacción de la carne de este mundo, empezó a tener fiebre y a pasar grandes angustias y a gritar no ya con grandes voces, sino con alaridos: «Me voy a morir ya mismo si no viene el monje Basilio y él en persona me devuelve la salud con sus prácticas curativas». Pero en ausencia de tan excelso padre ningún monje se atrevía en modo alguno a entrar en la congregación de las monjas, y mucho menos el que había llegado nuevo y cuya vida era desconocida aún por la congregación de los hermanos[54].

5. Enseguida se le notificó y se le comunicó al siervo de Dios Equicio que aquella religiosa se abrasaba en medio de altísimas fiebres y que reclamaba angustiosamente la visita del monje Basilio. Al oír lo cual, el santo varón, sonrió con desdén y dijo: «¿No anuncié yo que ése era diablo y no monje? Id y expulsadlo de la abadía. En cuanto a la sierva de Dios atormentada por las angustias de las fiebres no os preocupéis por ella, pues desde este preciso instante no va a sufrir ya por las fiebres ni va a reclamar la presencia de Basilio»[55].

6. Regresó el monje que habían enviado, y supo que la virgen de Dios había recobrado la salud en el mismo instante en que el siervo de Dios Equicio, que se hallaba muy lejos de allí, había dicho que la recobraría[56]. Siguiendo, sin duda, en el prodigio de este milagro el ejemplo del Maestro, que, invitado a ir a la casa del hijo de un funcionario regio, con su sola palabra hizo que recobrara la salud[57], de modo que, al volver el padre, supo que su hijo había sido devuelto a la vida en el preciso instante en que había oído de boca de la Verdad que dicha vida le había sido devuelta[a]. Todos los monjes, por su parte, cumpliendo la

a. Cf. Jn 4, 46-53.

orden de su abad, echaron a Basilio de las dependencias del monasterio. Y, al echarlo, dijo que él había suspendido en el aire muchas veces la abadía de Equicio mediante sus artes mágicas, pero que no había podido causar daño a ninguno de sus moradores[58]. Éste, no mucho tiempo después, enardecido el celo del pueblo cristiano, fue quemado en la hoguera en esta ciudad de Roma.

7. Un día una sierva de Dios de ese mismo monasterio de monjas entró en el huerto. Viendo una lechuga, le entraron enormes deseos de comérsela y, olvidándose de bendecirla con la señal de la cruz, la mordió con avidez, pero, tras apoderarse de ella el Diablo, enseguida sucumbió ante él[59]. Y, como estuviera siendo atormentada, se avisó a toda prisa al abad Equicio para que viniera rápidamente y, con su oración, luchara con el Diablo. Nada más entrar el abad en el huerto, el propio Diablo que se había apoderado de ella, a través de la boca de la monja, como excusándose, empezó a gritar diciendo: «¿Yo qué he hecho?, ¿yo qué he hecho? Estaba sentado encima de una lechuga. Vino ella y me mordió». El hombre de Dios le ordenó con profunda indignación que se alejara y no tomara posesión de aquella sierva de Dios todopoderoso. Y él se alejó al instante y, después de eso, ya no tuvo poder para tocarla[60].

8. Un noble de la provincia de Nursia[61], llamado Félix, padre de este Cástor que ahora se ha quedado a vivir con nosotros en la ciudad de Roma, viendo que el venerable varón Equicio no tenía las sagradas órdenes y, sin embargo, recorría uno a uno todos los lugares predicando con ardor, un día se acercó a él, llevado por el atrevimiento de la amistad, y le dijo: «Tú, que no tienes las sagradas órdenes y que no has recibido permiso de predicación del Pontífice romano, bajo cuyas órdenes estás, ¿cómo es que te atreves a predicar?»[62]. Y, obligado por su pregunta, el santo varón le reveló cómo había recibido el permiso de la predicación, diciéndole: «Lo que tú me dices, no dejo de examinarlo yo también a solas conmigo mismo. Pero lo cierto es que una noche un hermoso joven se me apareció en sueños, puso en mi lengua un instrumento médico —una lanceta para sangrar— y me dijo: 'He aquí que he puesto en tu boca mis palabras[a]. Sal a predicar'. Y desde ese día, aunque quiera, no puedo dejar de hablar de Dios»[63].

9. PEDRO. Me gustaría también conocer las obras de este padre que —según dicen— recibió tan excelsos dones[64].

GREGORIO. Las obras, Pedro, existen a causa del don, no el don a causa de las obras; *de otro modo, la gracia ya no es gracia*[b]. Los dones, en efecto, preceden a toda obra, si bien los dones mismos también pueden acrecentarse luego a partir de las obras subsiguientes. No obstante,

a. Cf. Is 51, 16; Jr 1, 9.
b. Rm 11, 6.

para no privarte del conocimiento de la vida de Equicio, el reverendísimo varón Albino, obispo de la iglesia de Rieti[65], la conoció bien, y todavía viven actualmente muchos que pudieron conocerla. ¿Pero qué más obras quieres, desde el momento que la pureza de su vida concordaba con sus ansias de predicación?

10. En efecto, se hallaba él inflamado de un fervor tan grande por reclutar almas para Dios, que lo mismo estaba al frente de los monasterios, que recorría todos los alrededores yendo por las iglesias, los pueblos, las aldeas e incluso por todas y cada una de las casas de los fieles, excitando los corazones de los oyentes hacia el amor de la patria celestial[66]. Sus ropas, ciertamente, eran de muy baja condición, y era él tan despreciable en su apariencia que si alguien por ventura no lo conociera, al ser saludado por él, desdeñaría incluso devolverle el saludo. Y siempre que marchaba a otros lugares solía ir montado en un burro que bien habría podido ser el más vil de todos los burros de la abadía; y yendo sobre él usaba además un cabestro por bocado y unas pieles de carnero por montura[67]. Portaba encima de él, a ambos lados del burro, a derecha e izquierda, metidos en taleguillas de cuero, los libros sagrados, y a cualquier sitio que llegaba abría él la fuente de las Escrituras y regaba los prados de las almas.

11. La fama de su predicación llegó a conocimiento incluso de la ciudad de Roma[68]; y, como la lengua de los aduladores termina por asfixiar el alma de quien los escucha abrazándola con sus lisonjas, por esa época los clérigos de esta sede apostólica adulando al Papa se quejaron a él diciéndole: «¿Quién es ese gañán que se ha arrogado la potestad de la predicación y que, siendo un ignorante, se atreve a apropiarse del oficio de nuestro señor apostólico? Que se envíe, pues, si te parece bien, a alguien que lo haga comparecer aquí, para que aprenda qué es la disciplina eclesiástica»[69]. Y como suele ocurrir, que, absorbida el alma por sus muchas preocupaciones, la adulación se apodera completamente de ella si no se la arroja inmediatamente de la puerta misma del corazón, el Pontífice, persuadido por los clérigos, dio su consentimiento para que Equicio fuera conducido a la ciudad de Roma y conociera cuáles eran sus límites.

12. No obstante, enviando entonces como *defensor*[70] a Julián —el cual más tarde estuvo al frente del obispado de la iglesia de Sabina—, le ordenó que lo trajera con grandes honores, para que el siervo de Dios no sintiera afrenta alguna como consecuencia de la propia citación ante el tribunal. Y él, queriendo obedecer rápidamente los deseos de los clérigos en relación con Equicio, corrió a toda prisa a su monasterio y, hallándose él ausente, encontró allí a los amanuenses entregados a su labor y les preguntó dónde estaba el abad. Y ellos le dijeron: «Está segando heno en el valle que hay a las faldas del monasterio»[71].

13. Tenía Julián un criado muy soberbio e insolente, al que incluso él mismo apenas podía dominar. Envió, pues, a éste para que trajera a

Equicio a toda prisa hasta él. Marchó el criado y, entrando raudamente en el prado con aire altanero y mirando a todos los que estaban allí segando heno, preguntó quién de ellos era Equicio. Y nada más oír quién era él, lo divisó —cuando todavía estaba lejos de él— y le invadió un enorme pavor, empezó a tener miedo, a desfallecer y a no tener apenas fuerzas para sobrellevar, con paso vacilante, su propio cuerpo. Y, temblando de miedo, llegó hasta el hombre de Dios y, besando sus rodillas, las estrechó humildemente con sus brazos y le comunicó que su señor había venido a su encuentro. El siervo de Dios, tras devolverle el saludo, le ordenó lo siguiente: «Coge un haz de heno verde y llévale forraje a las caballerías en las que has venido. En cuanto a mí, puesto que ya me queda poco, te seguiré tan pronto como haya terminado el trabajo».

14. Por su parte, el que había sido enviado como *defensor*, Julián, estaba muy extrañado de qué podría suceder para que el criado tardara tanto en volver, cuando hete aquí que ve regresar al criado llevando a la espalda el heno que había cogido del prado. Y sumamente encolerizado se puso a gritarle diciendo: «¿Qué es esto? Yo te envié a traerme un hombre, no a transportar heno». Y el criado le respondió: «El hombre que buscas viene detrás de mí». Cuando hete aquí que venía ya el hombre de Dios, calzado con sandalias claveteadas, llevando a la espalda una hoz de las de cortar heno. Y, cuando aún se hallaba lejos, el criado le indicó a su señor que aquél era el hombre al que buscaba. Julián, cuando vio de improviso al siervo de Dios, lo despreció debido a su aspecto exterior, y ya preparaba la manera de hablarle insolentemente. Pero luego, cuando el siervo de Dios llegó a su lado, un insoportable pavor invadió el ánimo de Julián, hasta el punto de ponerse a temblar y no poder bastarse apenas su lengua para notificar aquello mismo a lo que había venido. Y Julián, humillada al punto su arrogancia, corrió hasta sus rodillas, le pidió que dijera una oración por él y le comunicó que su padre apostólico, el Pontífice, quería verlo.

15. El venerable varón Equicio empezó a dar infinitas gracias a Dios todopoderoso, asegurando que la gracia divina lo había visitado a él por medio del sumo Pontífice. Inmediatamente llamó a los hermanos, ordenó que en ese mismo instante se prepararan las caballerías y comenzó a urgir vivamente a su propio ejecutor judicial diciéndole que debían salir enseguida. Y Julián le dijo: «De ningún modo es posible hacer lo que dices, pues, debido al cansancio del viaje, no me hallo con fuerzas para salir hoy». Entonces él le respondió: «Me entristeces, hijo, porque si no partimos hoy, mañana ya no salimos». Y de ese modo, el siervo de Dios, obligado por el cansancio de su propio ejecutor judicial, tuvo que quedarse esa noche en su monasterio.

16. Cuando hete aquí que al día siguiente, nada más amanecer llegó un criado —completamente extenuado el caballo en su carrera— con una

carta para Julián, en la que se le ordenaba que no osara tocar al siervo de Dios ni moverlo del monasterio. Y al preguntarle al criado por qué se había producido ese cambio de opinión, supo que la misma noche en la que se le había enviado allí como ejecutor, el Pontífice, en sueños, había experimentado un formidable terror, por haberse atrevido a enviar a comparecer ante un tribunal al hombre de Dios[72].

17. Julián se levantó al punto, y encomendándose a las oraciones del venerable varón le dijo: «Vuestro Padre os ruega que no debéis fatigaros». Y al oír esto el siervo de Dios, apesadumbrado, le contestó: «¿No te dije ayer que si no marchábamos al instante, ya no podríamos marchar nunca?»[73]. Entonces, como muestra de afecto, retuvo un poco en la abadía a su propio ejecutor judicial y, a la fuerza y en contra de su voluntad, le ofreció una compensación económica por las molestias.

18. Conoce, así, Pedro, cuán grande es la protección de Dios para con quienes saben despreciarse a sí mismos en esta vida, pues aquellos que no se avergüenzan de ser despreciados exteriormente por la gente, interiormente son tenidos entre los ciudadanos honorables; y, al contrario, aquellos que a sus propios ojos y a los de los que están a su alrededor se engríen con el deseo de la gloria vana, a los ojos de Dios carecen de todo valor. Y por eso también la misma Verdad les dice a algunos: '*Vosotros sois los que os la dais de justos a los ojos de los hombres. Pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es excelso para los hombres es abominable ante Dios*'[a].

19. PEDRO. Me asombra muchísimo que un Pontífice tan grande pudiera verse engañado a propósito de un hombre de tales prendas.

GREGORIO. ¿Cómo te asombras, Pedro, de que nosotros, que somos hombres, seamos engañados? ¿Acaso te olvidas de que David, que solía tener el espíritu de la profecía, dictó sentencia contra el hijo inocente de Jonatás, tras oír las palabras de un siervo mentiroso?[b]. Y, sin embargo, puesto que lo hizo David, por un lado lo consideramos justo de acuerdo con los secretos designios de Dios, pero, por otro, no vemos cómo podría ser justo de acuerdo con la razón humana. ¿Qué hay, pues, de asombroso en que a veces nosotros, que no somos profetas, seamos llevados al engaño por boca de los mentirosos? Y es que es mucho lo que el cúmulo de las preocupaciones arruina el buen juicio de los obispos. Y cuando la mente tiene que repartirse para atender a muchos asuntos, se debilita en la resolución de cada uno de ellos, y tanto más se ve engañada en un asunto determinado cuanto más ha de ocuparse en muchos asuntos a la vez.

PEDRO. Es muy cierto lo que dices.

a. Lc 16, 15.
b. Cf. 2 Sam 16, 1-4.

20. GREGORIO. No debo pasar en silencio lo que supe de este varón por el relato del que fue en otro tiempo mi abad, el reverendísimo Valencio[74]. Decía él, en efecto, que, habiendo sido enterrado su cuerpo en la ermita del santo mártir Lorenzo, un campesino puso sobre su sepulcro un arcón con trigo, sin cuidarse de mostrar consideración y respeto hacia el varón tan grande y excelso que yacía allí. Cuando, levantándose de repente un torbellino de viento venido del Cielo, mientras todas las demás cosas permanecían estables en aquel lugar[75], levantó por los aires y arrojó lejos el arcón que el campesino había puesto encima de su sepulcro, para que todos conocieran claramente cuán grandes méritos tenía el varón cuyo cuerpo yacía allí[76].

21. También lo que voy a contar a continuación lo conocí por el relato del varón anteriormente mencionado, el venerable Fortunato[77], varón muy apreciado por mí por su vida, sus obras y su sencillez. Al entrar los lombardos[78] en la provincia de Valeria, los monjes huyeron desde el monasterio del reverendísimo varón Equicio hasta el sepulcro de éste, ubicado en la citada ermita. Y tras entrar los feroces lombardos en la ermita, comenzaron a arrastrar fuera a los monjes, para despedazarlos mediante tormentos o matarlos con la espada. Empezó a gemir uno de ellos y a gritar, presa de un terrible dolor: «Ay, san Equicio, ¿te gusta ver cómo somos violentados sin acudir en nuestra defensa?». Y al grito de éste, un espíritu inmundo se apoderó al punto de los feroces lombardos. Y cayendo al suelo, fueron atormentados durante mucho tiempo, hasta que todos los lombardos que estaban fuera supieran por ello que en adelante no debían atreverse a profanar un lugar sagrado[79]. Y de este modo, el santo varón, defendiendo a sus discípulos, prestó también remedio a otros muchos que huyeron después allí[80].

[5. Constancio, sacristán de la iglesia de San Esteban, cerca de la ciudad de Ancona][81]

1. Lo que voy a contar ahora lo supe por el relato de un colega mío de episcopado, que vivió en hábito de monje durante muchos años junto a la ciudad de Ancona, llevando allí una notable vida de piedad[82]; y su relato lo confirman también algunos de los nuestros —de edad ya bastante avanzada— que son de esa misma región.

2. Cerca de esta ciudad se encuentra la iglesia del santo mártir Esteban, en la que servía con gran diligencia un varón de vida venerable llamado Constancio, que desempeñaba el oficio de sacristán. La fama de su santidad había llegado a conocimiento de la gente, extendiéndose a todo lo largo y ancho de las tierras, pues este varón, despreciando completamente los bienes terrenales, ansiaba con todas las fuerzas de su alma tan sólo los celestiales[83]. Un día, como faltara aceite en la iglesia

y el mencionado siervo de Dios no tuviera nada en absoluto con lo que encender las lámparas, llenó de agua todas las candelas de la iglesia y —según la costumbre— puso en medio un pabilo; y, aplicándole fuego, las encendió, y de este modo el agua ardió en las lámparas como si fuera aceite. Date cuenta, Pedro, del mérito tan grande de este varón, que, forzado por la necesidad, cambió la naturaleza del agua[84].

3. PEDRO. Lo que acabo de oír es sumamente admirable, pero me gustaría saber también qué grado de humildad pudo llegar a tener en sí mismo, interiormente, ese que exteriormente fue de una excelencia tan grande.

GREGORIO. Es muy oportuno que preguntes por el alma en mitad de los milagros, pues realmente es muchísimo lo que los prodigios que se llevan a cabo exteriormente pueden dañar el espíritu interiormente, a causa de las tentaciones que comportan. Pero con sólo oír una cosa que hizo este venerable Constancio vas a comprender muy pronto cuán grande fue su humildad.

PEDRO. Tras haberme contado el milagro tan extraordinario obrado por él, ya sólo resta que me edifiques e ilustres también acerca de la humildad de su alma[85].

4. GREGORIO. Dado que la fama de su santidad había crecido enormemente, mucha gente de regiones muy apartadas deseaba afanosamente verlo. Un día vino a verlo un campesino desde un lugar muy lejano[86]. En ese momento se daba casualmente la circunstancia de que el santo varón, subido en una escalera de madera, estaba ocupado en reavivar las lámparas. Era él muy bajito, de aspecto ruin y despreciable. Y como el que había venido a verlo preguntara quién era él e insistiera obstinadamente en que tenían que mostrárselo, los que lo conocían le indicaron quién era. Pero, como los hombres de mente estúpida juzgan el valor de las personas según su aspecto corporal, al verlo tan pequeñito y despreciable, le dio por no creer en absoluto que aquél fuera el hombre que estaba buscando. En efecto, en su mente rústica se había producido una disputa, por así decir, entre lo que había oído y lo que estaba viendo, y consideraba que no podía ser tan pequeño a la vista aquel a quien él había tenido por tan grande en función de la opinión que se había formado de él. Y tras asegurarle muchos que realmente era él, lo menospreció y se burló diciendo: «Yo creía que era un gran hombre, pero ése no tiene nada de hombre».

5. Cuando el hombre de Dios, Constancio, oyó estas palabras, abandonando enseguida, muy contento, las lámparas que estaba reavivando, bajó rápidamente y corrió a abrazar al campesino y empezó a estrecharlo entre sus brazos con grandes muestras de amor y a besarlo y a darle muchísimas gracias por haber tenido tal opinión de él, diciendo: «Tú eres el único que has tenido abiertos los ojos para conmigo».

6. A partir de este hecho se ha de juzgar cuán grande fue, interiormente, la humildad de Constancio, él, que amó más que a ningún otro al campesino que lo menospreciaba. Pues los ultrajes inferidos demuestran cómo es realmente la persona que cada cual oculta en su interior. En efecto, lo mismo que los soberbios se regocijan del aprecio en que se les tiene, así los humildes se alegran muchas veces del menosprecio que reciben. Y cuando se ven despreciables también a los ojos ajenos, se alegran justamente por eso, porque entienden que de ese modo se confirma el juicio que ellos mismos, en su interior, han tenido también de sí mismos.

PEDRO. A mi entender, ese hombre fue exteriormente grande en cuanto a sus milagros, pero fue más grande aún interiormente en cuanto a su humildad[87].

[6. Marcelino, obispo de la ciudad de Ancona]

1. GREGORIO. De esa misma iglesia de Ancona fue también obispo un varón de vida venerable, Marcelino, a quien una podagra que le causaba grandes dolores le había limitado la capacidad de andar, de modo que sus allegados, siempre que era necesario, lo llevaban en brazos. Un día la ciudad de Ancona sufrió un incendio, por culpa de un descuido. Y como el fuego ardiera impetuosamente, corrieron todos en tropel a apagarlo. Pero aunque arrojaban agua a porfía, las llamas crecían tanto que parecían amenazar ya la destrucción de toda la ciudad. Y habiéndose apoderado el fuego de todos los lugares más cercanos a ellos y habiendo asolado ya una parte no pequeña de la ciudad, y no siendo capaz nadie de hacerle frente, llegó el obispo llevado en brazos e, impelido por aquella situación tan crítica y peligrosa, ordenó a los allegados que lo transportaban lo siguiente: «Ponedme frente al fuego».

2. Así lo hicieron, poniéndole en el lugar en donde parecía que se recostaba toda la fuerza de las llamas. Y entonces el incendio, de modo admirable, comenzó a volverse hacia atrás, retrayéndose sobre sí mismo, como si con ese retroceso de su empuje estuviera gritando que no podía pasar por encima del obispo. Y así sucedió que las llamas del incendio, detenidas en aquel límite, empezaban a languidecer en sí mismas y no se atrevían a tocar ningún edificio más allá. ¿Te das cuenta, Pedro, de cuánta santidad hubo en que un hombre enfermo se sentara frente al fuego y atajara las llamas con su oración?[88].

PEDRO. No sólo me doy cuenta, sino que me quedo atónito.

[7. Nonnoso, prior del monasterio situado en el monte Soracte][89]

1. GREGORIO. Voy a contarte ahora algo de un lugar vecino, de lo que tuve conocimiento por el relato de un varón venerable, el obispo

Maximiano[90], así como por boca del anciano monje Laurión, a quien tú conociste, personas ambas que viven todavía hoy. Laurión fue instruido por el santísimo varón Anastasio en el monasterio llamado de Suppentoma, que se encuentra junto a la ciudad de Nepi[91]. Por su parte, Anastasio, varón de vida venerable, estaba continuamente unido a Nonnoso —prior del monasterio que se encuentra en el monte Soracte— a causa de la proximidad del lugar, la nobleza de su carácter y su afición por el cultivo de las virtudes. El citado Nonnoso vivía bajo la autoridad del severísimo abad de su monasterio, pero soportaba siempre con admirable temple los modales de éste, y así como gobernaba a los hermanos manteniéndose dentro de la mansedumbre, de igual modo conseguía aplacar muchas veces la cólera del abad con su humildad[92].

2. Debido a que su monasterio se encuentra situado en la cima más alta de un monte, no se abría allí ninguna llanura en la que los hermanos pudieran cultivar un huerto, por pequeño que fuera: sólo sobresalía apenas en la ladera del monte un pequeñísimo espacio, que se hallaba ocupado por la mole de una enorme roca que se levantaba allí de modo natural. Un día, estando pensando el venerable varón Nonnoso que aquel lugar, si no estuviera ocupado por la mole de aquella roca, podría ser un sitio apropiado para sembrar al menos los condimentos de las legumbres, le vino a las mientes que ni cincuenta yuntas de bueyes podrían mover aquella mole. Y tras esfumarse así toda esperanza procedente del trabajo humano, se confió al auxilio divino, y allí, en el silencio de la noche, se entregó a la oración. Cuando, al hacerse de día, vinieron los hermanos a aquel lugar, se encontraron con que aquella mole tan grande se había retirado bastante lejos de su lugar originario, y que con su retirada les había proporcionado a los hermanos un amplio espacio de terreno[93].

3. En otra ocasión también, estando limpiando este mismo venerable varón unas lámparas de cristal en el oratorio, una de ellas se le cayó de las manos, saltando rota en mil pedazos. Y temiendo él la exacerbada cólera del abad del monasterio, recogió enseguida todos los fragmentos de la lámpara y los puso delante del altar, entregándose con profundos sollozos a la oración[94]. Y al levantar la cabeza de la oración, halló en perfecto estado la lámpara cuyos fragmentos había recogido lleno de miedo[95]. Y de este modo, en estos dos prodigios Nonnoso siguió el ejemplo de los milagros de dos padres: en el de la mole de la roca, la acción de Gregorio, que logró mover una montaña[96]; y en el del arreglo de la lámpara, el milagro de Donato, que devolvió un cáliz roto a su estado primitivo[97].

4. PEDRO. Según veo, tenemos aquí milagros nuevos a partir de ejemplos antiguos.

GREGORIO. ¿Quieres conocer algo de la actuación de Nonnoso en la que siguió también el ejemplo de Eliseo[a]?

PEDRO. No sólo quiero, sino que estoy ansioso por oírlo[98].

5. GREGORIO. Faltando un día en el monasterio el aceite añejo y echándose ya encima el tiempo de la recogida de la aceituna, sin que en los olivos se viera fruto alguno, al abad del monasterio le pareció oportuno que los hermanos marcharan por todos los alrededores para ofrecer su trabajo a los extraños en la recogida de la aceituna, a fin de poder conseguir para el monasterio un poco de aceite por el jornal de su trabajo[99]. Pero el hombre de Dios Nonnoso prohibió, con toda humildad, que ello se llevara a cabo, no fuera que, al salir los hermanos del monasterio, mientras buscaban el provecho del aceite, sufrieran daño en sus almas. Pero, puesto que en los árboles del monasterio parecía haber unas pocas aceitunas, ordenó que las recogieran, que las metieran en el lagar y le llevaran a él el poco aceite que pudiera salir de ellas.

6. Así se hizo, y los hermanos le llevaron al siervo de Dios Nonnoso el aceite metido en un vasito muy pequeño. Él lo puso al instante delante del altar[100], y, saliendo todos, oró; y llamando luego a los hermanos les ordenó que retiraran el aceite que habían traído y lo repartieran vertiendo apenas una pizca en todos los vasos del monasterio, para que pareciera que todos ellos estaban rociados con la bendición de dicho aceite. E hizo que inmediatamente, así, vacíos como estaban, fueran tapados los vasos. Pero al día siguiente, al destaparlos, fueron hallados todos llenos[101].

PEDRO. Diariamente comprobamos que se cumplen las palabras de la Verdad, que dice: '*Mi padre trabaja continuamente, y yo trabajo también*'[b].

[8. Anastasio, abad del monasterio llamado Suppentoma*]*

1. GREGORIO. Por la misma época también, el venerable varón Anastasio, del que antes hice mención[102], era escribano de la santa iglesia de Roma, a la que por obra de Dios sirvo yo ahora[103]. Deseando él con todas sus fuerzas consagrarse únicamente a Dios, abandonó su escritorio, eligió un monasterio y en ese lugar que antes mencioné, llamado *Suppentoma*[104], vivió durante muchos años en medio de santas obras y gobernó dicho monasterio velando convenientemente por él.

2. Se alza en este lugar, de arriba abajo, una enorme roca, que se extiende bajo un profundo precipicio. Una noche, habiendo decidido ya Dios todopoderoso recompensar las fatigas del mencionado venerable Anastasio, se oyó una voz desde lo alto de la roca, que con un sonido

a. Cf. 2 Re 4, 2-6.
b. Jn 5, 17.

prolongado gritaba lo siguiente: «Anastasio, ven». Y, una vez llamado él, fueron llamados por su nombre otros siete hermanos también. La voz que había hablado guardó silencio durante un pequeño intervalo de tiempo y luego llamó a un octavo hermano. Al oír la congregación las voces con tanta claridad, no hubo duda de que se aproximaba la muerte de los que habían sido llamados[105].

3. Y así, a los pocos días fueron despojados de su envoltura corporal en primer lugar el venerable varón Anastasio, y seguidamente todos los demás, en el mismo orden en el que habían sido llamados desde lo más alto de la roca. Pero aquel hermano, para cuya llamada la voz había guardado un momento de silencio y lo había nombrado luego, vivió todavía unos cuantos días después de morir los otros, y sólo entonces terminó su vida, para que claramente se viera que el intervalo de silencio dejado por la voz significaba que se le concedía un pequeño tiempo de vida.

4. Pero sucedió un hecho admirable, que, cuando el venerable varón Anastasio abandonaba ya su cuerpo, había un hermano en el monasterio que no quería vivir después de él. Y arrojándose a sus pies, empezó a suplicarle entre lágrimas: «Por Aquél a quien te encaminas, que no permanezca yo en este mundo más de siete días después de ti». Y antes de cumplirse el séptimo día de su muerte, también murió él, a pesar de no haber sido llamado entre los demás aquella noche, para que quedara claro que sólo la intercesión del venerable Anastasio había podido conseguir su muerte.

5. PEDRO. Si este hermano, a pesar de no haber sido llamado entre los demás, fue apartado de esta vida gracias a la intercesión del santo varón, ¿qué otra cosa se da a entender sino que aquellos que tienen grandes méritos a los ojos de Dios a veces pueden conseguir incluso lo que no ha sido predestinado?

GREGORIO. De ninguna manera puede conseguirse lo que no haya sido predestinado, sino que todo lo que los santos varones realizan con su oración está ya predestinado que puedan llegar a conseguirlo con sus preces[106]. De hecho, también la propia predestinación del Reino eterno ha sido dispuesta por Dios todopoderoso, de modo que los elegidos puedan alcanzarlo con su esfuerzo, para que sean dignos de recibir con sus súplicas lo que Dios todopoderoso ya ha dispuesto concederles antes de los siglos.

6. PEDRO. Me gustaría que me mostraras más claramente que la predestinación se puede ver ayudada por las preces.

GREGORIO. Pedro, lo que yo he concluido puede demostrarse rápidamente. En efecto, sabes bien que el Señor le dijo a Abraham: '*Gracias a Isaac tendrás una descendencia que llevará tu nombre*'[a]. Y también

a. Gn 21, 12.

le había dicho: '*Te he erigido en padre de muchas naciones*'[a]. Y en otra ocasión le prometió: '*Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en las orillas del mar*'[b]. Según lo cual, es claro y manifiesto que Dios todopoderoso tenía predestinado multiplicar la descendencia de Abraham por medio de Isaac. Y, sin embargo, está escrito: *Rogó Isaac al Señor por su mujer, porque era estéril. Y Él lo escuchó y permitió que Rebeca quedara encinta*[c]. Por tanto, si la multiplicación del linaje de Abraham por medio de Isaac había sido predestinada, ¿por qué tomó él a una esposa estéril? Es claro y evidente que la predestinación se cumple gracias a sus preces, puesto que Isaac, en quien Dios había predestinado que se habría de multiplicar la descendencia de Abraham, consiguió poder tener hijos gracias a la oración.

7. PEDRO. Todas mis dudas han sido disipadas, pues tu razonamiento me ha aclarado el misterio.

GREGORIO. ¿Quieres que te cuente ahora algo de la región de Tuscia, para que conozcas qué varones tan excelsos hubo en ella y cuán próximos estuvieron ellos al conocimiento de Dios todopoderoso?[107].

PEDRO. No sólo quiero, sino que te lo ruego encarecidamente.

[9. Bonifacio, obispo de la ciudad de Viterbo][108]

1. GREGORIO. Hubo un varón de vida venerable, llamado Bonifacio, que ocupó la dignidad del obispado en la ciudad de Viterbo y que enalteció dicho cargo con su conducta. El presbítero Gaudencio, que vive todavía, cuenta muchos milagros suyos. Habiéndose criado a su servicio, puede hablar él sobre los hechos de su vida tanto más verazmente cuanto que le tocó participar también en ellos.

2. La iglesia de Bonifacio se hallaba inmersa en una grave y profunda pobreza —cosa que suele ser garantía de humildad para las almas buenas—, y por todo sustento no tenía otra cosa que apenas una viña. Un día, habiendo caído sobre ella una tormenta de granizo, la viña resultó tan asolada que apenas quedaron en ella unos pocos y escasos racimos en unas cuantas cepas. Al entrar en ella el mencionado varón, el reverendísimo obispo Bonifacio, dio muchas gracias a Dios todopoderoso, al ver que se le afligía aún más en su misma indigencia. No obstante, como la época del año requería que pudieran madurar ya también los escasos racimos que habían quedado, puso un guardián en la viña —según su costumbre— y le ordenó que la guardara con atenta vigilancia.

a. Gn 17, 5.
b. Gn 22, 17.
c. Gn 25, 21.

3. Un día le mandó al presbítero Constancio, su sobrino, que preparara en el obispado —como hasta entonces solía hacer— todos los recipientes de vino y todas las tinajas recubriéndolas de pez. Al oír esto su sobrino el presbítero, se extrañó mucho de que quien prácticamente no tenía vino le ordenara algo casi totalmente fuera de razón: hacer preparar los recipientes de vino. Pero, en todo caso, no se atrevió a preguntar por qué le ordenaba tal cosa, sino que, obedeciendo sus órdenes, lo preparó todo según la costumbre. Entonces el hombre de Dios, entrando en la viña, vendimió los racimos, los llevó al lagar, ordenó que todos salieran de aquel lugar y se quedó allí él solo con un pequeño mozalbete. Lo puso en el lagar y le hizo pisar aquellos poquísimos racimos. Y aunque de los racimos salía muy poco vino, el hombre de Dios empezó a recogerlo con sus propias manos en un pequeño recipiente, y a repartirlo a modo de bendición por todas las tinajas y por todos los recipientes que se habían preparado, de manera que todos los vasos apenas si parecían rociados por unas cuantas gotas de vino.

4. Tras haber echado un poco de vino en todos los vasos, llamó inmediatamente al presbítero y le ordenó que vinieran los pobres[109]. Entonces el vino comenzó a aumentar en el lagar, hasta el punto de que todos los vasos que habían sido traídos para los pobres se llenaron. Y cuando Bonifacio entendió que ya había satisfecho a aquéllos convenientemente, mandó al muchacho que subiera del lagar, cerró la bodega y, dejando impreso su propio sello, la dejó asegurada y regresó luego a la iglesia. Al tercer día llamó al mencionado presbítero Constancio y, terminada su oración, abrió la bodega, y aquellos recipientes en los cuales había echado poquísimo vino los encontró rebosantes de líquido en abundancia, hasta el punto de que, si el obispo hubiese entrado algo más tarde, el vino que ya rebosaba habría inundado todo el suelo[110].

5. Entonces le ordenó tajantemente al presbítero que, mientras él viviera en cuerpo carnal, no le revelara absolutamente a nadie este milagro, temiendo sin duda que, ofuscado por el aplauso de los hombres ante aquel prodigio, pudiera él envanecerse interiormente de resultas de aparecer exteriormente como alguien venerable a los ojos de la gente[111]; siguiendo también en esto el ejemplo del Maestro[112], quien, para introducirnos en el camino de la humildad, ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie lo que habían visto acerca de él hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos[a].

6. PEDRO. Puesto que se ha presentado la ocasión apropiada, me parece oportuno preguntar cómo es que nuestro Redentor, cuando devolvió la vista a dos ciegos, les mandó que no se lo dijeran a nadie, y

a. Cf. Mt 17, 9.

ellos, nada más irse, lo divulgaron por toda la región[a]. ¿Es que el Hijo unigénito, coeterno con el Padre y con el Espíritu Santo, hubo de querer en este asunto algo que no pudo cumplir, de manera que no habría podido permanecer oculto el milagro que él quiso que se mantuviera en silencio?

7. GREGORIO. Todo lo que nuestro Redentor hizo mientras vivió en cuerpo mortal nos los ofreció como ejemplo de conducta, para que, siguiendo nosotros sus pasos en la medida de nuestras fuerzas, recorramos sin tropiezos en nuestro obrar el camino de la vida presente. Así, si una vez hecho el milagro ordenó mantenerlo en silencio y, a pesar de ello, éste no pudo mantenerse en silencio, sin duda fue para que también sus elegidos, siguiendo el ejemplo de su doctrina, tengan la voluntad de permanecer ignorados a propósito de las hazañas que llevan a cabo, pero, al mismo tiempo, éstas sean divulgadas, mal de su grado, para provecho de los demás; de modo que de ello resulte, por un lado, una gran humildad, puesto que ellos desean que sus obras permanezcan en silencio, y por otro resulte una gran utilidad, puesto que sus obras no pueden mantenerse en silencio. Por tanto, no es que el Señor quiso que se hiciera algo y no pudiera cumplirlo, sino que con el magisterio de su doctrina dio ejemplo acerca de qué es lo que deben querer sus miembros y qué es lo que sucede con ellos incluso aunque ellos mismos no quieran.

PEDRO. Me parece bien lo que dices.

8. GREGORIO. Sigamos contando todavía unas cuantas cosas que restan aún de la obra del obispo Bonifacio, puesto que estamos haciendo la relación de sus hechos. Así, en otra ocasión, se acercaba el día natalicio del santo mártir Próculo[113]. Residía en aquel lugar un noble personaje llamado Fortunato. Éste le suplicó al venerable varón con grandes ruegos que, con ocasión de la celebración de la solemne ceremonia de la misa en la ermita del santo mártir, se pasara por su casa para darle la bendición. No pudo negarse el hombre de Dios a lo que le pedía la caridad de parte del corazón de Fortunato. Así pues, acabada la solemne ceremonia de la misa, habiendo llegado él a la mesa del citado Fortunato, antes de entonar el himno a Dios[114], como hay algunos que suelen procurarse el sustento con su arte callejero, un individuo con una mona se detuvo ante la puerta de repente y se puso a aporrear unos címbalos. El santo varón, irritado por ese ruido, dijo: «Ay, ay, ese desgraciado está muerto, ese desgraciado está muerto. Yo me he sentado a la mesa a comer, aún no he abierto la boca para alabar a Dios y él, viniendo con una mona, se pone a aporrear los címbalos». No obstante, se dominó y dijo: «Id y, por caridad, dadle de comer y de beber. Pero que sepáis que él está muerto».

a. Cf. Mt 9, 31.

9. Y el desdichado individuo, tras haber recibido pan y vino de aquella casa, quiso traspasar la puerta para irse, pero una enorme piedra cayó súbitamente del techo y se precipitó sobre su cabeza. Derribado por el golpe, lo alzaron en brazos ya medio muerto. Y al día siguiente, según la sentencia del hombre de Dios, terminó enteramente su vida[115]. Pedro, debemos considerar en este hecho cuánto temor se les debe mostrar a los santos varones, pues ellos son templos de Dios[a]. Y cuando un santo varón se ve arrastrado a la ira, ¿qué otro es incitado a encolerizarse sino el que mora en dicho templo? Así pues, debemos temer la ira de los justos en tanto en cuanto es evidente que en sus corazones está presente también Aquel que tiene la potestad de inferir la venganza que quiera[116].

10. En otra ocasión también, el mencionado presbítero Constancio, su sobrino, vendió su caballo por doce escudos, y, depositándolos en su caja de caudales, se fue a hacer unas tareas. Cuando, de improviso, vinieron al obispado unos pobres que le rogaban importunamente al santo varón, el obispo Bonifacio, que les diera algo para aliviar su miseria. Pero puesto que el hombre de Dios no tenía nada que pudiera ofrecerles, comenzó a pensar y dar vueltas en su cabeza para que los pobres no salieran de allí con las manos vacías. Y entonces le vino de repente a la memoria que su sobrino el presbítero Constancio había vendido el caballo que solía montar, y que en su caja de caudales tendría el dinero de la venta. Así pues, en ausencia de su sobrino, se dirigió a la caja de caudales y con piadosa violencia rompió el candado de la caja, tomó los doce escudos y los repartió entre los indigentes como mejor le pareció[117].

11. Al volver el presbítero Constancio de sus tareas, halló forzada la caja de caudales y no encontró el dinero de la venta del jamelgo que había depositado en ella. Empezó a chillar a grandes voces y a gritar con furia desaforada: «Todos viven aquí, solamente yo no puedo vivir en esta casa». A sus voces, acudió el obispo y todos los que se encontraban en el obispado. Y habiendo intentado el hombre de Dios calmarlo con suaves palabras, empezó él a responderle con malos modos, diciéndole: «Todos viven contigo; aquí solamente yo no puedo vivir en tu presencia. Devuélveme mis monedas de oro».

12. El obispo, turbado por tales voces, entró en la iglesia de Santa María siempre Virgen y, permaneciendo allí de pie, empezó a implorarle, con las manos en alto y extendidas sus vestiduras, que le concediera el modo con el que poder apaciguar la locura del furioso presbítero. Y al volver de improviso los ojos hacia las vestiduras que estaban entre sus brazos extendidos, de repente encontró entre sus pliegues doce escudos, tan refulgentes como si en ese mismo instante los hubieran sacado del fuego.

a. Cf. 1 Cor 3, 16; 2 Cor 6, 16.

13. Y saliendo enseguida de la iglesia, los arrojó en la bolsa del furioso presbítero, diciéndole: «Aquí tienes las monedas de plata que has reclamado. Pero que sepas esto, que tras mi muerte tú no serás obispo de esta iglesia, a causa de tu avaricia». Y de la verdad de esta sentencia se colige que el presbítero preparaba aquellas monedas de oro para conseguir el obispado[118]. Pero prevalecieron las palabras del hombre de Dios, pues Constancio terminó sus días en su cargo de presbítero[119].

14. Igualmente, en otra ocasión, llegaron hasta él buscando hospitalidad dos godos[120], que manifestaron tener prisa por llegar a Rávena[121]. Él personalmente, con sus propias manos, les ofreció un pequeño vaso de madera lleno de vino, del que seguramente podrían haber dado cuenta durante un almuerzo en el camino. Pero ellos bebieron de él, como godos, hasta que llegaron a Rávena. Se detuvieron bastantes días en esa ciudad, y todo ese tiempo estuvieron sirviéndose del vino que habían recibido del santo varón. Y así, volvieron de nuevo hasta el venerable obispo de Viterbo, sin dejar de beber ningún día, y, sin embargo, nunca les faltaba vino procedente de aquel vasito, como si en el vaso de madera que les había dado el obispo no es ya que aumentara el vino, sino que estuviera surgiendo continuamente de él[122].

15. No hace mucho tiempo también, llegó un clérigo anciano procedente de esas mismas regiones y lugares. Las cosas que él cuenta de Bonifacio no deben quedar enterradas en el olvido. Así, dice que, entrando un día él en el huerto, encontró que estaba enteramente cubierto por una enorme cantidad de orugas. Y al ver que todas las hortalizas se estaban echando a perder, volviéndose a las orugas, les dijo: «Yo os conjuro en el nombre de Dios nuestro Señor Jesucristo, marchaos de aquí y no os comáis estas hortalizas». E inmediatamente, ante las palabras del hombre de Dios, todas ellas se fueron, hasta el punto de que ni una sola siquiera permaneció dentro de los límites del huerto[123].

16. Pero ¿qué hay de sorprendente en que contemos estas cosas de la época del episcopado de Bonifacio, una época en la que él ya había crecido ante Dios todopoderoso tanto en dignidad eclesiástica como en la excelencia de sus costumbres, si son más admirables aún las cosas que este clérigo anciano atestigua que aquél realizó cuando era todavía un muchachito[124]? Así, dice que en la época en la que el niño vivía con su madre, cuando salía de casa, algunas veces regresaba sin la camisa y a menudo incluso sin el sayo, pues tan pronto como encontraba a alguien desnudo lo vestía, despojándose él mismo de su ropa, para vestirse de ese modo a los ojos de Dios con la merced hecha a aquél. Y su madre solía reñirle a menudo diciéndole que no era justo que él, que era pobre, le diera generosamente sus ropas a los pobres[125].

17. Al entrar ella un día en el granero, se encontró con que casi todo el trigo que se había procurado para el consumo de todo el año había

sido gastado por su hijo para los pobres. Y cuando se estaba dando a sí misma bofetadas y puñadas por haber perdido las reservas de casi todo un año, llegó Bonifacio, el niño de Dios, y empezó a consolarla con las palabras que pudo. Pero, como ella no admitiera consuelo alguno, él le rogó que saliera del granero, en donde halló que había quedado un poco de todo el trigo que tenían. El niño de Dios se entregó allí enseguida a la oración. Y tras salir muy poco después, hizo volver a su madre al granero, encontrándolo tan lleno de trigo como no lo había estado antes, en la época en la que su madre se regocijaba por haber reunido el gasto de todo un año[126]. Y al ver aquel milagro, su propia madre, arrepentida, empezó ya a empujarle a dar a los pobres, habida cuenta de que el niño podía recibir tan raudamente lo que pedía.

18. Su madre solía criar gallinas en el patio de su casa, pero una zorra que venía de los alrededores se las llevaba. Un día, estando el niño Bonifacio en el patio, vino la zorra —según su costumbre— y se llevó una gallina. Entró él rápidamente en la iglesia y arrodillándose para rezar dijo con voz muy clara: «¿Te parece bien, Señor, que no pueda yo comer del alimento de mi madre? Pues mira que una zorra se come las gallinas que ella cría». Y levantándose de la oración, salió de la iglesia. Inmediatamente volvió la zorra, soltó la gallina que tenía en la boca y ella misma cayó al suelo muriendo delante de sus ojos[127].

19. PEDRO. Es realmente sorprendente que Dios se digne escuchar los ruegos de los que confían en él incluso en asuntos tan insignificantes.

GREGORIO. Pedro, esto se produce por la excelsa providencia de nuestro Creador, a fin de que, por las cosas de poca monta que de él recibimos, confiemos en recibir otras mayores. Pues el santo e inocente niño fue escuchado en las cosas insignificantes para que en las pequeñas peticiones aprendiera cuánto debía confiar él en que Dios habría de escucharlo en las grandes.

PEDRO. Me parece bien lo que dices.

[10. Fortunato, obispo de la ciudad de Todi][128]

1. GREGORIO. En esa misma región hubo también otro varón de vida venerable, llamado Fortunato, obispo de la iglesia de Todi, el cual, en virtud de un don excepcional, poseía grandes poderes para expulsar a los espíritus malignos, hasta el punto de que a veces arrojaba legiones enteras de demonios de los cuerpos poseídos y, entregado a la labor de una constante oración, derrotaba a multitud de ellos que se lanzaban contra él[129]. Julián, *defensor* de nuestra iglesia[130], que murió en esta ciudad de Roma no hace mucho tiempo, tuvo un trato muy íntimo con dicho varón. Y yo también conocí lo que ahora voy a contar por su relato, pues, dado su trato de amistad con él, a menudo había asistido a sus gestas,

y después guardaba en su boca para nuestra edificación —como si se tratara de la dulzura de un panal de miel— el recuerdo de sus hechos[131].

2. En una región vecina de la de Tuscia una noble señora tenía una nuera que, muy poco tiempo después de haberse casado con su hijo, había sido invitada con su propia suegra a la consagración de la ermita del santo mártir Sebastián. La noche anterior al día en que tenía que ir a la consagración de la mencionada ermita, vencida por el apetito carnal, no pudo abstenerse de su marido. Y como, al llegar la mañana, por un lado el deleite carnal perpetrado disuadiera a su conciencia, pero, por otro, la vergüenza le ordenara asistir, sintiendo ella más respeto por las apariencias humanas que temor por el juicio de Dios, marchó con su suegra a la consagración de la ermita. Tan pronto como las reliquias del santo mártir Sebastián entraron en la ermita, el Espíritu maligno[132] tomó posesión de la nuera de la mencionada señora y empezó a atormentarla a la vista de todo el pueblo[133].

3. El presbítero de la ermita, al ver que estaba siendo atormentada muy encarnizadamente, le llevó al instante el lienzo del altar y la cubrió con él, pero de repente el Diablo se apoderó también de su persona, y por querer presumir de algo que sobrepasaba sus fuerzas se vio obligado a conocer lo que fuera aquello en su propio tormento[134]. Los allí presentes, cogiéndola en brazos, llevaron a la muchacha desde la ermita hasta su domicilio particular.

4. Y como el viejo Enemigo[135] la estuviera vejando cruelmente con continuos tormentos, sus deudos, que la amaban carnalmente (y que, amándola de ese modo, la perjudicaban), para conseguir el remedio de su salud la pusieron en manos de unos hechiceros, arruinando así totalmente su alma al intentar remediar momentáneamente con artes mágicas el sufrimiento de su cuerpo. La condujeron, pues, a un río y la sumergieron en el agua, y allí los hechiceros, por medio de larguísimos encantamientos, intentaban hacer que saliera de su cuerpo el Diablo que la había poseído. Pero, por admirable decisión de Dios todopoderoso, cuando con sus artes perversas lograron expulsar de ella un demonio, súbitamente entró en su cuerpo toda una legión[136]. Y a causa de esto ella empezó a agitarse con tantos movimientos y a vociferar con tantos gritos y alaridos como espíritus malignos poseían su cuerpo.

5. Entonces sus padres, reconociendo la culpa de su perfidia, tomada una resolución, la condujeron al venerable varón, el obispo Fortunato, y se la dejaron a él. Éste, tras tomarla bajo su protección, se entregó a la oración durante muchos días y muchas noches, y se aplicó a rezar con mucho ahínco, tanto más cuanto que advirtió que en un solo cuerpo comparecían contra él las tropas armadas de toda una legión. No muchos días después, se la devolvió a ellos tan sana y salva como si el Diablo nunca hubiese tenido jurisdicción sobre ella[137].

6. En otra ocasión también, este mismo varón, siervo de Dios todopoderoso, arrojó un espíritu inmundo de un hombre poseído. Y como el Espíritu maligno viera, al estar ya anocheciendo, que llegaba la hora en que la gente se retira a sus casas, fingiendo ser un peregrino, empezó a dar vueltas por las calles de la ciudad gritando: «¡Ah, ese santo varón, el obispo Fortunato! Mirad lo que ha hecho: ha echado de su casa a un peregrino. Busco un sitio en donde poder descansar, y en su ciudad no lo encuentro». Entonces uno que estaba sentado en su casa al calor de las brasas en compañía de su esposa y de su hijito pequeño, oyendo su voz y queriendo averiguar qué le había hecho el obispo, lo invitó a su casa y le hizo sentarse con él junto a las brasas. Y tras haber conversado ambos de algunas cosas, el Espíritu maligno se apoderó de su hijito pequeño y lo arrojó a las brasas, y allí le arrancó inmediatamente la vida. Y el desgraciado, privado de su hijo, entendió entonces quién era aquel al que él había acogido y al que el obispo había expulsado.

7. PEDRO. ¿Qué diremos que pasó aquí, para que el viejo Enemigo tuviera la osadía de llegar a matar en el propio domicilio de quien lo había invitado a su casa por hospitalidad, pensando que era un peregrino?[138].

GREGORIO. Muchas cosas, Pedro, parecen buenas, pero no lo son, porque no se hacen con buena intención. Y por eso también dice la Verdad en el Evangelio: '*Si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo permanecerá en tinieblas*'[a]; pues, cuando la intención que precede es perversa, toda la acción subsiguiente es malvada, aunque parezca que es buena. Y así, yo no creo que este hombre, que fue privado de su hijo cuando aparentemente mostraba hospitalidad, se viera llevado por el deseo de un acto de piedad, sino por el deseo de rebajar al obispo. Pues el castigo subsiguiente puso de manifiesto que la hospitalidad que le precedió no estaba exenta de culpa. Y es que hay algunos que se afanan en hacer el bien por lo siguiente, para oscurecer la estimación que merece la caridad ajena; y que no se nutren con el bien que hacen, sino con la alabanza del bien que hacen, con la que humillan a los demás. Por esa razón pienso que este individuo que le dio hospitalidad al Espíritu maligno estuvo más atento a la ostentación que a las buenas obras, para que pareciera que él había obrado mejor que el obispo, acogiendo en su casa a alguien a quien el hombre del Señor, Fortunato, había echado de la suya.

PEDRO. Es tal como dices. Pues el resultado de su acción demuestra que no pudo haber una intención pura en su obra de misericordia.

8. GREGORIO. En otra ocasión, habiendo perdido un hombre la vista, llevado a su presencia, le rogó y consiguió el amparo de su intercesión. En efecto, cuando el hombre de Dios, terminada su oración, im-

a. Mt 6, 23.

primió la señal de la cruz en sus ojos, devolviéndoles la luz, al instante se retiró de ellos la noche de su ceguera[139].

9. Otra vez, el caballo de un soldado se había vuelto rabioso, de modo que a duras penas eran capaces de refrenarlo entre muchos, y desgarraba a mordiscos los miembros de todos aquellos a los que lograba pillar. Entonces, tras amarrarlo entre muchos como pudieron, lo llevaron ante el hombre de Dios. Y nada más hacerle él la señal de la cruz poniendo la mano sobre su cabeza, transformó toda su rabia en mansedumbre, de modo que en adelante se volvió más manso incluso de lo que antes de su locura hubiera sido[140].

10. Entonces el soldado decidió que debía ofrecerle al santo varón aquel caballo, cuya furia había visto trocarse en mansedumbre por el súbito poder del milagro. Y como él no quisiera aceptarlo, y el soldado insistiera en sus ruegos para que no rechazara su ofrecimiento, el santo varón, adoptando un camino intermedio entre ambas posturas, por un lado atendió la petición del soldado, pero, por otro, rehusó aceptar el regalo por el milagro realizado. Y así, primero le ofreció un precio apropiado, y luego aceptó el caballo que se le ofrecía. En efecto, al ver que el soldado se habría apenado si no lo aceptaba, obligado por la caridad, le compró lo que no necesitaba.

11. Tampoco debo pasar en silencio, a propósito de sus milagros, lo que supe hace unos doce días. En efecto, trajeron a mi presencia a un pobre anciano y, como la conversación de los ancianos siempre suele ser de mi agrado, le pregunté con mucho interés de dónde era él. Me respondió que era de la ciudad de Todi. Y yo le dije: «Deja que te pregunte, padre, ¿conociste tú al obispo Fortunato?». Y él me dijo: «Sí, lo conocí, y lo conocí bien». Entonces añadí yo: «Dime si conociste algunos milagros suyos, te lo ruego, y revélame qué clase de hombre fue, pues lo estoy deseando».

12. Y él me dijo[141]: «Ese hombre estaba muy lejos de los hombres que vemos ahora. Pues todo lo que le pidió a Dios todopoderoso lo consiguió con sólo pedirlo. Voy a contarte solamente un milagro suyo que me viene ahora a las mientes. Resulta que un día llegaron cerca de la ciudad de Todi unos godos, que se dirigían apresuradamente hacia la región de Rávena, y ellos se habían llevado de una heredad a dos niños pequeños, heredad que estaba bajo la jurisdicción de la citada ciudad de Todi[142].

13. »Al comunicársele este hecho al santísimo varón Fortunato, inmediatamente envió a alguien e hizo que los godos fueran hechos venir a su presencia. Y hablándoles con dulces palabras, primero intentó aplacar su dureza y después se dirigió a ellos diciéndoles: 'Os daré todo el dinero que queráis, pero devolvedme los niños que os habéis llevado, concededme ese favor de vuestra benevolencia'. Entonces el que pare-

cía ser el superior de los dos, le contestó diciendo: 'Estamos dispuestos a hacer cualquier otra cosa que nos mandes, pero estos niños no los devolvemos bajo ningún concepto'. Y el venerable varón le amenazó suavemente diciendo: 'Me afliges, no escuchas a tu padre. Por tu propio interés, no me aflijas'. Pero el godo, persistiendo en la dureza de su corazón, se marchó manteniéndose en su negativa.

14. »Al día siguiente, cuando ya se disponía a partir, el godo vino nuevamente ante el obispo, y el obispo, con las mismas palabras, le rogó por segunda vez por los mencionados niños. Y como él no quisiera consentir de ninguna manera en devolverlos, el obispo, afligido, le dijo: 'Sé que no te conviene marcharte dejándome a mí afligido'. El godo menospreció tales palabras y, volviéndose a su hospedaje, envió por delante con sus hombres a los niños en cuestión montados en caballos. Y enseguida, subiendo él también a su caballo, fue tras ellos. Pero, dentro aún de la ciudad, al llegar delante de la iglesia de San Pedro Apóstol, el casco de su caballo resbaló. El godo cayó con él, y al punto se fracturó el fémur, partiéndosele el hueso en dos[143]. Entonces, alzándolo en brazos, lo llevaron a su hospedaje. Y él envió a alguien a toda prisa e hizo volver a los niños que había enviado por delante, y le mandó decir al venerable varón Fortunato lo siguiente: 'Padre, te lo suplico, envíame a tu diácono'.

15. »Cuando el diácono de Fortunato llegó junto al que yacía postrado en el lecho, el godo hizo que comparecieran los niños cuya devolución le había negado antes rotundamente al obispo, y se los devolvió al diácono diciendo: 'Ve y dile a mi señor obispo: Por haberme maldecido, he aquí que he resultado herido, pero ahora recibe a los niños que me reclamaste e intercede por mí, te lo ruego'. Así pues, el diácono al que se le había encargado el asunto devolvió al obispo los niños, y el venerable Fortunato le dio al punto agua bendita, diciendo: 'Ve a toda prisa y échala sobre el cuerpo del que yace postrado'. Marchó, pues, el diácono y entrando en casa del godo roció el agua bendita sobre sus miembros. ¡Y oh hecho admirable y de todo punto asombroso!: tan pronto como el agua bendita tocó el muslo del godo, su fractura, toda ella, quedó tan firmemente soldada y el fémur recuperó tan saludablemente su primitivo estado que en ese mismo instante se levantó del lecho y, montando en su caballo, continuó el camino iniciado como si nunca hubiera sufrido lesión alguna en su cuerpo[144]. Y sucedió así que quien no había querido —sometiéndose a su obediencia— devolver los niños al santo varón Fortunato a cambio de dinero, se los daba ahora sin dinero alguno, obligado por el castigo».

16. Terminado este relato, deseaba todavía el anciano seguir contando otras cosas de él. Pero, puesto que había allí algunos de cuya exhortación debía yo ocuparme y ya se había hecho bastante tarde, no me fue

posible escuchar por más tiempo los hechos del venerable Fortunato, los cuales, si yo pudiera, me gustaría estar escuchándolos continuamente.

17. Pero al día siguiente el anciano contó un hecho de Fortunato todavía más admirable[145]: «En esa misma ciudad de Todi vivía, con sus dos hermanas, Marcelo, un varón de buenas costumbres. Habiendo caído enfermo, murió al anochecer ya del santísimo sábado de Pascua. Y su cuerpo, debido a que debía ser enterrado bastante lejos de allí, no pudo recibir sepultura ese mismo día. Así pues, como había un intervalo de tiempo para cumplir con los deberes de su entierro, sus hermanas, afligidas por su muerte, corrieron llorando hasta el venerable Fortunato y empezaron a decirle gritando a grandes voces: 'Sabemos que tú profesas la vida de los apóstoles, que limpias a los leprosos, que das la luz a los ciegos. Ven y resucita a nuestro hermano muerto'. Nada más saber Fortunato que el hermano de aquéllas había muerto, empezó a llorar él mismo también por su muerte y les respondió diciendo: 'Marchaos y no digáis eso, pues es la voluntad de Dios todopoderoso, a quien ningún hombre puede oponerse'[146]. Así pues, yéndose ellas, el obispo se quedó muy triste a causa de la muerte de aquél.

18. »Pero al día siguiente, domingo, antes del amanecer, llamando a sus dos diáconos, se dirigió a la casa del difunto, se acercó al lugar donde yacía el cuerpo sin vida y se entregó allí a la oración. Una vez terminado el rezo, se incorporó, se sentó junto al cuerpo del difunto, y, a media voz, lo llamó por su nombre diciendo: 'Hermano Marcelo'. Entonces él, como si hallándose ligeramente dormido hubiese despertado al oír aquella voz cercana, aunque bajita, abrió al punto los ojos y mirando al obispo le dijo: 'Oh, ¿qué has hecho?, ¿qué has hecho?'. Y el obispo le respondió diciendo: '¿Qué es lo que he hecho yo?'. Y él le dijo: 'Ayer vinieron dos individuos que, sacándome de mi cuerpo, me condujeron a un hermoso lugar. Pero hoy han enviado a otro que ha dicho: Volved a llevarlo, pues el obispo Fortunato ha ido a su casa'[147]. Y nada más acabar de decir estas palabras, inmediatamente se repuso de su enfermedad y permaneció durante mucho tiempo en este mundo»[148].

19. No obstante, no hay que pensar que él perdió el lugar que ya había recibido, pues no cabe duda de que, gracias a la oración de su intercesor, pudo vivir mejor después de su muerte el que ya antes de su muerte se había dedicado a complacer a Dios todopoderoso[149]. Pero ¿por qué contamos tantos milagros de cuando Fortunato aún vivía, si también hoy en día disponemos de muchísimos ejemplos de milagros suyos llevados a cabo delante de su cuerpo? En efecto, siempre que se le pide con fe liberar a los endemoniados o sanar a los enfermos, lo mismo que solía hacerlo en vida, sigue haciéndolo ahora continuamente ante sus reliquias[150].

20. Pero me gustaría, Pedro, llevar de nuevo mi narración a las tierras de la provincia de Valeria, de la que he tenido la oportunidad de

escuchar muy eximios milagros de boca del venerable Fortunato, al que mencioné mucho más arriba[151]. Este Fortunato, que todavía en la actualidad viene frecuentemente a visitarme, al narrarme esos hechos de los antiguos, sacia mi espíritu con renovado alimento.

[11. Martirio, monje de la provincia de Valeria]

En esa provincia hubo un monje, llamado Martirio, siervo muy devoto de Dios todopoderoso, que dio la siguiente prueba como testimonio de su poder taumatúrgico: un día, habiendo cocido sus hermanos un pan bajo las cenizas y habiendo olvidado imprimir en él la señal de la cruz —a la manera en la que suelen grabarse con un palo los panes crudos en esta provincia, de modo que parecen divididos en cuatro cuadrados—, llegó el siervo de Dios y supo, al decírselo ellos, que el pan no había sido marcado con la señal de la cruz. Y estando ya el pan en las brasas y cubierto de cenizas, les dijo: «¿Por qué no lo habéis grabado?». Y diciendo esto, hizo la señal de la cruz con el dedo frente a las llamas. Y nada más hacerla, inmediatamente el pan dio un enorme chasquido, como si una enorme olla hubiera crepitado en el fuego. Y cuando el pan, ya cocido, fue retirado del fuego, apareció grabado con la cruz que había impreso en él no el contacto, sino la fe[152].

[12. Severo, presbítero de la misma provincia]

1. Hay también en este lugar un valle llamado Interorina[153] —al que muchos en lengua vulgar denominan «Interocrina»—, en el que vivía un varón de vida muy admirable llamado Severo, sacerdote de la iglesia de Santa María Madre de Dios siempre Virgen. Habiendo llegado un padre de familia a sus últimos momentos, por medio de unos mensajeros enviados a toda prisa le rogó que viniera cuanto antes a su casa e intercediera con sus oraciones por sus pecados, para que, haciendo él penitencia de sus faltas, pudiera abandonar su cuerpo libre de culpa. Pero resultó que el sacerdote, inopinadamente, estaba ocupado en la poda de una viña, y le dijo a los que habían venido hasta él: «Id vosotros delante, yo os seguiré enseguida». Pero, viendo que no le restaba ya casi nada para concluir la tarea, se demoró un poco con el fin de terminar el poquísimo trabajo que aún le quedaba[154]. Una vez terminado éste, se puso en marcha hacia la casa del enfermo. Pero, cuando iba de camino, acudiendo a su encuentro los que habían venido antes, le salieron al paso diciendo: «¿Por qué te has retrasado, padre? No te canses más, pues ya ha muerto». Al oír esto, se estremeció y empezó a gritar a grandes voces que él lo había matado.

2. Llegó, pues, llorando hasta el cuerpo del difunto y con lágrimas en los ojos se echó al suelo delante de su lecho. Y estando llorando viva-

mente, golpeándose la cabeza contra el suelo y gritando que él era el culpable de su muerte, de repente el que había muerto volvió a la vida[155]. Y al ver aquello los muchos que estaban alrededor, lanzando gritos de admiración empezaron a llorar aún más, pero ahora ya de alegría. Y al preguntarle al muerto dónde había estado o cómo había regresado, dijo: «Había unos hombres sumamente horribles que me llevaban consigo, de cuyas bocas y narices salía un fuego que no podía soportar. Y cuando me llevaban por unos lugares tenebrosos, de improviso, mientras caminábamos con otros, nos salió al paso un joven de hermoso aspecto, que les dijo a los que me arrastraban: «Devolvedlo, pues el presbítero Severo está llorando. Y el Señor lo ha perdonado por la intercesión de sus lágrimas»[156].

3. Severo se levantó al punto del suelo y le proporcionó la ayuda de su intercesión para el cumplimiento de una penitencia. Y el enfermo resucitado, tras hacer penitencia durante siete días por los pecados cometidos, al octavo abandonó muy contento su cuerpo. Considera, por favor, cuánta atención le prestó el Señor a este Severo del que estamos hablando, tan querido por él que no consintió que se afligiera ni siquiera un poco.

4. PEDRO. Todo esto es sumamente admirable, y me doy cuenta de que hasta ahora lo había ignorado. ¿Pero qué diremos que ocurre para que en los tiempos actuales no podamos encontrar varones semejantes?

GREGORIO. Yo no creo, Pedro, que actualmente, en nuestra época, no haya muchos varones semejantes. Pues, si no realizan tales prodigios, no por ello dejan de ser semejantes. En efecto, el verdadero valor de la vida de santidad reside en la virtud de las obras, no en la ostentación de prodigios. Y así, hay muchos que, aunque no realizan prodigios, no son distintos, sin embargo, de los que sí los realizan[157].

5. PEDRO. ¿Cómo puede demostrárseme esto, por favor, que haya algunos que no realizan prodigios y que, sin embargo, no son diferentes de los que los realizan?

GREGORIO. ¿Acaso no sabes que el apóstol Pablo es hermano de Pedro —el primero de los apóstoles— en la primacía apostólica?

PEDRO. Lo sé perfectamente, y no hay duda de que, a pesar de ser el más pequeño de todos los apóstoles, trabajó, sin embargo, más que todos ellos[a].

6. GREGORIO. Como tú recordarás bien, Pedro caminó a pie sobre el mar, mientras que Pablo en el mar sufrió un naufragio[b]. He aquí que, en un mismo e idéntico elemento, por donde Pedro marchó a pie, Pablo no pudo avanzar con un navío. Es pues, claro y evidente que, aunque el

a. Cf. 1 Cor 15, 9-10.
b. Cf. Mt 14, 28-29; 2 Cor 11, 25.

poder taumatúrgico de ambos fue diferente, sin embargo el mérito de ambos no es diferente en el Cielo.

PEDRO. Me convence plenamente lo que dices, lo confieso. He comprendido claramente que debemos aspirar a la vida de santidad, no a los prodigios. Pero, puesto que los prodigios que se llevan a cabo son, en sí mismos, una prueba de la vida de santidad, te ruego que, si todavía quedan algunos, me los refieras, para que, hambriento como estoy de ellos, me alimentes con los ejemplos de los hombres santos.

7. GREGORIO. Me gustaría contarte —para mayor gloria del Redentor— algunas cosas acerca de los milagros del venerable varón Benito, pero veo que lo que resta de día no podrá ser suficiente para terminar dicho relato. Así pues, hablaremos de ello con mayor libertad si retomamos el inicio de la narración en otro momento[158].

FIN DEL LIBRO PRIMERO

NOTAS

1 Gregorio Magno escribe sus *Diálogos* hacia 593-594. En el momento en que escribe lleva tres o cuatro años en el Pontificado, atendiendo no sólo a los asuntos pastorales y espirituales, sino también a cuestiones administrativas, civiles y políticas, dada la ausencia de autoridad imperial en Roma a causa de las invasiones de los lombardos. El autor lamenta este tipo de obligaciones y preocupaciones del cargo que le apartan de su actividad espiritual.

2 El diácono Pedro será el interlocutor de Gregorio a lo largo de toda la obra. En la correspondencia de Gregorio se nombra a un subdiácono Pedro (anteriormente «defensor eclesiástico» en Rávena), encargado de la administración de los bienes de la Iglesia, primero en Sicilia y luego en Campania. Finalmente, hacia 593 aparece en Roma con el cargo ya de diácono.

3 Gregorio añora con sentida pesadumbre y nostalgia los años anteriores a su pontificado: su estancia en dos etapas —entre 574-577 y 586-590— en el monasterio benedictino de San Andrés, fundado por él mismo en el monte Celio, junto al *clivus Scauri*. El autor echa de menos la paz y el sosiego de la vida contemplativa del monasterio.

4 Alegoría típica «vida = nave», en la que Gregorio identifica su vida pasada en el monasterio con una nave atracada en el «puerto de tranquilidad», frente a su vida actual en el pontificado, identificada con «una nave en alta mar», zarandeada por el oleaje en medio del temporal.

5 El autor explicita la estructura externa de la obra: un «diálogo» entre dos interlocutores, el propio Gregorio y su amigo el diácono Pedro.

6 Se concreta el tema específico de la obra: «los milagros de los santos de Italia».

7 Gregorio menciona los dos tipos de fuentes utilizadas para la elaboración de la obra: por un lado, su propia persona, conocedora directa de algunos

hechos prodigiosos; por otro, las informaciones de varones fidedignos que tuvieron conocimiento de los milagros. En la práctica, la inmensa mayoría de los prodigios estarán avalados por este segundo tipo de fuente indirecta.

[8] Gregorio se ocupa de la exégesis bíblica en tres de sus obras: *Morales* (comentario al *Libro de Job*), *Comentario al Cantar de los Cantares* y *Comentario al libro I de los Reyes*.

[9] El autor concibe su obra hagiográfica como complementaria de sus obras exegéticas. Ambos géneros tendrían una finalidad didáctica, tendentes a la edificación de los fieles: las obras exegéticas desde un punto de vista teórico, las hagiográficas desde un punto de vista práctico, con una función ejemplarizante.

[10] Gregorio, consciente de que las fuentes indirectas no ofrecen la misma garantía de veracidad que las directas, apela a la autoridad de la Biblia, en donde los *Evangelios de Marcos* y *Lucas*, a pesar de estar basados en testimonios indirectos, merecen tanto crédito como los de *Mateo* y *Juan*. Idéntica argumentación aparece en el prólogo de las *Historias de los monjes de Siria*, de Teodoreto de Ciro, y con el mismo fin: garantizar la veracidad de los hechos que se cuentan.

[11] Gregorio, que concibe su obra como «historiográfica», es decir, como un relato de hechos reales —no legendarios—, intenta avalar la veracidad de lo que cuenta ofreciendo los nombres concretos de los «testigos» de los milagros. Se trata de un recurso propio del tópico historiográfico de la *veritas* («veracidad historiográfica»): la mención de las fuentes proporciona siempre una apariencia de verdad.

[12] El autor distingue dos modos de exposición de los testimonios indirectos: unas veces ofrecerá el «testimonio literal» de sus informadores (algo que Gregorio lleva a cabo en muy pocas ocasiones: I, 10, 12-15; I, 10, 17-18; III, 12, 2-3; III, 13, 1-3; IV, 31, 2-4; IV, 32, 2-4; IV, 33, 1-3); otras veces aportará una «adaptación de los testimonios», vertidos con las propias palabras del autor, para evitar caer en un lenguaje vulgar y coloquial impropio de una obra literaria.

[13] La vida y milagros del abad Honorato deben situarse a finales del siglo V o principios del siglo VI, pues los milagros de su discípulo Libertino (cap. 2) son datados por el autor en tiempos del rey Totila (541-552). Fondi es una ciudad de la región de Campania por la que pasaba la vía Apia, a 130 kilómetros al sur de Roma.

[14] La vida de santidad ya «desde la infancia» es un tópico habitual en el género hagiográfico (cf. I, 9, 16-18). Por «abstinencia» se entiende aquí el hecho de no comer carne.

[15] La oposición de los padres u otros familiares a la vida de piedad elegida por el santo aparece con cierta frecuencia en los relatos hagiográficos (cf. I, 9, 16-17; III, 14, 1; III, 21, 1).

[16] El monje cenobita, que vive en un monasterio en comunidad con otros hermanos, es un santo típico de los siglos V y VI del Occidente cristiano. De hecho, los protagonistas de los cuatro primeros capítulos del libro I son monjes: dos abades, un prior y un hermano hortelano.

[17] La «invocación a Dios» y «la señal de la cruz» son dos medios frecuentemente empleados por los santos en la realización de milagros. Con ello se deja ver, implícitamente, que el milagro se debe a la intervención divina, de la cual

el santo no es más que un mero instrumento. Sobre el poder taumatúrgico de la señal de la cruz cf. I, 10, 8; I, 10, 9; I, 11; III, 5, 4; III, 6, 2; III, 35, 2.

[18] Con frecuencia el autor se cuida de desechar las posibles explicaciones «racionales» del milagro, a fin de persuadir al lector del carácter absolutamente «prodigioso» del mismo.

[19] Los santos son seres extraordinarios, que se hallan muy por encima del común de los mortales. Por eso, pueden permitirse ciertas cosas (el no tener un maestro, por ejemplo) impensables e inadmisibles en el resto de los hombres. Gregorio insistirá más de una vez en esta idea (cf. I, 4, 2; I, 4, 8).

[20] La humildad es, para Gregorio, la primera de las virtudes del santo. Sin ella es imposible la vida de piedad y la realización de milagros. Esta idea aparecerá continuamente en toda la obra.

[21] *Veritas*: expresión habitual en Gregorio para referirse a Jesucristo. El autor la emplea hasta en veintidós ocasiones.

[22] Con mucha frecuencia Gregorio apelará a la autoridad de la Biblia para apoyar y sustentar sus afirmaciones de naturaleza doctrinal o teológica (cf. I, 8, 6; I, 12, 5; II, 23, 6; II, 30, 3; II, 33, 1; II, 38, 4; III, 14, 13; III, 15, 9; III, 15, 15; III, 17, 8; III, 26, 8; III, 31, 8; III, 34,1; III, 34, 3; IV, 5, 5; IV, 24, 2; IV, 25, 1; IV, 26, 1-4; IV, 30, 3-5; IV, 34, 1-4; IV, 36, 13-14; IV, 38, 3-4; IV, 41, 1-5; IV, 44, 1-3; IV, 46, 1; IV, 46, 7; IV, 50, 2-5; IV, 61, 2; IV, 62, 1-2).

[23] Todo monasterio tenía al frente un abad, secundado por un *praepositus* o prior, en este caso Libertino. Acerca de la ciudad de Fondi *vid.* nota 13.

[24] Totila fue rey de los ostrogodos. Conquistó gran parte de Italia y sus islas, guerreando contra el emperador bizantino Justiniano I en la Península itálica durante los once años de su reinado (541-552).

[25] Cf. I, 1, 4.

[26] Darida es un desconocido general del rey ostrogodo Totila.

[27] La «oración» (junto a la «invocación de Cristo» y la «señal de la cruz») es un elemento esencial desencadenante de los milagros. De hecho, con frecuencia el milagro tiene lugar inmediatamente después de la oración del santo. Y ello demuestra que el santo no es más que el intermediario de la acción divina.

[28] Río del sur de Italia que desemboca en el mar Tirreno.

[29] Tópico del «castigo de los malvados o pecadores», uno de los más frecuentes de los relatos hagiográficos: quienes persiguen, maltratan, afrentan, desprecian, molestan o tientan a los santos o a los fieles católicos, así como quienes desobedecen las leyes divinas, se exponen a sufrir la «cólera de Dios» o la «cólera del santo». El castigo puede consistir en la paralización de los miembros, en la posesión diabólica, en la ceguera, en el envío de un enfermedad, en la propia muerte, etc. (cf. I, 4, 7; I, 4, 21; I, 9, 9; I, 9, 13; I, 9, 18; I, 10, 2; I, 10, 3; I, 10, 6-7; I, 10, 13-14; II, 8, 6; II, 24, 1; III, 5, 4; III, 14, 3; III, 15, 7; III, 16, 5; III, 22, 2; III, 26, 2; III, 29, 3; III, 37, 15-16; IV, 19, 3-4; IV, 24, 1; IV, 25, 1; IV, 31, 3-4; IV, 33, 1-3; IV, 39; IV, 40, 6; IV, 54, 2).

[30] A veces el «castigo de los malvados» termina cuando dejan de perseguir o hacer el mal a los hombres de Dios (cf. I, 10, 15; III, 37, 16).

[31] Bucelino era un general del rey franco Teodoberto I (533-548) y luego de su hijo Teodobaldo I (548-555). En el año 554 recorrió toda Italia y conquistó Sicilia. Derrotó más de una vez a los generales bizantinos Belisario y Narsés.

[32] La ofuscación de la vista (el «mirar sin ver») es un lugar común en los relatos hagiográficos. Es uno de los muchos medios de los que se sirve Dios para «proteger» a sus santos. Para otros prodigios con la misma función de «protección» y ayuda (física o espiritual) del santo *vid.* I, 4, 1; I, 4, 6; I, 4, 16; III, 16, 8; III, 18, 2.

[33] Los hagiógrafos consideran la «resurrección de un muerto» como el mayor de los milagros, propio de los tiempos apostólicos (cf. I, 10, 18; I, 12, 2; II, 32, 3; III, 17, 4; III, 33, 1). Por eso, la natural humildad de los santos se muestra habitualmente reacia a realizar prodigios de esta naturaleza. Otras veces la resurrección es obra directa de la misericordia divina (cf. IV, 37, 3; IV, 37, 5-6; IV, 37, 7).

[34] Primer milagro de «resurrección de un muerto». El prodigio se produce tanto por la «oración» de Libertino, tras «arrodillarse» y «alzar las manos al cielo», como por la «intercesión» de su maestro Honorato (a través de la sandalia). La realización de milagros mediante las ropas, el calzado o algún objeto personal de los santos (por «simpatía») es un lugar común de la literatura hagiográfica (cf. III, 15, 18; III, 16, 10; IV, 42, 2).

[35] Para que los milagros puedan llevarse a efecto es fundamental que los peticionarios de los mismos muestren una «fe» inquebrantable en la posibilidad de realización del prodigio. De hecho, a menudo los santos manifiestan expresamente que es sólo la fe del peticionario la que realiza el milagro.

[36] Los hagiógrafos recurren con frecuencia a la comparación de los prodigios que refieren con milagros bíblicos semejantes. Tales milagros se convierten así en «garantía» de los realizados en los tiempos modernos, al dotarles de la credibilidad derivada de la autoridad de la Biblia (cf. I, 4, 6; I, 7, 4-6; II, 7, 2; II, 22, 4; III, 16, 2; III, 18, 3; III, 21, 4; III, 37, 8).

[37] Sobre la finalidad didáctica y moralizante de los *Diálogos vid.* nota 9.

[38] La idea de que las virtudes de los santos son de mayor valor moral que sus extraordinarios poderes taumatúrgicos aparecerá de modo recurrente a lo largo de toda la obra. El relato que sigue no narra milagro alguno, sino que, mediante una escena ocurrida entre el santo y su abad, se ilustra al lector sobre la virtud de la «paciencia» de Libertino.

[39] La anécdota recoge el tópico folclórico y popular del «ocultamiento de la verdad mediante la verdad misma». O, dicho de otro modo, el tópico de «la verdad a medias».

[40] Los tres primeros capítulos del libro I relatan los milagros de otros tantos monjes del monasterio de Fondi (en la región de Campania) en épocas sucesivas: el abad Honorato, el prior Libertino y, ahora, un anónimo monje hortelano.

[41] La misma fórmula expresiva se repetirá en II, 36 y III, 38, 5.

[42] Los monjes (y en ocasiones también los sacerdotes) solían conjugar la oración y el trabajo manual. El trabajo se concretaba en dos tareas principales: la actividad de los amanuenses o copistas y la labor agrícola (encaminada fundamentalmente al autoabastecimiento). Otros trabajos eran los relacionados con la producción de vino y aceite, así como la construcción de los propios monasterios.

[43] El dominio de los santos sobre los animales salvajes (serpientes, leones, osos, cuervos, orugas, pájaros, etc.), los cuales les obedecen, se abstienen de hacerles daño o se ponen a su servicio, es un lugar común en la literatura hagiográfica (cf. I, 9, 15; II, 8, 3; III, 11, 2; III, 15, 4; III, 15, 12; III, 26, 3).

[44] Cf. I *pról*. 7.

[45] El paraje de Baños de Cicerón parece aludir a una de las famosas villas que Cicerón tenía cerca de Roma, como, por ejemplo, en Arpino o en Túsculo.

[46] El relato se desplaza ahora desde la región de Campania, situada al sur de Roma (caps. 1, 2 y 3), a la antigua región de Valeria, situada al noreste de Roma, en el centro de Italia (caps. 4, 5 y 6).

[47] La tentación de la lujuria, mediante el recuerdo, la imaginación, el sueño o la directa contemplación de mujeres (vestidas o desnudas) es un tópico frecuente de la literatura hagiográfica (cf. II, 2, 1; II, 8, 4; III, 7, 2-8; III, 16, 5).

[48] Los «sueños y visiones» (o, en su caso, «audiciones») son muy frecuentes en los relatos hagiográficos. Su función es diversa: pueden servir, como aquí, para animar, confortar o fortalecer al santo en vida (cf. III, 24, 1-2; IV, 58, 1); para dar una orden, instrucción o información divinas (cf. I, 4, 8; I, 4, 16; II, 1, 6; III, 7, 4-6; III, 25, 1; IV, 54, 1; IV, 55, 2); para comunicar un acontecimiento futuro (cf. III, 38, 2), muy especialmente la próxima muerte de alguien (cf. I, 8, 2-3; IV, 14, 4; IV, 17, 1; IV, 18, 1; IV, 27, 4-5; IV, 27, 7-8; IV, 49, 3; IV, 49, 6; IV, 58, 1-2). En ocasiones los seres celestiales se aparecen al santo o sus allegados en el momento mismo de la muerte para escenificar la «llamada» de sus almas al Reino de los Cielos y confortarlos en el tránsito (cf. IV, 12, 4; IV, 13, 3; IV, 14, 4; IV, 17, 2; IV, 18, 3; IV, 20, 4; IV, 35; IV, 49, 3; IV, 49, 4). Otras veces la visión sirve para mostrar cómo el alma de alguien que acaba de morir asciende hacia el Cielo o se encamina hacia el Infierno (cf. II, 34, 1; II, 35, 3; II, 37, 3; IV, 8; IV, 9, 2; IV, 10; IV, 11, 4; IV, 31, 3; IV, 36, 8); o bien que se encuentra ya en el Cielo, el Infierno o el Purgatorio (cf. II, 23, 4; IV, 37, 11; IV, 37, 12; IV, 37, 16; IV, 38, 1; IV, 42, 3-4; IV, 48; IV, 53, 2; IV, 56, 1; IV, 57, 4-7; IV, 57, 15). A veces, en fin, asistimos a la «visión del Demonio o del Infierno», para dar a conocer a los santos la presencia del mal (cf. II, 4, 2; II, 8, 12; II, 11, 1) o bien para provocar el arrepentimiento y la corrección del visionario, con el fin de salvar su alma (cf. IV, 37, 3-4; IV, 37, 5-6; IV, 37, 7-12; IV, 40, 4-5) o, al menos, la del resto de los fieles que tienen noticia de la visión terrorífica (cf. IV, 19, 3-4; IV, 32, 4-5; IV, 40, 6-9; IV, 40, 11).

[49] Es decir, Equicio se convirtió en abad tanto de monasterios de monjes como de monjas.

[50] Sobre los dones especiales de los santos, de los que carece el resto de los mortales, *vid*. nota 19.

[51] El proceso judicial y la condena de Basilio y otros individuos acusados de «brujería» se sitúan en los años 510-511 (cf. Cassiodoro, *Variae* 4, 22-23).

[52] Amiterno era una antigua ciudad del territorio de Valeria, cerca de la actual L'Aquila.

[53] Equicio tiene el don de la «precognición», es decir, la capacidad de conocer algo de antemano de manera extrasensorial o sobrenatural (cf. I, 4, 17; III, 14, 6).

[54] La entrada de varones en los monasterios de monjas estaba prohibido, salvo en situaciones excepcionales.

[55] La «curación de enfermedades o lesiones» por obra de los santos es uno de los milagros más habituales en la literatura hagiográfica (cf. I, 10, 8; I, 10, 9; I, 10, 15; I, 10, 19; II, 11, 2; II, 26; II, 27, 3; II, 38, 1; III, 2, 3; III, 3, 2;

III, 25, 2; III, 33, 8; III, 35, 1; III, 35, 4; III, 37, 16). La curación se produce, habitualmente, gracias a la oración o las lágrimas del santo, por la aplicación de la señal de la cruz o de agua bendita, por mediación de la hostia eucarística o por la simple imposición de las manos sobre la zona en la que se localiza el mal. Otras veces, especialmente en el caso de milagros *post mortem*, la curación tiene lugar cuando el beneficiario o sus deudos lo piden con fe tocando las reliquias del santo. Otras veces, en fin, como ocurre aquí, la curación se lleva a cabo «a distancia», sin encontrarse el santo físicamente presente. En otras ocasiones la curación es atribuible directamente a Dios (cf. III, 13, 3; IV, 11, 3; IV, 28, 3; IV, 42, 2; IV, 49, 6).

[56] En los casos de «curación a distancia» el hagiógrafo suele enfatizar la coincidencia temporal entre las palabras curativas del santo y la curación efectiva del beneficiario, a fin de probar que se trata de un auténtico milagro y no de un hecho casual.

[57] Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* nota 36.

[58] Si los santos pueden obrar «milagros» con la ayuda de Dios, los brujos pueden realizar «hechicerías» con la ayuda del Demonio. Sin embargo, el poder superior de Dios siempre puede «proteger» a los fieles cristianos de tales brujerías (*vid.* nota 32).

[59] La no bendición de los alimentos constituye un pecado. Ello puede llevar consigo el «castigo de los pecadores» (*vid.* nota 29), que a menudo consiste, como aquí, en la posesión diabólica del pecador (cf. I, 4, 21; I, 10, 2; I, 10, 3; III, 14, 3; III, 26, 2; IV, 24, 1).

[60] Los santos, mediante la oración y el exorcismo, tienen la capacidad sobrenatural de la «expulsión del diablo» del cuerpo del poseso (cf. I, 10, 1; I, 10, 5; I, 10, 6; I, 10, 19; II, 4, 3; II, 16, 1; II, 30, 1; III, 6, 2; III, 14, 3; III, 21, 3; III, 33, 5). No es infrecuente que el Espíritu maligno hable a través de la boca del propio endemoniado (cf. III, 21, 3).

[61] Nursia, situada en la antigua región de Valeria, es la actual Norcia, en la región italiana de Umbría.

[62] Desde el papa León I (440-461) la predicación les estaba permitida únicamente a los sacerdotes, y prohibida, por tanto, a monjes y legos.

[63] La función del «sueño» es la exhortación divina a la predicación del santo, saltando por encima de la prohibición del Pontífice. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* nota 48. Sobre los dones especiales de los santos, de los que carece el resto de los mortales *vid.* nota 19.

[64] Aunque los *Diálogos* se centran sobre todo en los «milagros», en ocasiones abordan también la «vida» de piedad de los santos, ilustrándola con el relato de algunas de sus acciones virtuosas, especialmente las relacionadas con la «humildad».

[65] Ciudad del antiguo territorio de Valeria, al suroeste de Nursia, a la altura de Amiterno.

[66] Una característica recurrente de los santos monjes es su afán de evangelización, que se manifiesta de dos maneras: mediante la fundación de monasterios y mediante la predicación.

[67] La natural humildad de los santos explica su absoluto desprecio del boato y el lujo, especialmente en su manera de vestir.

[68] Es un repetido tópico hagiográfico que las acciones virtuosas del santo acaben reportándole «fama de santidad». La fama le sobreviene fundamentalmente por tres causas: por sus milagros, por su vida ascética y de piedad o —como ocurre aquí— por su predicación (cf. I, 5, 2; II, 1, 8; II, 3, 1; III, 14, 4; III, 26, 2).

[69] La consecuencia negativa de la fama de santidad es la aparición de la «envidia» por parte de ciertos individuos mezquinos que, no pudiendo soportar la gloria del santo, procuran su mal (cf. II, 8, 1; III, 15, 5).

[70] Los «defensores eclesiásticos» eran funcionarios de la Iglesia con labores administrativas y de representación diplomática. En principio eran servidores laicos; luego pasaron a ser clérigos menores excluidos de las sagradas órdenes.

[71] Sobre el trabajo manual de los monjes *vid.* nota 42.

[72] La función del «sueño» es la de transmitir al Pontífice la orden, presuntamente divina, de no perseguir al santo. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* nota 48. Por lo demás, se trata de una nueva manifestación de cómo Dios protege siempre a sus elegidos (*vid.* nota 32).

[73] Equicio da muestras, por segunda vez, del don sobrenatural de la precognición (*vid.* nota 53).

[74] Valencio es mencionado también en III, 22, 1 y IV, 22, 1, donde se nos informa de que en el momento en que Gregorio escribe ya ha muerto y de que, antes de ser abad de Gregorio Magno en el monasterio romano de San Andrés (a partir de 574), había sido abad de otro monasterio en la provincia de Valeria.

[75] El autor quiere dejar claro que se trata de un auténtico milagro, no de un mero golpe de viento fortuito: el torbellino sólo levanta por los aires el arcón del campesino, mientras todo lo demás permanece intacto.

[76] El objeto del milagro divino es defender la veneración debida a las reliquias de Equicio y proclamar su «santidad» (cf. III, 1, 9; III, 11, 5; III, 12, 3; III, 13, 3; III, 31, 5; III, 37, 15; IV, 22, 1-2; IV, 23, 2).

[77] Cf. I, 3, 5; I, 4, 1.

[78] El pueblo germánico de los lombardos reinó en Italia desde su invasión en época del rey Alboíno (568), hasta el destronamiento por Carlomagno de su último rey, Desiderio (774). Los lombardos saquearon con especial fiereza y crueldad diferentes regiones de Italia (cf. II, 17; III, 8, 2; III, 11; III, 26-29; III, 37-38; IV, 22-24). El suceso aquí narrado debe situarse en el inicio de la invasión (568-572), cuando los lombardos —de confesión arriana— devastaron el norte y el centro de Italia y persiguieron ferozmente a los católicos.

[79] Tópico del «castigo de los malvados» (*vid.* nota 29), en este caso por profanar un lugar sagrado. Sobre la «posesión diabólica» como castigo de los malvados *vid.* nota 59.

[80] Es habitual terminar las noticias hagiográficas del santo aludiendo a los milagros *post mortem*. Muchos de ellos se llevan a cabo, como aquí, ante la tumba del santo o por mediación de alguna reliquia (cf. I, 10, 19; II, 38, 1; III, 15, 18; III, 19, 3; III, 22, 2; III, 23, 4; IV, 42, 2).

[81] Otros dos capítulos de los *Diálogos* también están dedicados a sendos sacristanes taumaturgos: Teodoro (III, 24) y Aconcio (III, 25). Ancona es una ciudad de la región central de Italia, en la antigua región de Valeria, en la costa del mar Adriático, a 210 kilómetros de Roma.

[82] El «testigo» de los milagros del sacristán Constancio es un «monje-obispo». No era infrecuente en la época pasar de la vida monacal al episcopado (cf. III, 13, 1).

[83] Sobre el tópico hagiográfico de la «fama de santidad» *vid.* nota 68. El «desprecio de los bienes materiales» es una de las virtudes típicas de los santos.

[84] El milagro de la conversión del agua en aceite recuerda inevitablemente la conversión del agua en vino por Jesús en las bodas de Caná.

[85] Sobre el relato no sólo de los «milagros», sino también de las acciones virtuosas de la «vida» del santo *vid.* nota 64.

[86] La «fama de santidad» lleva aparejado el tópico de la afluencia, desde cercanas o lejanas tierras, de todo tipo de gentes interesadas en conocer al santo para recibir su bendición, escuchar sus enseñanzas o convertirse en discípulos suyos (cf. II, 1, 8; II, 2, 3; II, 8, 1; III, 14, 5; III, 15, 11).

[87] Es frecuente en los *Diálogos* la contraposición entre la virtud exterior del santo (realización de milagros) y la virtud interior (representada especialmente por la humildad). La segunda es siempre de mayor valor e importancia que la primera (*vid.* nota 38).

[88] El dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza (fuego, viento, tierra, lluvia, ríos, agua, etc.) es un lugar común en la literatura hagiográfica (cf. II, 5, 2-3; II, 33, 3; III, 9, 3; III, 10, 2-3; III, 15, 11; III, 15, 18; III, 16, 2; III, 19, 2-3).

[89] El monte Soracte es un macizo de casi 700 metros de altura, que se eleva en mitad de una llanura del Lacio. Así pues, el relato se desplaza ahora desde Valeria (capítulos 4, 5 y 6) hacia la región del Lacio más próxima a Roma (capítulos 7 y 8).

[90] Maximiano fue primero abad del monasterio romano de San Andrés, fundado por Gregorio Magno (hasta 590-591, aproximadamente), y más tarde obispo de Siracusa (a partir de 591), como se señala en III, 36, 1 y en IV, 33, 1.

[91] El monasterio de Suppentoma (actual Castel Sant'Elia) se hallaba, en efecto, junto a la ciudad de Nepi, a unos 12 kilómetros del monasterio del monte Soracte, ambos en la región del Lacio, al norte de Roma.

[92] La relación entre el abad del monasterio del monte Soracte y su prior Nonnoso es semejante a la del abad del monasterio de Fondi y su prior Libertino: abad severo y colérico, frente a prior humilde y paciente (cf. I, 2, 8-11).

[93] El milagro del «desplazamiento de la roca» recuerda a la «detención de la roca» en mitad de la ladera del monte de I, 1, 4.

[94] El «altar» o el «polvo del altar» (igual que la señal de la cruz, el agua bendita, etc.) es otro medio del que se sirven los santos para realizar los milagros (cf. I, 7, 6; III, 17, 3-4).

[95] El arreglo milagroso de objetos rotos es un motivo hagiográfico frecuente (cf. II, 1, 1-2: arreglo de una criba).

[96] Gregorio el Taumaturgo (213-270/275). El milagro es contado por Rufino de Aquilea, *Historia Eclesiástica*, 7, 28, 2.

[97] Donato, obispo de Arezzo, mártir del siglo IV. El milagro se narra en la *Passio Donati* (B. Mombritius, *Sanctuarium*, Paris, 1910, pp. 416-418).

[98] Eliseo mandó a una viuda que echara el aceite de su única vasija en otras vasijas vacías, y todas ellas acabaron llenándose milagrosamente. Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* nota 36.

[99] Sobre el trabajo manual de los monjes *vid.* nota 42.

[100] Sobre el «altar» como medio para realizar milagros *vid.* nota 94.

[101] Los milagros consistentes en la «multiplicación» de aceite, vino, trigo, pan, etc. (basados en el famoso milagro de Jesús de la multiplicación de los panes y los peces) constituyen un lugar común en la literatura hagiográfica (cf. I, 9, 4; I, 9, 14; I, 9, 17; II, 29, 1; III, 37, 3; III, 37, 6-7).

[102] Cf. I, 7, 1.

[103] Cuando Gregorio escribe los *Diálogos* (593-594), lleva tres o cuatro años como Papa.

[104] *Vid.* nota 91.

[105] La revelación divina de la próxima muerte del santo o de otras personas es un lugar común en los relatos hagiográficos. La mayoría de las veces tal revelación se produce por medio de un sueño o visión, o bien —como ocurre en esta variante (cf. IV, 49, 7)— mediante una «audición» divina, a través de una voz procedente del Cielo (sobre las diversas funciones de sueños y visiones *vid.* nota 48). El anuncio se produce otras veces por directa revelación o inspiración divina (cf. III, 23, 2; IV, 11, 3; IV, 27, 11).

[106] El verdadero autor de los milagros es Dios. El santo, mediante su oración, es sólo el intermediario.

[107] El relato se desplaza ahora desde la región del Lacio más cercana a Roma (capítulos 7 y 8) hacia la región de la Tuscia Romana (capítulos 9 y 10), actualmente la zona más septentrional del Lacio.

[108] La ciudad de Viterbo se corresponde con la antigua ciudad de *Ferentis.* Se halla en la actual región del Lacio, a unos 100 kilómetros al noroeste de Roma.

[109] Tanto los obispos como los abades de los monasterios tenían entre sus obligaciones la de remediar las necesidades materiales (ropa, comida, dinero, etc.) de los necesitados que acudían a ellos, ya fueran pobres, peregrinos, viajeros, cautivos, etc. (cf. I, 9, 10; I, 9, 14; II, 28, 1; III, 1, 1; III, 11, 1; III, 14, 8; IV, 23, 1).

[110] Sobre los milagros basados en la «multiplicación» *vid.* nota 101. El autor subraya que el santo cerró y selló la bodega, con la idea de mostrar que nadie pudo llenar los recipientes de vino en su ausencia, y que el hecho fue, por tanto, un auténtico milagro.

[111] La prohibición por parte del santo de divulgar sus milagros es un frecuente tópico hagiográfico. La razón de tal prohibición no es otra, como aquí se explícita, que la de preservar su «humildad».

[112] La comparación de la conducta o las virtudes de los santos con las de los personajes bíblicos (en esta ocasión, el propio Jesucristo) es frecuente en la literatura hagiográfica (cf. II, 3, 11; II, 17, 2; III, 1, 8; III, 24, 3).

[113] El «día natalicio» de los santos y mártires cristianos es el día de su muerte, por ser el día de su nacimiento para el Cielo.

[114] Himno de bendición de los alimentos.

[115] Tópico hagiográfico de la «cólera del santo» ante la impiedad, el cual lleva aparejado, a su vez, el tópico del «castigo de los pecadores» (*vid.* nota 29) por medio de la «maldición» del santo (cf. I, 9, 13; III, 5, 3; III, 15, 7).

[116] La «cólera del santo» no es más que una consecuencia de la «cólera de Dios». Según eso, en última instancia es Dios, por mediación de Bonifacio, el verdadero responsable de la muerte del individuo.

[117] Sobre la atención debida a los pobres por parte de obispados y abadías *vid.* nota 109.

[118] Las palabras del presbítero denuncian la práctica en la época de la «simonía» o compra de los cargos eclesiásticos. Implícitamente puede hablarse también de «nepotismo», pues todo parece indicar que estaba previsto que el sobrino sucediera al tío en el cargo.

[119] Sobre el tópico de la «cólera del santo» y la consiguiente «maldición» ('tú no serás obispo de esta iglesia') *vid.* nota 115. Sobre el «castigo de los malvados» *vid.* nota 29.

[120] Sobre la atención debida a viajeros y peregrinos por parte de obispados y abadías *vid.* nota 109.

[121] Rávena fue capital del reino ostrogodo en Italia hasta 540, año en que fue reconquistada por los bizantinos. Los dos godos del relato marchan tranquilamente a esa ciudad, lo que indica que los hechos narrados son seguramente anteriores a ese año 540.

[122] Sobre los milagros basados en la «multiplicación» *vid.* nota 101.

[123] Sobre el dominio de los santos sobre los animales salvajes *vid.* nota 43.

[124] Bonifacio muestra su vida de santidad ya desde niño, lo mismo que Honorato (cf. I, 1, 1).

[125] La donación a los pobres de la propia ropa o comida es un lugar común en la literatura hagiográfica. Sobre la oposición de los padres a la vida de piedad elegida por el santo *vid.* nota 15.

[126] Sobre los milagros basados en la «multiplicación» *vid.* nota 101.

[127] Tópico del «castigo de los malvados» (*vid.* nota 29), pero aplicado en esta ocasión a un animal.

[128] La ciudad de Todi, como Viterbo, se encontraba en la región de la Tuscia Romana, al norte de Roma (actualmente en la región de Umbría).

[129] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* nota 60.

[130] No es el mismo *defensor* Julián de I, 4, pues de él se dice que fue obispo de Sabina. Sobre el cargo de «defensor eclesiástico» *vid.* nota 70.

[131] Sobre la finalidad didáctica y moralizante de los *Diálogos vid.* nota 9.

[132] *Spiritus malignus* o *malignus spiritus*: expresión habitual en Gregorio para referirse al Demonio. El autor la emplea hasta en veintitrés ocasiones.

[133] Estaba prohibido entrar en las iglesias tras haber mantenido relaciones sexuales (cf. IV, 33, 1-2). Sobre el «castigo de los pecadores» *vid.* nota 29. Sobre la «posesión diabólica» como castigo de los pecadores *vid.* nota 59.

[134] También el presbítero, por su pecado de vanidad, es castigado con la «posesión diabólica». Sobre la fuerza milagrosa del «altar» *vid.* nota 94.

[135] *Antiquus hostis*: expresión habitual en Gregorio (junto con *malignus spiritus*) para referirse al Demonio. El autor la emplea hasta en veintinueve ocasiones.

[136] Sobre el poder limitado de los actos de «brujería» *vid.* nota 58.

[137] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* nota 60.

[138] Aparentemente se revierte el tópico del «castigo de los pecadores» por el del «castigo de los buenos». Pero Gregorio aclarará la cosa a continuación revelando el pecado del individuo castigado con la muerte de su hijo: su vanidad por querer parecer más hospitalario que el obispo y humillarlo de esa forma. Sobre el tópico del «castigo de los pecadores» *vid.* nota 29.

[139] Sobre la «curación de enfermedades» *vid.* nota 55. Sobre el poder taumatúrgico de la señal de la cruz *vid.* nota 17.

[140] Milagro similar al anterior, pero en el que la «curación de la enfermedad» mediante la «señal de la cruz» tiene lugar sobre un animal.

[141] Por primera vez Gregorio ofrece un «testimonio literal», reproduciendo supuestamente las palabras del anciano con el que ha hablado, según dice, recientemente (*vid.* nota 12).

[142] Los hechos narrados se sitúan probablemente entre 535 y 540, cuando ya había comenzado la guerra entre ostrogodos y bizantinos, y Rávena era todavía la capital del citado pueblo germánico.

[143] Sobre el tópico del «castigo de los malvados» (precedido en esta ocasión de una velada amenaza del santo) *vid.* nota 29.

[144] A veces el «castigo de los malvados» termina cuando dejan de perseguir o hacer el mal a los hombres de Dios (*vid.* nota 30). Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* nota 55.

[145] Por segunda vez Gregorio ofrece un «testimonio literal» de la fuente informadora, para contar otro milagro de Fortunato (*vid.* nota 12).

[146] Sobre la oposición inicial de los santos a la «resurrección de un muerto» *vid.* nota 33.

[147] No es infrecuente que los beneficiarios de los milagros manifiesten haber visto la intervención personal del santo en la realización del prodigio. De ese modo, ellos mismos se convierten en «testigos» y «garantes» del poder taumatúrgico del santo.

[148] Segundo milagro de «resurrección de un muerto» (*vid.* notas 33 y 34).

[149] El hagiógrafo siente la necesidad de aclarar que el resucitado, que se lamenta ante el santo amargamente por haber sido arrancado del Cielo ('Oh, ¿qué has hecho?, ¿qué has hecho?'), volverá a él de nuevo, sin perder con la resurrección el «hermoso lugar» que ya se había ganado.

[150] Sobre los milagros *post mortem* ante la tumba del santo *vid.* nota 80. Tales milagros consisten en muchos casos en «curaciones», que exigen como requisito imprescindible la «fe» de los que solicitan el milagro (*vid.* notas 35 y 55). Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* nota 60.

[151] Cf. I, 3, 5; I, 4, 2; I, 4, 21. El relato se desplaza desde la región de la Tuscia Romana (capítulos 9 y 10), hacia la región de Valeria (capítulos 11 y 12), en donde ya se habían situado los relatos de los capítulos 4, 5 y 6.

[152] Sobre el poder taumatúrgico de la señal de la cruz *vid.* nota 17.

[153] La ciudad de Interorina (actualmente Antrodoco) se halla en la antigua provincia de Valeria, entre las ciudades de Rieti y Amiterno.

[154] Sobre el trabajo manual de monjes y sacerdotes *vid.* nota 42.

[155] Tercer milagro de «resurrección de un muerto» (*vid.* notas 33 y 34).

[156] El resucitado se convierte, de nuevo, en «testigo» del milagro y «garante» del poder taumatúrgico del santo (*vid.* nota 147).

[157] Gregorio insiste en la idea de que la vida virtuosa tiene mayor valor moral que la realización de milagros (*vid.* nota 38).

[158] En la ficción literaria Gregorio hace coincidir el final del libro I con el final del día, lo que le obliga a interrumpir su charla con el interlocutor Pedro. Al mismo tiempo se anuncia ya el contenido del libro II: la vida de san Benito.

LIBRO II

[Vida y milagros del venerable abad Benito][1]

[Prólogo]

1. Hubo un varón de vida venerable, Benito por su santidad y por su nombre[2], que ya desde la época misma de su niñez tuvo la sensatez propia de un viejo[3]. Y así, adelantándose a su edad por su conducta, no entregó su alma a los placeres, sino que mientras estuvo en esta tierra —en la que habría podido disfrutar mundanamente y a su entera libertad y capricho— despreció el mundo con sus flores como si se tratara de un territorio yermo. Nacido en el seno de una familia bastante acomodada en la provincia de Nursia[4], había sido enviado a Roma para los estudios liberales de las letras. Pero, viendo que en medio de tales estudios muchos se deslizaban por la rápida pendiente de los vicios, echó atrás el pie que había puesto ya casi en la entrada del mundo, no fuera que, si alcanzaba a conocer un poco de éste, también él mismo cayera en breve, todo él, en un enorme precipicio. Así pues, despreciando el estudio de las letras, renunciando a la casa y la hacienda paterna y deseando complacer únicamente a Dios, buscó el hábito de la santa vida religiosa[5]. Y así, sabiamente ignorante y doctamente inculto, se retiró del mundo[6].

2. Yo no conozco todos sus hechos esclarecidos, pero los pocos que voy a contar los he sabido por el relato de cuatro discípulos suyos: Constantino, varón reverendísimo en extremo, que le sucedió en la dirección del monasterio[7]; Valentiniano, que durante muchos años estuvo al frente del monasterio de Letrán[8]; Simplicio, que fue el tercero después de él en la dirección de su congregación[9]; y Honorato, que todavía hoy está al frente de la abadía en la que primeramente estuvo Benito[10].

[1. La criba rota y arreglada]

1. Así pues, tras haber renunciado ya al estudio de las letras, habiendo resuelto dirigirse a un paraje solitario, únicamente le acompañó su nodriza, que lo quería muy entrañablemente[11]. Al llegar a un lugar llamado Affile[12] y detenerse en la iglesia de San Pedro —por haberlos retenido allí la caridad de muchos varones muy honorables—, su mencionada nodriza les pidió a unas mujeres de la vecindad que le prestaran una criba para limpiar trigo, y habiéndola dejado descuidadamente sobre una mesa, al caerse accidentalmente, se rompió, partiéndose en dos. Nada más encontrarla así su nodriza al volver, se puso a llorar desconsoladamente, viendo roto el harnero que había tomado prestado.

2. El devoto y piadoso joven Benito, al ver llorar a su nodriza, compadeciéndose de su aflicción, se llevó consigo los dos trozos de la criba rota y, con lágrimas en los ojos, se entregó a la oración. Y al levantarse de la oración, halló junto a sí el harnero en tan buen estado que no podía encontrarse en él rastro alguno de la rotura[13]. Y enseguida, consolando cariñosamente a su nodriza, le devolvió en perfecto estado la criba que él se había llevado rota. El hecho fue conocido por todo el mundo en aquellos parajes y causó tal admiración que los moradores del lugar colgaron la criba en la entrada de la iglesia, para que tanto las personas presentes como todas las venideras supieran con cuánta perfección había iniciado el joven Benito la gracia de su vida de santidad[14]. Esta criba permaneció allí durante muchos años, a la vista de todos, y estuvo colgada sobre las puertas de la iglesia hasta los tiempos actuales de los lombardos[15].

3. Pero Benito, deseando sufrir las calamidades del mundo antes que oír sus alabanzas, y padecer fatigas por Dios antes que ser ensalzado por los aplausos de esta vida terrena, huyendo a escondidas de su nodriza, se dirigió hacia el retiro de un paraje solitario que recibe el nombre de Subiaco, que se encuentra a unas cuarenta millas de la ciudad de Roma y del que manan unas aguas frías y cristalinas. Allí la abundancia de las aguas se concentra primero en un vasto lago y al final se encauza en un río[16].

4. Mientras iba huyendo hacia allí, un monje llamado Román lo encontró cuando iba de camino y le preguntó a dónde se dirigía. Al conocer su deseo, le guardó el secreto, le prestó ayuda, le ofreció el hábito de la santa vida religiosa y le asistió en todo lo que pudo. Y al llegar el hombre de Dios al lugar que buscaba, se abandonó en una cueva muy angosta, y durante tres años permaneció allí ignorado para el resto del mundo, con la única excepción del monje Román[17].

5. El tal Román vivía en un monasterio no lejos de allí, bajo la Regla del abad Adeodato. Pero lograba sustraerse piadosamente, por algún tiempo, a los ojos de su abad, y en días convenidos le llevaba a Benito

el pan que podía quitarse a sí mismo de su propia comida. Ahora bien, desde la abadía de Román no había ningún sendero hasta la cueva, pues una altísima roca se alzaba por encima de aquélla. Y desde esa roca, atado en una larguísima cuerda, Román solía bajarle el pan, habiendo puesto también en la maroma una pequeña campanilla, para que, al oír el sonido de dicha campanilla, supiera el hombre de Dios cuándo le traía Román el pan, y, saliendo de la cueva, lo cogiera[18]. Sin embargo, el viejo Enemigo, mirando con malos ojos la caridad del uno y el alimento del otro, al ver un día cómo descendía el pan, lanzó una piedra y rompió la campanilla[19]. Pero, en todo caso, Román no dejó de atender convenientemente a Benito.

6. Mas, como Dios todopoderoso quisiera que Román descansara ya de sus fatigas, así como mostrar al mundo la vida de Benito para ejemplo de las gentes —a fin de que, como una lámpara puesta sobre un candelabro, brillara alumbrando a todos los que se encuentran en la casa—, el Señor se dignó aparecerse en sueños a un presbítero que vivía bastante lejos de allí y que se había preparado la comida para él con ocasión de la fiesta pascual, diciéndole: «Tú preparas manjares deliciosos para ti, y en cambio mi siervo pena de hambre en tales parajes»[20]. Y él se levantó al instante y el mismo día de la solemne fiesta pascual se encaminó hacia el lugar con los alimentos que había preparado para sí, y buscó al hombre de Dios por los barrancos de los montes, por las hondonadas de los valles y las honduras de las tierras, y lo encontró oculto en una cueva.

7. Y cuando ambos se sentaron —una vez terminada la oración y tras bendecir al Señor todopoderoso—, después de una dulce plática sobre la vida espiritual[21], el presbítero que había venido hasta allí le dijo: «Levántate y tomemos el alimento, pues hoy es la Pascua». Y el hombre de Dios le respondió diciendo: «Sé que es la Pascua, puesto que he merecido verte». Y es que, al hallarse él lejos de los hombres, ignoraba que ese día era el de la solemnidad pascual. Y el venerable presbítero volvió a decirle por segunda vez: «No, el día de hoy es verdaderamente el día de la Pascua, el día de la resurrección del Señor. No está bien que tú ayunes, pues yo he sido enviado aquí precisamente para esto, para que tomemos juntos los dones del Señor todopoderoso». Así pues, tras bendecir a Dios, comieron. Y, una vez terminada la comida y la plática, el presbítero retornó a su iglesia.

8. Por esa misma época también unos pastores lo encontraron oculto en la cueva. Y, al verlo cubierto de pieles entre unos matorrales[22], creyeron que se trataba de alguna fiera, pero reconociendo al siervo de Dios, muchos de ellos se despojaron de su espíritu salvaje convirtiéndose a la gracia de la piedad. Y así, su nombre llegó a ser conocido por todo el mundo por los lugares vecinos, y sucedió que ya desde esa época em-

pezó a frecuentarlo mucha gente, que le llevaban a él alimentos para el cuerpo, obteniendo de su boca alimentos de vida espiritual para sus corazones[23].

[2. La tentación de la carne vencida]

1. Un día, hallándose solo, se presentó el Tentador. En efecto, un pequeño pájaro negro, al que vulgarmente llaman «mirlo»[24], empezó a revolotear alrededor de su cara y a ponerse insistente y molestamente al lado de su rostro, de modo que el santo varón habría podido atraparlo con la mano si hubiera querido apresarlo. Pero, tras hacer la señal de la cruz, el pájaro se alejó[25]. Mas, nada más alejarse el pájaro, al santo varón le acometió una tentación de la carne tan grande como jamás hasta entonces había experimentado. En efecto, había visto él en una ocasión a una mujer, a la que ahora el Espíritu maligno volvió a traer ante los ojos de su alma, y de resultas de esa visión el espíritu del siervo de Dios se inflamó con un fuego tal que a duras penas podía caber en su pecho la llama del deseo y ya casi se había decidido a abandonar el yermo, vencido por su pasión[26].

2. Cuando, de repente, mirando hacia atrás movido por la gracia de Dios, volvió en sí, y viendo que a su lado crecían unos espesos matojos de ortigas y zarzas, quitándose la ropa, se arrojó desnudo sobre las púas de las espinas y sobre la quemazón de las ortigas, y, revolcándose allí durante mucho tiempo, a causa de ellas salió arañado por todo su cuerpo, pero gracias a las heridas de la piel hizo salir de su cuerpo la herida del alma, pues transformó su pasión en dolor; y ardiendo por fuera a causa de aquel merecido castigo, logró sofocar el fuego que ilícitamente ardía dentro de él. Venció, pues, al pecado, porque cambió un fuego por otro[27].

3. Y a partir de ese momento —como él mismo contaba después a sus discípulos— la tentación del apetito carnal fue en él tan completamente dominada que ya nunca sintió dentro de sí nada semejante. Y en adelante muchos comenzaron ya a abandonar el mundo y a correr a toda prisa hacia su magisterio[28]. Y libre él del pecado de la tentación, se convirtió ya, con justo título, en maestro de virtudes. Y por eso también prescribe Moisés que los levitas deben servir a partir de los veinticinco años en adelante, pero a partir de los cincuenta han de convertirse en guardianes de los vasos sagrados[a].

4. PEDRO. El significado de esa cita bíblica ya alcanzo yo a entreverlo con bastante claridad, pero te ruego, no obstante, que me lo expliques más cumplidamente.

a. Cf. Nm 8, 23-26.

GREGORIO. Es evidente, Pedro, que la tentación de la carne se halla en plena efervescencia en la juventud, mientras que a partir de los cincuenta años el ardor del cuerpo empieza a enfriarse. En cuanto a los vasos sagrados, ellos son las almas de los fieles. Así pues, cuando los elegidos se encuentran todavía en la época de la tentación, es necesario que ellos se humillen y sirvan, y que se fatiguen con la vida de servidumbre y los trabajos; pero, en la edad tranquila del alma, al disiparse ya el ardor de la tentación, pasan a ser guardianes de los vasos, pues se convierten en maestros de las almas.

5. PEDRO. Me parece bien lo que dices, lo confieso. Pero, puesto que ya has revelado el significado encerrado en esa cita bíblica, te ruego que continúes exponiendo el relato que has comenzado sobre la vida del justo.

[3. La botella de cristal rota mediante la señal de la cruz]

1. GREGORIO. Tras desaparecer la tentación, el hombre de Dios, lo mismo que una tierra labrada con esmero y limpia de abrojos, produjo ahora frutos más abundantes a partir de la cosecha de sus virtudes[29]. Y su nombre era celebrado por todo el mundo gracias al conocimiento público de su extraordinaria vida de santidad[30].

2. No lejos de allí había un monasterio; al morir el abad de la congregación, la comunidad al completo se dirigió al venerable Benito y le rogó con encarecidas súplicas que se pusiera al frente de ellos[31]. Él les dio largas negándose durante mucho tiempo a su ofrecimiento, les previno de que no podía haber acuerdo entre su forma de vida y la de los hermanos, pero, vencido finalmente por sus ruegos, dio su asentimiento.

3. Pero, como él hubiera impuesto en el monasterio una firme vigilancia de la vida regular y no le permitiera a nadie —a diferencia de lo que antes ocurría— desviarse con actos ilícitos del camino de la vida de santidad apartándose a la derecha o a la izquierda, los hermanos que se hallaban a su cargo, furiosamente irritados, empezaron primeramente a reprocharse a sí mismos el haberle pedido que se pusiera al frente de ellos, habida cuenta de que su torcidas costumbres chocaban frontalmente con la norma de rectitud de aquél. Y viendo que bajo el gobierno de Benito no se les permitía nada ilícito, y deplorando tener que renunciar a sus hábitos de vida, y resultándoles muy duro el verse obligados a pensar en cosas nuevas con su espíritu viejo, como la vida de las personas de bien es siempre molesta para las malas costumbres, se propusieron finalmente tramar algo para ocasionarle la muerte.

4. Tomada esa resolución, le echaron veneno en el vino. Y al ofrecerle al abad, cuando se hallaba sentado a la mesa, la botella de cristal que contenía la bebida envenenada, para que la bendijera según la cos-

tumbre del monasterio, Benito, extendiendo su mano, hizo la señal de la cruz, y con dicha señal rompió la botella —la cual se hallaba a bastante distancia suya—, quebrándose en tantos pedazos como si aquella mortífera botella hubiera sido golpeada por una piedra en vez de por la señal de la cruz[32]. El hombre de Dios comprendió enseguida que la botella, puesto que no pudo soportar la señal de la vida, contenía un brebaje de muerte, y al punto se levantó y, tras reunir a los hermanos, se dirigió a ellos con rostro apacible y espíritu tranquilo diciéndoles: «Que Dios todopoderoso se apiade de vosotros, hermanos. ¿Por qué habéis querido hacer eso contra mí? ¿Acaso no os dije desde el principio que no podía haber acuerdo entre mi forma de vida y la vuestra? Marchaos y buscaos un padre adecuado a vuestras costumbres, pues desde este momento ya no podéis tenerme a mí como abad».

5. Entonces volvió a los parajes de su querida soledad y vivió consigo mismo, bajo los ojos solamente del divino Espectador.

PEDRO. No comprendo del todo bien qué es eso de que «vivió consigo mismo».

GREGORIO. Si el santo varón hubiera pretendido tener sujetos durante mucho tiempo bajo su autoridad a quienes conspiraban unánimemente contra él y eran muy diferentes a él en su modo de vida, es probable que hubiera terminado excediéndose en el uso de su fuerza y sobrepasado los justos límites de la serenidad, de modo que la mirada de su alma se habría desviado de la luz de la contemplación; y al dejar de cuidarse de sus propios asuntos a causa del cansancio diario provocado por la corrección de aquéllos, tal vez se habría abandonado a sí mismo, mientras que a ellos no se los habría ganado. Y es que, siempre que nos vemos arrastrados demasiado fuera de nosotros mismos por la agitación de las preocupaciones, por un lado somos nosotros mismos, pero, por otro, no estamos verdaderamente con nosotros, pues no viéndonos a nosotros mismos andamos errantes por territorios ajenos.

6. ¿Diremos acaso que estaba consigo mismo aquel que marchó a lejanas tierras, que disipó la parte de la herencia que había recibido, que hubo de ponerse al servicio de uno de los ciudadanos de esa tierra, que tuvo que apacentar cerdos, a los que veía comer algarrobas mientras él pasaba hambre?[33] Cuando un día se puso él a pensar en todos los bienes que había perdido, en las Escrituras se dice de él: *Volviendo en sí, dijo: 'Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan en abundancia'*[a]. Así pues, si hubiera estado consigo mismo, ¿cómo habría podido volver a sí mismo?

7. Por tanto, yo diría que nuestro venerable varón vivió consigo mismo, porque estando continuamente atento a su propia persona, con-

a. Lc 15, 11-17.

templándose continuamente ante los ojos del Creador, examinándose continuamente, no esparció fuera de él la mirada de su alma.

8. PEDRO. Entonces, ¿cómo explicar las siguientes palabras de la Escritura sobre el apóstol Pedro, cuando un ángel lo sacó de la cárcel: *Y éste, volviendo en sí, dijo: 'Ahora yo sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos?'*[a].

9. GREGORIO. Pedro, podemos salir fuera de nosotros mismos de dos formas: o bien caemos por debajo de nosotros mismos por un pensamiento pecaminoso, o bien nos elevamos por encima de nosotros mismos por la gracia de la contemplación. Y así, el que apacentó los cerdos cayó por debajo de sí mismo debido al desvarío y la impureza de su alma, mientras que el que fue liberado por el ángel arrebatando su alma hasta el éxtasis estuvo ciertamente fuera de sí, pero por encima de él mismo. Por tanto, ambos volvieron en sí, porque el primero logró recogerse en su corazón desde el error de su acción, mientras que el segundo volvió desde las alturas de la contemplación al estado mental ordinario que antes había en él. Así pues, el venerable Benito vivió consigo mismo en aquella soledad en la medida en que se mantuvo siempre encerrado dentro de los límites del pensamiento. Pues siempre que el ardor de la contemplación lo arrebató hacia las alturas, él se quedó sin duda alguna por debajo de sí mismo.

10. PEDRO. Lo que dices resulta claro. Pero ahora te ruego que me respondas si él debió abandonar a los hermanos una vez que ya se había hecho cargo de ellos.

GREGORIO. En mi opinión, Pedro, debemos estar dispuestos a soportar con benevolencia a una comunidad de hombres malos siempre que haya entre ellos algunos buenos a los que podamos prestar ayuda. Pues, cuando falta enteramente el fruto de los buenos, el trabajo sobre los malos se convierte a la postre en inútil, sobre todo si hay ocasiones abundantes en las proximidades para poder ofrecer a Dios un fruto mejor. Y es que, ¿para velar por quién se habría quedado allí el santo varón, viendo como veía que todos sin excepción lo perseguían?

11. Y a menudo en el espíritu de los hombres santos sucede —cosa que no debemos pasar en silencio— que, cuando entienden que su trabajo no tiene fruto, marchan a otros lugares en busca de un trabajo con fruto. Y por eso también el eximio evangelizador[34], que deseaba disolverse y estar con Cristo[b], para quien la vida era Cristo y la muerte una ganancia[c], que no sólo ansiaba él mismo los combates del martirio sino

a. Hch 12, 11.
b. Flp 1, 23.
c. Flp 1, 21.

que exhortaba a los demás a soportarlos, cuando sufrió persecución en Damasco, para poder escapar de sus muros, se procuró una soga y una espuerta y accedió a que lo bajasen ocultamente[a]. ¿Acaso diremos que Pablo tuvo miedo de la muerte, cuando él mismo declara que la ansiaba por amor de Jesús? No, sino que, viendo que en ese lugar se le presentaban escasos frutos y un duro trabajo, se reservó para un trabajo con mayores frutos en otro lugar[35]. En efecto, el vigoroso combatiente de Dios no quiso mantenerse dentro del recinto amurallado y buscó el campo de batalla[36].

12. Y por eso también enseguida verás —si me sigues escuchando con gusto— que el venerable Benito, permaneciendo vivo, abandonó allí a tantos hombres rebeldes como almas logró resucitar de la muerte en otros lugares.

PEDRO. Tanto la claridad de tu razonamiento como el oportuno testimonio que has aducido demuestran que las cosas son tal como dices. Pero te ruego que vuelvas a retomar el hilo de la narración sobre la vida de este padre tan excelso.

13. GREGORIO. Dado que el santo varón florecía en milagros y prodigios en aquella soledad, logró congregar allí a mucha gente para servir a Dios todopoderoso, de modo que, con la ayuda de Jesucristo Señor todopoderoso, erigió en aquel lugar doce monasterios, a cada uno de los cuales, tras el nombramiento de los correspondientes priores, le asignó doce monjes, mientras que él se quedó con unos pocos, pues consideró que ellos se instruirían mejor si permanecían aún junto a él[37].

14. Y también entonces empezaron a acudir a él personas nobles y piadosas de la ciudad de Roma, y a entregarle sus hijos para que los educara en Dios todopoderoso[38]. Entonces le confiaron sus retoños, sumamente prometedores, Euticio y el patricio Tértulo: aquél a Mauro, éste a Plácido. De ellos, el joven Mauro, dado que sobresalía por sus buenas costumbres, se convirtió en ayudante del maestro, mientras que Plácido no era más que un muchacho todavía.

[4. El monje de mente ociosa vuelto al camino de la salvación]

1. En uno de aquellos monasterios que él había erigido por todo el contorno había un monje que no podía parar quieto durante la oración, sino que tan pronto como los hermanos se arrodillaban para entregarse a la oración salía fuera y se ponía a pensar ociosamente en cosas mundanas y transitorias. Y habiendo sido amonestado muchas veces por su abad, lo llevaron hasta el hombre de Dios, el cual, personalmente, también le censuró severamente su necedad; pero al volver al monasterio

a. Cf. 2 Cor 11, 32-33.

no tuvo en cuenta la amonestación del hombre de Dios más que dos días, pues al tercero, volviendo a su práctica particular, se puso a divagar a la hora de la oración.

2. Al ser informado de ello el siervo de Dios por parte del abad del monasterio que él mismo había nombrado, le dijo: «Ahora mismo iré yo y lo corregiré personalmente». Y llegando el hombre de Dios al monasterio y habiéndose entregado los hermanos a la oración a la hora fijada, una vez acabada la salmodia, vio cómo un niño negro, tirando de la punta de su hábito, arrastraba fuera al monje que no era capaz de permanecer en oración[39]. Entonces, llevándoles aparte, les dijo al abad del monasterio, llamado Pompeyano, y al siervo de Dios Mauro: «¿Es que no veis quién es el que arrastra fuera a ese monje?». Y ellos le respondieron: «No». Y él les dijo: «Oremos, para que también vosotros podáis ver detrás de quién va ese monje». Y tras orar durante dos días, el monje Mauro lo vio, pero Pompeyano, el abad del monasterio, no pudo verlo[40].

3. Al día siguiente, acabada la oración, al salir del oratorio el hombre de Dios, encontró fuera al monje, y le golpeó con una vara por la ceguera de su corazón. Y desde aquel día ya no se dejó persuadir él nunca más por el niño negro, sino que permaneció sin moverse, aplicado a la oración; y de este modo el viejo Enemigo, como si él mismo hubiese sido golpeado con el palo, ya no se atrevió a adueñarse de sus pensamientos[41].

[5. El agua que Benito hizo brotar de una piedra en la cima de un monte]

1. Tres de los monasterios que él había erigido en aquel lugar se encontraban en lo alto de las rocas de una montaña, y resultaba muy trabajoso para los hermanos bajar continuamente al lago cuando tenían que coger agua, sobre todo porque a causa de la ladera en pendiente del monte existía un grave peligro para los que bajaban llenos de miedo. Entonces, reunidos los hermanos de los tres monasterios, se presentaron al siervo de Dios, Benito, diciéndole: «Nos resulta muy trabajoso bajar diariamente hasta el lago a por agua, por lo que se hace necesario cambiar de sitio los monasterios».

2. Tras consolarlos con dulces palabras, los despachó, y esa misma noche, acompañado del muchachito llamado Plácido, al que antes mencioné[42], subió a la roca del monte, y rezó allí durante mucho tiempo; terminada la oración, puso en aquel lugar tres piedras como señal, y volvió a su monasterio, sin que nadie de los que allí había supiera nada.

3. Y cuando al día siguiente volvieron a él —por la necesidad del agua— los mencionados hermanos, les dijo: «Id y cavad un poco en la

roca en la que encontréis tres piedras puestas una encima de otra. Pues Dios todopoderoso tiene poder para hacer brotar agua incluso en la cima de un monte, dignándose libraros así del esfuerzo de un camino tan arduo». Y yendo ellos hasta la roca del monte que Benito les había pronosticado, la encontraron ya húmeda, y al excavar un hoyo en ella, al instante se llenó de agua, la cual manó con tanta abundancia que todavía hoy fluye copiosamente y desciende desde la cima del monte hasta las tierras más bajas[43].

[6. El hierro que volvió al mango desde las profundidades del agua]

1. En otra ocasión también, ingresó en la vida monástica un godo pobre de espíritu, y el hombre del Señor, Benito, lo acogió muy gustosamente. Un día mandó darle una herramienta —a la que por su parecido con la hoz llaman hocino— para cortar las zarzas de un terreno, ya que debían sembrar en él un huerto[44]. El terreno de cuya limpieza se había encargado el godo se hallaba situado por encima de la orilla de un lago. Y estando cortando el godo con todas sus fuerzas la espesura de las zarzas, el hierro, saltando fuera del mango, cayó dentro del lago, en donde la profundidad del agua era tan grande que no había ya esperanza alguna de buscar la herramienta.

2. Así pues, perdido el hierro, el godo, todo tembloroso, fue corriendo hasta el monje Mauro, le comunicó el perjuicio que había ocasionado y mostró su arrepentimiento por la falta cometida. El monje Mauro se ocupó de notificárselo enseguida, a su vez, al siervo de Dios Benito. Y al tener conocimiento de ello el hombre del Señor, Benito, se llegó al lugar, cogió el mango de las manos del godo y lo lanzó al lago, e inmediatamente el hierro volvió de las profundidades y se introdujo en el mango. Y al punto le devolvió la herramienta al godo diciéndole: «Aquí la tienes, sigue trabajando y no te aflijas más».

[7. El discípulo de Benito que caminó sobre las aguas]

1. Un día, hallándose el venerable Benito en su celda, el mencionado muchacho Plácido[45], monje del santo varón, salió del monasterio para coger agua del lago. Y al introducir imprudentemente en el agua el recipiente que llevaba, se fue tras él cayendo él mismo también al lago. Enseguida lo arrebató la corriente y lo arrastró desde tierra aguas adentro, llevándolo a una distancia de casi un tiro de flecha. El hombre de Dios, que se encontraba en el interior de su celda, supo inmediatamente lo ocurrido e hizo venir a toda prisa a Mauro, diciéndole: «Hermano Mauro, vete corriendo, pues el muchacho que había ido a coger agua se ha caído en el lago y la corriente ya lo arrastra muy lejos»[46].

2. ¡Y oh hecho admirable y nunca visto desde el apóstol Pedro![a]: tras pedir y recibir la bendición, Mauro marchó raudo a cumplir la orden de su abad, y, creyendo que caminaba por tierra, corrió sobre las aguas hacia el lugar en el que el muchacho estaba siendo arrastrado por la corriente, lo agarró por los cabellos y regresó a todo correr también. Tan pronto como tocó tierra, volviendo en sí, miró a su espalda y se dio cuenta entonces de que había corrido sobre las aguas, y, atónito, se estremeció ante aquel hecho que no podía creer que hubiera sucedido[47].

3. Al regresar a donde estaba el abad, le contó la gesta. Pero el venerable varón Benito dio en atribuir el milagro no a sus propios méritos, sino a la obediencia de Mauro. Éste, por su parte, decía que el hecho se debía sólo a la orden del abad y que él no era partícipe de aquel milagro que había hecho sin ser consciente de ello. En medio de esta disputa amistosa de mutua humildad se acercó como árbitro el muchacho que había sido arrancado del agua, quien dijo lo siguiente: «Cuando me extraían del agua, veía yo sobre mi cabeza las vestiduras del abad y advertía que era él quien me sacaba de las aguas»[48].

4. PEDRO. Lo que cuentas es realmente magnífico y habrá de servir para la edificación de mucha gente. En cuanto a mí, cuanto más bebo de los milagros de este piadoso varón más sed tengo de ellos.

[8. El pan envenenado que fue arrojado lejos por medio de un cuervo]

1. GREGORIO. Cuando ya aquellos lugares hervían, a lo largo y a lo ancho, en el amor de Nuestro Señor Dios Jesucristo, y cuando ya muchos abandonaban la vida secular y sometían la cerviz de su corazón bajo el suave yugo del Redentor, como los malvados acostumbran a envidiar en los demás el bien de la virtud que ellos mismos no se esfuerzan en conseguir, un presbítero de una iglesia vecina, llamado Florencio, abuelo de nuestro subdiácono Florencio, empujado por la maldad del viejo Enemigo, empezó a envidiar el celo del santo varón, a criticar su vida de santidad y a tratar de impedir incluso la visita al abad de todos los que podía[49].

2. Y al ver que ya no podía oponerse a su ascensión, que la fama de su vida de santidad no dejaba de aumentar y que por la misma divulgación de su fama muchos se veían atraídos sin cesar al estado de una vida mejor, abrasado cada día más por el fuego de la envidia se hacía más malvado, puesto que deseaba alcanzar las alabanzas de la vida de santidad de Benito, pero no quería llevar él mismo una vida digna de alabanza. Y así, cegado por las tinieblas de la envidia, llegó al extremo de

a. Cf. Mt 14, 28-29.

enviarle al siervo del Señor todopoderoso, como si estuviera bendecido, un pan envenenado[50]. El hombre de Dios lo aceptó dándole las gracias, pero no se le ocultó el veneno que se escondía dentro del pan[51].

3. A la hora de comer solía venir un cuervo de un bosque vecino y recibir pan de su mano. Al llegar el cuervo —según su costumbre habitual—, el hombre de Dios echó delante de él el pan que le había enviado el presbítero y le ordenó lo siguiente: «En nombre del Señor Jesucristo, coge este pan y arrójalo en un lugar en el que no pueda encontrarlo nadie». Entonces el cuervo, abriendo el pico, desplegando las alas, se puso a revolotear alrededor del pan y a graznar como si estuviera diciendo claramente que él quería obedecer, pero que no podía cumplir las órdenes. El hombre de Dios se lo ordenaba una y otra vez, diciéndole: «Cógelo, cógelo sin miedo y arrójalo en donde no pueda ser encontrado». Y tras mucho esperar, finalmente el cuervo sujetó el pan en el pico, lo levantó y se marchó. Pasadas tres horas, una vez arrojado el pan, volvió y recibió de manos del hombre de Dios el alimento acostumbrado[52].

4. El venerable abad, cuando vio que el alma del sacerdote se inflamaba atentando contra su vida, lo sintió más por él que por sí mismo. Por su parte, el mencionado Florencio, al no poder acabar con el cuerpo del maestro, ardió en deseos de aniquilar las almas de sus discípulos, de modo que en el huerto de la abadía en la que moraba Benito introdujo, poniéndolas ante sus ojos, a siete muchachas desnudas, que, agarradas de las manos unas de otras y bailando durante mucho tiempo en su presencia, excitaron sus almas inclinándolas hacia la depravación de la lujuria[53].

5. Al ver el santo varón esta escena desde su celda, temeroso de que sus discípulos, aún demasiado débiles, cayeran en el pecado, y considerando en su interior que todo aquello sucedía por su propia persecución, la de él sólo, le dejó el sitio a la envidia, puso en orden todos los monasterios que había erigido —reuniendo a los hermanos bajo los priores que él había nombrado— y, llevándose consigo a unos cuantos monjes, dejó el lugar donde vivía.

6. Y nada más sustraerse humildemente el hombre de Dios al odio de aquél, Dios todopoderoso golpeó a Florencio de un modo terrible. En efecto, cuando el mencionado presbítero, que se hallaba en un balcón, tuvo noticia de que Benito se había marchado y se regocijaba por ello, el balcón en el que se encontraba se derrumbó —mientras toda la estructura de la casa permanecía en pie sin moverse— y, aplastando al enemigo de Benito, le quitó la vida[54].

7. El discípulo del hombre de Dios llamado Mauro pensó que debía comunicarle inmediatamente la noticia al venerable abad Benito, que apenas se encontraba aún a diez millas del lugar, diciéndole: «Vuelve, porque el presbítero que te perseguía ha muerto». Al oír esto el hombre

de Dios, Benito, se entregó a proferir grandes lamentos, tanto porque su enemigo había muerto, como porque su discípulo se había alegrado por la muerte de su enemigo. Y ésta fue la causa de imponerle también una penitencia a su discípulo, porque al comunicarle tal noticia se había atrevido a alegrarse de la muerte del enemigo.

8. PEDRO. Todo lo que cuentas es sumamente admirable y asombroso. Así, en el agua que brotó de la piedra veo a Moisés[a], en el hierro que volvió de las profundidades del agua a Eliseo[b], en la marcha sobre las aguas a Pedro[c], en la obediencia del cuervo a Elías[d], en la aflicción por la muerte del enemigo a David[e]. Según veo, ese varón estuvo lleno del espíritu de todos los justos[55].

9. GREGORIO. Pedro, el hombre del Señor, Benito, tuvo el espíritu de uno sólo, el de Aquel que, por la gracia de la redención que nos concedió, colmó los corazones de todos los elegidos. Del cual dice Juan: *Era la luz verdadera que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo*[f], y del cual escribió más adelante: *De su plenitud hemos recibido todos nosotros*[g]. Y es que los santos hombres de Dios pudieron tener la capacidad —procedente del Señor— de hacer milagros, pero no pudieron transmitir dicha capacidad a otros[56]. El Señor concedió a sus súbditos la señal de los milagros, Él, que prometió a sus enemigos que les daría la señal de Jonás[h], estimando oportuno morir a la vista de los soberbios y resucitar a la vista de los humildes[57], a fin de que los primeros vieran lo que deberían despreciar y los segundos lo que deberían amar con toda veneración. Y a causa de este misterio sucede que, mientras los soberbios ponen sus ojos en lo despreciable de la muerte, los humildes reciben la gloria del poder sobre la muerte.

10. PEDRO. Por favor, dime a qué parajes se fue a vivir el santo varón después de esto y si realizó en ellos algún milagro.

GREGORIO. El santo varón, marchándose a otros parajes cambió de lugar, pero no de enemigo. Pues en adelante tuvo que soportar combates todavía más duros si cabe, por cuanto que se encontró con el maestro mismo de la maldad luchando abiertamente contra él. La fortaleza llamada Cassino se halla situada en la ladera de una elevada montaña. Esta montaña acoge a la mencionada fortaleza en un dilatado repliegue, pero, levantándose luego hacia lo alto por espacio de tres millas, parece

a. Cf. Nm 20, 11; Ex 17, 6.
b. Cf. 2 Re 6, 5-7.
c. Cf. Mt 14, 28-29.
d. Cf. 1 Re 17, 4-6.
e. Cf. 2 Sam 1, 11-12; 19, 1 ss.
f. Jn 1, 9.
g. Jn, 1, 16.
h. Cf. Mt 12, 39-40.

como si su cima se elevara hasta las nubes. Hubo allí un templo antiquísimo, en el cual la ignorante población de los campesinos adoraba a Apolo, según la costumbre de los antiguos gentiles[58]. En sus alrededores habían florecido además bosques consagrados al culto de los demonios, en los cuales todavía en aquella época una fanática muchedumbre de infieles no dejaba de hacer sacrílegos sacrificios[59].

11. Así pues, al llegar allí el hombre de Dios, destruyó el ídolo, derribó el altar y taló los bosques; y en el templo mismo de Apolo erigió un santuario a san Martín, y donde había estado el altar de Apolo un santuario a san Juan[60], y con su continua predicación atraía a la fe al gentío que habitaba en los alrededores.

12. Pero no pudiendo el viejo Enemigo soportar todo aquello en silencio, empezó a presentarse a los ojos del padre no de manera oculta o en sueños, sino mediante abiertas apariciones; y dando grandes alaridos se quejaba de estar siendo violentado, hasta el punto de que también los hermanos oían sus gritos, si bien no llegaban nunca a ver su figura[61]. Según el venerable abad contaba a sus discípulos, el viejo Enemigo se aparecía a sus ojos corporales de un modo repugnante y cubierto de fuego; y, todo enfurecido, con la boca y los ojos llameantes, parecía querer atentar contra él[62]. Y, de hecho, todos oían ya lo que decía. En efecto, primero lo llamaba por su nombre; y, como el hombre de Dios no le respondiera, a continuación prorrumpía en insultos contra él. En efecto, gritaba «Benito, Benito», y viendo que aquél nada le respondía, inmediatamente añadía: «maldito, no Benito[63], ¿qué tienes contra mí?, ¿por qué me persigues?».

13. Pero ahora debemos ya contemplar los nuevos combates del viejo Enemigo contra el siervo de Dios. Aquél se lanzó contra éste con ganas de lucha, pero, muy a su pesar, le proporcionó a Benito nuevas ocasiones de victoria[64].

[9. La enorme piedra levantada gracias a la oración de Benito]

Un día, estando construyendo los hermanos las estancias del monasterio[65], había allí en medio una piedra, y decidieron utilizarla subiéndola al edificio en construcción. Y al no poder moverla entre dos o tres, se juntaron muchos más, pero la piedra se mantuvo tan inmóvil como si estuviera fuertemente enraizada en la tierra, de modo que claramente se daba a entender que el viejo Enemigo en persona estaba sentado sobre ella, puesto que no podían moverla las manos de tantos hombres. Así pues, a la vista de este inconveniente, se mandó decir al hombre de Dios que viniera y expulsara al Enemigo con su oración, a fin de poder levantar la piedra. Enseguida vino él, y, tras orar y dar su bendición, subieron la piedra tan rápidamente como si antes no hubiera tenido peso alguno.

[10. El incendio imaginario de la cocina]

1. Entonces al hombre de Dios le pareció oportuno que cavaran la tierra en aquel preciso lugar. Y tras cavarla y ahondar a bastante profundidad, los hermanos encontraron allí un ídolo de bronce. Y habiéndolo dejado de momento, circunstancialmente, en la cocina, de repente pareció salir fuego y los ojos de todos los monjes creyeron ver que el habitáculo de la cocina se quemaba por entero.

2. Y como, mientras estaban echando el agua y como apagando el fuego, produjeran un gran alboroto, empujado por tal algarabía llegó el hombre de Dios. Y advirtiendo que el fuego existía únicamente en los ojos de los hermanos, mas no en los suyos, inmediatamente inclinó la cabeza para rezar; y a aquellos hermanos que estaban siendo engañados —según descubrió— por un fuego imaginario, les hizo volver a ver con sus propios ojos, para que percibieran que el habitáculo de la cocina permanecía intacto y para que dejaran de ver las llamas que el viejo Enemigo había inventado[66].

[11. El joven siervo de Dios destrozado por un derrumbamiento y sanado]

1. En otra ocasión, mientras los hermanos levantaban un poco más alto una pared, porque así lo exigían las circunstancias, el hombre de Dios se encontraba dentro del recinto de su celda entregado a la oración. Y el viejo Enemigo se le apareció insultándole y le indicó que se encaminaba hacia los hermanos que se hallaban trabajando[67]. El hombre de Dios se lo hizo saber rápidamente a los hermanos por medio de un mensajero, diciéndoles: «Hermanos, tened cuidado, porque en este momento el Espíritu maligno va hacia vosotros». No bien había acabado de hablar el que había llevado el mensaje, cuando el Espíritu maligno echó abajo la pared que estaban levantando, y, cayendo sobre un joven monje, hijo de un cortesano, lo aplastó con su derrumbe. Todos se apesadumbraron y se afligieron muchísimo, no por el daño de la pared, sino por el aplastamiento del hermano. Y con profunda tristeza se apresuraron a darle rápidamente la noticia al venerable abad Benito.

2. Entonces ordena el abad que le lleven al muchacho destrozado. Y no pudieron transportarlo sino envuelto en un sayo, pues las piedras de la pared desplomada no sólo habían aplastado sus miembros, sino también sus huesos. Y el hombre de Dios ordenó que lo pusieran inmediatamente en su propia celda, en la estera (vulgarmente llamada «alfombrilla») en donde él solía orar, y, tras echar fuera a los hermanos, cerró la celda. Él se consagró a la oración con más empeño que de costumbre. ¡Y oh hecho admirable!: en ese mismo instante lo envió de nuevo al

trabajo sano y salvo como antes, para que también el propio muchacho —con cuya perdición el viejo Enemigo había creído que ultrajaba a Benito— terminara de levantar la pared con los hermanos[68].

3. Y en medio de todo esto, el hombre de Dios empezó a hacer gala también de grandes poderes proféticos, a predecir el futuro y a anunciar a los presentes sucesos producidos en su ausencia[69].

[12. Los siervos de Dios que tomaron alimento en contra de la Regla]

1. Así, era una norma del monasterio que siempre que los hermanos salieran para alguna misión no tomaran comida ni bebida alguna fuera del monasterio. Y observándose ello a rajatabla de acuerdo con la práctica de la Regla, un día unos hermanos salieron para una misión en la que se vieron obligados a retrasarse hasta una hora bastante avanzada. Sabiendo ellos que allí cerca vivía una piadosa mujer, entraron en su casa y tomaron comida.

2. Y al regresar al monasterio, ya bastante tarde, le pidieron al abad la bendición, según la costumbre. Él enseguida les preguntó: «¿Dónde habéis comido?». Y ellos le respondieron: «En ningún sitio». Y él les dijo: «¿Por qué me mentís así? ¿Acaso no habéis entrado en casa de tal mujer?, ¿acaso no habéis comido tales y tales alimentos?, ¿acaso no habéis bebido tantos vasos?»[70]. Y como el venerable abad supiera decirles tanto la casa de la mujer como la clase de alimentos y el número de bebidas, reconociendo ellos todo lo que habían hecho, cayeron temblorosos a sus pies y confesaron que habían pecado. Él, por su parte, les perdonó enseguida su falta, juzgando que en el futuro no volverían a hacer aquello en su ausencia, pues sabrían ya que él estaba siempre presente para ellos en espíritu.

[13. El hermano del monje Valentiniano, que también tomó alimento]

1. Un hermano de aquel monje Valentiniano del que más arriba hice mención[71] era varón lego, pero muy piadoso. Solía venir él todos los años en ayunas desde su lugar de residencia hasta el monasterio para recibir la bendición del siervo de Dios y para ver a su hermano. Un día, mientras hacía el camino al monasterio, se le unió otro caminante, el cual llevaba viandas para comer durante el viaje. Y como ya se hubiese hecho bastante tarde, le dijo éste: «Ven, hermano, vamos a comer para no cansarnos durante el viaje». Y él le respondió: «Nada más lejos de mi intención, hermano, no voy a hacerlo, pues siempre suelo llegar en ayunas hasta el venerable abad Benito». Al oír tal respuesta, el compañero de viaje calló de momento.

2. Pero, tras haber caminado después de esto durante un largo trecho, le incitó de nuevo a que comieran. El que había resuelto llegar en ayunas no consintió. El que le había invitado a comer guardó silencio, y se mostró conforme en proseguir el camino con él todavía en ayunas durante algún tiempo. Tras haber caminado largamente y cuando ya la hora bastante avanzada había hecho desfallecer a los caminantes, encontraron en el camino un prado y una fuente y todo lo que podía parecer placentero para reponer las fuerzas del cuerpo[72]. Entonces el compañero de viaje le dijo: «He aquí agua, he aquí un prado, he aquí un lugar ameno en el que podemos reparar las fuerzas y descansar un poco, para poder terminar nuestro camino en perfecto estado». Y así, halagados sus oídos por aquellas palabras y sus ojos por aquel paraje, persuadido por esta tercera incitación, consintió finalmente y comió.

3. Llegó al monasterio al atardecer. Y presentándose al venerable abad Benito, solicitó su bendición. Pero inmediatamente el santo varón le reprochó lo que había hecho en el camino diciéndole: «¿Qué pasa, hermano? El maligno Enemigo que habló contigo a través de tu compañero de viaje no pudo persuadirte la primera vez, no pudo tampoco la segunda, pero a la tercera te persuadió y venció sobre ti en todo lo que le vino en gana»[73]. Entonces él, reconociendo el pecado de su débil espíritu, postrándose a sus pies, empezó a llorar, avergonzado de su falta, tanto más cuanto que comprendió que, aun ausente, había pecado ante los ojos del abad Benito.

4. PEDRO. Veo que en el corazón del santo varón estaba el espíritu de Eliseo, el cual también estuvo presente para un discípulo suyo que se hallaba ausente[a].

GREGORIO. Conviene, Pedro, que guardes silencio ahora, para que puedas conocer cosas todavía mayores.

[14. La simulación del rey Totila descubierta]

1. Así, en tiempos de los godos, al oír su rey Totila[74] que el santo varón poseía el espíritu de la profecía, dirigiéndose a su monasterio se detuvo no muy lejos de él y le anunció que tenía la intención de visitarlo[75]. Y habiéndosele indicado enseguida desde el monasterio que viniera, Totila, como era pérfido de espíritu, intentó comprobar si el hombre del Señor poseía verdaderamente el espíritu de la profecía. Tenía él un escudero llamado Rigo, al cual le ofreció su propio calzado e hizo que se vistiera con los ropajes regios, ordenándole que se dirigiera al hombre de Dios como si fuera su propia persona. Y como séquito envió a los tres condes que solían estar siempre con él más que todos los demás,

a. Cf. 2 Re 5, 25-26.

a saber, Wulderico, Rodrigo y Blidin[76], para que marcharan a su lado fingiendo ante los ojos del siervo de Dios que aquel Rigo era el propio rey Totila. Y le proporcionó también otros acompañantes y escuderos, para que tanto por el séquito como por los ropajes de púrpura se pensara que era el rey.

2. Y cuando Rigo, engalanado con los ropajes regios, acompañado por un numeroso cortejo de súbditos, entró en el monasterio, el hombre de Dios se hallaba sentado a bastante distancia. Y viéndole venir, cuando ya podía ser oído por él, le gritó diciendo: «Quítate eso que llevas, hijo, quítatelo, porque no es tuyo»[77]. Y Rigo cayó inmediatamente a tierra y tuvo miedo de haber pretendido engañar a un varón tan excelso, y todos los que venían con él a ver al hombre de Dios cayeron derribados a tierra. Y al levantarse no osaron en modo alguno acercarse a él, sino que volviéndose hacia su rey le contaron, todo temblorosos, cuán rápidamente habían sido descubiertos.

[15. La profecía que hizo Benito sobre el rey Totila]

1. Entonces el propio Totila en persona se dirigió al hombre de Dios[78]. Y al verlo sentado a lo lejos, no atreviéndose a acercarse a él, se echó al suelo. Y tras decirle el hombre de Dios dos y tres veces «levántate», y no atreviéndose él a alzarse del suelo en su presencia, Benito, el siervo del Señor Jesucristo, tuvo a bien acercarse él mismo al rey, que se hallaba postrado. Lo alzó del suelo, le reprendió sus acciones y le predijo en pocas palabras todo lo que habría de sucederle en el futuro, diciéndole: «Cometes muchas atrocidades, has cometido muchas atrocidades. Cesa ya de una vez en tu maldad. Ciertamente llegarás a entrar en Roma, atravesarás el mar, reinarás durante nueve años y al décimo morirás»[79].

2. Tras oír esto, el rey, sumamente asustado, después de pedirle su bendición, se retiró, y desde aquel día fue ya menos cruel. No mucho después entró en Roma, se dirigió a Sicilia y en el décimo año de su reinado, por decisión de Dios todopoderoso, perdió el reino junto con la vida.

3. El obispo de la iglesia de Canosa[80], a quien el hombre de Dios tenía en gran estima por los muchos méritos de su vida, solía ir a visitar al siervo del Señor. Pues bien, charlando dicho obispo con él acerca de la entrada del rey Totila y el saqueo de la ciudad de Roma, le dijo: «Esta ciudad será destruida por este rey, hasta el punto de que no volverá ya a ser habitada». Y el hombre del Señor le respondió: «Roma no será aniquilada por los bárbaros, sino que languidecerá ella misma acuciada por los temporales, los rayos, los huracanes y los terremotos». El misterio de esta profecía se nos ha hecho ahora a nosotros más claro que la luz del sol, a nosotros que vemos en esta ciudad las murallas destrozadas, las

casas derruidas, las iglesias destruidas por la fuerza de los vientos, a nosotros que vemos cómo los edificios, agotados por una larga decrepitud, se desmoronan abatidos por derrumbes cada día más frecuentes[81].

4. Aunque su discípulo Honorato —por cuyo relato tuve noticia de esto[82]— afirma que él no llegó a oír estas palabras de su boca, asegura, no obstante, que los hermanos le dijeron que él había dicho eso.

[16. El clérigo liberado del Demonio]

1. Por esa misma época también, el Demonio había poseído a un clérigo de la iglesia de Aquino. El venerable varón Constancio, obispo de su iglesia, lo había llevado por muchos santuarios de mártires para que pudiera ser sanado por ellos[83]. Pero los santos mártires de Dios no quisieron otorgarle el don de la curación, a fin de mostrar la gracia tan grande que había en Benito. Condujeron, pues, al clérigo hasta el siervo de Dios todopoderoso Benito, el cual, derramando súplicas al Señor Jesucristo, al instante expulsó al viejo Enemigo del hombre poseso[84]. Y una vez sanado, le ordenó lo siguiente: «Vete y en adelante no comas carne y no oses nunca acceder a las sagradas órdenes. El día que oses profanar las sagradas órdenes, al punto serás entregado nuevamente como esclavo a la jurisdicción del Diablo».

2. Así pues, el clérigo se marchó curado. Y como los sufrimientos recientes suelen amedrentar el espíritu, durante un tiempo cumplió lo que el hombre de Dios le había ordenado. Pero, pasados muchos años, habiendo partido de este mundo ya todos los que eran mayores que él y viendo que los que eran más jóvenes se le adelantaban en el acceso a las sagradas órdenes, menospreció las palabras del hombre de Dios, como si después de pasado tanto tiempo las hubiera olvidado, y accedió a las sagradas órdenes. Y enseguida el Diablo que había salido de él lo volvió a poseer, y no dejó de atormentarlo hasta quitarle la vida[85].

3. PEDRO. Según veo, este varón llegó a penetrar incluso los secretos de la divinidad, puesto que alcanzó a ver que el clérigo había sido entregado al Diablo por lo siguiente, para que no osara acceder a las sagradas órdenes.

GREGORIO. ¿Cómo no iba a conocer los secretos de la divinidad el que observaba los preceptos de la divinidad, pues está escrito: *El que está unido al Señor es un solo espíritu con Él*?[a].

4. PEDRO. Si el que está unido al Señor se hace un solo espíritu con el Señor, entonces cómo es que también el eximio evangelizador dice: *¿Quién conoce los designios del Señor o quién fue su consejero?*[b]. Pare-

a. 1 Cor 6, 17.
b. Rm 11, 34.

ce, en efecto, muy incongruente desconocer los designios de aquel con quien se ha llegado a ser un solo espíritu.

5. GREGORIO. Los santos varones, en cuanto que son un solo espíritu con el Señor, no desconocen los designios del Señor. Pues también ese mismo apóstol dice: *¿Qué hombre, en efecto, conoce lo que es propio del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo que es propio de Dios, sino el Espíritu de Dios*[a]. Y éste mismo, para hacer ver que conocía lo que es propio de Dios, añadió: *Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que procede de Dios*[b]. Y en ese mismo lugar dice también: *Lo que el ojo no vio ni el oído oyó ni llegó hasta el corazón del hombre, esas cosas las preparó Dios para quienes le aman, y a nosotros nos las reveló por medio de su Espíritu*[c].

6. PEDRO. Así pues, si lo que es propio de Dios le había sido revelado al apóstol por medio del Espíritu de Dios, ¿cómo es que inmediatamente antes del pasaje que yo aduje antes[86] dijo él lo siguiente?: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus designios y qué inescrutables sus caminos!*[d]. Y al decir esto se me plantea, a su vez, otro reparo. Pues el profeta David se dirige al Señor diciendo: '*Con mis labios he pronunciado todos los designios de tu boca*'[e]. Ahora bien, siendo menos conocer que pronunciar, ¿cómo es que Pablo sostiene que los designios de Dios son incomprensibles y, en cambio, David afirma no sólo que él conoce todos esos designios, sino que incluso los ha pronunciado con sus labios?

7. GREGORIO. A ambas cuestiones ya te respondí antes brevemente diciendo que los santos varones, en cuanto que son un solo espíritu con el Señor, no desconocen los designios del Señor. En efecto, todos los que siguen devotamente al Señor están con Dios por su devoción, mas, entorpecidos todavía por el peso de la carne corruptible, no están todavía con Dios. Así pues, conocen los designios secretos de Dios en cuanto que están unidos a Él, pero en cuanto que están separados de él los desconocen. Y así, puesto que no penetran aún completamente sus secretos, afirman que sus designios son incomprensibles. Pero puesto que están unidos a Él en espíritu —y, al estar unidos, entienden sus designios, en tanto en cuanto los reciben a partir de las palabras de la Sagrada Escritura o a partir de secretas revelaciones—, los conocen y los pronuncian. Desconocen, pues, los designios que Dios calla, pero conocen los que Dios manifiesta.

a. 1 Cor 2, 11.
b. 1 Cor 2, 12.
c. 1 Cor 2, 9-10.
d. Rm 11, 33.
e. Sal 119, 13.

8. Y por eso también el profeta David, tras haber dicho '*con mis labios he pronunciado todos los designios*', inmediatamente añadió '*de tu boca*', como si claramente dijera: «Yo pude conocer y pronunciar aquellos designios que sabía que Tú habías manifestado. Porque los que Tú mismo no manifiestas, ésos, sin duda, los ocultas a nuestro conocimiento». Concuerdan, pues, la sentencia del profeta y la del apóstol, pues los designios de Dios son ciertamente incomprensibles, pero aquellos que hubieren sido revelados por su boca, ésos pueden ser pronunciados con labios humanos, ya que los designios que han sido revelados por Dios pueden ser conocidos por los hombres, y los que Él ha mantenido ocultos no pueden.

9. PEDRO. Ha quedado patente la solidez de tu argumentación ante la objeción planteada por mi humilde reparo. Pero, por favor, continúa con tu relato, si es que quedan todavía algunas cosas acerca de los milagros de este varón.

[17. La profecía de la destrucción de su monasterio]

1. GREGORIO. Un noble llamado Teoprobo se había convertido a la vida de piedad gracias a las exhortaciones del abad Benito[87], el cual mantenía con él un trato de gran intimidad en virtud de los muchos méritos de su vida. Pues bien, entrando este noble un día en su celda, lo encontró llorando muy amargamente. Y tras permanecer mucho tiempo allí y ver que sus lágrimas no cesaban, y que ya no es que el hombre de Dios llorara mientras rezaba —como solía—, sino que lloraba de pesar[88], le preguntó cuál era el motivo de tanta aflicción. Y el hombre de Dios le respondió al instante: «Todo este monasterio que he construido y todo lo que he preparado para los hermanos ha sido entregado a los bárbaros por decisión de Dios todopoderoso. Tan sólo he podido conseguir, a duras penas, que se me concedan las vidas de los que aquí viven».

2. Teoprobo oyó su profecía entonces, pero nosotros la vemos cumplida ahora, pues sabemos que su monasterio fue destruido recientemente por la nación de los lombardos. En efecto, no hace muchos años, en plena noche y mientras los hermanos descansaban, entraron allí los lombardos, quienes tras saquearlo todo no pudieron, sin embargo, apresar allí a un solo hombre siquiera, sino que Dios todopoderoso cumplió lo que le había prometido a su fiel siervo Benito: que, si entregaba a los bárbaros las cosas materiales, conservaría las vidas de los monjes[89]. Y en este hecho veo que Benito desempeñó el papel de Pablo[90], el cual, habiendo sufrido su nave la pérdida de todas las cosas materiales, recibió como consuelo la vida de todos los que lo acompañaban[a].

a. Hch 27.

[18. El hurto del barril de vino descubierto por Benito gracias al Espíritu]

En cierta ocasión también, nuestro querido Exhilarato, al que tú conociste tras su conversión a la vida de piedad, fue enviado por su señor a llevar al hombre de Dios al monasterio dos recipientes de madera llenos de vino, esos que vulgarmente se llaman «barriles». El criado le llevó uno, pero el otro lo escondió durante el viaje. El hombre de Dios, a quien no podían ocultársele los hechos producidos en su ausencia, tomó el único recipiente dándole las gracias, y avisó al criado cuando se marchaba diciéndole: «Hijo, guárdate de beber del barril que has escondido: inclínalo con mucho cuidado y encontrarás lo que tiene dentro»[91]. Se alejó él muy turbado del hombre de Dios, y, en el camino de vuelta, queriendo comprobar lo que había oído, al inclinar el barril, salió al punto de él una serpiente. Entonces el mencionado criado Exhilarato, al encontrar lo que encontró en el vino, se asustó mucho del pecado que había cometido.

[19. Los pañuelos aceptados por un siervo de Dios]

1. No lejos del monasterio había una aldea en la que una considerable muchedumbre se había convertido del culto de los ídolos a la fe de Dios, gracias a la predicación de Benito[92]. Había allí también algunas monjas, y el siervo de Dios Benito se encargaba de enviar a menudo a sus frailes a aquel lugar para la edificación de sus almas. Un día envió a uno, según la costumbre, pero el monje que había enviado, ante los ruegos de las religiosas —una vez terminada su obra de edificación— aceptó unos pañuelos y se los escondió en el seno[93].

2. Nada más volver, el hombre de Dios empezó a reprenderle con muchísima amargura, diciendo: «¿Cómo ha entrado la iniquidad en tu seno?». El monje se quedó pasmado, pues, no acordándose ya de lo que había hecho, no sabía de qué se le acusaba. Y él le dijo: «¿Acaso no estaba yo presente allí, cuando aceptaste los pañuelos de las siervas de Dios y te los guardaste en el seno?»[94]. Y él, echándose al punto a sus pies, se arrepintió de haber obrado neciamente y arrojó los pañuelos que había escondido en su seno.

[20. El pensamiento soberbio de un criado descubierto por Benito gracias al Espíritu]

1. Otra vez también, estando el venerable abad tomando el sustento corporal, ya a la caída de la tarde, uno de sus monjes —que era hijo de un *defensor eclesiástico*[95]— le sostenía una lámpara de aceite junto a la

mesa. Y mientras el hombre de Dios comía y él le servía y le asistía con la lámpara, llevado por la soberbia comenzó a dar vueltas en su cabeza en silencio y a decirse a sí mismo mentalmente: «¿Quién es éste al que yo asisto mientras come, al que le sostengo la lámpara, al que le presto servicio? ¿Quién soy yo para servirle?». Y volviéndose al punto hacia él el hombre de Dios, empezó a reprenderle duramente diciendo: «Persigna tu corazón, hermano. ¿Qué es lo que estás diciendo? Persigna tu corazón»[96]. Y llamando inmediatamente a los hermanos les mandó que le quitaran la lámpara de las manos, y a él le ordenó que se retirara del servicio y que desde ese mismo momento se sentara y se estuviera quieto.

2. Y al preguntarle los hermanos qué es lo que había estado pensando, les contó pormenorizadamente con cuánta soberbia se había envanecido y las palabras que mentalmente había dirigido en silencio contra el hombre de Dios. Entonces fue ya muy claro y evidente para todos que nada podía ocultársele al venerable Benito, cuyo oído había llegado a captar incluso las palabras del pensamiento.

[21. Los doscientos modios de harina hallados delante del monasterio en tiempos de hambruna]

1. En otra ocasión, se había extendido el hambre sobre la región de Campania, y la gran escasez de alimentos había puesto a todo el mundo en una situación angustiosa[97]. Y ya faltaba el trigo en el monasterio de Benito y se habían consumido casi todos los panes, hasta el punto de que a la hora de la comida de los hermanos no pudieron encontrarse más que cinco. Y como el venerable abad los viera apesadumbrados, se entregó a fortalecer su ánimo alicaído mediante una discreta reprensión y a alentarlos, al mismo tiempo, con una promesa, diciéndoles: «¿Por qué se halla tan abatido vuestro espíritu por la falta de pan? Hoy ciertamente no hay mucho, pero mañana lo tendréis en abundancia».

2. Al día siguiente se hallaron en unos sacos, delante de las puertas del monasterio, doscientos modios de harina, y todavía hoy sigue sin saberse a quiénes se los entregó Dios todopoderoso para que los llevaran allí[98]. Al verlos los hermanos, dando gracias al Señor, aprendieron a no dudar ya de la abundancia ni siquiera en medio de la escasez.

3. PEDRO. Dime, por favor, qué es lo que debemos pensar: ¿Que el espíritu de la profecía estaba siempre presente en este siervo de Dios o que dicho espíritu henchía su alma sólo temporalmente?

GREGORIO. El espíritu de la profecía, Pedro, no ilumina siempre las almas de los profetas; pues, lo mismo que está escrito del Espíritu Santo, que «*inspira donde quiere*»[a], así también debemos saber que inspira

a. Jn 3, 8.

«cuando quiere». Y de ahí que Natán, al preguntarle el rey si podía construir un templo, primero le dijo que sí y luego se lo prohibió[a]. Y de ahí que Eliseo, al ver a la mujer llorando y desconocer el motivo, le dijera al muchacho que intentaba apartarla de él: '*Déjala, pues su alma está llena de amargura, y el Señor me lo ha ocultado y no me lo ha revelado*'[b].

4. Y es que Dios todopoderoso lo dispone todo según la providencia de su excelsa bondad, pues, concediendo unas veces el espíritu de la profecía y quitándolo otras, por un lado eleva las almas de los profetas hasta las alturas, y, por otro, las mantiene dentro de la humildad, para que cuando reciban el espíritu de la profecía descubran qué es lo que ellas son por la gracia de Dios, y cuando, por el contrario, no tengan dicho espíritu sepan qué es lo que ellas son por sí mismas.

5. PEDRO. Tu sólido razonamiento está proclamando a gritos que ello es tal como dices. Pero, por favor, continúa contando todo lo que te venga aún a las mientes sobre el venerable abad Benito.

[22. La construcción del monasterio de Terracina dispuesta mediante un sueño]

1. GREGORIO. En otra ocasión también, un piadoso varón le rogó que enviara a sus discípulos y erigiera un monasterio en un terreno de su propiedad cerca de la ciudad de Terracina[99]. Asintiendo a su ruego, tras elegir a los hermanos, nombró un abad y dispuso, asimismo, quién habría de ocupar el segundo puesto. Y cuando ya se iban, les prometió lo siguiente: «Marchaos, y tal día iré yo y os mostraré en qué lugar debéis construir el oratorio, en qué lugar el refectorio de los monjes, en qué lugar la hospedería y el resto de las estancias necesarias». Ellos, recibida su bendición, se dirigieron allí y, aguardando fervientemente el día fijado, prepararon todo lo que parecía necesario para recibir a quienes pudieran venir acompañando a un abad tan excelso.

2. La noche anterior a la llegada del día prometido, el hombre del Señor se apareció en sueños al siervo de Dios al que había nombrado abad y a su prior, y les indicó con precisión todos y cada uno de los lugares en donde debían construir cada cosa[100]. Y al despertar ambos del sueño, se contaron mutuamente lo que habían soñado. Sin embargo, no dando crédito alguno a aquel sueño, siguieron esperando la llegada del hombre de Dios, de acuerdo con la promesa que les había hecho.

3. Mas, como el hombre de Dios no viniera el día fijado, volvieron a él con gran aflicción y le dijeron: «Padre, hemos estado esperando que vinieras —como nos habías prometido—, para mostrarnos dónde

a. Cf. 2 Sam 7, 1-17.
b. 2 Re 4, 27.

debíamos construir cada cosa, y no has venido». Y él les dijo: «¿Cómo, hermanos, cómo decís eso? ¿Acaso no fui yo, como prometí?». Y al decirle ellos: «¿Cuándo viniste?», él les respondió: «¿Acaso no me aparecí yo a los dos mientras dormíais y os indiqué todos y cada uno de los lugares? Marchaos, y construid todas las estancias del monasterio tal y como lo oísteis en el sueño». Ellos, al escuchar esto, regresaron, sumamente maravillados, al terreno mencionado y construyeron todas las estancias de acuerdo con lo que habían oído en la revelación.

4. PEDRO. Me gustaría que me explicases cómo fue posible que él marchara a un sitio tan lejano para dar la respuesta a los que dormían, y que ellos pudieran oírlo y reconocerlo en sueños.

GREGORIO. Pedro, ¿cómo puedes cuestionar y tener dudas sobre cómo pudo realizarse este hecho? Es del todo evidente que el espíritu es de naturaleza mucho más ligera que el cuerpo. Y de hecho sabemos, por el testimonio de la Escritura, que el profeta [Habacuc], alzado del suelo de Judea [por un ángel], fue depositado de repente en Caldea con la comida que llevaba, y con esa comida, justamente, reparó las fuerzas del profeta [Daniel], e inmediatamente volvió a hallarse de nuevo en Judea[a]. Así pues, si Habacuc en un instante pudo marchar corporalmente tan lejos y llevarle comida, ¿qué hay de sorprendente en que el abad Benito consiguiera marchar espiritualmente y comunicar lo necesario a los espíritus de los hermanos mientras dormían, de modo que, igual que Habacuc marchó corporalmente para proporcionar un alimento corporal, así Benito marchó espiritualmente para proporcionar unas instrucciones relativas a la vida espiritual?[101].

5. PEDRO. Confieso que la fuerza de tus palabras ha esfumado todas las dudas de mi mente. Pero me gustaría saber ahora cómo era este varón en cuanto a sus palabras cotidianas.

[23. Las siervas de Dios que fueron readmitidas a la comunión, tras su muerte, gracias a la ofrenda eucarística de Benito]

1. GREGORIO. Sus palabras cotidianas, Pedro, difícilmente se veían libres del poder de los milagros: puesto que su corazón se hallaba suspendido en las alturas, las palabras nunca caían en vano de su boca. Y así, si alguna vez decía algo no ya de una manera imperativa, sino a modo meramente de amenaza, lo dicho por él tenía tanta fuerza como si lo hubiese manifestado no de un modo incierto y volandero, sino como quien dicta una sentencia.

2. Así, no lejos de su monasterio vivían, en un terreno de su propiedad, dos mujeres consagradas a Dios, las dos de noble linaje por naci-

a. Cf. Dn 14, 33-39.

miento. Un piadoso varón se hallaba a su servicio para la atención de las necesidades externas de su vida diaria[102]. Pero, como la nobleza de linaje suele engendrar en algunas personas ruindad de espíritu —de modo que quienes tienen presente que ellos han sido algo más que los otros, ésos son los que menos se desprecian a sí mismos en este mundo—, las citadas religiosas aún no habían reprimido su lengua del todo bajo el freno de su hábito religioso, y, a menudo, con sus imprudentes palabras provocaban la irritación de aquel piadoso varón que estaba a su servicio para la atención de sus necesidades externas.

3. Y tras haber aguantado tales palabras durante mucho tiempo, al fin se dirigió al hombre de Dios y le refirió con detalle la magnitud de las ofensas verbales que tenía que soportar. El hombre de Dios, al oír tales cosas acerca de ellas, inmediatamente les ordenó lo siguiente: «Corregid vuestra lengua, porque, si no os enmendáis, os excomulgo»[103]. Evidentemente esta sentencia de excomunión no la lanzó él de un modo imperativo, sino sólo a manera de amenaza.

4. Ellas, sin haber cambiado en nada su antiguo modo de obrar, murieron a los pocos días y fueron enterradas dentro de la iglesia. Y al celebrarse en dicha iglesia la ceremonia solemne de la misa y decir en voz alta el diácono —según la costumbre— «si alguno no puede comulgar, que deje el lugar», su nodriza, que solía ofrecer por ellas la ofrenda eucarística al Señor, veía cómo ellas salían de sus sepulcros y abandonaban la iglesia[104]. Y al ver muy a menudo eso, que a la voz del diácono salían ellas fuera y no podían permanecer en el interior de la iglesia, le vino a la memoria lo que el hombre de Dios les había ordenado mientras aún vivían: les había dicho, en efecto, que él las privaba de la comunión si no corregían su comportamiento y sus palabras[105].

5. Entonces se lo hizo saber con gran aflicción al siervo de Dios. Y éste le dio enseguida de su propia mano la ofrenda eucarística, diciendo: «Vete y haz ofrecer esta ofrenda al Señor por ellas, y en adelante ya no estarán excomulgadas». Y tras haber ofrecido esta ofrenda por ellas, cuando el diácono dijo en voz alta, conforme a la costumbre habitual, que los no comulgantes salieran de la iglesia, a ellas ya no se las vio nunca más salir de la iglesia. Y por ello quedó ya muy claro y patente que, puesto que ya no se retiraban con los que estaban privados de la comunión, ellas habían recibido la comunión del Señor gracias al siervo de Dios.

6. PEDRO. Es verdaderamente sorprendente que, por más que fuera él un venerable y santísimo varón, viviendo como aún vivía en esta carne corruptible, pudiera liberar aquellas almas que se encontraban ya delante del Tribunal invisible del Señor[106].

GREGORIO. Pedro, ¿acaso no estaba aún en esta carne corruptible aquel a quien el Señor le dijo: '*Todo lo que atares en la tierra quedará*

atado en el Cielo, y todo lo que desatares en la tierra quedará desatado también en el Cielo?'[a]. Y ahora continúan cumpliendo su papel —atando y desatando— los que por su fe y sus costumbres tienen a su cargo el santo gobierno[107]. Pero para que el hombre tuviera tanto poder en la tierra, el creador del cielo y la tierra vino del cielo a la tierra, y, para que la carne pudiera juzgar también a los espíritus, Dios se dignó concedérselo haciéndose carne por los hombres, pues nuestra debilidad se alzó por encima de sí misma en tanto en cuanto la fortaleza de Dios se debilitó por debajo de sí misma.

7. PEDRO. El razonamiento de tus palabras se halla a la altura del prodigio de sus milagros.

[24. El monje de pocos años al que la tierra arrojó después de enterrado]

1. GREGORIO. Otra vez también, habiendo salido del monasterio sin su bendición uno de sus monjes —un muchacho de pocos años, que, amando a sus padres más de lo que debía, se encaminó hacia su casa—, ese mismo día, nada más llegar junto a ellos, murió. Y al día siguiente de enterrarlo, encontraron su cuerpo arrojado fuera del sepulcro. Se encargaron de colocarlo otra vez en la tumba, pero al día siguiente lo encontraron, como antes, desenterrado y arrojado nuevamente fuera del sepulcro[108].

2. Entonces, corriendo ellos agitados a los pies del abad Benito, le pidieron con grandes llantos que se dignara concederle el favor de su gracia. El hombre de Dios les dio enseguida con su propia mano la comunión del cuerpo de Cristo, diciéndoles: «Marchaos, poned este cuerpo de Cristo sobre su pecho y colocadlo a él en la tumba de ese modo». Y tras hacer esto, la tierra retuvo ya el cuerpo que había recibido, y no volvió a arrojarlo fuera[109]. ¿Te das cuenta, Pedro, de cuán grandes fueron los méritos de este varón a los ojos de Jesucristo, hasta el punto de que incluso la tierra misma arrojó el cuerpo de quien no tenía la gracia de Benito?

PEDRO. Me doy perfecta cuenta y me quedo completamente atónito.

[25. El monje que, habiéndose marchado del monasterio en contra de la voluntad de Benito, encontró frente a él un dragón en el camino]

1. GREGORIO. Uno de sus monjes había entregado su alma a la inconstancia y no quería seguir ya en el monasterio. Y aunque el hombre

a. Mt 16, 19.

de Dios le amonestaba continuamente y le reprendía una y otra vez, él no consentía en modo alguno en continuar en la congregación, e insistía con impertinentes ruegos en que se le relajara. Así pues, un día el venerable abad, harto ya de su insistencia, le ordenó airado que se fuera.

2. Nada más salir del monasterio se encontró con un dragón que se interponía en el camino, frente a él, con las fauces abiertas[110]. Y como el dragón que se le había aparecido quisiera devorarlo, empezó a gritar a grandes voces, lleno de temblores y palpitaciones, diciendo: «Venid corriendo, venid corriendo, pues este dragón quiere devorarme». Y llegando a la carrera los hermanos, no vieron dragón alguno, y trajeron al monje al monasterio lleno de temblores y palpitaciones. Él prometió al instante que nunca más abandonaría ya el monasterio, y desde ese momento se mantuvo en su promesa, puesto que gracias a las oraciones del santo varón había visto interponerse frente a él a aquel dragón al que antes había estado siguiendo sin verlo[111].

[26. El enfermo de lepra curado]

Creo que no debo pasar tampoco en silencio lo que supe por el relato del ilustre varón Aptonio[112]. Contaba éste que un criado de su padre había caído enfermo víctima de la lepra, de modo que, tras habérsele caído ya el pelo, la piel se le hinchaba y no podía ocultar una creciente pus. Su padre lo envió al hombre de Dios, y éste lo restituyó con toda rapidez a su primitiva salud[113].

[27. Las monedas de oro devueltas a un deudor mediante un milagro]

1. No puedo callar tampoco lo que solía contar un discípulo suyo, llamado Peregrino, a saber, que en cierta ocasión un buen hombre, empujado por la obligación de una deuda, pensó que sólo podría encontrar remedio a su situación si se dirigía al hombre de Dios y le contaba la obligación de la deuda que le apremiaba. Marchó, pues, al monasterio, halló al siervo de Dios todopoderoso y le hizo saber que estaba gravemente agobiado por un acreedor suyo por una deuda de doce monedas de oro. El venerable abad le respondió que él no tenía de ninguna manera doce monedas de oro, pero, no obstante, después de consolarle de su penuria con dulces palabras, le dijo: «Vete, y vuelve dentro de dos días, porque hoy no hay nada que yo pueda darte».

2. Durante esos dos días estuvo ocupado —según su costumbre— en la oración. Cuando al tercer día volvió el individuo que estaba agobiado por la obligación de la deuda, encima del arca del monasterio, que estaba llena de trigo, se encontraron de repente trece monedas de

oro[114]. El hombre de Dios mandó que se las trajeran y se las dieran al agobiado postulante, diciéndole que devolviera las doce que debía y se quedara con una para sus propios gastos.

3. Pero ahora debo volver a los hechos que supe por el relato de aquellos discípulos suyos que mencioné en el prefacio de este libro[115]. Un hombre vivía atormentado a causa de una profundísima envidia hacia un rival suyo, y estalló en un odio tal contra él que le echó veneno en la bebida sin que él lo supiera. Y aunque no consiguió quitarle la vida, sin embargo alteró el color de su piel, de modo que ese cambio de color, extendido por todo su cuerpo, semejaba la naturaleza de la lepra. Llevado hasta el hombre de Dios, enseguida recobró su primitiva salud. En efecto, nada más tocarlo, hizo desaparecer completamente el cambio de color que se había operado en su piel[116].

[28. La botella de cristal que fue arrojada contra unas rocas sin romperse]

1. En aquella época también en la que la escasez de alimentos golpeaba duramente a Campania[117], el hombre de Dios había repartido entre los diversos pobres todo lo que había en su monasterio, de modo que no quedaba casi nada en la despensa salvo un poco de aceite en un recipiente de cristal[118]. Entonces llegó un subdiácono llamado Agapito pidiendo encarecidamente que le dieran un poquito de aceite. El hombre del Señor, que había decidido repartir todo en la tierra para conservar todo en el Cielo, mandó que se le diera al pedigüeño aquel poco aceite que había quedado. El monje que estaba a cargo de la despensa oyó sin duda la orden del abad, pero no se apresuró a cumplirla.

2. Y preguntándole Benito poco después si le había dado lo que le había ordenado, el monje respondió que de ninguna manera se lo había dado, puesto que si se lo entregaba no quedaría nada en absoluto para los hermanos. Entonces, airado, ordenó a otros monjes que arrojaran por la ventana aquel recipiente de cristal en el que parecía que había quedado un poco de aceite, para que no quedara en la abadía nada fruto de la desobediencia. Y así se hizo. Debajo de la ventana en cuestión se abría un enorme precipicio, muy escabroso por estar completamente lleno de rocas. Por eso, al arrojar el recipiente de cristal fue a dar contra las rocas, pero permaneció tan intacto como si no hubiese sido arrojado, de modo que ni pudo romperse ni derramarse el aceite[119]. El hombre del Señor ordenó que lo subieran, e, intacto como estaba, se lo entregó al pedigüeño. Entonces, tras reunir a los hermanos, reprendió delante de todos al monje desobediente por su poca fe y su soberbia[120].

[29. La tinaja vacía y colmada de aceite]

1. Concluida la reprensión, Benito se entregó a la oración con los hermanos. En el lugar donde oraba con los hermanos había una tinaja de aceite vacía y completamente tapada. Y mientras el santo varón perseveraba en la oración, la tapadera de la tinaja, aumentando el aceite, empezó a levantarse. Al removerse y levantarse la tapadera, el aceite que había aumentado, rebosando por la boca de la tinaja, inundaba el suelo del lugar en el que se hallaban arrodillados. Cuando el siervo de Dios Benito lo vio, terminó inmediatamente su oración y el aceite dejó ya de derramarse en el suelo[121].

2. Entonces reprendió aún más a aquel hermano desobediente y de poca fe, para que aprendiera a tener fe y humildad. Y el hermano, saludablemente reprendido, se avergonzó, pues el venerable abad le mostraba ahora con sus milagros el poder del Señor todopoderoso que ya le había inculcado mediante su reprensión. Y ya no había nadie allí que pudiese dudar de las promesas de quien en un solo instante había devuelto una tinaja llena de aceite a cambio de un recipiente de cristal casi vacío.

[30. El monje liberado del Demonio]

1. Un día, cuando se dirigía al santuario de San Juan, que se halla situado en la cima misma del monte[122], el viejo Enemigo le salió al paso en figura de veterinario, portando un embudo[123] y una manea. Y al preguntarle: «¿Dónde vas?», él le respondió: «Voy a ver a los hermanos, a darles un brebaje». El venerable Benito marchó, pues, a su oración. Acabada la cual, regresó rápidamente. Por su parte, el Espíritu maligno encontró a un monje anciano bebiendo agua: se introdujo inmediatamente en él, lo echó al suelo y lo atormentó encarnizadamente[124]. Y viendo el hombre de Dios, al regresar de su oración, que el monje estaba siendo tan cruelmente atormentado, le dio tan sólo un bofetón e inmediatamente hizo salir de él al Espíritu maligno, de modo que en adelante ya no se atrevió a volver a él[125].

2. PEDRO. Me gustaría saber si siempre lograba realizar estos milagros tan magníficos por el poder de la oración o si alguna vez también los efectuaba por la sola fuerza de su voluntad[126].

GREGORIO. Quienes están unidos devotamente a Dios suelen efectuar los prodigios, cuando así lo exigen las circunstancias, de ambas maneras, de forma que unas veces realizan esas maravillas gracias a la oración y otras gracias a su propio poder. En efecto, puesto que Juan dice: *A todos los que lo recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios*[a], ¿qué

a. Jn 1, 12.

hay de sorprendente en que los que por dicho poder son hijos de Dios puedan hacer prodigios por su solo poder?

3. En efecto, que ellos pueden efectuar los milagros de ambas maneras lo atestigua Pedro, quien resucitó a Tabita con su oración después de muerta[a], mientras que a Ananías y a Safira, por haber mentido, los entregó a la muerte con su reprensión[b]: no leemos, en efecto, que él orase cuando se produjo la muerte de éstos, sino que tan sólo les recriminó el pecado que habían cometido. Queda claro, pues, que unas veces efectúan los milagros por su propio poder, y otras veces por sus plegarias, puesto que vemos que Pedro a éstos les quitó la vida con su reprensión y a aquélla se la devolvió con su oración[127].

4. Y así, ahora expondré también dos acciones del fiel siervo de Dios Benito en las que quede claro que él pudo llegar a realizar la primera de ellas por el poder recibido de Dios y la segunda por su oración.

[31. El campesino atado y desatado con la sola mirada de Benito]

1. Un godo llamado Zalla profesaba la herejía arriana. Éste, en la época del rey Totila[128], se hallaba inflamado de un odio tan grande y de una crueldad tan fiera contra los varones piadosos de la Iglesia católica que cualquier clérigo o monje que llegaba a su presencia no salía vivo de sus manos de ninguna manera. Un día, abrasado por el fuego de su codicia y ansiando la rapiña de riquezas, se dio a torturar con crueles suplicios a un campesino y a lacerarlo con diferentes tormentos. El campesino, vencido por el sufrimiento, declaró que él había encomendado sus bienes al siervo de Dios Benito, pensando que de ese modo —si el verdugo creía tal cosa y suspendía mientras tanto su crueldad— podría ganar algún tiempo de vida.

2. Entonces el tal Zalla dejó de torturar con suplicios al campesino, pero, atando sus brazos con fuertes correas, se puso a empujarlo delante de su caballo para que le indicara quién era aquel Benito que se había hecho cargo de sus bienes. Y el campesino, marchando delante con los brazos atados, lo condujo hasta el monasterio del santo varón, y encontró a éste sentado solo y leyendo a la entrada de la abadía. Entonces, el campesino le dijo a Zalla, que iba detrás de él muy encolerizado: «Mira, éste es el abad Benito del que yo te había hablado». Y mirándolo furiosamente, con la locura de su alma perversa, pensando que debía actuar con el mismo terror que solía, empezó a gritarle a grandes voces diciendo: «Levántate, levántate, y devuelve los bienes de este campesino que has tomado».

a. Cf. Hch 9, 36-42.
b. Cf. Hch 5, 1-10.

3. A sus gritos, el hombre de Dios levantó al punto los ojos de la lectura, y, tras fijar su vista en él, enseguida dirigió también su mirada al campesino que se encontraba atado. Y al volver los ojos hacia sus brazos, de manera admirable las correas que amarraban sus brazos empezaron a desligarse tan rápidamente que ninguna celeridad humana habría podido desatarlas con tanta rapidez[129]. Y al ver que el que había venido atado se hallaba de repente desatado, temblando de miedo ante la fuerza de un poder tan grande, Zalla cayó al suelo, e inclinando a sus pies aquella cerviz de fiera crueldad se encomendó a sus oraciones. El santo varón, por su parte, no se levantó de su lectura, sino que, llamando a los hermanos, les mandó que lo llevaran dentro para recibir una bendición[130]. Y cuando lo volvieron a traer a su presencia, le advirtió que debía dejarse ya de tanta loca crueldad. Y él, marchándose vencido, en adelante no osó pedirle nada al campesino al que el hombre de Dios había desatado no ya tocándolo, sino únicamente con su sola mirada[131].

4. Aquí tienes, Pedro, lo que te he dicho: que los que sirven a Dios todopoderoso con un trato muy íntimo a veces también pueden realizar hechos maravillosos por su solo poder. En efecto, el que, sin levantarse de su asiento, fue capaz de atajar la ferocidad de aquel terrible godo y de desatar con la mirada las correas y los nudos de aquellas ligaduras que ataban los brazos de un inocente está demostrando, por la misma rapidez del milagro, que había recibido de su solo poder la capacidad de hacer lo que hizo. Por el contrario, a continuación expondré también un extraordinario y maravilloso milagro que Benito pudo llevar a cabo gracias a la oración.

[32. El muerto resucitado]

1. Un día había salido él con los hermanos a las tareas del campo[132]. Un campesino, llevando en sus brazos el cuerpo de su hijo muerto y consumido por el dolor de su pérdida, llegó al monasterio buscando al abad Benito. Al decirle que el abad se hallaba en el campo con los hermanos, inmediatamente depositó el cuerpo de su hijo muerto ante las puertas del monasterio y, turbado por el dolor, marchó a todo correr en busca del venerable abad.

2. En ese preciso momento el hombre de Dios regresaba ya de las tareas del campo con los hermanos. Nada más verlo, el campesino que había perdido a su hijo empezó a gritar: «Devuélveme a mi hijo, devuélveme a mi hijo». A los gritos, el hombre de Dios se detuvo, diciendo: «¿Acaso te he quitado yo a tu hijo?». Y él le respondió: «Ha muerto. Ven y resucítalo». Nada más oírlo, el siervo de Dios se afligió mucho y le dijo: «Márchate, hermano, márchate. Estas cosas no son de nuestra

incumbencia, sino de los santos apóstoles. ¿Por qué quieres imponernos una carga que no podemos llevar?[133]. Pero él, empujado por su enorme dolor, persistió en su petición, jurando que no se marcharía si no resucitaba a su hijo. Entonces el siervo de Dios le preguntó: «¿Dónde está?». Y él le respondió: «Su cuerpo está tendido a las puertas del monasterio».

3. Al llegar allí el hombre de Dios con los hermanos, se arrodilló y se inclinó sobre el cuerpecito del niño; luego, poniéndose de pie, tendió las manos al cielo diciendo: «Señor, no mires mis pecados, sino la fe de este hombre que suplica que su hijo resucite, y restituye en este cuerpecito la vida que le has quitado»[134]. Apenas había terminado esta oración, cuando el cuerpecito del niño, recobrando la vida, se estremeció todo él de tal modo que los ojos de todos los presentes pudieron ver claramente cómo palpitaba temblando con una maravillosa sacudida. Luego cogió su mano y se lo entregó vivo y en perfecto estado a su padre[135].

4. Es evidente, Pedro, que él no hizo este milagro con su solo poder, puesto que, después de arrodillarse, rogó a Dios poder realizarlo.

PEDRO. Es claro y patente que todo es como tú afirmas, porque las palabras que antes decías las has probado con los hechos. Pero te ruego que me muestres ahora si los santos varones pueden hacer todo lo que quieren y si llegan a conseguir todo lo que ansían obtener.

[33. El milagro de Escolástica, hermana de Benito]

1. GREGORIO. Pedro, ¿quién podrá haber en este mundo más grande que Pablo, el cual le rogó al Señor tres veces acerca del aguijón que atormentaba su carne, y, sin embargo, no pudo obtener lo que quería[a]? Por eso es necesario que yo te cuente ahora algo sobre el venerable abad Benito, pues hubo una cosa que quiso y no pudo conseguir[136].

2. Su hermana, llamada Escolástica, consagrada al Señor todopoderoso desde la época de su infancia, solía venir a visitarlo una vez al año[137]; el hombre de Dios bajaba a verla a una propiedad del monasterio, no muy alejada de las puertas de éste[138]. Un día vino, según su costumbre, y su venerable hermano bajó a verla con sus discípulos. Habiendo pasado ellos todo el día en alabanzas de Dios y en santa conversación[139], y echándose ya encima las sombras de la noche, cenaron juntos. Y dado que aún se encontraban sentados a la mesa y que, en medio de la santa conversación, se había hecho bastante tarde, la religiosa, su hermana, le rogó lo siguiente: «Te suplico que no me dejes esta noche, para que podamos hablar un poco de los gozos de la vida celestial hasta el amanecer». Y él le respondió: «¿Qué es lo que dices, hermana? Bajo ningún concepto puedo yo permanecer fuera de la abadía».

a. Cf. 2 Cor 12, 7-8.

3. La serenidad del firmamento era tan grande que no se veía en el cielo ninguna nube. La religiosa, al oír las palabras de su hermano negándose a su ruego, puso las manos sobre la mesa, entrelazando los dedos, e inclinó la cabeza sobre ellas para rezar al Señor todopoderoso. Y al levantar la cabeza de la mesa, estalló tal tormenta de truenos y relámpagos y tal temporal de lluvia que ni el venerable Benito ni los hermanos que estaban con él podían poner el pie fuera del umbral del lugar en el que se hallaban[140]. Y es que la religiosa, al inclinar la cabeza sobre las manos había derramado sobre la mesa torrentes de lágrimas, y por medio de ellos, disipando la serenidad del cielo, había atraído la lluvia. Y aquel temporal no sobrevino un poco después de terminada su oración, sino que la coincidencia en el tiempo entre su oración y el temporal de lluvia fue tal que ella levantó la cabeza de la mesa en el mismo instante en que ya resonaba el trueno, de modo que fue levantar la cabeza y empezar a caer la lluvia, todo en un mismo y único intervalo de tiempo[141].

4. Entonces el hombre de Dios, viendo que él no podía tornar al monasterio en medio de aquellos truenos y relámpagos y en medio de aquel temporal de tremendo aguacero, empezó a lamentarse, muy apesadumbrado, diciendo: «Que Dios todopoderoso te perdone, hermana. ¿Qué es lo que has hecho?». Y ella le respondió: «Te rogué y no quisiste escucharme. Rogué a mi Señor y me escuchó. Sal, pues, ahora, si puedes, y márchate al monasterio dejándome sola». Y no pudiendo salir fuera de techado, Benito, que no había querido quedarse por su propia voluntad, tuvo que quedarse allí a la fuerza; y de ese modo sucedió que los dos se pasaron toda la noche en vela y —hablando por turnos— se saciaron con su santa conversación acerca de la vida espiritual.

5. Por eso te dije antes que él había querido una cosa, pero que no había podido conseguirla; pues, si examinamos la intención del venerable varón, no cabe duda de que él hubiera querido que permaneciera aquella serenidad del cielo que existía cuando bajó. Pero, contrariamente a lo que quería, se encontró con un milagro obrado por el corazón de la mujer conforme al poder de Dios todopoderoso. Y no es sorprendente que en esta ocasión tuviera más fuerza que él aquella mujer que deseaba ver más tiempo a su hermano. Pues, de acuerdo con las palabras de Juan, *Dios es amor*[a], la que amó más fue, con muy justa decisión, la que pudo más.

PEDRO. Me parece muy bien lo que dices, lo confieso.

a. 1 Jn 4, 8 y 4, 16.

[34. La visión del alma de su hermana Escolástica saliendo del cuerpo]

1. GREGORIO. Y al retirarse al día siguiente la venerable mujer a su propia abadía, el hombre de Dios volvió al monasterio. Cuando hete aquí que a los tres días, estando él en la celda, alzando los ojos a las regiones celestes vio cómo el alma de su hermana, tras salir de su cuerpo, penetraba en forma de paloma en los misterios del Cielo[142]. Y él, congratulándose de la gloria tan grande de su hermana, en medio de himnos y alabanzas, dio gracias a Dios todopoderoso y anunció a los hermanos su muerte[143].

2. Y los envió inmediatamente también para que trajeran su cuerpo al monasterio y lo sepultaran en el sepulcro que él tenía preparado para sí. Y así sucedió que ni siquiera la sepultura pudo separar los cuerpos de aquellos dos hermanos cuyo espíritu siempre había sido uno solo en Dios.

[35. El mundo concentrado ante los ojos de Benito, y el alma de Germán, obispo de la ciudad de Capua]

1. En otra ocasión también, Servando, diácono y abad del monasterio que había sido erigido en otro tiempo por el patricio Liberio[144] en la región de Campania, había venido hasta él a visitarlo, según su costumbre. En efecto, venía él con frecuencia a su monasterio para intercambiar mutuamente entre ellos dulces palabras de vida —pues este varón estaba imbuido también de un gran conocimiento de la gracia celestial— y para saborear el rico alimento de la patria celestial[145], aunque sólo fuera suspirando por él, ya que aún no podían saborearlo con un gozo pleno y completo.

2. Y echándose ya encima la hora del reposo, el venerable Benito se instaló en la parte superior de la torre del monasterio y el diácono Servando en la parte inferior. En este lugar una rampa transitable unía la parte inferior a la superior. Delante de la torre había una estancia más espaciosa en la que descansaban los discípulos de ambos. Y, mientras los hermanos aún descansaban, el hombre del Señor, Benito, que permanecía en vela, adelantó la hora del rezo nocturno, y, mientras se hallaba de pie junto a una ventana rezando al Señor todopoderoso, al volverse a mirar a aquellas altas horas de la noche, vio de repente cómo una luz, que se desparramaba desde lo alto, ahuyentaba todas las sombras de la noche, y cómo esa luz, que resplandecía en medio de las tinieblas, brillaba con un resplandor tan grande que vencía incluso a la claridad del día[146].

3. Y en medio de esta visión se produjo un hecho verdaderamente admirable, a saber, que el mundo entero —según él mismo contó después—, como concentrado en un solo rayo de sol, fue puesto ante sus

ojos. Y el venerable abad, mientras fijaba atentamente la vista en aquel resplandor de brillante luz, vio cómo el alma de Germán, obispo de Capua[147], era llevada por los ángeles al Cielo en un globo de fuego[148].

4. Entonces, queriendo tener a su lado a alguien que fuera testigo de un milagro tan extraordinario, llamó al diácono Servando, repitiendo su nombre a grandes voces hasta dos y tres veces. Y éste, turbado al oír las inusitadas voces de aquel varón tan excelso, subió, se volvió a mirar y vio una pequeña parte de aquella luz[149]. Entonces el hombre de Dios, con todo detalle, le refirió a Servando —que no salía de su estupor ante un milagro tan extraordinario— lo que había sucedido, y encargó inmediatamente al piadoso varón Teoprobo[150], en la ciudadela de Cassino, que esa misma noche se trasladara a la ciudad de Capua y se informara y le indicara qué pasaba con el obispo Germán. Así se hizo. Y el que había sido enviado encontró ya muerto al reverendísimo obispo Germán, e indagando minuciosamente descubrió que su muerte se había producido en el mismo momento en que el hombre del Señor tuvo conocimiento de su ascensión al Cielo[151].

5. PEDRO. ¡Hecho verdaderamente admirable y sumamente asombroso! Pero eso que has dicho, que el mundo entero, como concentrado en un único rayo de sol, fue puesto ante sus ojos, como yo nunca he tenido tal experiencia, no alcanzo a explicármelo. ¿Cómo es posible, en efecto, que el mundo entero llegue a ser visto por un solo hombre?

6. GREGORIO. Pedro, ten por cierto esto que digo, que para el alma que contempla al Creador la creación entera es muy pequeña. En efecto, aunque haya visto únicamente una mínima parte de la luz del Creador, para ella todo lo que ha sido creado es pequeño, pues con la luz de la contemplación interior se ensanchan y se dilatan tantísimo en Dios los pliegues del alma que ésta se eleva por encima del mundo. Y el alma del contemplador llega a situarse por encima incluso de sí misma. Y cuando es arrastrada por encima de sí misma en la luz de Dios, se expande en su interior, y, al mirar por debajo de ella, desde su elevada posición percibe cuán pequeño es aquello que no podía percibir cuando se hallaba debajo. Así pues, el varón que veía el globo de fuego y a los ángeles que lo llevaban al Cielo, sin duda alguna no podía ver estas cosas más que en la luz de Dios. Por tanto, ¿qué hay de sorprendente en que viera el mundo concentrado ante él aquel que, elevado en la luz del espíritu, se hallaba fuera del mundo?

7. En cuanto a lo que se dice de que el mundo se concentró ante sus ojos, no es que el cielo y la tierra se contrajeran, sino que el espíritu del contemplador se dilató, y éste, arrebatado en Dios, pudo ver sin dificultad todo lo que estaba debajo de Dios. Así pues, en la luz que brilló para sus ojos exteriores había una luz interior espiritual, la cual, al arrastrar

el alma del contemplador hacia las alturas, le mostró cuán pequeñas eran todas las cosas que se hallaban debajo[152].

8. PEDRO. Creo que me ha sido provechoso el no haber entendido lo que habías dicho, puesto que gracias a mi cortedad tu explicación ha adquirido tanta profundidad. Pero, puesto que ya has logrado inculcar estas ideas en mi mente con toda claridad, te ruego que retomes el hilo de la narración.

[36. La Regla monástica escrita por Benito]

GREGORIO. Me gustaría, Pedro, seguir contándote muchas cosas aún de este venerable padre, pero intencionadamente voy a pasar algunas de sus acciones por alto, pues tengo prisa por exponer las gestas de otros[153]. En todo caso, no quiero que se te oculte esto, que el hombre de Dios, entre tantos milagros con los que resplandeció en el mundo, brilló también notablemente por la palabra de su doctrina. Escribió, en efecto, una Regla monástica, sobresaliente por su discreción y sumamente clara por su lenguaje[154]. Si alguien quiere conocer más detalladamente su vida y sus costumbres, en las propias disposiciones de esta Regla puede encontrar todas las acciones de su magisterio, pues el santo varón no pudo enseñar en modo alguno de forma diferente a como vivió.

[37. La profecía de su propia muerte anunciada a los hermanos]

1. El año mismo en que iba a abandonar este mundo, a algunos discípulos que vivían con él y a otros que se encontraban lejos les anunció el día de su santísima muerte, manifestando a los presentes que mantuvieran en silencio lo que habían oído e indicando a los ausentes qué señal y de qué tipo se les haría cuando su alma saliera del cuerpo.

2. Seis días antes de su muerte, manda que se abra su tumba. Enseguida, sobreviniéndole unas fiebres, empezó a sentirse fatigado a causa de la ardiente calentura. Y como la enfermedad se agravara de día en día, al sexto día hizo que sus discípulos lo trasladaran al oratorio, y allí fortaleció su salida de este mundo tomando el cuerpo y la sangre de Cristo; y, apoyando sus débiles miembros entre las manos de sus discípulos, se mantuvo en pie con las manos levantadas al cielo y en mitad de su oración exhaló su último aliento[155].

3. Y ciertamente ese día dos de sus monjes —uno que moraba en la abadía y otro que se encontraba bastante lejos— tuvieron la revelación de una misma e idéntica visión[156]. Vieron, en efecto, cómo, por la recta senda de oriente, un camino tapizado de alfombras y resplandeciente por la luz de innumerables antorchas se extendía desde su abadía hasta el cielo[157]. Y un deslumbrante varón de aspecto venerable, situado en

lo alto del mismo, les preguntó de quién era el camino que veían. Ellos confesaron que no lo sabían. Y él les dijo: «Éste es el camino por donde ha subido al Cielo Benito, el amado del Señor»[158]. Y así, igual que los discípulos presentes vieron entonces la muerte del santo varón, los ausentes supieron de ella gracias a esta señal que él ya les había predicho.

4. Fue enterrado en el santuario de San Juan Bautista, que él mismo construyó tras la destrucción del altar de Apolo[159].

[38. La mujer loca curada por mediación de la cueva de Benito]

1. Y hasta el día de hoy, incluso en la cueva al pie del lago en la que primeramente vivió, sigue brillando con la realización de milagros, si así lo reclama la fe de los que los piden[160]. Así, no hace mucho tiempo tuvo lugar allí el prodigio que ahora voy a contar. Una mujer loca, que había perdido completamente el juicio, vagaba día y noche por montañas y valles, por bosques y campos, y sólo se paraba a descansar allí donde el cansancio la obligaba a hacerlo. Un día, mientras erraba completamente extraviada, fue a parar a la cueva del santo varón, el padre Benito, y entrando sin saberlo en ella pasó allí la noche. Y al llegar la mañana, salió de la cueva con el juicio tan sano como si nunca se hubiese apoderado de ella locura alguna. Y durante todo el resto de su vida conservó ya la salud mental que había recibido[161].

2. PEDRO. ¿Y qué decir del hecho de que muchas veces comprobamos que con el patrocinio de los mártires ocurre también lo mismo, a saber, que ellos no realizan tantos favores por medio de sus cuerpos como por medio de sus reliquias, y que llevan a cabo mayores prodigios en los lugares en donde ellos mismos no se encuentran enterrados?

3. GREGORIO. Pedro, en los lugares en donde están enterrados los cuerpos de los santos mártires no cabe duda alguna de que pueden realizar muchos prodigios, como, de hecho, hacen y llevan a cabo innumerables milagros en ellos para todos los que se los piden con espíritu puro. Pero, puesto que los espíritus débiles pueden dudar si los mártires están presentes para atender sus peticiones allí donde consta que no se hallan sus cuerpos, es preciso que lleven a cabo mayores prodigios en esos lugares en los que los espíritus débiles pueden dudar de su presencia. Por su parte, la fe de aquellos cuyo espíritu está fijo en el Señor tiene tanto más mérito cuanto que ellos saben que los cuerpos de los mártires no están enterrados allí y que, sin embargo, no dejarán de atender sus peticiones.

4. Y por eso también la misma Verdad, para acrecentar la fe de sus discípulos, les dijo: '*Si yo no me voy, no vendrá a vosotros el Espíritu Santo*'[a]. En efecto, siendo evidente que el Espíritu Santo procede siem-

a. Jn 16, 7.

pre del Padre y del Hijo, ¿por qué dice el Hijo que debe irse para que venga el Espíritu, que nunca se aparta del Hijo? Pero dado que sus discípulos, al ver al Señor en su cuerpo carnal, deseaban seguir viéndolo siempre con sus ojos corpóreos, con razón les dijo: '*Si yo no me voy, no vendrá el Espíritu Santo*', como si abiertamente les dijera: «Si yo no sustraigo mi cuerpo a vuestros ojos, no os podré mostrar cómo es el amor del Espíritu Santo; y, si no dejáis de verme corporalmente, nunca aprenderéis a amarme espiritualmente».

5. PEDRO. Me parece bien lo que dices.

GREGORIO. Ahora debemos interrumpir por algún tiempo nuestra charla, a fin de que mientras tanto —dado que nos proponemos contar los milagros de otros santos varones— con el silencio podamos recobrar energías renovadas para seguir hablando[162].

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

NOTAS

[1] San Benito de Nursia (nacido a finales del siglo V y muerto a mediados del siglo VI) es considerado el patriarca del monacato occidental, por ser el fundador en Italia de la Orden Benedictina. Se ha conservado la *Regla* que escribió para los monjes de su monasterio de Montecassino (cf. II, 36). Todo lo que sabemos de su vida se debe a este libro II de los *Diálogos* de Gregorio Magno.

[2] En latín el nombre propio *Benedictus* ('Benedicto' = 'Benito') significa, como adjetivo, «bendito», «santo», «bienaventurado». El hagiógrafo recurre al tópico de la «virtud etimológica», atribuyendo al santo la virtud derivada de su nombre: *Benedictus* = «varón bendito».

[3] Tópico clásico del *puer senex*, por el que se alaba al individuo de pocos años que actúa con la sensatez, la prudencia y la sabiduría propias de un viejo (cf. III, 18, 1; IV, 49, 6).

[4] Nursia es la actual Norcia, en el antiguo territorio de Valeria (hoy región de Umbría). La tradición hagiográfica atribuye a los padres de san Benito los nombres de Eupropio y Abundantia.

[5] Cuando los santos provienen de familias nobles, pudientes o acomodadas, es habitual que los hagiógrafos insistan en el tópico cristiano de la *contemptio mundi*: desprecio y abandono de las riquezas, de la hacienda familiar, los estudios, los honores y los placeres del mundo, para consagrarse únicamente a Dios.

[6] Tópico cristiano de la «sabia ignorancia», según el cual se menosprecia la vida intelectual y se ensalza la ingenua y sencilla vida de piedad. Y ello porque, desde el punto de vista espiritual, a los ojos de Dios los sabios son ignorantes y los ignorantes son sabios.

[7] Constantino fue el segundo abad del monasterio de Montecassino fundado por san Benito, situado en la región de Campania, cerca de Nápoles.

[8] Valentiniano fue abad del monasterio romano de San Pancracio de Letrán.

[9] Simplicio fue el tercer abad del monasterio de Montecassino.

[10] Honorato fue abad del monasterio llamado inicialmente de San Clemente, en Subiaco, en la región del Lacio. San Benito se había retirado a una cueva de este paraje al comienzo de su vida eremítica (cf. II, 1, 3 ss.).

[11] La tradición hagiográfica adjudica a la nodriza de san Benito el nombre de Cirila.

[12] La ciudad de Affile se encuentra en la actual región del Lacio, muy cerca de Subiaco.

[13] Arreglo milagroso de un objeto roto (cf. I, 7, 3: arreglo de una lámpara de cristal).

[14] La conservación de un objeto como testimonio de un antiguo milagro es frecuente en la literatura hagiográfica (cf. IV, 56, 2).

[15] Sobre los lombardos *vid.* libro I, nota 78.

[16] Subiaco se encuentra a unos 77 kilómetros de Roma y a menos de diez de Affile, al pie de un lago.

[17] Frente a la vida cenobítica en los monasterios, Benito elige en primera instancia la vida eremítica o solitaria. Los eremitas se retiraban a parajes agrestes o desérticos, buscando el alejamiento de todo contacto humano. Llevaban a cabo una vida ascética recluidos en cuevas, grutas, chozas, cabañas, tiendas («reclusos») o bien al aire libre en medio de la naturaleza salvaje («hypetras»).

[18] Como los eremitas dedican todo su tiempo a la oración y la conversación con Dios, a veces los santos cuentan con un amigo externo que les resuelve el problema alimenticio.

[19] En los relatos hagiográficos es muy frecuente que el Demonio intente poner trabas y dificultades al santo, no sólo de tipo espiritual (por medio de tentaciones), sino también de tipo material (cf. III, 16, 3).

[20] La función del «sueño» es transmitir al presbítero la orden divina de socorrer a Benito. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[21] La charla o coloquio espiritual es una de las aficiones más queridas de los santos.

[22] Los eremitas llevaban una vida austera, en régimen de pobreza: solían dormir en el suelo, comer muy poco, vestir pieles de animales, rechazar los bienes materiales, etc. (cf. III, 14, 5; III, 26, 4).

[23] Sobre el tópico hagiográfico de la «fama de santidad» *vid.* libro I, nota 68. Sobre la afluencia de mucha gente interesada en conocer al santo, como consecuencia de la fama de santidad, *vid.* libro I, nota 86.

[24] En la literatura hagiográfica los pájaros de color negro (mirlos, grajos, cuervos, etc.) son símbolos habituales del Demonio. También lo simboliza en ocasiones el cerdo, en relación con la suciedad y la inmundicia (cf. III, 30, 3). Pero los dos animales que representan con más frecuencia al Diablo son la serpiente y el dragón (cf. II, 25, 2; III, 16, 3-4; IV, 40, 4-5; IV, 40, 11).

[25] Además de su poder taumatúrgico, la «señal de la cruz» posee también una función de «protección» contra el Demonio o cualquier otro tipo de peligro (cf. II, 3, 4; III, 5, 4; III, 7, 3; IV, 40, 4).

[26] Tras las trabas de tipo material (cf. II, 1, 5) el Demonio intenta poner a Benito trabas de tipo espiritual, mediante una de las tentaciones más recurrentes de la literatura hagiográfica, la de la lujuria (*vid.* libro I, nota, 47).

[27] Vencer las tentaciones (sobre todo la de la lujuria) por medio del «dolor» es un tópico hagiográfico muy frecuente: la intensidad del dolor físico hace que la pasión pase a un segundo plano y desaparezca.

[28] Sobre el tópico de la afluencia de mucha gente interesada en recibir las enseñanzas del santo *vid.* libro I, nota 86.

[29] Los símiles y metáforas de carácter agrícola son frecuentes en la obra de Gregorio.

[30] Sobre el tópico hagiográfico de la «fama de santidad» *vid.* libro I, nota 68.

[31] Tal vez el monasterio de Vicovaro, a unos treinta kilómetros de Subiaco. Una de las consecuencias de la «fama de santidad» es la de ser nombrado abad u obispo de modo espontáneo y por aclamación popular.

[32] Sobre la función de «protección» de la «señal de la cruz» *vid.* nota 25. El hagiógrafo señala que la botella se hallaba a bastante distancia del santo, para descartar un hipotético golpe fortuito con la mano, garantizando así la naturaleza milagrosa del suceso.

[33] Clara alusión a la parábola del *hijo pródigo*.

[34] Gregorio alude al apóstol san Pablo mediante el sintagma *egregius praedicator* en otras dos ocasiones: II, 16, 4 y IV, 4, 10.

[35] Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos (huida de Benito del monasterio y huida de san Pablo de Damasco) *vid.* libro I, nota 112.

[36] El vocabulario, las metáforas y los símiles de carácter militar son frecuentes en la literatura hagiográfica, por el hecho de que los santos y mártires son considerados «soldados de Dios» (*milites Dei*).

[37] Con la fundación de los monasterios en los alrededores de Subiaco Benito abandona definitivamente la vida eremítica, para adoptar, ya sin interrupción, la vida cenobítica.

[38] La costumbre de enviar a los hijos o a las hijas a los monasterios desde pequeños existía ya desde los comienzos mismos de la vida monástica.

[39] El «negro» es el color característico del Demonio, el Infierno y los seres infernales (cf. II, 2, 1; IV, 19, 3; IV, 37, 8-10; IV, 40, 7). Aquí el Diablo adopta la forma de un «niño negro», como en II, 2, 1 había adoptado la figura de un «mirlo negro».

[40] Primera «visión del Demonio» por parte de san Benito (cf. II, 4, 3; II, 8, 12). Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48. Los distintos grados de santidad de los personajes explican su diferente capacidad de percepción de la «visión» sobrenatural: Benito desde el primer momento, Mauro tras dos días de oración, el abad Pompeyano no llega a verlo.

[41] Benito logra expulsar al Demonio de la cabeza del monje con un golpe de vara. Estamos ante una «posesión diabólica», pero no del cuerpo (como es lo habitual), sino de la mente.

[42] Cf. II, 3, 14.

[43] El milagro de hacer brotar agua de una roca es sumamente frecuente en los relatos hagiográficos, inspirado sin duda en el conocido milagro bíblico de

Moisés (Nm 20, 11; Ex 17, 6). Sobre el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid.* libro I, nota 88.

[44] Sobre el trabajo manual de los monjes *vid.* libro I, nota 42.

[45] Cf. II, 3, 14 y II, 5, 2.

[46] Los santos poseen a menudo el don de la «clarividencia», es decir la facultad sobrenatural de ver cosas no perceptibles por el ojo humano (cf. II, 8, 2; II, 12, 2; II, 13, 3; II, 14, 2; II, 18; II, 19, 2; III, 5, 2; III, 5, 3; III, 14, 8; III, 14, 9; III, 26, 6).

[47] Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36. Aquí la comparación se establece entre Mauro y el apóstol Pedro: ambos caminan sobre las aguas.

[48] El beneficiario del milagro se convierte en «testigo» del mismo y «garante» del poder taumatúrgico del santo (*vid.* libro I, nota 147).

[49] La fama de santidad suscita a veces la «envidia» de ciertos individuos mezquinos (*vid.* libro I, nota 69).

[50] Segundo intento de asesinato de Benito, tras la botella de vino envenenado (cf. II, 3, 4).

[51] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* nota 46.

[52] Sobre el dominio de los santos sobre los animales salvajes *vid.* libro I, nota 43.

[53] Sobre la tentación de la lujuria *vid.* libro I, nota 47.

[54] Sobre el tópico del «castigo de los malvados» *vid.* libro I, nota 29. Gregorio señala que el derrumbe del balcón se produjo mientras el resto de la casa permanecía en pie, para dejar claro el carácter milagroso, no fortuito, del suceso.

[55] Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[56] Gregorio insiste en la idea de que los milagros proceden únicamente de Dios. No se trata de una facultad humana que los santos puedan transmitirse unos a otros.

[57] La señal de Jonás: igual que Jonás estuvo tres días en el vientre de la ballena, Jesús habría de estar tres días en el seno de la tierra y luego resucitaría.

[58] El culto a los dioses paganos se ubicaba a menudo en lo alto de cerros y montes. Tales asentamientos paganos fueron sustituidos, con el tiempo, por ermitas, oratorios o monasterios cristianos. Ése fue el caso del monasterio de Montecassino (cerca de Nápoles), erigido sobre un antiguo templo de Apolo.

[59] Los dioses paganos eran asimilados a los «demonios» por los cristianos.

[60] En el santuario de San Juan Bautista habría de ser enterrado el propio san Benito (cf. II, 37, 4).

[61] Segunda «visión del Demonio» por parte de san Benito (sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48). Como en II, 4, 2, los distintos grados de santidad de los personajes explican su diferente capacidad de percepción de las visiones sobrenaturales: Benito ve al Demonio, sus monjes sólo lo oyen.

[62] Tópica descripción del Demonio: aspecto «repugnante», «cubierto de fuego», «boca y ojos llameantes».

[63] Juego de palabras: *maledicte, non benedicte*, es decir, «maldito, no bendito».

[64] Sobre el vocabulario y las metáforas de carácter militar *vid.* nota 36.

[65] El famoso monasterio de Montecassino, construido en torno al año 529, en la región de Campania. Sobre el trabajo manual de los monjes *vid.* libro I, nota 42.

[66] Las visiones imaginarias, inventadas por el Demonio con la intención de engañar, constituyen un lugar común de la literatura hagiográfica.

[67] Tercera «visión del Demonio» por parte de san Benito. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[68] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[69] Se anuncia toda una serie de «milagros cognitivos» que se relatarán en los capítulos siguientes (12-22): «profecías», «clarividencias» y «comunicaciones o conocimientos telepáticos».

[70] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* nota 46.

[71] Cf. II, *pról.* 2.

[72] Tópico clásico del *locus amoenus*: lugar hermoso a la vista, en el que no faltan nunca una fuente o arroyo y un prado ameno.

[73] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* nota 46.

[74] Sobre el rey ostrogodo Totila vid. libro I, nota 24.

[75] La «fama de santidad» suscita el deseo de conocer al santo por parte de los poderosos de la tierra: reyes, emperadores y otros personajes ilustres. Se trata de un frecuente tópico hagiográfico.

[76] Los tres personajes son conocidos generales del rey Totila, citados por historiadores como Procopio o Cassiodoro.

[77] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* nota 46.

[78] La llegada de Totila al monasterio de san Benito ha de situarse, según el contenido de la profecía que se hace a continuación, en los comienzos de su reinado, hacia el año 542.

[79] Las «profecías» o predicciones sobrenaturales son muy comunes en la literatura hagiográfica (cf. II, 15, 3; II, 16, 1; II, 16, 1-2; II, 17, 1-2; II, 21, 1-2; III, 1, 5; III, 8, 1-2; III, 11, 4-6; III, 23, 2-4; IV, 28, 2; IV, 36, 1-3). Con frecuencia la profecía consiste en el anuncio de la fecha de la propia muerte del santo o la de otras personas (cf. II, 37, 1-2; III, 1, 5; IV, 36, 1-3). En otras ocasiones, el conocimiento de la muerte de alguien no se debe tanto a una profecía como a una directa revelación divina: IV, 27, 4-5; IV, 27, 7-8; IV, 27, 11. A propósito de esta primera profecía de san Benito hay que decir que Totila conquistó Roma dos veces (en 546 y 550), atravesó el mar para conquistar las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña, y murió en el año 552, derrotado y herido a manos de Narsés, general de Justiniano, en la batalla de *Busta Gallorum*.

[80] Sabino, obispo de Canosa (cf. III, 5). Canosa di Puglia (antigua *Canusium*) es una ciudad italiana situada en la costa del mar Adriático, en la región de Apulia.

[81] Segunda «profecía» de Benito cumplida: Roma no llegó a ser derruida por el rey Totila, a pesar de haberla asaltado dos veces, sino por la acción del paso del tiempo y los fenómenos atmosféricos y telúricos. Sobre las profecías *vid.* nota 79.

[82] Cf. II, *pról.* 2.

[83] Gregorio le dedicará a este Constancio, obispo de Aquino (pequeña ciudad de Italia, muy cercana al monasterio de Montecassino), el capítulo III, 8.

[84] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* libro I, nota 60.

[85] Tercera «profecía» de Benito cumplida. Sobre las profecías *vid.* nota 79.

[86] Cf. II, 16, 4: *¿Quién conoce los designios del Señor o quién fue su consejero?*

[87] Teoprobo vuelve a ser citado en II, 35, 4 como un «piadoso varón» (laico, por tanto) que vivía en la ciudadela de Cassino, fuera del monasterio.

[88] Las primeras serían «lágrimas de compunción», habituales durante la oración de los santos (cf. III, 34); las segundas serían «lágrimas de aflicción», provocadas por una pesadumbre o un dolor reales y concretos.

[89] Cuarta «profecía» de Benito cumplida: la destrucción del monasterio de Montecassino habría tenido lugar unos treinta o cuarenta años después de la muerte del santo, hacia 577-589. Concretamente, el saqueo del monasterio benedictino se atribuye a Zotone, duque lombardo de Benevento. Sobre las profecías *vid.* nota 79. Sobre los lombardos *vid.* libro I, nota 78.

[90] Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos *vid.* libro I, nota 112.

[91] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* nota 46.

[92] En la Italia de siglo VI todavía quedaban algunos reductos paganos no convertidos al cristianismo, sobre todo en las zonas rurales.

[93] La Regla monástica benedictina prohibía expresamente a los monjes la posesión de objetos y bienes privados, por muy insignificantes que ellos fueran (*Regula Benedicti*, 55, 17-19).

[94] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* nota 46.

[95] Sobre el cargo de «defensor eclesiástico» *vid.* libro I, nota 70.

[96] Milagro cognitivo consistente en el «conocimiento telepático», gracias al cual Benito llega a conocer incluso los pensamientos del monje soberbio (cf. II, 22, 1-2)

[97] Las fuentes historiográficas (Procopio, Cassiodoro) aluden a diversos episodios de hambruna y escasez en diferentes regiones de Italia entre los años 535 y 539.

[98] Quinta «profecía» de Benito cumplida. Sobre las profecías *vid.* nota 79.

[99] Terracina es una ciudad italiana ubicada en la región de Campania, en la costa del mar Tirreno, próxima a Montecassino.

[100] Nuevo milagro cognitivo consistente en una «comunicación telepática», transmitida a dos individuos al mismo tiempo por medio de un «sueño».

[101] Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[102] Se trata de un tipo particular de «ascetismo privado o doméstico» (muy habitual en Oriente), propio de mujeres que viven recluidas en sus propias casas, que conservan a su disposición algunas sirvientas o sirvientes y llevan a cabo una vida de piedad religiosa.

[103] Por «excomunión» se entiende la prohibición de acceder a la comunión o eucaristía.

[104] La función de la «visión» es hacer ver que las almas de las dos religiosas se encuentran en el Purgatorio, penando por sus pecados (cf. IV, 53, 2). Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[105] Las palabras de un santo, como se dijo al comienzo del capítulo, nunca «caen en vano de su boca». Por eso, aunque tales palabras sean dichas a modo de amenaza, como hizo Benito, o de simple desahogo (cf. III, 15, 8), o de forma descuidada (cf. III, 20, 1), tienen un valor absolutamente firme e indeleble.

[106] En esta ocasión estamos ante un milagro de naturaleza, por así decir, «espiritual», pues Benito, mediante el ofrecimiento de la «hostia eucarística», es capaz de conseguir el perdón de las almas que se encuentran ya en el «más allá».

[107] Como Dios le dio a Pedro la potestad de perdonar los pecados, también Benito, siguiendo su ejemplo, pudo perdonar el pecado de las dos religiosas después de muertas. Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos *vid.* libro I, nota 112.

[108] Castigo sobrenatural por el doble pecado del monje: haber abandonado el monasterio sin la bendición del abad y haberse marchado a casa de sus padres, cosas ambas prohibidas por la Regla benedictina (*Regula Benedicti*, 67, 7; 90, 65-66). Sobre el «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29.

[109] Nuevo milagro de naturaleza «espiritual», similar al anterior: mediante la «hostia eucarística» Benito consigue el perdón de los pecados del joven monje después de muerto. Gracias a ello su cuerpo —como el de las dos religiosas del capítulo 23— puede ya descansar en paz.

[110] En la literatura hagiográfica el «dragón», junto con la «serpiente», es el símbolo más recurrente del Demonio (*vid.* nota 24).

[111] La oración de Benito logra que el monje pecador vea al Demonio (en forma de dragón), para provocar el arrepentimiento y la corrección del visionario, y de ese modo salvar su alma.

[112] Este milagro, cuyo testigo es «Aptonio», junto con el siguiente, cuyo testigo es un tal «Peregrino», son los únicos casos del libro II que no tienen como fuente a los cuatro abades mencionados en II, *pról.* 2.

[113] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[114] La aparición milagrosa de dinero es un tópico hagiográfico muy común (cf. I, 9, 12).

[115] Cf. II, *pról.* 2. Gregorio vuelve a sus fuentes habituales para este libro II: los abades Constantino, Valentiniano, Simplicio y Honorato.

[116] El enfermo recobra la salud con el solo «contacto» de Benito sobre la zona en la que se localiza el mal, al estilo de muchas curaciones evangélicas de Jesucristo. Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[117] Cf. II, 21, 1 (nota 97).

[118] Sobre la atención debida a los pobres por parte de obispados y abadías *vid.* libro I, nota 109.

[119] En I, 7, 3 y II, 1, 2 asistíamos al arreglo milagroso de sendos objetos rotos. Aquí se produce el milagro inverso: la no rotura de un objeto de cristal lanzado contra las rocas.

[120] La desobediencia al abad del monasterio era una de las faltas más graves que podían cometer los monjes. Benito despacha el asunto con una simple reprensión pública.

[121] Sobre los milagros basados en la «multiplicación» *vid.* libro I, nota 101.

[122] Santuario de San Juan Bautista, cercano al monasterio de Montecassino, construido por Benito sobre el antiguo altar de Apolo (cf. II, 8, 11). En él sería enterrado el santo a su muerte (cf. II, 37, 4).

[123] Útiles propios de los veterinarios. Traducimos *cornu*, siguiendo a P. Antin y a M. Simonetti, como «embudo» (hecho de cuerno).

[124] Es un tópico de la literatura hagiográfica que el Demonio entre en el cuerpo de los poseídos a través de la boca, a menudo —como ocurre aquí— mientras se hallan bebiendo.

[125] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* libro I, nota 60.

[126] Benito expulsa al Demonio por la sola «fuerza de su voluntad», concretamente mediante un bofetón, sin mediar oración alguna. Eso es lo que explica la extrañeza y la pregunta del interlocutor Pedro.

[127] Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos *vid.* libro I, nota 112.

[128] Sobre el rey ostrogodo Totila *vid.* libro I, nota 24.

[129] Ejemplo de milagro obrado sin mediar oración, por la sola voluntad de Benito.

[130] La *benedictio*, según de Vogüé (*SCh* 260 p. 225), era un «alimento bendito». Pero también podía tratarse de un pequeño obsequio sagrado (en forma de llave o de cruz) que se colgaba al cuello a modo de amuleto protector.

[131] En esta ocasión el milagro no se produce ni tan siquiera por «contacto» (a diferencia de lo ocurrido en II, 30, 1: mediante un bofetón), sino que el prodigio se realiza por la sola mirada de Benito.

[132] Sobre el trabajo manual de los monjes *vid.* libro I, nota 42.

[133] Sobre la oposición inicial de los santos a la «resurrección de un muerto» *vid.* libro I, nota 33.

[134] Ejemplo de milagro obrado por medio de la oración. Sobre la necesidad de la «fe» del peticionario como requisito indispensable para la realización de los milagros *vid.* libro I, nota 35.

[135] Cuarto milagro de «resurrección de un muerto» (*vid.* libro I, notas 33 y 34).

[136] Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos *vid.* libro I, nota 112.

[137] La tradición hagiográfica presenta a Escolástica, sin base alguna, como hermana gemela de Benito. Parece que llegó a ser abadesa del monasterio de monjas benedictinas de Piumarola, situado muy cerca del de Montecassino. Sobre la consagración a la vida monástica ya desde la niñez *vid.* nota 38.

[138] La Regla monástica prohibía la entrada de mujeres, incluidas las familiares, a los monasterios de hombres, obviamente para evitar la tentación de la lujuria.

[139] Sobre la afición de los santos por la charla o coloquio espiritual *vid.* nota 21.

[140] La «producción de lluvia» es un milagro muy común en la literatura hagiográfica (cf. III, 15, 11; III, 15, 18). Sobre el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid.* libro I, nota 88.

[141] El autor se esfuerza en demostrar que el temporal no fue producto de la casualidad, sino que se debió a un auténtico milagro: subraya la inexistencia

de nubes en el cielo; señala que el aguacero estalló en el preciso instante en que Escolástica terminó su oración; relaciona, en fin, las «lágrimas» de Escolástica con la atracción de la «lluvia».

142 La «visión» de la ascensión al Cielo del alma de un difunto es muy común en hagiografía (sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48). Aquí el alma es simbolizada mediante una paloma (cf. IV, 11, 4); en II, 35, 3 el alma es transportada por los ángeles en un globo de fuego; en II, 37, 3 el alma asciende por un camino alfombrado y resplandeciente flanqueado de antorchas.

143 El autor vuelve de nuevo a los milagros «cognitivos» de Benito: «conocimiento de la muerte» de alguien gracias a una «visión o revelación divina».

144 El patricio Félix Liberio (citado por Procopio, Ennodio, Jordanes o Casiodoro) estuvo al servicio del rey Odoacro, de los reyes ostrogodos y, finalmente, del emperador Justiniano. Fue prefecto de Italia (493-509) y de la Galia (511-533). En 552 se encuentra en *Hispania* enviado por Justiniano para ayudar al rey visigodo Atanagildo en su guerra civil contra Agila.

145 Sobre la afición de los santos por la charla o coloquio espiritual *vid.* nota 21.

146 La «luz resplandeciente e intensísima» es uno de los símbolos más recurrentes (junto con el olor maravilloso y la música dulcísona) con el que los hagiógrafos caracterizan todo lo que está en contacto con Dios y el Reino celestial (cf. II, 37, 3; III, 29, 3; III, 30, 6; IV, 13, 3; IV, 16, 5; IV, 17, 1; IV, 37, 9).

147 La muerte de Germán, obispo de Capua, tuvo lugar en 540 o 541. El papa Hormisdas lo había enviado a Constantinopla en 519 como nuncio apostólico ante el emperador Justino I, con quien logró resolver el problema del cisma acaciano (484-519).

148 La «visión» de Benito se compone, como señala S. Pricoco, *Storie di santi e di diavoli*, vol. I, p. 367, de tres cuadros: luz de intensísimo resplandor, visión cósmica del mundo entero concentrado en un solo rayo de sol y ascensión al Cielo del alma de Germán. En lo relativo al último aspecto, estamos ante un milagro similar al del capítulo anterior: «conocimiento de la muerte» de alguien a partir de la «visión» de su alma ascendiendo hacia el Cielo. Sobre las diversas funciones de sueños y visiones *vid.* libro I, nota 48.

149 La función de Servando en el relato no es otra que la de servir de «testigo» del milagro, dado que el prodigio se produce en mitad de la noche y cuando todos duermen. Por lo demás, los distintos grados de santidad de los personajes explican su diferente capacidad para captar lo sobrenatural (cf. II, 4, 2 y II, 8, 12).

150 Cf. II, 17, 1, nota 87.

151 Cuando se trata de una visión «a distancia», el hagiógrafo acostumbra a subrayar la coincidencia temporal entre la visión milagrosa y la muerte del individuo en cuestión, intentando así demostrar que se trata de un auténtico prodigio, no de un hecho fortuito (cf. IV, 9, 2; IV, 10; IV, 31, 3-4).

152 Gregorio ha pasado a la historia eclesiástica con el título de «doctor de la contemplación». Su doctrina, muy resumida, sería la siguiente: por medio del acto de la contemplación interior, el alma, desprendida de todo lo material, se eleva por encima de sí misma hacia las alturas celestiales, llegando a ver a Dios y a participar de su luz divina. Por eso, para los ojos espirituales del alma

—imbuidos de la luz y la perspectiva divinas— el mundo terrenal es algo infinitamente pequeño e insignificante.

[153] La misma fórmula lingüística aparece en I, 3, 1 y III, 38, 5.

[154] San Benito escribió su *Regla* (compuesta por un prefacio y 73 capítulos) en torno al año 540. A partir de entonces la *Regula Benedicti* se convirtió en guía para muchos monasterios medievales, al menos hasta el siglo XII.

[155] Sexta «profecía» de Benito cumplida. Con frecuencia la profecía consiste en el anuncio del día de la propia muerte del santo o la de otras personas (*vid.* nota 79).

[156] Cf. II, 22, 2, donde un abad y su prior tienen un mismo «sueño» inspirado por Benito, mediante el que éste les explica cómo deben construir el nuevo monasterio.

[157] Sobre la «luz» como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y el Reino celestial *vid.* nota 146.

[158] Milagro similar a los de los capítulos 34 y 35: «conocimiento de la muerte» de alguien a partir de la «visión» de su alma ascendiendo hacia el cielo. Sobre las diversas funciones de sueños y visiones *vid.* libro I, nota 48.

[159] Cf. II, 8, 11 y II, 30, 1.

[160] Cf. II, 1, 3-4: la cueva de Subiaco. Sobre la necesidad de la «fe» del peticionario como requisito indispensable para la realización de los milagros *vid.* libro I, nota 35.

[161] Sobre los milagros *post mortem*, muchos de ellos consistentes en «curaciones», *vid.* libro I, notas 80 y 150.

[162] Fórmula de cierre del libro II similar a la del libro I. Allí Gregorio aludía a llegada de la noche que obligaba a interrumpir el relato; aquí habla de la necesidad de descansar un poco para recobrar las fuerzas.

LIBRO III

[Prólogo]

Al prestar atención a los padres más cercanos en el tiempo, había dejado yo de lado los hechos de los más antiguos, de modo que mi relato parecía echar en falta los milagros de Paulino, obispo de la ciudad de Nola, que precedió en el tiempo y aventajó en virtudes a muchos de los que he mencionado. Pero ahora volveré a los tiempos más antiguos, y los resumiré con la mayor brevedad que pueda[1]. Como las obras de los hombres buenos suelen darse a conocer muy pronto a sus semejantes, el nombre del venerable varón que he mencionado se hizo célebre para nuestros mayores —que caminaban siguiendo los ejemplos de los varones justos— y su obra admirable se les ofreció a ellos para edificación de sus anhelos. Así pues, no he podido por menos que otorgar a la longevidad de éstos tanto crédito como si yo mismo hubiera visto con mis propios ojos lo que ellos decían.

[1. Paulino, obispo de la ciudad de Nola][2]

1. En tiempos de los crueles vándalos, cuando Italia había sido asolada en la región de Campania y mucha gente había sido llevada prisionera desde esta tierra a la región de África[3], el hombre del Señor, Paulino, donó generosamente a los pobres y a los cautivos todo aquello con lo que él contaba para atender a las necesidades del obispado[4]. Y no quedándole ya nada en absoluto que pudiera darles a los que venían a pedirle, un día llegó hasta él una viuda, que le refirió que su hijo había sido hecho cautivo por el yerno del rey de los vándalos y le pidió al hombre de Dios dinero para su rescate, si es que, por ventura, su dueño tenía a bien aceptar tal cosa y permitir que aquél regresara a su tierra.

2. El hombre de Dios, buscando qué pudiera darle a aquella mujer que le pedía con tanta insistencia, halló que no tenía en su casa otra cosa más que su propia persona, y respondió de este modo a su petición: «Mujer, no tengo nada que pueda darte, pero tómame a mí mismo, declara que soy un siervo de tu propiedad y entrégame como esclavo en su lugar, para que puedas recobrar a tu hijo». Ella, al oír esto de boca de un hombre de tan alto rango, creyó que aquello era burla más que compasión. Pero, como era un varón sumamente elocuente y muy instruido también en los estudios profanos[5], disipó muy pronto las dudas de la mujer y la convenció de que debía creer lo que había oído y de que no dudara en entregarle al obispo como esclavo a cambio de la recuperación de su hijo.

3. Así pues, ambos se dirigieron a África. La viuda, al pasar delante de ella el yerno del rey que tenía a su hijo, se presentó a suplicarle y le rogó primero que debía entregárselo, sin más. Mas, como aquel hombre bárbaro, envanecido por la arrogancia de su soberbia y ensoberbecido por la dicha de su prosperidad transitoria, no sólo desdeñara hacerlo, sino que ni tan siquiera se dignara escucharla, la viuda añadió lo siguiente: «Te ofrezco a este hombre en sustitución de él; ten piedad conmigo, tan sólo eso, y devuélveme a mi único hijo». Él, al ver a aquel hombre de hermoso semblante, le preguntó qué oficio sabía. El hombre del Señor, Paulino, le respondió lo siguiente: «La verdad es que no sé ningún oficio, pero sé trabajar muy bien el huerto». El bárbaro, al oír que él era experto en cuidar hortalizas, se lo tomó de muy buen grado. Así pues, lo acogió como siervo y le devolvió el hijo a la mujer suplicante. Y la viuda, tomándolo consigo, se marchó de la región africana.

4. Paulino tomó a su cargo el cuidado del huerto. Y como el yerno del rey, entrando a menudo en el huerto y haciéndole algunas preguntas a su hortelano, viera que aquel hombre era muy sabio, empezó a dejar de lado a sus amigos íntimos, a conversar muy a menudo con su hortelano y a deleitarse con su conversación. Paulino todos los días solía llevarle a la mesa frescas y olorosas hortalizas, y, tras recibir su pan, regresaba al cuidado del huerto.

5. Y después de estar haciendo esto durante mucho tiempo, un día, mientras hablaba muy en confidencia con su amo, le dijo lo siguiente: «Mira a ver lo que haces, y ten previsto de qué modo debe organizarse el reino de los vándalos, porque el rey va a morir muy pronto y con toda presteza»[6]. Al oír esto, puesto que el rey lo apreciaba a él más que a todos los demás, no se lo calló al soberano, sino que le manifestó lo que había sabido por boca de su hortelano, un hombre verdaderamente sabio. Y cuando el rey oyó esto, inmediatamente le respondió: «Me gustaría ver a ese hombre del que me hablas». Su yerno, amo temporal del venerable Paulino, le respondió lo siguiente: «Él suele traerme hortali-

zas frescas para la comida. Voy a hacer, pues, que me las traiga aquí a la mesa, para que conozcas quién es el que me ha dicho eso».

6. Así se hizo. Y cuando el rey se reclinó para comer, Paulino le trajo algunas hortalizas frescas y olorosas de su trabajo en el huerto. Y al verlo de improviso el rey, se estremeció grandemente, y mandando venir a su amo —pariente suyo por el casamiento con su hija— le reveló un secreto que antes le había ocultado, diciéndole: «Es cierto lo que oíste. Pues esta noche, en sueños, he visto unos jueces sentados en un tribunal frente a mí, entre los cuales estaba sentado con ellos también éste, y por sentencia de dichos jueces se me quitaba el látigo que yo recibí en su día[7]. Pero averigua quién es él. Pues yo no creo que un hombre de tanto mérito sea del pueblo, como aparenta».

7. Entonces el yerno del rey se llevó a un aparte a Paulino y le preguntó qué es lo que él era. Y el hombre del Señor le respondió: «Soy tu siervo, al que tú tomaste en sustitución del hijo de la viuda». Mas, como él le requiriera vivamente que le revelara no lo que era, sino lo que había sido en su tierra, y como le instara a que le respondiera, repitiéndole una y otra vez la pregunta, el hombre del Señor, atado por los graves juramentos que tenía contraídos con él, no pudiendo negar ya lo que era, le declaró que él había sido obispo. Al oír su dueño esta respuesta, le entró muchísimo miedo y humildemente le ofreció lo siguiente: «Pídeme lo que quieras, de modo que puedas regresar a tu tierra con un gran presente mío». El hombre del Señor, Paulino, le dijo: «Sólo hay un favor que puedes concederme: soltar a todos los cautivos de mi ciudad».

8. Y, tras la búsqueda inmediata de todos ellos en la región africana, se les soltó, en compañía de Paulino, con naves rebosantes de trigo como satisfacción a aquel venerable varón. No muchos días después murió el rey de los vándalos[8] y perdió el látigo que, para su desgracia —por disposición de Dios como disciplina de los fieles— había tenido[9]. Y de ese modo sucedió que el siervo de Dios todopoderoso, Paulino, predijo la verdad, y que quien se había entregado a sí mismo —a él sólo— como esclavo, volvió luego de la esclavitud a la libertad en compañía de muchos, imitando sin duda a Aquel que adoptó la figura de esclavo[a] para que nosotros no fuéramos esclavos del pecado[b]. En efecto, siguiendo sus huellas, Paulino se hizo momentánea y voluntariamente esclavo —él sólo—, para poder ser libre más tarde en compañía de muchos[10].

9. PEDRO. Cuando tengo que oír lo que no puedo imitar, me entran ganas de llorar más que de decir nada.

GREGORIO. Acerca de su muerte en su iglesia se ha escrito también que, habiendo él enfermado de pleuresía, llegó a sus últimos momen-

a. Cf. Flp 2, 7.
b. Cf. Rm 6, 17.

tos[11]; y mientras todo el resto de su casa se mantenía en completa estabilidad, la estancia en la que yacía enfermo empezó a temblar tras producirse un terremoto, lo cual llenó de enorme terror a todos lo que estaban allí presentes, y de ese modo aquella alma santa fue liberada del cuerpo, sucediendo las cosas de tal manera que un gran pavor se apoderó de todos los que pudieron ver la muerte de Paulino[12].

10. Pero, dado que la virtud de Paulino de la que yo he hablado más arriba es de naturaleza interior, vayamos ahora, si te parece bien, a milagros exteriores, que fueron ya conocidos por muchos, y de los que yo he tenido noticia a partir del relato de varones tan piadosos que no puedo en modo alguno dudar de ellos.

[2. El papa Juan]

1. En tiempos de los godos, cuando el santísimo varón Juan, pontífice de esta iglesia de Roma, se dirigía a ver al emperador Justino el Viejo, arribó a la región de Corinto[13]. Y tuvo necesidad de pedir un caballo para hacer el viaje montado en él. Al oírlo un varón noble de allí, le ofreció un caballo que por su mucha mansedumbre solía montar su esposa, acordando que, cuando al llegar a otro sitio pudiera encontrar un caballo apropiado, debería devolverle, por ser de su esposa, el caballo que le había dado. Así se hizo. El mencionado varón llegó a cierto lugar montado en el caballo. Y tan pronto como encontró otro, devolvió el que había recibido.

2. Pero al pretender montarlo de nuevo, según su costumbre, la esposa del mencionado noble varón, ya no pudo hacerlo nunca más, pues el caballo, después de haber sido montado por un Pontífice tan grande, se negó a llevar a la mujer. Y así, con enormes resuellos y relinchos y con incesantes sacudidas de todo su cuerpo, como despreciándola, empezó a poner de manifiesto que después de haber llevado a la persona del Pontífice no podía llevar a la mujer. Al ver esto su marido, sabiamente, le devolvió de inmediato el caballo al venerable varón, rogándole muy encarecidamente que se quedara con aquel caballo, al que, con su monta, había declarado de su propiedad[14].

3. De este mismo Juan suelen contar también nuestros ancianos un hecho extraordinario, a saber, que, en la ciudad de Constantinopla, al llegar a la puerta llamada «Puerta de Oro», habiendo salido a su encuentro la muchedumbre del pueblo, a los ojos de todo el mundo le devolvió la vista a un ciego suplicante y, poniendo la mano sobre él, ahuyentó las tinieblas de sus ojos[15].

[3. El papa Agapito]

1. No mucho tiempo después, por exigencias de la defensa de los intereses de los godos, también el santísimo varón Agapito, Pontífice de esta santa iglesia de Roma, a la que por disposición de Dios yo sirvo ahora, se dirigió al emperador Justiniano[16]. Y un día, mientras iba todavía de camino, ya en la región de Grecia, le presentaron para que lo sanara a un individuo mudo y cojo, el cual ni podía pronunciar palabra alguna ni alzarse jamás del suelo. Y tras llevarlo ante él sus parientes, llorando, el hombre del Señor les preguntó, con cautela, si tenían fe en su curación[17].

2. Y al responderle que ellos tenían puesta firmemente la esperanza de su salvación en el poder milagroso de Dios a partir de la autoridad de Pedro, inmediatamente el venerable varón se aplicó a la oración, y, dando comienzo a la ceremonia de la misa, celebró el sacrificio en presencia de Dios todopoderoso. Acabado lo cual, saliendo del altar, cogió la mano del cojo y, en presencia y a la vista de todo el pueblo, inmediatamente lo alzó del suelo sobre sus propios pies. Y poniéndole el cuerpo de Cristo en la boca, aquella lengua, que había permanecido muda durante mucho tiempo, se desató a hablar. Y todos, maravillados, empezaron a llorar de alegría, y el temor y la reverencia se apoderaron al punto de sus almas, al ver lo que Agapito había podido hacer por el poder milagroso del Señor gracias a la ayuda de Pedro[18].

[4. Dacio, obispo de la ciudad de Milán]

1. En tiempos también de ese mismo emperador, cuando Dacio, obispo de la ciudad de Milán, por exigencias de la defensa de la fe se dirigía a la ciudad de Constantinopla, arribó a Corinto[19]. Y estando buscando para hospedarse una casa espaciosa que pudiera acoger a toda su comitiva, y teniendo dificultades para encontrarla, divisó desde lejos una casa de amplitud apropiada y mandó que se la prepararan para hospedarse. Y, al decirle los moradores de aquel lugar que no podía quedarse en ella porque desde hacía ya muchos años la habitaba el Diablo —y por eso mismo había permanecido vacía—, el venerable varón Dacio les respondió lo siguiente: «Si el Espíritu maligno se ha apoderado de la casa y ha impedido que la habiten los hombres, precisamente por ello debemos hospedarnos en ella». Así pues, ordenó que se le preparara el lecho en ella y entró en la casa sin temor alguno, dispuesto a hacer frente a los combates del viejo Enemigo.

2. Y así, en el silencio de las altas horas de la noche, mientras el hombre de Dios descansaba, el viejo Enemigo se puso a imitar, dando enormes voces y grandes alaridos, los rugidos de los leones, los balidos

de las ovejas, los rebuznos de los asnos, los silbidos de las serpientes, los gruñidos de los cerdos y los ratones; cuando Dacio, despertado súbitamente por las voces de tantos animales, se levantó de la cama muy encolerizado y empezó a gritar a grandes voces contra el viejo Enemigo, diciendo: «Ya te ha valido, desgraciado. Tú, aquel que dijiste: *Pondré mi morada orientada al norte y seré semejante al Altísimo*[a], he aquí que por tu soberbia has llegado a ser semejante a los cerdos y a los ratones, y tú, que quisiste indignamente imitar a Dios, he aquí que ahora imitas, como mereces, a los animales»[20].

3. Ante las palabras de Dacio el Espíritu maligno se avergonzó, por así decir, de su propia abyección. En efecto, ¿acaso no se hubo de avergonzar el que en adelante no entró ya más en aquella casa para hacer exhibición de los monstruos que solía? Y de este modo la casa se convirtió después en residencia de los fieles, porque, tan pronto como entró en ella un solo fiel de verdad, al punto se alejó de ella el espíritu mentiroso e infiel[21].

4. Pero debemos dejar de hablar ya de los hechos del pasado. Hay que volver a los hechos que han tenido lugar en nuestros días[22].

[5. Sabino, obispo de la ciudad de Canosa][23]

1. Unos piadosos varones, muy conocidos en la zona de la provincia de Apulia, suelen declarar acerca de Sabino, obispo de la ciudad de Canosa, algo que, tras haberse divulgado a lo largo y a lo ancho, ha llegado a conocimiento de mucha gente, a saber, que este varón, siendo ya de muy dilatada ancianidad, había perdido la vista, de modo que no veía nada en absoluto. Al oír el rey de los godos, Totila, que dicho varón poseía el espíritu de la profecía, no le dio crédito alguno, pero se propuso poner a prueba lo que había oído[24].

2. Habiendo arribado Totila a estas tierras, el hombre del Señor le invitó a comer. Al venir a la mesa, el rey no quiso reclinarse, sino que se sentó a la derecha del venerable varón Sabino. Y al ofrecerle un criado al abad —según la costumbre— un vaso de vino, el rey alargó calladamente la mano, le quitó la copa y se la ofreció él mismo al obispo en lugar del criado, para ver si era capaz de averiguar, con espíritu profético, quién le ofrecía el vaso. Entonces el hombre de Dios, cogiendo la copa, pero sin ver a su sirviente, le dijo: «Viva esa mano»[25]. Ante estas palabras el rey se avergonzó, lleno de contento al mismo tiempo, pues, aunque él mismo había sido descubierto, sin embargo, halló en el hombre de Dios lo que estaba buscando.

a. Is 14, 13-14.

3. Por lo demás, como la vida de este venerable varón se alargara hasta alcanzar una prolongada vejez para servir de ejemplo de vida a sus seguidores, su arcediano[26], abrasado por la ambición de conseguir el obispado, tramó poner fin a su vida con veneno[27]. Y tras sobornar al encargado de servirle el vino para que le diera un brebaje venenoso mezclado con el vino, al llegar la hora de la comida, habiéndose reclinado ya el hombre de Dios para comer, el criado sobornado le presentó el vaso de veneno que había recibido de su arcediano. Y al punto el venerable obispo le dijo: «Bebe tú lo que me ofreces a beber a mí»[28]. El criado, temblando de miedo al darse cuenta de que había sido descubierto, prefirió beber, dispuesto a morir, antes que sufrir el castigo por el delito de un homicidio tan grave. Y cuando ya se llevaba la copa a la boca, el hombre del Señor le detuvo diciendo: «No bebas. Dámelo a mí, ya bebo yo. Pero ve y dile a quien te lo dio: Yo beberé el veneno, sí, pero tú no serás obispo»[29].

4. Así pues, tras hacer la señal de la cruz, el obispo bebió tranquilamente el veneno; y a esa misma hora, en un sitio distinto al lugar en el que él se encontraba, murió su arcediano, como si el veneno hubiera pasado a través de la boca del obispo a las vísceras del arcediano[30]. Y es que él, ciertamente, carecía de un veneno real que le infiriera la muerte, pero, a los ojos del Juez eterno, lo mató el veneno de su propia maldad.

5. PEDRO. Todo esto resulta sumamente extraordinario y asombroso en nuestros días. Pero la vida de ese varón es tal —según cuentan— que quien conozca sus santas costumbres no debe asombrarse de sus milagros.

[6. Casio, obispo de la ciudad de Narnia][31]

1. GREGORIO. Tampoco puedo pasar en silencio, Pedro, algo que muchos que se hallan actualmente aquí procedentes de la ciudad de Narnia me atestiguan con total garantía. Así, en esa misma época de los godos, habiendo venido a Narnia el mencionado rey Totila[32], salió a su encuentro el varón de vida venerable Casio, obispo de dicha ciudad. Dado que éste, por su temperamento corporal, siempre solía tener el rostro rojo, el rey Totila no creyó que esto fuera producto de su temperamento, sino de una continua embriaguez, y manifestó hacia él el más absoluto desprecio.

2. Pero Dios todopoderoso, para mostrar qué gran hombre era aquel al que Totila despreciaba, en los campos de Narnia a los que el rey había llegado hizo que el Espíritu maligno se apoderara de su escudero, a la vista de todo el ejército, y empezara a atormentarlo cruelmente. Y tras ser conducido el escudero —ante la mirada del rey— hasta el venerable varón Casio, el hombre del Señor, después de hacer oración, expulsó al

Espíritu fuera de él con la señal de la cruz, y en adelante el Espíritu ya no se atrevió a entrar en él[33]. Y de este modo sucedió que el rey bárbaro, a partir de aquel día, respetó ya por su corazón al siervo de Dios al que antes había considerado totalmente despreciable por su rostro. Y es que, al ver a un hombre de un poder tan grande, el alma feroz de Totila depuso para con él el desprecio de su arrogancia.

[7. Andrés, obispo de la ciudad de Fondi][34]

1. Pero mientras narro los hechos de estos varones fuertes de espíritu me viene de repente a la memoria lo que hizo la divina misericordia en relación con Andrés, obispo de la ciudad de Fondi. En todo caso, deseo fervientemente que lo que ahora voy a contar resulte de utilidad a los lectores, en el sentido de que quienes consagran su cuerpo a la castidad se abstengan de la osadía de vivir en compañía de mujeres, no sea que una repentina caída prive a sus almas de dicha castidad, por cuanto que la sola presencia de la belleza deseada está al servicio de la lujuria que pecaminosamente se desea. Por lo demás, el suceso que voy a contar no ofrece ninguna duda, pues son testigos de él en esta ciudad casi tantas personas como habitantes hay en ella[35].

2. Este venerable varón, puesto que vivía una vida rebosante de virtudes y se mantenía a sí mismo dentro de la ciudadela de la castidad protegido por su condición sacerdotal, no quiso apartar del trabajo y del cuidado de su obispado a una religiosa que había tenido consigo anteriormente, sino que, seguro de su castidad y de la de ella, permitió que viviera con él. Y ello provocó que el viejo Enemigo se pusiera a buscar en su alma una puerta de entrada a la tentación. Y así, empezó a dejar impresa en los ojos de su alma la belleza de aquella mujer, para que, seducido por ella, tuviera pecaminosos pensamientos[36].

3. Un día, un judío que venía a Roma procedente de la región de Campania cogió la vía Apia. Y al llegar a la pendiente de Fondi, viendo que ya declinaba el día y que no había encontrado ningún sitio donde poder apartarse del camino para descansar, hallándose al lado de un templo de Apolo se refugió allí para pasar la noche. Y, temeroso de la impiedad de aquel lugar, aunque no tenía fe alguna en la cruz, tuvo el cuidado, no obstante, de protegerse con la señal de la cruz[37].

4. A media noche, turbado por el miedo de la soledad, el judío yacía en vela, y, de repente, volviéndose a mirar, vio cómo un tropel de espíritus malignos marchaba delante de su jefe en actitud como de sometimiento a él, y cómo el que gobernaba a los demás se sentaba en el centro de aquel lugar[38]. Y empezó éste a examinar las causas y las acciones de cada uno de los espíritus sometidos a él, a fin de descubrir cuántas maldades habían llevado a cabo cada uno de ellos.

5. Y cuando los espíritus estaban exponiendo —ante la investigación de su jefe— lo que cada uno de ellos había realizado contra los buenos, saltó al medio uno que contó la tentación carnal tan grande que había suscitado en el alma del obispo Andrés gracias a la belleza de una religiosa que vivía en su obispado. Y mientras el Espíritu maligno que los presidía escuchaba ansiosamente su relato y creía haber logrado una ganancia tanto más grande cuanto que había conseguido inclinar y hacer caer el alma de un varón tan santo como aquél llevándola a la perdición, el Espíritu que estaba relatando todo aquello añadió que el día anterior por la tarde había arrastrado el alma de Andrés hasta el punto incluso de haber propinado él un cachete, a modo de caricia, en la grupa de la religiosa. Entonces el Espíritu maligno, viejo enemigo del género humano, lo animó lisonjeramente a que terminara lo que había empezado, para que, sobresaliendo él entre los demás, pudiera alcanzar la palma extraordinaria de la perdición de aquél.

6. Y estando viendo esta escena —por hallarse despierto— el judío que había llegado hasta allí, y cuando temblaba todo él debido a la angustia de tanto miedo como estaba pasando, el Espíritu que presidía a todos los que estaban a sus órdenes allí mandó que indagaran quién era aquel que había osado yacer en el templo. Los espíritus malignos, marchando hacia él y observándolo con toda atención, vieron que estaba marcado con el símbolo de la cruz y, sorprendidos, dijeron: «Ay, ay, un vaso vacío y marcado con la señal de la cruz». Y tras dar cuenta de lo que habían visto, todo aquel tropel de espíritus malignos desapareció.

7. El judío que había visto aquello se levantó al punto y se llegó a toda prisa hasta el obispo[39]. Y encontrándolo en su iglesia, lo llevó aparte y le preguntó cuál era la tentación que le atormentaba. El obispo, avergonzado de su tentación, no quiso confesársela. Y como el judío le dijera que él había puesto los ojos de un amor deshonesto en tal sierva de Dios, y el obispo aún lo negara, añadió lo siguiente: «¿Por qué niegas lo que se te pregunta, tú, que ayer por la tarde llegaste incluso al punto de darle un cachete en el trasero?». Y, ciertamente, ante estas palabras, viendo el obispo que había sido descubierto, confesó con toda humildad lo que antes había estado negando porfiadamente.

8. El judío, en consideración al descalabro y la vergüenza del obispo, le contó cómo había sabido todo aquello y lo que había oído acerca de él en la reunión de los espíritus malignos. Al tener conocimiento de ello, el obispo se echó enseguida al suelo en oración, y arrojó inmediatamente de su morada no sólo a la sierva de Dios en cuestión, sino a todas las mujeres que vivían allí bajo su obediencia, y en el templo mismo de Apolo construyó inmediatamente un santuario a san Andrés Apóstol[40], y de ese modo se vio ya enteramente libre de toda aquella tentación de la carne.

9. Y al judío por cuya visión y reprensión se había salvado lo llevó a la salvación eterna. En efecto, imbuido de los sacramentos de la fe y purificado con el agua del bautismo, lo condujo al seno de la santa Iglesia. Y de este modo sucedió que el hebreo, por interesarse por la salvación ajena, alcanzó la suya; y Dios todopoderoso condujo al uno a la vida buena como premio por haber mantenido al otro en la vida buena.

10. PEDRO. El milagro que acabo de oír me suscita miedo y esperanza al mismo tiempo.

GREGORIO. Conviene que nosotros tengamos esperanza, siempre y en todo momento, en la conmiseración de Dios, y que tengamos miedo, al mismo tiempo, de nuestras flaquezas. Pues he aquí que hemos oído decir que el cedro del paraíso fue zarandeado, pero no arrancado, para que, por un lado, surja en nosotros —hombres débiles— el miedo a sus sacudidas, y, por otro, la confianza en su estabilidad.

[8. Constancio, obispo de la ciudad de Aquino]

1. Constancio, obispo de Aquino, fue también un varón de vida venerable. No hace mucho que murió: en tiempos de mi predecesor el papa Juan, de santa memoria[41]. Muchos que pudieron conocerlo íntimamente afirman que poseía el espíritu de la profecía. Entre muchas otras cosas suyas, algunos varones piadosos y dignos de todo crédito que estuvieron presentes el día de su muerte cuentan que ese día, cuando los ciudadanos que lo rodeaban lloraban muy amargamente a aquel padre tan querido —visto que iba a marcharse—, le preguntaron llorando lo siguiente: «Padre, ¿a quién tendremos después de ti?». Y el abad, echando mano de su espíritu profético, les respondió: «Después de Constancio tendréis a un mulatero, y después del mulatero a un batanero. Y gracias, Aquino, que aún tienes esto».

2. Y, tras pronunciar estas palabras proféticas, exhaló su espíritu. Muerto él, se hizo cargo del gobierno pastoral de esta iglesia su diácono Andrés, el cual en otro tiempo había cuidado de la posta de caballos en las posadas de los caminos; y, a la muerte de éste, alcanzó la dignidad del episcopado Jovino, que había sido batanero en aquella misma ciudad. Y estando aún vivo este último, todos los habitantes de la ciudad se vieron de tal manera esquilmados por las espadas de los bárbaros[42] y por el azote de la peste, que tras la muerte de aquél no pudo encontrarse nadie a quien nombrar obispo ni nadie para quienes poder nombrar un obispo. Y de este modo se cumplió la predicción del hombre de Dios, a saber, que tras la muerte de sus dos sucesores su iglesia no tendría ningún pastor[43].

[9. Frigdiano, obispo de la ciudad de Luca]

1. No puedo pasar en silencio tampoco lo que he llegado a saber hace dos días por el relato del venerable varón Venancio, obispo de Luna[44]. Él me ha contado, en efecto, que hubo un varón de admirable poder taumatúrgico, llamado Frigdiano, obispo de la iglesia de Luca, muy cercana a él[45].

2. Asegura Venancio que todos los habitantes recuerdan allí este celebérrimo milagro de Frigdiano: muy a menudo el río Serchio[46], que fluía junto a las murallas de aquella ciudad, al desbordarse del cauce de su corriente como consecuencia de las inundaciones, solía anegar los campos y arrasar todos los sembrados y cosechas que encontraba a su paso. Y como esto ocurriera con mucha frecuencia y sobre los habitantes de aquel lugar se hubiese abatido una gran indigencia, poniendo manos a la obra, intentaron desviar su curso por otros lugares. Pero, a pesar de haber trabajado en ello durante mucho tiempo, no pudieron desviar el río de su cauce originario.

3. Entonces el hombre del Señor, Frigdiano, se fabricó un pequeño rastrillo, se acercó al cauce del río y se entregó, él solo, a la oración; y, luego, ordenando al río que le siguiera, arrastró por el suelo el rastrillo por donde le pareció conveniente. Y todo el agua del río, dejando su cauce originario, le siguió, abandonando completamente los lugares de su curso habitual y reclamando su nuevo cauce allí donde el hombre del Señor había hecho una señal al arrastrar el rastrillo por el suelo, y no dañando ya en adelante los sembrados y las cosechas que habrían de servir de alimento a los hombres[47].

[10. Sabino, obispo de la ciudad de Plasencia][48]

1. Por el relato también de ese venerable varón, el obispo Venancio[49], he sabido de otro milagro que tuvo lugar —según dice él— en la ciudad de Plasencia. Y también un varón de muchísimo crédito, Juan, que actualmente ocupa el cargo de viceprefecto en esta ciudad de Roma[50], pero que nació y se crió en esa ciudad de Plasencia, confirma que el milagro se produjo tal como el obispo refiere.

2. Así, ambos sostienen que en esa ciudad había un obispo de admirable poder taumatúrgico, llamado Sabino. Al comunicarle un día su diácono que el Po, traspasando el cauce de su corriente había anegado los campos de la iglesia, y que las aguas del río ocupaban allí la totalidad de las tierras que debían servir de alimento a los hombres, el obispo Sabino, de vida venerable, le respondió lo siguiente: «Ve y dile al río: El obispo te ha ordenado que te refrenes y regreses a tu propio cauce». Al oír lo cual el diácono se rió de él y no le hizo el menor caso.

3. Entonces el hombre del Señor, haciendo venir a su secretario, le dictó lo siguiente: «Sabino, siervo del Señor Jesucristo, aviso y advertencia al Po: Te ordeno en nombre del Señor Jesucristo que no vuelvas a salir más de tu cauce en estos lugares y que no te atrevas a dañar las tierras de la iglesia». Y a continuación añadió al secretario: «Ve, escríbelo y arrójalo a las aguas del río». Y tras hacer esto, las aguas del río, sometiéndose al mandato del santo varón, inmediatamente dejaron de ocupar las tierras de la iglesia y, volviendo a su cauce originario, en adelante no se atrevieron ya a anegar aquellos lugares[51].

4. Y en este hecho, Pedro, ¿qué otra cosa queda en evidencia sino la dureza de los hombres desobedientes, cuando gracias al poder de Jesús incluso un elemento irracional obedeció las órdenes del santo varón?

[11. Cerbonio, obispo de la ciudad de Populonia][52]

1. Otro varón de vida venerable, Cerbonio, obispo de Populonia, ha dado también grandes pruebas de su santidad en nuestros días. Así, muy dispuesto siempre a prestar generosa hospitalidad, acogió un día como huéspedes a unos soldados que iban de paso[53]. Al llegar de improviso unos godos, escondió a dichos soldados, y, escondiéndolos, logró salvar sus vidas de la maldad de aquéllos. Al comunicársele su acción al pérfido rey de los godos, Totila, éste, inflamado por la locura de su ferocísima crueldad, ordenó que el obispo fuera conducido hasta el lugar llamado Merolis, a ocho millas de la ciudad de Roma, en donde entonces acampaba con su ejército, y que fuera arrojado a los osos para que lo devoraran en el espectáculo del pueblo[54].

2. Y habiendo asistido el pérfido rey en persona a aquel espectáculo, concurrió una gran muchedumbre de gente para ver la muerte del obispo. Entonces condujeron al obispo al medio y buscaron para su muerte un ferocísimo oso, que, desgarrando cruelmente sus miembros, saciara el ánimo de aquel rey despiadado. Soltaron, pues, al oso de la jaula. Y éste, enfurecido y rabioso, atacó al obispo, pero, de repente, olvidándose de su fiereza, bajando la cerviz y agachando humildemente la cabeza, se puso a lamer los pies del obispo, para que todo el mundo pudiera ver claramente que, para con aquel hombre de Dios, los corazones de los hombres eran salvajes, y casi humanos los corazones de las fieras[55].

3. Entonces el pueblo, que había venido a presenciar el espectáculo de su muerte, en medio de un gran griterío pasó a tener hacia él sentimientos de admiración y veneración. Y entonces también el propio rey se vio impulsado a testimoniarle su más profundo respeto y consideración, viendo que lo que le había sucedido era fruto de la decisión del de arriba; y de este modo, el rey, que antes no había querido seguir a Dios en la conservación de la vida del obispo, al menos siguió luego a la

fiera en su mansedumbre. Y todavía viven algunos de los que entonces asistieron a aquel milagro, y aseguran que ellos lo vieron junto con todo el pueblo allí presente.

4. Y he sabido también otro milagro de este varón por el relato de Venancio, obispo de Luna[56]: había preparado Cerbonio su sepultura en la iglesia de Populonia, de la que era obispo. Pero, como el pueblo de los lombardos, al llegar a Italia, lo hubiera asolado todo[57], se retiró a la isla de Elba[58]. Y llegando ya a las puertas de la muerte tras haber caído sobre él una enfermedad, les ordenó a sus clérigos y a los que estaban bajo él lo siguiente: «Enterradme en mi sepultura, la que he preparado para mí en Populonia». Y al decirle ellos: «¿Cómo podemos volver a llevar tu cuerpo hasta allí, sabiendo como sabemos que aquellos lugares están en manos de los lombardos y que ellos hacen allí correrías por todas partes?», él les respondió: «Llevadme allí con toda tranquilidad. No tengáis miedo, únicamente tened cuidado de enterrarme rápidamente. Tan pronto como hayáis enterrado mi cuerpo, marchaos de aquel lugar a toda prisa».

5. Embarcaron, pues, el cuerpo del difunto en una nave. Y cuando se dirigían a Populonia, habiéndose condensado el aire en las nubes, estalló un enorme e inmenso temporal. Pero, para que a todo el mundo le quedara muy claro de qué varón tan excelso era el cuerpo que aquella nave transportaba, a lo largo de la porción de mar que dista doce millas desde la isla de Elba hasta Populonia se precipitó una lluvia torrencial a ambos lados de la nave, pero en la nave misma no cayó ni una sola gota de lluvia[59].

6. Llegaron, pues, los clérigos al lugar y dieron sepultura al cuerpo de su ministro. Y luego, siguiendo sus órdenes, regresaron a la nave a toda prisa. Tan pronto como embarcaron en ella, en el lugar mismo en el que habían enterrado al hombre del Señor se presentó el ferocísimo Gumaris, jefe de los lombardos. Y con su llegada se puso claramente de manifiesto que el hombre de Dios había tenido espíritu profético, por haber ordenado a sus sacerdotes alejarse a toda prisa del lugar de su sepultura[60].

[12. Fulgencio, obispo de la ciudad de Otricoli][61]

1. El milagro que acabo de contar, por el que se produjo la división de la lluvia, se produjo también en homenaje de otro obispo.

2. Así, un clérigo anciano, que todavía vive, asegura que él presenció ese mismo suceso, y cuenta lo siguiente[62]: «El obispo Fulgencio, que estaba al frente de la iglesia de Otricoli, sufría la más completa hostilidad de parte del crudelísimo rey Totila[63]. Y al acercarse él a aquellas regiones con su ejército, el obispo tuvo cuidado de hacerle llegar unos

presentes a través de sus clérigos, a fin de mitigar con tales regalos —si podía— la demencia de su furia. Cuando aquél los vio, los rechazó de inmediato, y, lleno de ira, ordenó a sus hombres que amarraran al obispo con toda rudeza y lo retuvieran para examinarlo. Y cuando aquellos fieros godos —instrumentos de la crueldad de aquél— lo apresaron, tras rodearlo le ordenaron mantenerse inmóvil en un lugar, y le trazaron un círculo en el suelo, conminándole a que no osara bajo ningún concepto poner el pie fuera de él.

3. »Y mientras el hombre de Dios permanecía allí bajo un sol sofocante, rodeado por los godos y encerrado dentro de la marca del círculo, de repente estalló un trueno y un relámpago y se produjo una descarga tan grande de lluvia que los que estaban a cargo de su custodia no podían soportar la enormidad de la lluvia. Y mientras fuera se producía un enorme diluvio, dentro de la marca del círculo en la que permanecía inmóvil el hombre de Dios Fulgencio no cayó ni siquiera una sola gota de agua[64]. Al informársele de esto al crudelísimo rey, aquel espíritu rabioso tornó su ira en un gran respeto y consideración hacia el hombre a quien antes ardía en deseos de castigar con insaciable furor».

4. De este modo, por medio de los despreciados, Dios todopoderoso lleva a cabo los milagros de su poder contra los espíritus altivos de los hombres, para que la cerviz de los que se levantan soberbiamente contra los preceptos de la Verdad sea aplastada por la Verdad misma por medio de los humildes.

[13. Herculano, obispo de la ciudad de Perusa][65]

1. Hace poco también, el obispo Florido[66], de vida venerable, me contó un milagro verdaderamente digno de recuerdo. Éste es su relato[67]: «Mi maestro, el santísimo varón Herculano, tras ser conducido desde la vida de piedad del monasterio a la gracia del orden sacerdotal, fue obispo de la ciudad de Perusa[68]. En tiempos del pérfido rey Totila, el ejército de los godos asedió esa ciudad durante siete años seguidos, razón por la cual huyeron muchos ciudadanos que no podían soportar la amenaza del hambre. Cuando aún no había concluido el séptimo año, el ejército de los godos entró en la ciudad asediada[69].

2. »Entonces el conde que estaba al frente de aquel ejército envió emisarios al rey Totila, preguntando qué mandaba que se hiciera con el obispo y con el pueblo. Él le ordenó lo siguiente: 'Al obispo arráncale primero una tira de piel desde la coronilla hasta el talón, y luego córtale la cabeza. En cuanto al pueblo que has encontrado allí, haz que perezca todo él bajo la espada'. Entonces el conde, llevando a aquel venerable varón, el obispo Herculano, a lo alto de la muralla de la ciudad, lo decapitó, y, ya muerto, le cortó la piel desde la coronilla hasta

el talón, de modo que se veía la tira de piel arrancada de su cuerpo, y luego arrojó su cadáver fuera de las murallas. Entonces algunos, llevados por un sentimiento de piedad, colocando la cabeza mutilada junto a su cuello, sepultaron el cuerpo del obispo al lado de la muralla, junto con un niño pequeñito que encontraron allí muerto.

3. »Y como el rey Totila hubiera ordenado, cuarenta días después de esta matanza, que los habitantes de aquella ciudad que se habían dispersado por todas partes regresaran a ella sin temor alguno, los que al principio habían huido del hambre retornaron, aceptando la licencia de vivir que se les daba. Pero al recordar cuál había sido el género de vida de su obispo, indagaron dónde había sido enterrado su cuerpo, a fin de sepultarlo con las honras debidas en la iglesia de San Pedro Apóstol. Y habiendo ido ellos hasta la tumba, tras cavar la tierra, encontraron, descompuesto por la putrefacción y lleno de gusanos (cosa natural después ya de cuarenta días), el cuerpo del niño que había sido enterrado al mismo tiempo que él, pero el cuerpo del obispo fue hallado como si lo hubieran enterrado ese mismo día[70], y —lo que es aún más digno de admiración y veneración— su cabeza estaba unida al cuerpo, como si nunca hubiera sido cortada y sin que allí se viera vestigio alguno de la decapitación. Y al volver también el cuerpo de espaldas, por si pudiera verse al menos alguna marca de la otra incisión, encontraron todo su cuerpo tan íntegro e intacto como si no lo hubiese tocado corte alguno de espada»[71].

4. PEDRO. ¿Quién no se queda estupefacto ante tales prodigios de los muertos, que se producen para estímulo de los vivos?

[14. El siervo de Dios Isaac]

1. GREGORIO. En los primeros tiempos de los godos hubo también cerca de la ciudad de Espoleto un varón de vida venerable, llamado Isaac, que llegó a vivir casi hasta los últimos tiempos de los godos[72]. Muchos de los nuestros lo conocieron, y muy especialmente la venerable virgen Gregoria, que aún hoy vive en esta ciudad de Roma junto a la iglesia de Santa María siempre Virgen. En la época de su juventud, buscando ella refugio en la iglesia —cuando ya estaban concertadas sus nupcias— y reclamando para sí el estado de la vida religiosa, este varón salió en su defensa y, con la protección del Señor, la condujo hacia el hábito que deseaba[73]. Y por haber huido de un esposo en la tierra mereció tener ella un esposo en el Cielo. He sabido muchas cosas de este varón por el relato del venerable abad Eleuterio, el cual lo conoció íntimamente, además de que el género de su vida aporta crédito a sus palabras[74].

2. Este venerable Isaac no nació en Italia, pero voy a contar aquellos milagros suyos que realizó cuando vivía en Italia[75]. Habiendo ve-

nido, en un principio, desde la región de Siria a la ciudad de Espoleto, al entrar en la iglesia pidió a los custodios de la misma que se le diera permiso para rezar todo lo que quisiera, y que no le apremiaran a salir del oratorio ni siquiera en las horas más intempestivas. Y enseguida se aplicó a orar, de pie, y pasó todo el día en oración, y continuó orando todo el día y la noche siguientes. Y también ese segundo día con la noche siguiente persistió, infatigable, en sus rezos. Y todavía se mantuvo un tercer día en oración.

3. Al ver esto uno de los custodios, henchido de soberbia, allí donde debió obtener provecho vino a sufrir el daño derivado de su pecado. Así, empezó a decir que aquél era un farsante y a gritar, en lengua vulgar, que era un «impostor», por querer hacer ver ante los ojos de los hombres que él rezaba durante tres días y tres noches. Y enseguida, llegando a la carrera, le propinó una bofetada al hombre de Dios, para que saliera de la iglesia afrentado como un farsante de la vida piadosa. Pero de repente se apoderó de él un espíritu vengador[76] y lo arrojó a los pies del hombre de Dios, y a través de su boca empezó a gritar: «Isaac me expulsa, Isaac me expulsa». Lo cierto es que era él un hombre extranjero cuyo nombre no era conocido por nadie, pero el espíritu manifestó su nombre, gritando que él podía ser arrojado por Isaac. Enseguida el hombre de Dios se tendió sobre el cuerpo del poseso y el Espíritu maligno que se había apoderado de él lo abandonó[77].

4. Entonces se supo inmediatamente en toda la ciudad lo que había ocurrido en la iglesia. Hombres y mujeres, nobles y plebeyos por igual, empezaron a correr hacia él e intentaban, a porfía, llevárselo a sus casas. Unos, en actitud suplicante, querían ofrecerle terrenos al hombre de Dios para construir un monasterio, otros dinero, otros los recursos que podían[78]; pero el siervo del Señor todopoderoso, sin aceptar nada de todo ello, saliendo fuera de la ciudad, encontró un lugar solitario no muy lejos de ella y se construyó allí un humilde habitáculo[79].

5. Marchó mucha gente hacia él y, siguiendo su ejemplo, empezaron todos ellos a inflamarse con el deseo de la vida eterna y se entregaron bajo su magisterio al servicio del Señor todopoderoso[80]. Y como a menudo los discípulos le insistieran humildemente para que aceptara las propiedades que se le ofrecían por el uso del monasterio, él, solícito guardián de su pobreza, se mantenía firme en su decisión, diciendo: «El monje que busca propiedades en la tierra, no es monje». Y es que él temía perder así la tranquilidad de su pobreza, de la misma manera que los ricos avarientos suelen guardar ansiosamente las riquezas perecederas[81].

6. Su vida, pues, llegó a ser célebre para todos los habitantes de aquella región, a lo largo y a lo ancho, a causa de su espíritu profético y de sus extraordinarios milagros. Así, un día, al atardecer, hizo que se arrojaran unas herramientas en el huerto del monasterio, esas a las

que nosotros, con nombre corriente, llamamos «azadones». Les dijo a sus discípulos: «Echad tantos azadones en el huerto y volved a toda prisa». Esa noche, habiéndose levantado él con los hermanos —según la costumbre— para entonar las alabanzas al Señor, les ordenó lo siguiente: «Id y cocinad el guiso para nuestros obreros, para que esté preparado a primera hora de la mañana». Al llegar la mañana, hizo que le trajeran el guiso que había mandado preparar, y, entrando en el huerto con los hermanos, encontró trabajando en él a tantos obreros como azadones había ordenado arrojar allí. Y es que habían entrado unos ladrones, pero, cambiando de idea gracias al Espíritu Santo, cogieron los azadones que encontraron y, desde la hora en que entraron hasta que el hombre del Señor llegó hasta ellos, estuvieron labrando todas las parcelas del huerto que estaban sin cultivar[82].

7. Y el hombre del Señor, nada más entrar, les dijo: «Alegraos, hermanos, habéis trabajado mucho, ahora ya descansad». E inmediatamente les ofreció los alimentos que había traído y logró que repusieran sus fuerzas tras la fatiga de tanto trabajo. Y cuando ya estaban suficientemente repuestos, les dijo: «No cometáis mal alguno. Cada vez que queráis algo del huerto, venid a la entrada del huerto, pedidlo tranquilamente, recibidlo con una bendición y abandonad la iniquidad del robo»[83]. Y seguidamente hizo que se marcharan cargados con las hortalizas que habían recogido, sucediendo así que quienes habían venido al huerto dispuestos a hacer el mal se volvían con el premio de su trabajo, colmados por él y sin haber realizado daño alguno.

8. En otra ocasión también, se llegaron a él unos extranjeros pidiendo caridad, cubiertos de andrajosos harapos, hasta el punto de que casi parecían estar desnudos. Y al pedirle ropas a él, el hombre del Señor escuchó sus palabras en silencio[84]. Enseguida llamó calladamente a uno de sus discípulos y le ordenó lo siguiente: «Ve y en tal bosque, en tal lugar, busca un árbol hueco y trae las ropas que encuentres en él». Y marchándose el discípulo, buscó —según se le había ordenado— el árbol, halló las ropas y se las trajo en secreto a su maestro[85]. Y tomándolas el hombre de Dios, se las mostró a los extranjeros desnudos y pedigüeños y se las ofreció diciendo: «Venid, puesto que estáis desnudos, coged las ropas y vestíos». Ellos, al ver aquellas ropas, reconocieron las que ellos mismos habían colocado en el árbol y se avergonzaron muchísimo. Y así, aquellos que mediante el engaño buscaban ropas ajenas, recibieron, llenos de turbación, las suyas.

9. En otra ocasión también, habiéndose encomendado un individuo a sus oraciones, le envió por medio de un criado dos cestas llenas de alimentos. El criado sustrajo una de ellas y la escondió en el camino, y la otra se la llevó al hombre de Dios, y le refirió la petición de la persona que se había encomendado a él mediante aquel regalo. El hombre

del Señor, tomando afectuosamente la cesta, advirtió al criado con estas palabras: «Te doy las gracias. Pero ten cuidado con la cesta que dejaste en el camino, no oses tocarla imprudentemente, pues ha entrado en ella una serpiente. Estate, pues, alerta, no vaya a ser que la serpiente te pique, si te diera por coger la cesta imprudentemente». El criado, sumamente turbado por estas palabras, se alegró enormemente por haberse librado de la muerte, pero se entristeció también un poco, pues, aunque recibió un castigo salutífero, sin embargo también tuvo que pasar su vergüenza. Y al volver a donde estaba la cesta, muy atento, adoptó todas las precauciones y cautelas, pero, como había predicho el hombre de Dios, ya había una serpiente en su interior[86].

10. Estando Isaac incomparablemente adornado de la virtud de la abstinencia, del desprecio de las cosas pasajeras, del espíritu profético, del amor a la oración, había solamente una cosa que parecía censurable en él, a saber, que a veces le invadía una alegría tan grande que en modo alguno se podría creer —si no se supiera— que él estaba lleno de tantas virtudes[87].

11. PEDRO. Dime, ¿qué diremos que ocurría aquí? ¿Voluntariamente aflojaba él las riendas de su alegría o bien es que, a pesar de poseer tantas virtudes, su ánimo se veía arrastrado en ocasiones —por más que se resistiera— hacia los gozos del presente?

12. GREGORIO. Grande es, Pedro, la providencia de Dios todopoderoso, y con frecuencia sucede que a aquellos a quienes proporciona los mayores bienes no les otorga, en cambio, ciertos bienes menores, a fin de que su espíritu tenga siempre un motivo por el que reprenderse, puesto que, aspirando a ser perfectos y no pudiendo serlo, llegan a esforzarse también en aquello que no han recibido, y, sin embargo, aún aplicándose a ello con todo empeño, no salen triunfadores; al tiempo que no se engríen en absoluto por aquellas cosas que han recibido, sino que aprenden que los bienes mayores no los tienen por ellos mismos, puesto que por sí mismos no son capaces de vencer los defectos más pequeños e insignificantes.

13. Y por eso es por lo que el Señor, tras haber conducido a su pueblo a la tierra prometida, habiendo aniquilado a todos sus enemigos fuertes y poderosos, conservó durante mucho tiempo a los filisteos y los cananeos, a fin de —como está escrito— *poner a prueba a Israel por medio de ellos*[a]; pues algunas veces, como ha quedado dicho, incluso a aquellos a los que les ha otorgado grandes dones les ha dejado algunas pequeñas faltas reprensibles, para que siempre tengan ellos algo contra lo que luchar y para que, una vez vencidos los grandes enemigos, no se ensoberbezcan cuando incluso los rivales más insignificantes les incor-

a. Jue 3, 1; 3, 4.

dian aún. Sucede, pues, admirablemente, que un solo y mismo espíritu puede ser vigoroso en virtudes y, al mismo tiempo, dar muestras de flojedad a causa de alguna debilidad, pues por un lado está sólidamente edificado, pero, por otro, se ve a sí mismo derruido, de manera que, por el bien que busca y no puede llegar a tener, conserva humildemente aquel que tiene.

14. Pero ¿qué hay de sorprendente en que digamos esto a propósito del hombre, cuando la propia región celestial padeció, por un lado, estragos entre sus ciudadanos y, por otro, se mantuvo firmemente en pie, a fin de que los espíritus elegidos de los ángeles, al ver que otros habían caído a causa de su soberbia, se mantuvieran ellos mismos en pie con tanta mayor firmeza cuanto con mayor humildad? Por tanto, incluso sus propios perjuicios le fueron provechosos a aquella región celestial, la cual, con vistas a la estabilidad de la eternidad, fue edificada más sólidamente a partir de su propia destrucción. Y así ocurre también a propósito de cada una de las almas, las cuales a veces, por su observancia de la humildad, gracias a un daño mínimo se mantienen sanas y salvas para la consecución de enormes beneficios.

PEDRO. Me parece bien lo que dices.

[15. Los siervos de Dios Euticio y Florencio]

1. GREGORIO. No puedo pasar tampoco en silencio lo que supe por el relato de un venerable varón de esa misma región[88], el presbítero Sántulo, de cuya narración tú no puedes dudar, pues conoces bien su vida y el crédito de sus palabras[89].

2. En esa misma época también, en la zona de la provincia de Nursia vivían consagrados a la vida y el hábito de la santa vida de piedad dos varones, uno de los cuales se llamaba Euticio y el otro Florencio. Euticio había crecido en el celo espiritual y en el fervor de la virtud, y ponía todo su empeño en conducir, mediante la predicación, las almas de mucha gente hacia Dios; Florencio, por su parte, llevaba una vida entregada a la sencillez y la oración. No lejos había un monasterio que había quedado sin gobierno a causa de la muerte de su abad. Y por ello sus monjes quisieron que Euticio se pusiera al frente de ellos. Y él, asintiendo a sus ruegos, dirigió el monasterio durante muchos años y ejercitó las almas de sus discípulos en la práctica de la vida de santidad. Mas, para no dejar solo el oratorio en el que antes había vivido, dejó allí al venerable varón Florencio[90].

3. Éste, que vivía solo en el oratorio, un día se postró en oración y le pidió al Señor todopoderoso que tuviera a bien concederle algún consuelo para vivir allí. Y nada más terminar la oración, al salir del oratorio, se encontró delante de la puerta un oso puesto en pie. El oso, bajando

al suelo la cabeza y sin mostrar fiereza alguna en sus movimientos, claramente daba a entender que había venido para ponerse al servicio del hombre de Dios. El hombre del Señor también se dio cuenta enseguida y, dado que en el santuario se habían quedado cuatro o cinco ovejas, que no tenían absolutamente a nadie que las apacentara y las guardara, le ordenó al oso lo siguiente: «Ve y lleva al pasto a estas ovejas, y vuelve a las doce de la mañana».

4. Así pues, el oso empezó a hacer aquello todos los días, ininterrumpidamente. Se le encomendó la tarea de pastor, y la fiera apacentaba, sin devorarlas, aquellas ovejas que antes solía comerse. Cuando el hombre del Señor quería ayunar, le mandaba al oso volver con las ovejas a las tres, y cuando no quería, a las doce; y de ese modo el oso obedecía en todo las órdenes del hombre de Dios, de modo que ni volvía a las tres cuando se le había ordenado volver a las doce, ni volvía a las doce cuando se le había ordenado volver a las tres[91].

5. Y como el oso ya llevara haciendo esto durante mucho tiempo, a lo largo y a lo ancho de aquellos parajes empezó a propagarse la fama de aquel prodigio tan grande. Pero, dado que el viejo Enemigo arrastra a los malvados —llevados por la envidia— hacia el castigo cuando ve que comienza a resplandecer la gloria de los buenos, cuatro discípulos del venerable varón Euticio, rabiosamente envidiosos de que su maestro no realizara prodigios, mientras que el varón que él había dejado allí solo se cubría de gloria con un milagro tan grande, tendiéndole al oso una trampa, lo mataron[92].

6. Como el oso no volviera a la hora que se le había ordenado, el hombre de Dios Florencio empezó a recelar de su vuelta. Y habiéndolo aguardado hasta el atardecer, empezó a afligirse de que el oso —al que por su mucha simplicidad solía llamar «hermano»— no regresara. Al día siguiente se dirigió al campo en busca del oso, así como de las ovejas. Y lo encontró muerto, pero indagando cuidadosamente descubrió muy pronto quiénes lo habían matado. Entonces se entregó a los sollozos, deplorando la maldad de los monjes aún más que la muerte del oso.

7. El venerable varón Euticio, tras hacerle venir hasta él, procuró consolarlo, pero el hombre del Señor, espoleado por la punzada de su profundo dolor, lanzó en su presencia la siguiente maldición: «Espero en Dios todopoderoso que los que han matado a mi oso, que no les había hecho ningún daño, reciban en esta vida el castigo de su maldad a la vista de todo el mundo». La venganza divina siguió inmediatamente a sus palabras. Así, los cuatro monjes que habían matado al oso contrajeron al punto la enfermedad de la lepra, alcanzando la muerte en medio de la putrefacción de sus miembros[93].

8. El hombre de Dios, Florencio, sintió un profundo pavor ante este hecho y tuvo mucho miedo de haber maldecido de ese modo a los her-

manos. Y así, durante todo el resto de su vida se lamentaba, llorando, de haber sido escuchado por Dios, y gritaba que él había sido cruel, que había sido el asesino responsable de la muerte de aquéllos. Y yo pienso que Dios todopoderoso hizo aquello por lo siguiente: para que aquel hombre de admirable simplicidad no osara nunca más, por muy grande que fuera el dolor que le afligiera, arrojar el dardo de su maldición[94].

9. PEDRO. ¿Es que verdaderamente pensamos que es muy grave el maldecir, por ventura, a alguien ofuscados por la ira?

GREGORIO. ¿Cómo me preguntas si este pecado es grave, cuando dice Pablo: *Los maldicientes no poseerán el Reino de Dios*[a]? Según eso, considera cuán grave es ese pecado que conlleva la exclusión del Reino de la vida.

10. PEDRO. ¿Pero por qué?, si seguramente el hombre lanza contra el prójimo sus palabras de maldición no por maldad, sino por un simple descuido de la lengua.

GREGORIO. Si a los ojos del Juez inflexible, Pedro, son reprensibles las palabras vanas, cuánto más lo serán las dañinas. Considera, pues, cuán condenables son las palabras que no están libres de maldad, cuando incluso son merecedoras de castigo las que carecen de la bondad de la utilidad.

PEDRO. Estoy de acuerdo.

11. GREGORIO. Ese mismo hombre de Dios hizo otra cosa que tampoco se debería pasar en silencio. Así, habiéndose propagado a todo lo largo y ancho de las tierras su extraordinaria fama de santidad, un diácono que vivía lejos de allí quiso marchar hasta él para encomendarse a sus oraciones[95]. Al llegar a su habitáculo, encontró todo el contorno de aquel lugar lleno de innumerables serpientes. Y, profundamente asustado, gritó diciendo: «Siervo del Señor, reza». El día, por lo demás, era admirablemente sereno. Florencio, saliendo fuera, tendió los ojos y las manos al cielo para que el Señor destruyera aquella plaga como mejor supiera. A cuya voz súbitamente el cielo tronó y el trueno mató a todas las serpientes que habían ocupado aquel lugar[96].

12. Cuando el hombre de Dios, Florencio, las vio muertas, dijo: «Ya las has matado, Señor. ¿Pero ahora quién las quita de aquí?». E inmediatamente, a su voz, vinieron allí tantas aves como serpientes habían sido matadas; las cuales, tras acarrearlas —cada una la suya— y arrojarlas muy lejos, dejaron el recinto de su habitáculo completamente limpio de serpientes[97].

13. PEDRO. ¿Qué virtudes, qué méritos diremos que tuvo él, para que Dios todopoderoso estuviera tan bien dispuesto a escuchar sus palabras?

a. 1 Cor 6, 10.

GREGORIO. Ante la extraordinaria pureza de Dios todopoderoso y ante la sencillez de su naturaleza tiene mucho poder, Pedro, la pureza y la sencillez del corazón humano. Y así, puesto que sus siervos, apartados de las acciones terrenas, no saben decir palabras vanas y evitan inundar y ensuciar su alma con tales palabras, consiguen eso, ser oídos más fácilmente que los demás por su Creador; con el cual, en la medida que es ello posible, concuerdan ya —como por una especie de semejanza— en esa misma pureza y sencillez de pensamiento.

14. En cambio, nuestra boca, al mezclarnos nosotros con la turba del pueblo, al proferir a menudo palabras vanas y a veces incluso gravemente dañinas, se aleja tanto de Dios todopoderoso cuanto se acerca a este mundo. Y así, llegamos a caer muy bajo al mezclarnos en continua conversación con los hombres del siglo.

15. Algo que reprendió en su propia persona y lamentó con razón Isaías, después de ver al Señor, rey de los ejércitos, diciendo: *Ay de mí, porque he callado, porque soy un hombre de labios impuros*[a]. Y él mismo aclaró por qué tenía los labios impuros, cuando añadió a continuación: *Yo vivo en medio de un pueblo que tiene los labios impuros*. Se lamentó, en efecto, de tener los labios impuros, pero indicó de dónde había contraído tal impureza, cuando proclamó que él vivía en medio de un pueblo que tenía los labios impuros.

16. Y es que es muy difícil que la lengua de los hombres del siglo no ensucie las almas que toca, ya que, al condescender a menudo nosotros a intercambiar con ellos unas palabras, tras habituarnos durante un breve tiempo, luego mantenemos incluso con gusto esa conversación que es indigna para nosotros, de manera que ya no nos gusta abandonar una charla a la que en un principio habíamos llegado de mala gana y como por condescendencia. Y de ese modo sucede que pasamos de las palabras vanas a las dañinas, de las leves a las graves, y tanto menos escucha el Señor todopoderoso las palabras de nuestra boca en la oración cuanto más se ensucia ella con la necia conversación, porque —como está escrito— *el que aparta su oído para no escuchar la ley, execrable será su oración*[b].

17. ¿Qué hay, pues, de sorprendente en que el Señor escuche tarde nuestros ruegos, cuando nosotros o tarde o nunca escuchamos los preceptos del Señor? ¿Y qué hay de sorprendente en que Florencio fuera escuchado tan rápidamente en su oración, él, que escuchó tan rápidamente los preceptos del Señor?

PEDRO. Nada hay que pueda objetarse a tan claro razonamiento.

18. GREGORIO. Por su parte, Euticio, el antiguo compañero del citado Florencio en el camino del Señor, alcanzó mayor fama en la rea-

a. Is 6, 5.
b. Pr 28, 9.

lización de prodigios después de su muerte. Así, aunque los habitantes de aquella ciudad suelen contar muchos milagros suyos, sin embargo el principal de todos ellos es uno que hasta la época actual de los lombardos[98] Dios todopoderoso se dignaba realizar asiduamente por medio de sus ropas. Así, cada vez que les faltaba a ellos la lluvia y una larga sequía agostaba la tierra con un calor abrasador, los habitantes de aquella ciudad, reuniéndose todos a una, acostumbraban a alzar su túnica y a ofrecerla con preces a la vista del Señor. Y yendo con ella en procesión por los campos, rezando, de repente se les concedía una lluvia que era capaz de saciar enteramente la tierra[99].

19. Con lo dicho ha quedado claramente de manifiesto qué virtudes y qué méritos poseía interiormente el alma de aquel varón, cuyas ropas, expuestas exteriormente, lograban aplacar la ira del Creador.

[16. Martín, monje del monte Massico][100]

1. Hace poco también, en la región de Campania, un varón muy venerable, llamado Martín, llevó una vida solitaria en el monte Massico, y durante muchos años vivió como recluso en una cueva muy angosta[101]. Muchos de los nuestros lo conocieron y presenciaron sus hechos. Y yo mismo he sabido muchas cosas de él por el relato tanto de mi predecesor el papa Pelagio[102], de santa memoria, como de otros varones muy piadosos.

2. Éste fue su primer milagro: nada más trasladarse a vivir a una gruta del mencionado monte, de la piedra misma que gracias a su concavidad había formado la angosta cueva brotó un reguerillo de agua para proveer al siervo de Dios Martín en su uso cotidiano y para que no le sobrase ni le faltase agua con que atender a sus necesidades[103]. Con este hecho Dios todopoderoso puso de manifiesto cuánta solicitud mostraba Él para con su siervo, a quien la dureza de la piedra le proporcionaba —con un antiguo milagro[a]— la bebida necesaria en medio de aquellas soledades[104].

3. Pero el viejo Enemigo del género humano, envidioso de sus fuerzas, trató de echarlo de la cueva con sus artes acostumbradas. Así, introduciéndose dentro de un animal amigo suyo, una serpiente, intentó arrojarlo de aquella morada infundiéndole miedo. Empezó la serpiente, en efecto, a estar en la caverna a solas con él, a tenderse en el suelo delante suyo mientras rezaba y a acostarse a su lado al mismo tiempo que él[105]. Pero el santo varón, completamente impertérrito, extendía la mano o el pie hasta su boca, diciendo: «Si has recibido permiso para morderme, yo no voy a impedírtelo».

a. Cf. Ex 17, 1-6; Nm 20, 2-11.

4. Y tras estar haciendo esto ininterrumpidamente durante tres años, un día el viejo Enemigo, vencido por la valentía tan grande de aquél, se puso a bramar, y la serpiente se arrojó al precipicio por la ladera escarpada del monte, incendiando toda la arboleda de aquellos parajes con las llamas que de ella salían[106]. Y en el hecho de haber quemado —forzada por Dios todopoderoso— toda la ladera del monte se vio obligada a mostrar cuán grande había sido el poder de la que en ese momento se retiraba vencida. Considera, te lo ruego, a qué extremos de valor llegó este hombre del Señor que durante tres años estuvo yaciendo sin temor con la serpiente.

PEDRO. Sólo de oírlo me estremezco.

5. GREGORIO. En los primeros tiempos de su reclusión, este varón de vida venerable había resuelto no ver nunca más a una mujer, no porque despreciara su sexo, sino porque temía caer en el pecado de la tentación con la contemplación de la belleza femenina. Al oír esto cierta mujer, subió audazmente al monte y se lanzó sin pudor hacia su cueva. Él, divisándola desde no muy lejos y viendo las ropas mujeriles de la que se acercaba hacia él, se entregó a la oración, hundió el rostro en el suelo y yació postrado hasta que la desvergonzada mujer, cansada, se alejó de la ventana de su habitáculo[107]. Y ese mismo día, nada más bajar del monte, terminó la vida de la mujer, para que con el dictamen de su muerte se echara de ver que ella había disgustado sobremanera a Dios todopoderoso por haber afligido al siervo de Dios con su impúdico atrevimiento[108].

6. En otra ocasión también, cuando ya mucha gente acudía hasta él con piadosa devoción, y siendo estrecho el sendero que en la ladera escarpada del monte conducía a los apresurados caminantes hasta su celda, un niño pequeñito que marchaba sin ningún cuidado cayó desde lo alto del monte y se precipitó hasta el valle que se ve, debajo del monte, como situado en un abismo. Y es que el monte en cuestión alcanza en ese lugar una altura tan grande que los enormes árboles que crecen en el valle parecen como simples matorrales para los que los ven desde el monte. Todos los que venían con él quedaron turbados, y se pusieron a buscar con toda diligencia por si pudieran encontrar, en alguna parte, el cuerpo del niño que había resbalado. ¿Pues quién podría pensar otra cosa sino que había muerto? ¿O quién podría sospechar que su cuerpo había llegado ileso a tierra, cuando podía haber sido destrozado por los peñascos que se interponían por todos sitios? Sin embargo, el niño que estaban buscando fue hallado en el valle no sólo vivo, sino incluso sin rasguño alguno. Entonces quedó claro y patente para todo el mundo que si el muchacho no pudo ser dañado fue porque la oración de Martín lo había transportado en su caída[109].

7. Por encima de su cueva se alzaba una enorme roca que, estando hincada en el monte sobre una exigua porción de terreno —según se ad-

vertía— y hallándose suspendida sobre el oratorio de Martín, diariamente amenazaba con su caída y con causarle la muerte si llegaba a desplomarse. Viniendo hasta él Mascátor, nieto del ilustre varón Armentario[110], en compañía de una gran muchedumbre de campesinos, le rogó al hombre de Dios que tuviera a bien salir de la cueva, con el fin de poder arrancar del monte la roca que amenazaba con desplomarse, para que el siervo de Dios pudiera ya vivir seguro en su cueva. Mas, negándose rotundamente a ello el hombre de Dios, le mandó que hiciera lo que buenamente pudiera, y él se fue a recluir en la parte más alejada de su celda. Pero, en todo caso, no había duda de que, si la mole se desplomaba, a un mismo tiempo destruiría la cueva y mataría a Martín.

8. Así pues, cuando la muchedumbre que había venido hasta allí estaba intentando levantar —a ser posible sin peligro del hombre de Dios— aquella enorme roca que se hallaba suspendida en lo alto, de repente, a la vista de todos, ocurrió un hecho de lo más extraordinario, a saber, que la mole que estaban intentando extraer, súbitamente arrancada por los mismos que se esforzaban en ello, dio un salto, para no tocar el techo de la caverna de Martín, y, como evitando herir al siervo de Dios, fue a caer mucho más lejos. El que cree firmemente que todas las cosas son dispuestas por la divina Providencia es consciente de que ello fue realizado por obra de los ángeles, siguiendo una orden de Dios todopoderoso[111].

9. Cuando Martín se retiró en un primer momento a aquel monte —antes de vivir encerrado en la cueva—, se ató el pie con una cadena de hierro y por el otro extremo la anudó a una roca, a fin de no poder andar más allá de lo que medía la cadena. Al tener noticia de esto el varón de vida venerable Benito, del que más arriba hice mención[112], se encargó de mandarle decir a través de un discípulo suyo lo siguiente: «Si eres siervo de Dios, que no te constriña a ti una cadena de hierro, sino sólo la cadena de Cristo». Ante sus palabras Martín soltó inmediatamente aquellos grilletes, pero, en adelante, nunca puso su pie suelto más allá del lugar en donde solía ponerlo cuando lo tenía atado; y sin cadena alguna se mantuvo constreñido dentro de los mismos límites en los que antes, cuando estaba atado, había permanecido[113].

10. Cuando más tarde se encerró en la cueva de aquel paraje, empezó también a tener discípulos, que, viviendo fuera de su cueva, solían sacar agua de un pozo para el consumo de la vida diaria. Pero la cuerda en la que colgaba el cubo para sacar el agua se rompía con frecuencia. Ello hizo que sus discípulos le pidieran al hombre del Señor la cadena que había soltado de su pie, y que la ligaran a la cuerda y ataran en ella el cubo. Y a partir de ese momento sucedió que la cuerda, a pesar de mojarse todos los días con el agua, ya no se rompía nunca. Y es que, al tocar aquella cuerda la cadena del hombre de Dios, también ella adquirió en sí misma la dureza del hierro para resistir el agua[114].

11. PEDRO. Estos hechos me placen por ser admirables, pero mucho más aún por ser hechos recientes[115].

[17. El monje del monte Argentario que resucitó a un muerto][116]

1. GREGORIO. En estos mismos tiempos nuestros, hubo un subdiácono de la iglesia de *Buxentium*, llamado Cuadragésimo, que solía apacentar el rebaño de sus ovejas en la región de Aurelia[117]. Gracias al relato de este varón absolutamente digno de crédito ha llegado a conocerse un hecho extraordinario que había sido realizado en secreto. Así, estando él —como ya he dicho— cuidando su rebaño en Aurelia, había en su época un varón de vida venerable, del monte llamado Argentario, cuya conducta se correspondía plenamente con el hábito de monje que exhibía exteriormente. Solía él venir todos los años a la iglesia de San Pedro, príncipe de los apóstoles, desde dicho monte Argentario, y buscando hospitalidad se desviaba hacia el mencionado subdiácono Cuadragésimo, según este mismo contaba.

2. Un día, habiendo entrado él en su albergue (el cual no distaba lejos de la iglesia), murió cerca de allí el marido de una pobre mujer. Tras lavarlo —según la costumbre—, ponerle la mortaja y envolverlo en un lienzo, por haberse echado encima la noche no pudieron enterrarlo. Así pues, la viuda se sentó junto al cuerpo del difunto, y, pasando la noche en medio de grandes llantos, satisfacía su dolor con continuos gritos y lamentos.

3. Y como ello tuviera lugar durante mucho tiempo y la mujer no dejara de llorar en modo alguno, el hombre de Dios que había sido acogido en el albergue, compungido, le dijo al subdiácono Cuadragésimo: «Mi alma se compadece del dolor de esta mujer. Levántate, te lo ruego, y recemos». Así pues, se dirigieron ambos a la iglesia vecina y se entregaron los dos juntos a la oración. Y, después de haber rezado durante mucho tiempo, el siervo de Dios le pidió al subdiácono Cuadragésimo que pusiera término a la oración. Terminada la cual, recogió el polvo de la base del altar y en compañía del mencionado Cuadragésimo se dirigió hasta el cuerpo del difunto y allí mismo se entregó a la oración.

4. Y después de haber estado rezando durante mucho tiempo, ya no quiso —como había hecho antes— que fuera el subdiácono quien pusiera término a la oración, sino que él mismo dio la bendición y se levantó al punto; y, puesto que en la mano derecha llevaba el polvo que había recogido, retiró con la izquierda el paño con el que estaba cubierto el rostro del difunto. Al ver la mujer lo que estaba haciendo, empezó a oponerse a ello con ahínco y a mostrar su asombro por lo que pretendía hacer. Él, una vez retirado el paño, frotó durante largo tiempo el rostro del difunto con el polvo que había recogido. Y tras frotarlo durante mu-

cho tiempo, el muerto recobró el aliento, bostezó, abrió los ojos e incorporándose se sentó, y se quedó extrañado de lo que estaban haciendo con él, como si acabara de despertarse de un profundo sueño[118].

5. Cuando la mujer, extenuada por los lamentos, vio aquello, comenzó a llorar todavía más y a dar mayores gritos aún, pero esta vez de alegría. El hombre del Señor la contuvo con una discreta prohibición, diciéndole: «Calla, calla, y si alguien te pregunta cómo ha sucedido, dile solamente esto, que el Señor Jesucristo lo hizo por propia iniciativa». Eso le dijo y se marchó del albergue de aquél, abandonó inmediatamente al subdiácono Cuadragésimo y no apareció nunca más por aquellos parajes. En efecto, huyendo de la gloria temporal, trató de no ser visto nunca más en esta vida por aquellos que lo habían visto envuelto en un prodigio tan grande[119].

6. PEDRO. Ignoro lo que otros puedan pensar. Pero yo creo que el mayor de todos los milagros es éste en virtud del cual los muertos vuelven a la vida y sus almas son hechas retornar al cuerpo desde las sombras.

7. GREGORIO. Si atendemos a lo visible, así debemos creerlo. Pero si pensamos en lo invisible, es de todo punto evidente que convertir a un pecador con la palabra de la predicación y con el consuelo de la oración es un milagro mayor que resucitar el cuerpo de un muerto. Pues mediante esto último se resucita un cuerpo que habrá de morir por segunda vez, mientras que mediante aquello se resucita un alma que habrá de vivir eternamente.

8. Así, si yo te propongo los siguientes dos casos, ¿en cuál de ellos crees que el milagro fue más prodigioso?: el Señor resucitó a Lázaro —el cual, según creemos, era ya un fiel seguidor suyo— en la carne[a], pero a Saulo lo hizo resucitar en el espíritu[b]. Pues bien, tras la resurrección de la carne, no se dice nada acerca de las virtudes de Lázaro. En cambio, tras la resurrección del espíritu, la flaqueza de nuestras fuerzas es incapaz de abarcar todo lo que se dice en las Sagradas Escrituras acerca de las virtudes de Pablo:

9. Que sus crudelísimos pensamientos se transforman en tiernos sentimientos de piedad; que desea morir por los hermanos[c], de cuya muerte antes se alegraba.

10. Que, a pesar de estar lleno de todo el conocimiento de las Escrituras, considera que él no conoce nada más que a Jesucristo, y a éste crucificado[d]; que gustosamente es azotado a latigazos por Cristo[e], a quien antes perseguía con la espada; que es excelso por la gloria de su aposto-

a. Cf. Jn, 11, 1-44.
b. Cf. Hch 9, 1-18.
c. Cf. 1 Tes 2, 8.
d. 1 Cor 2, 2.
e. Cf. 2 Cor 11, 25.

lado, y, sin embargo, se hace voluntariamente insignificante en medio de sus discípulos.

11. Que es conducido hasta los secretos del tercer Cielo[a] y, sin embargo, vuelve compasivamente al suelo la mirada de su espíritu para disponer el lecho de los esposos, diciendo: *Que el marido le dé lo que es debido a la esposa, y lo mismo la esposa al marido*[b]; que participa en la contemplación en las asambleas de los ángeles, y, sin embargo, no desdeña pensar y disponer los hechos de los mortales.

12. Que se alegra en medio de las enfermedades y se complace en medio de las ofensas[c]; que para él la vida es Cristo y la muerte una ganancia[d], y aquello mismo que vive en la carne está ya enteramente fuera de la carne[e].

13. He aquí cómo vivió aquel que volvió desde el infierno del espíritu a la vida de piedad. Así pues, resucitar a alguien en la carne es de menos valor, salvo en el caso de que gracias a dicha resurrección de la carne se le haga volver a la vida del espíritu, de modo que la resurrección se produce entonces en el individuo mediante un milagro exterior para hacerlo resucitar interiormente una vez convertido.

14. PEDRO. Yo creía que era muy inferior lo que ahora comprendo cuán incomparablemente superior es. Pero continúa con lo que tienes entre manos, por favor, para que mientras hay tiempo de vagar no pase un solo momento sin edificación.

[18. El monje Benito]

1. GREGORIO. Vivió conmigo en el monasterio un hermano, muy instruido en las Sagradas Escrituras, que me aventajaba en edad y que solía edificarme en muchas cosas que yo ignoraba[120]. Por el relato de éste tuve noticia de que en la región de Campania, a cuarenta millas de la ciudad de Roma, hubo un varón llamado Benito, joven ciertamente por su edad, pero viejo por su modo de vida[121], y rigurosamente sujeto a la Regla de la santa vida monástica.

2. Al encontrarlo los godos, en tiempos del rey Totila, urdieron quemarlo a él y a su celda[122]. Así pues, le prendieron fuego; sin embargo, ardieron todas las cosas del contorno, mas su celda no pudo ser abrasada por el fuego. Al ver esto los godos, enfureciéndose aún más y sacándolo a rastras de su habitáculo, no muy lejos vieron encendido el horno que se hallaba preparado para cocer el pan, y lo arrojaron en su interior

a. Cf. 2 Cor 12, 2.
b. 1 Cor 7, 3.
c. Cf. 2 Cor 12, 10
d. Flp 1, 21.
e. Cf. Gál 2, 20.

y cerraron el horno. Pero al día siguiente lo encontraron tan ileso que no sólo su carne no había sido quemada por el fuego, sino que éste ni siquiera había hecho prender la punta de sus ropas[123].

3. PEDRO. Estoy oyendo el antiguo milagro de los tres jóvenes que, arrojados al fuego, no sufrieron daño alguno[a].

GREGORIO. Aquel milagro se operó en parte —según creo— de manera diferente. Pues en aquella ocasión los tres jóvenes fueron arrojados dentro del fuego con los pies y las manos atados, y, al preguntar el rey por ellos al día siguiente, los encontró paseando dentro del horno con las ropas intactas. De lo cual se deduce que el fuego en el que habían sido arrojados, que no tocó sus vestidos, consumió en cambio sus ligaduras, de modo que la llama, a un solo y mismo tiempo —como deferencia hacia los justos— conservaba su poder para el socorro, pero no lo conservaba para el tormento[124].

[19. La iglesia de San Zenón, en la ciudad de Verona][125]

1. En nuestros días ha tenido lugar un hecho similar a este milagro tan antiguo, pero con la intervención del elemento contrario[126]. Así, no hace mucho, el tribuno Juan me contó, con sus propias palabras, que el conde Pronulfo, que se halló personalmente en el sitio en cuestión, aseguraba que él mismo, junto con el rey Autario, estuvo presente en el preciso momento y en el concreto lugar donde se produjo el suceso extraordinario, y que él lo conoció por propia experiencia[127].

2. Así, el citado tribuno me contó que, hace unos cinco años, cuando el Tíber se salió de su cauce en esta ciudad de Roma, habiendo crecido tanto que sus aguas fluían por encima de las murallas de la ciudad y ocupaban en ella extensísimas zonas, se desbordó también el río Adigio en la ciudad de Verona[128], llegando hasta la iglesia de San Zenón, mártir y obispo[129]. Y a pesar de estar abiertas las puertas de dicha iglesia, el agua no penetró en ella en absoluto. El agua, en efecto, creciendo en muy poco tiempo, llegó hasta las ventanas de la iglesia que se hallaban más próximas al techo y, manteniéndose de tal guisa, tapó la puerta de la iglesia, como si aquel elemento líquido se hubiera transformado y hubiera adquirido la solidez de una pared.

3. Y como hubiera muchas personas en su interior y no tuvieran por donde poder salir —por hallarse enteramente rodeada la iglesia por la enormidad de las aguas—, y como tuvieran miedo de perecer allí de hambre y de sed, se llegaban hasta la puerta de la iglesia y cogían para beber el agua que —como antes he dicho— había llegado en su crecida hasta las ventanas y que, sin embargo, no fluía en absoluto en el in-

a. Cf. Dn 3.

terior de la iglesia. Podía ella, pues, ser cogida como agua para beber, pero no podía fluir como agua. Y manteniéndose delante de la puerta a fin de mostrar a todo el mundo los méritos del mártir, era agua para el socorro, mas no era agua, por así decir, para anegar el lugar[130].

4. Con razón decía yo que este hecho no fue diferente del antiguo milagro del fuego anteriormente mencionado, el cual no tocó los vestidos de los tres jóvenes, pero quemó sus ligaduras[131].

5. PEDRO. Estas hazañas que cuentas de los santos son de lo más extraordinario, y extremadamente asombrosas para la actual poquedad de los hombres. Pero, puesto que estoy oyendo que en Italia ha habido recientemente tantos varones de admirable poder taumatúrgico, querría saber lo siguiente: ¿Acaso no tuvieron ellos que padecer asechanza alguna del viejo Enemigo o es que salieron con bien de tales asechanzas?

GREGORIO. Sin las penalidades del combate no hay palma de la victoria. ¿Cómo puede haber, pues, vencedores, si no han luchado contra las asechanzas del viejo Enemigo?[132]. En efecto, el Espíritu maligno persigue siempre nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras, por si acaso encuentra alguna cosa por la que pueda presentarse un acusador en el examen del Juez eterno. En efecto, ¿quieres saber cómo se halla siempre cerca de nosotros para llevar a cabo sus engaños?

[20. Esteban, presbítero de la provincia de Valeria][133]

1. Algunos que están aún con nosotros son testigos del suceso que ahora voy a contar: hubo un varón de vida venerable, llamado Esteban, presbítero de la provincia de Valeria —pariente de nuestro querido Bonifacio, diácono e intendente de la iglesia[134]—, que un día, al volver de viaje a casa, le ordenó a su criado con lengua descuidada lo siguiente: «Tú, diablo, ven y descálzame». A cuya voz inmediatamente empezaron a desatarse a toda velocidad las correas de sus sandalias, de modo que claramente se daba a entender que el Diablo en persona, al que había llamado para quitarle las sandalias, le obedecía[135].

2. Nada más ver aquello el presbítero, se asustó enormemente y se puso a gritar a grandes voces, diciendo: «Márchate, desgraciado, márchate. Pues yo no te hablaba a ti, sino a mi criado». A cuyas voces el Diablo se marchó inmediatamente. Y las correas quedaron tal como en ese momento se encontraban: desatadas ya en gran parte. Deduce de este hecho cuán grandes son las asechanzas con las que el viejo Enemigo persigue nuestros pensamientos, él, que tan presto se muestra para los actos meramente materiales.

3. PEDRO. Es muy fatigoso y terrible tener que estar siempre alerta contra las asechanzas del Enemigo y mantenerse continuamente, por así decir, en formación de combate[136].

GREGORIO. No será fatigoso si asignamos nuestra custodia no a nosotros mismos, sino a la gracia celestial, pero de modo que también nosotros, en la medida que podamos, permanezcamos vigilantes al amparo de dicha protección. Y es que, si el viejo Enemigo empieza a ser expulsado de nuestra alma, la mayoría de las veces sucede, gracias a la divina magnificencia, que no sólo no debemos ya tenerle miedo, sino que incluso él mismo se amedrenta ante la virtud de los que viven piadosamente.

[21. La joven consagrada a la vida religiosa por cuya sola orden fue liberado un hombre del Demonio]

1. Un santísimo varón, el anciano abad Eleuterio, del que más arriba hice mención[137], fue testigo del suceso que ahora voy a contar, y se encargó de contarme el siguiente relato: en la ciudad de Espoleto[138] una joven ya casadera, hija de cierto personaje principal, deseaba ardientemente consagrarse a la vida celestial; su padre intentó oponerse al camino de la vida espiritual, pero ella, desafiando a su padre, tomó el hábito religioso. Sucedió por ello que el padre la desheredó de sus bienes y no le dio nada más que la mitad de una pequeña propiedad[139]. Por lo demás, incitadas por su ejemplo, muchas jóvenes de noble linaje empezaron a marchar junto a ella y a servir al Señor todopoderoso consagrándole su virginidad.

2. Un día el mencionado abad Eleuterio, varón de vida venerable, había acudido hasta ella para exhortarla y edificarla, y se hallaba sentado conversando con ella sobre la palabra de Dios, cuando de repente, procedente de aquella heredad que —sólo en su mitad— había recibido de su padre, llegó un campesino con un presente. Y cuando se encontraba delante de ellos, cayó al suelo poseído por el Espíritu maligno y empezó a ser atormentado en medio de enormes rugidos y balidos[140].

3. Entonces la religiosa se puso en pie y con rostro airado y a grandes gritos le ordenó lo siguiente: «Sal de él, desgraciado. Sal de él, desgraciado». A cuyas voces el Diablo, a través de la boca del poseso, inmediatamente respondió lo siguiente: «Y si salgo de él, ¿en quién entraré?». Casualmente pacía por allí un pequeño cerdo. Entonces la religiosa le mandó lo siguiente: «Sal de él, y entra en ese cerdo». Y él salió al punto del hombre, penetró en el cerdo que se le había ordenado, le quitó la vida y se fue[141].

4. PEDRO. Querría saber si ella debió concederle ni tan siquiera un cerdo al espíritu inmundo.

GREGORIO. Las reglas que se proponen como modelo de nuestros hechos son las propias acciones de la Verdad. Así, la legión de demonios que había poseído a un hombre le dijo a nuestro propio Redentor: '*Si*

nos echas, arrójanos a esa piara de cerdos'[a]. Y el Señor expulsó del hombre la legión de diablos y les permitió entrar en los cerdos y arrojarlos al abismo[142]. Y de ello también se infiere lo siguiente, que el Espíritu maligno no tiene poder alguno contra el hombre sin el consentimiento de Dios todopoderoso, él, que no pudo entrar en los cerdos más que con su permiso. Por consiguiente, es necesario que nosotros nos sometamos a Él voluntariamente —a Él, a quien también se hallan sujetos, mal de su grado, todos sus adversarios—, a fin de ser más poderosos que nuestros enemigos, en la medida en que, gracias a la humildad, nos hacemos uno solo con el Creador de todas las cosas.

5. Por lo demás, ¿qué hay de sorprendente en que los elegidos y los que aún se encuentran en la carne puedan llevar a cabo multitud de acciones maravillosas, cuando también sus mismas reliquias muertas a menudo viven en medio de muchos milagros?[143].

[22. El presbítero de la provincia de Valeria que retuvo a un ladrón junto a su tumba]

1. El suceso que ahora voy a contar ocurrió en la provincia de Valeria, y tuve conocimiento de él por el relato de mi abad Valencio, de santa memoria[144]. Había allí un venerable presbítero que, en compañía de sus clérigos, vivía una santa vida de piedad, aplicado a las buenas obras y a las alabanzas de Dios. Llegado el día de su llamada, murió y fue enterrado delante de la iglesia. Pegado a dicha iglesia había un aprisco de ovejas, de modo que el sitio en el que estaba enterrado era lugar de paso para los que se dirigían hacia las ovejas.

2. Una noche, habiendo venido un ladrón a robar dentro del aprisco —mientras los clérigos cantaban salmos en el interior de la iglesia—, cogió un carnero y salió a toda prisa. Pero, al llegar al lugar donde estaba enterrado el hombre del Señor, de repente se quedó clavado y no pudo dar ni un paso. Dejó caer el carnero de su cuello y quiso soltarlo, pero no fue capaz ni de abrir la mano siquiera. Permaneció, pues, el desgraciado allí quieto, de pie, reo y atado con su propia presa. Quería soltar al carnero, y no era capaz. Quería partir con el carnero, y no podía. Y así, de manera admirable, a aquel ladrón que temía ser visto por los vivos lo retenía ahora un muerto; y, con sus pies y sus manos sujetos de aquel modo, permaneció allí sin poder moverse[145].

3. Llegada la mañana y concluidas ya las alabanzas a Dios, los clérigos salieron de la iglesia y hallaron a un individuo desconocido que tenía entre sus manos un carnero. No se sabía a ciencia cierta si estaba robando u ofreciendo el carnero, pero, reo de culpa, enseguida él mismo

a. Mt 8, 31.

les reveló el castigo. Y todos se admiraron de que el ladrón que había entrado al aprisco se encontrara allí de pie, atado a su propia presa, gracias a los méritos del hombre de Dios. Y al punto se aplicaron a rezar por él, y a duras penas pudieron lograr con sus preces que el hombre que había venido a robarles sus bienes consiguiera marcharse, aunque fuera de vacío. Y así, el ladrón, que había permanecido allí de pie durante mucho tiempo, cautivo junto con su presa, finalmente pudo marcharse: de vacío, sí, pero libre.

4. PEDRO. Se pone así de manifiesto cuán grande es respecto a los hombres la dulzura de Dios todopoderoso, cuyos milagros para con nosotros son tan deleitosos.

[23. El abad del monte de Palestrina y su presbítero][146]

1. GREGORIO. En la ciudad de Palestrina se alza el monte en el que se encuentra situado el monasterio de los hombres de Dios llamado de San Pedro Apóstol. El extraordinario milagro que ahora voy a contar me fue dado escucharlo —cuando yo vivía aún en el monasterio[147]— gracias al relato de algunos monjes del mencionado monasterio, milagro del que ellos aseguraban haber sido testigos. En ese monasterio hubo un abad de vida venerable que, habiendo instruido a cierto monje, lo hizo elevarse hasta un modo de vida digno del mayor encomio. Y viendo que él sobresalía en el temor del Señor, hizo entonces que se le ordenara presbítero en su mismo monasterio.

2. Después de su ordenación, mediante una revelación le fue dado conocer al presbítero que su muerte ya no estaba lejos[148]. Entonces le pidió al mencionado abad del monasterio que le permitiera disponer su propio sepulcro. Y el abad le respondió: «Sin duda yo habré de morir antes que tú, pero, no obstante, ve y prepara, como quieres, tu sepulcro». Así pues, se fue y lo preparó. No muchos días después, el anciano abad, sorprendido por unas fiebres, llegó a los últimos momentos de su vida, y le ordenó al presbítero que se hallaba junto a él lo siguiente: «Ponme en tu sepulcro». Y al decirle él: «Sabes que yo he de seguirte enseguida. Y los dos no podemos caber en él», el abad inmediatamente le respondió: «Haz lo que te he dicho, pues en tu sepulcro cabemos los dos».

3. Murió, pues, el abad y fue enterrado en el sepulcro que el presbítero había preparado para sí. Muy pronto la enfermedad le sobrevino también a él, y, desarrollándose dicha enfermedad muy rápidamente, el presbítero acabó su vida. Y cuando los hermanos llevaron su cuerpo al sepulcro que él mismo había preparado para sí, al abrir dicho sepulcro todos los presentes vieron que no había sitio en él donde pudieran ponerlo, ya que el cuerpo del abad del monasterio, que había sido enterra-

do antes allí, ocupaba todo el sepulcro. Entonces, al ver los hermanos que habían transportado el cuerpo del presbítero que había dificultades para enterrarlo, uno de ellos dijo en voz alta lo siguiente: «Eh, padre, qué hay de lo que dijiste, que en este sepulcro cabíais los dos?».

4. A cuya voz, a la vista de todos, el cuerpo del abad que había sido enterrado antes allí y que yacía boca arriba súbitamente se volteó hacia un lado y dejó libre un sitio en el sepulcro para sepultar el cuerpo del presbítero; y así, después de muerto cumplió lo que había predicho en vida, que en aquel lugar cabían los dos[149].

5. Pero, puesto que el milagro que acabo de contar se produjo en el monasterio de San Pedro Apóstol de la ciudad de Palestrina, ¿quieres oír también algo que aconteció en relación con los custodios de la iglesia de San Pedro en esta ciudad de Roma, en donde fue enterrado su santísimo cuerpo?[150].

PEDRO. No sólo quiero, sino que te ruego encarecidamente que lo hagas.

[24. Teodoro, sacristán de la iglesia de San Pedro Apóstol de la ciudad de Roma][151]

1. GREGORIO. Aún viven algunos que conocieron a Teodoro, custodio de esta iglesia de Roma, por cuya narración llegó a conocerse un suceso muy memorable que a él le aconteció: una noche, habiéndose levantado muy temprano para despabilar las luces cercanas a la puerta, y tras haber puesto —según la costumbre— la escalera de madera debajo de la lámpara, se encontraba subido en ella y reavivaba la luz de la lámpara[152] cuando, de repente, san Pedro Apóstol se le presentó abajo, en el suelo, vistiendo una túnica blanca[153], y le dijo: «Compañero, por qué te has levantado tan temprano?».

2. Dicho lo cual, desapareció de su vista, pero se apoderó de él un pavor tan grande que le abandonaron las fuerzas todas del cuerpo y durante muchos días no fue capaz de levantarse de su lecho. Ahora bien, ¿qué es lo que quiso el santo Apóstol para sus servidores con esta aparición, sino mostrarles la evidencia de su constante atención hacia ellos, indicarles que todo lo que hacían por su veneración era visto siempre por él como una merced a cambio de la futura recompensa eterna?[154].

3. PEDRO. A mí no me parece tan sorprendente el hecho de que el Apóstol se dejara ver, sino el hecho de que el que lo vio, estando sano, cayera enfermo.

GREGORIO. ¿Por qué te sorprendes de eso, Pedro? ¿Acaso no te acuerdas de que, cuando el profeta Daniel vio aquella extraordinaria y terrible visión, sintió también pavor a causa de ella[155], y enseguida añadió:

'*Y yo perdí las fuerzas y estuve enfermo durante muchísimos días*'[a]? Y es que la carne no es capaz de concebir las cosas que son propias del espíritu, y por ello algunas veces, cuando la mente humana es llevada a ver más allá de sí misma, es forzoso que este pequeño recipiente carnal, que no es capaz de soportar el peso de un talento, se debilite.

PEDRO. La claridad de tu razonamiento ha disipado todos los escrúpulos de mi pensamiento.

[25. Aconcio, sacristán de la misma iglesia][156]

1. GREGORIO. No hace mucho tiempo, allí mismo también —según cuentan nuestros ancianos— hubo otro custodio de la iglesia, llamado Aconcio, varón de gran humildad y dignidad, que servía fielmente a Dios todopoderoso, hasta el punto de que el propio san Pedro Apóstol le mostró con sus prodigios en cuánta estima lo tenía. Así, una joven paralítica que estaba siempre en su iglesia, por tener la columna vertebral destrozada se desplazaba reptando con las manos y arrastrando su cuerpo por el suelo. Y habiéndole pedido durante mucho tiempo a san Pedro Apóstol que tuviera a bien curarla, una noche se le apareció el santo en sueños y le dijo: «Ve al sacristán Aconcio y pídeselo: él te devolverá la salud»[157].

2. Y como ella estuviera segura de aquella visión tan extraordinaria, pero ignorase quién era Aconcio, empezó a arrastrarse de acá para allá por toda la iglesia para averiguar quién era Aconcio. Y de repente se topó con el hombre a quien buscaba y le dijo: «Padre, por favor, dime quién es el custodio Aconcio». Y él le respondió: «Soy yo». Y ella le dijo: «Nuestro pastor y cuidador, san Pedro Apóstol, me ha enviado a ti para que me libres de esta enfermedad». Y él le respondió: «Si has sido enviada por él, levántate», y cogió su mano y al punto la irguió y la puso en pie. Y así, desde ese preciso instante todos los tendones y todos los miembros de su cuerpo se soldaron, de modo que en adelante no quedó signo alguno de su parálisis[158].

3. Pero si nos pusiéramos a contar todo lo que sabemos que se produjo en su iglesia, tendríamos que callar, sin duda, la narración de todo lo demás. Por eso debemos reconducir nuestro relato hacia los padres de nuestra época, cuya vida ha alcanzado ilustre fama a lo largo de las provincias de Italia.

[26. El monje eremita Menas][159]

1. Hace poco, en la provincia de Samnio, un venerable varón llamado Menas llevaba una vida de eremita; conocido por muchos de los

a. Dn 8, 27.

nuestros, murió hace aproximadamente diez años[160]. Del relato de sus obras no ofrezco ningún garante concreto, pues dispongo de casi tantos testigos de su vida como personas conocieron la provincia de Samnio.

2. Para atender sus necesidades no poseía él nada más que unas cuantas colmenas de abejas. Pues bien, habiendo pretendido un lombardo perpetrar un robo en relación con dichas abejas, primeramente fue reprendido de palabra por el citado varón y luego fue atormentado a sus pies por medio del Espíritu maligno[161]. Y de resultas de ello sucedió que su nombre, como ya lo era para todos sus compatriotas, también se hizo célebre para aquel pueblo bárbaro, y nadie más se atrevió a entrar en adelante en su habitáculo, a no ser en actitud humilde[162].

3. A menudo, viniendo unos osos desde un bosque cercano intentaban comerse sus abejas; él, al sorprenderlos, les golpeaba con una vara que solía llevar en la mano. Y ante sus golpes aquellas ferocísimas bestias rugían y huían, de modo que aquellos animales, que apenas si podían tenerle miedo a las espadas, mostraban un gran temor ante los golpes de vara propinados por su mano[163].

4. Fue su voluntad no poseer nada en este mundo, no querer nada[164], inflamar en el deseo de la vida eterna a todos los que acudían a él en busca de caridad. Por lo demás, si alguna vez tenía conocimiento de las faltas de alguien, quienquiera que fuera, nunca se abstenía de reprenderle, sino que, encendido por el fuego del amor, se aplicaba a escarnecerlo con su lengua. Sus vecinos, e incluso los que vivían lejos de aquel paraje, acostumbraban a enviarle sus ofrendas, cada uno un día de la semana, para que él mismo tuviera algo que poder ofrecerles a los que acudían a él.

5. En una ocasión, un propietario llamado Carterio, vencido por una pasión inmunda, raptó a una monja y se unió a ella en ilícito matrimonio. Tan pronto como el hombre del Señor tuvo conocimiento de ello, le mandó decir, por medio de quienes pudo, todo lo que aquél se merecía escuchar. Y como el hombre, consciente de su crimen, tuviera miedo y no se atreviera en modo alguno a acercarse al hombre de Dios, no fuera que lo reprendiera con aspereza como solía hacer con los pecadores, hizo sus ofrendas y se las envió mezcladas con las ofrendas de los demás, para que al menos recibiera sus presentes, aunque desconociera al remitente.

6. Pero, tras ser llevadas ante él las ofrendas de todos, el hombre de Dios permaneció sentado en silencio, se puso a examinar todas ellas, una por una, y quitando y poniendo aparte todas las demás, reconoció por medio del Espíritu las ofrendas que le había enviado Carterio[165], y las rechazó y las arrojó de sí diciendo: «Id y decidle: ¿Le has quitado al Señor todopoderoso su ofrenda y ahora me envías a mí tus ofrendas? Yo no acepto tu ofrenda, puesto que le has arrebatado a Dios la suya».

Y de resultas de ello sucedió que, tras haber juzgado tan sabiamente el hombre del Señor a los ausentes, también de los presentes se apoderó un enorme temor[166].

7. PEDRO. Creo que muchos de estos varones habrían podido sufrir el martirio si les hubiera tocado en suerte la época de las persecuciones[167].

GREGORIO. Hay dos clases de martirio, Pedro: uno de carácter secreto, otro de carácter público. En efecto, incluso aunque exteriormente no haya persecución, existe el mérito del martirio en secreto cuando en el interior del alma la virtud ansía ardientemente y se muestra dispuesta a sufrir la pasión[168].

8. Y así, que puede existir también martirio sin abierta pasión lo atestigua el Señor en el Evangelio, el cual a los hijos de Zebedeo —que por su flaqueza de espíritu reclamaban sentarse en los lugares más excelsos— les dice: '*¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*'. Y al responderle ellos: '*Sí, podemos*', les dice a ambos: '*Mi cáliz ciertamente lo beberéis, pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no está en mi mano concedéroslo*'[a]. Ahora bien, ¿qué designa aquí la palabra «cáliz», sino la copa de la pasión? Y puesto que tenemos plena constancia de que Santiago murió en la pasión, pero que Juan descansó en la paz de la Iglesia, se infiere, indubitablemente, que existe también un martirio sin abierta pasión, puesto que también de Juan, que no murió a causa de ninguna persecución, se dijo que habría de beber el cáliz del Señor.

9. ¿Pero cómo no decir de esos varones tan grandes y de tan excelsas prendas que yo he mencionado más arriba que, si hoy existiera la época de las persecuciones, habrían podido ser mártires también —ellos que, soportando en secreto las insidias del enemigo, amando en este mundo a sus adversarios, haciendo frente a todos los deseos de la carne, fueron también mártires en tiempos de paz por el hecho de haberse inmolado a Dios todopoderoso en su corazón—, cuando actualmente, en nuestra propia época, incluso a personas de vida corriente y seglar, de quienes no parecía que pudiera presumirse ningún tipo de gloria celestial, les tocó en suerte, llegada la ocasión, alcanzar la corona del martirio?

[27. Los cuarenta campesinos que perecieron a manos de los lombardos porque no quisieron comer carne inmolada][169]

Así, hace aproximadamente quince años[170] —según atestiguan quienes pudieron presenciar el hecho—, cuarenta campesinos apresados por los lombardos fueron obligados a comer carne inmolada. Y como ellos se opusieran con todas sus fuerzas y se negaran a tocar aquella comida sacrílega, los lombardos que los habían detenido empezaron a amena-

a. Mt 20, 22-23.

zarles con la muerte si no comían la carne inmolada. Pero ellos, prefiriendo la vida eterna antes que esta vida presente y transitoria, persistieron fielmente en su actitud y perecieron todos juntos manteniéndose en su firmeza. Así pues, ¿qué otra cosa fueron ellos sino mártires de la Verdad, ellos que, para no ofender a su Creador comiendo un alimento prohibido, prefirieron morir bajo las espadas?

[28. La multitud de prisioneros que perecieron porque no quisieron adorar la cabeza de una cabra]

1. Por esa misma época también, habiendo apresado los lombardos a aproximadamente otros cuatrocientos prisioneros, inmolaron al Diablo —según su costumbre— la cabeza de una cabra, corriendo en círculo alrededor de ella y consagrándosela mediante cánticos impíos. Y tras adorarla primeramente ellos humillando la cerviz, obligaban a adorarla igualmente también a aquellos a quienes habían capturado. Pero la mayor parte de aquella muchedumbre de prisioneros, dado que prefería marchar hacia la vida inmortal muriendo, antes que conservar la vida mortal adorando la cabeza, no quiso obedecer las órdenes sacrílegas y rehusó doblar ante aquella criatura la cerviz que siempre había inclinado ante su Creador. Y como consecuencia de ello sucedió que los enemigos que los habían capturado, inflamados de una violenta cólera, mataron con sus espadas a todos aquellos que no consintieron en ser partícipes de su error[171].

2. ¿Qué hay, pues, de sorprendente en que hubieran podido llegar a ser mártires, si hubiera estallado el tiempo de las persecuciones, aquellos que aun en la época misma de la paz de la Iglesia marcharon por el camino estrecho del martirio atormentándose continuamente a sí mismos, si también estos otros —que en los tiempos de la paz de la Iglesia parecía que seguían el camino ancho y espacioso del siglo— merecieron obtener las palmas del martirio con ocasión de una persecución puntual?

3. No obstante, lo que decimos acerca de los citados varones elegidos no lo mantenemos, como si se tratara ya de una regla general, acerca de todos. En efecto, cuando sobreviene el tiempo de una abierta persecución, de la misma manera que pueden sufrir el martirio muchos que en los tiempos de la paz de la Iglesia parece que son despreciables, así también en ocasiones se derrumban víctimas del miedo de su flaqueza aquellos que pensábamos que antes, en los tiempos de la paz de la Iglesia, se mantenían vigorosamente en pie.

4. En cualquier caso, afirmamos rotundamente que aquellos varones de los que antes hemos hablado habrían podido llegar a ser mártires, pues lo inferimos a partir de su final. En efecto, no podían derrumbarse

en la abierta persecución aquellos de quienes nos consta que incluso hasta el final de sus vidas perseveraron en la secreta virtud del espíritu.

5. PEDRO. Es tal como dices. Pero me maravilla la providencia de la divina misericordia para con nosotros, indignos de ella, pues Dios refrena la crueldad de los lombardos no permitiendo en modo alguno que sus sacrílegos sacerdotes, que se ven a sí mismos como vencedores de los fieles, persigan la fe de los católicos[172].

[29. El obispo arriano cegado]

1. GREGORIO. Intentaron hacerlo muchas veces, Pedro, pero los milagros celestiales se opusieron a su crueldad. En relación con ello contaré ahora un prodigio que conocí hace ahora tres días por boca de Bonifacio, un monje de mi monasterio que hasta hace cuatro años estuvo con los lombardos[173].

2. Habiendo venido a la ciudad de Espoleto[174] un obispo de los lombardos —arriano, por supuesto— y no teniendo allí lugar alguno donde llevar a cabo sus ceremonias, se puso a pedirle al obispo de aquella ciudad una iglesia para dedicarla al error de su herejía. Al negarse rotundamente a ello el obispo, el arriano que había venido a Espoleto declaró públicamente que habría de entrar por la fuerza al día siguiente en la iglesia de San Pablo Apóstol, que se levantaba allí cerca. Al oír aquello el custodio de la citada iglesia, corrió presuroso, cerró la iglesia y la aseguró con cerrojos. Al anochecer, apagó todas las lámparas y se ocultó en su interior.

3. Al amanecer mismo del día siguiente, el obispo arriano, tras congregar a un gran gentío, llegó dispuesto a forzar las puertas cerradas de la iglesia. Pero, de repente, sacudidas por voluntad divina todas las puertas al mismo tiempo, arrojados lejos sus cerrojos, se abrieron, y todas las trancas de la iglesia se desatrancaron en medio de un gran estruendo. Derramando su luz desde arriba, se encendieron todas las lámparas que habían sido apagadas, y el obispo arriano que había llegado dispuesto a forzar la iglesia fue abatido por una súbita ceguera y, ya en manos ajenas, fue devuelto a su residencia[175].

4. Cuando todos los lombardos que había en la región tuvieron noticia de aquello, nunca más en adelante se atrevieron a profanar los recintos católicos. Y es que el hecho se llevó a cabo de forma admirable, de modo que, puesto que las lámparas habían sido apagadas en la iglesia de San Pablo por causa del obispo arriano, en un solo y mismo instante la luz retornó a la iglesia y el obispo arriano perdió la luz de sus ojos.

[30. La iglesia arriana que fue consagrada en la fe católica en la ciudad de Roma]

1. Pero no puedo pasar tampoco en silencio lo que la Bondad celestial mostró también en esta ciudad de Roma hace dos años[176], para condena de esa misma herejía arriana. Uno de los prodigios que ahora cuento lo conoció todo el pueblo, mientras que el sacerdote y los custodios de la iglesia atestiguan haber visto y oído los demás[177].

2. Nos pareció oportuno que la iglesia arriana situada en el barrio de esta ciudad llamado de la Subura, que había permanecido cerrada hasta hace dos años, debía ser consagrada en la fe católica, introduciendo en ella las reliquias de los mártires san Sebastián y santa Ágata. Y así se hizo. Viniendo, pues, con una gran masa de gente del pueblo y cantando alabanzas al Señor todopoderoso, entramos en la citada iglesia.

3. Y estando celebrándose ya en ella la ceremonia de la misa y mientras la turba del pueblo se apretujaba a causa de la estrechez del recinto, algunos de los que permanecían en pie fuera del templo sintieron cómo de improviso correteaba entre sus pies, de acá para allá, un cerdo. Y mientras cada uno de ellos lo sentía y lo señalaba a los que se encontraban a su lado, el cerdo buscó las puertas de la iglesia y dejó sorprendidos y admirados a todos aquéllos por entre los que pasó. Sin embargo, aunque pudo sentirse, no pudo verse nada. Y la divina Bondad mostró todo esto por lo siguiente, para que a todo el mundo le quedara claro que el inmundo morador abandonaba el lugar[178].

4. Concluida, pues, la celebración de la misa, nos fuimos. Pero todavía esa misma noche se produjo un gran estrépito en el techo de la iglesia, como si alguien correteara vagando encima de ella. Y la noche siguiente aumentó y se hizo aún más fuerte el ruido. Cuando, de repente, resonó tan aterradoramente como si toda la iglesia hubiera sido destruida desde sus cimientos, e inmediatamente se desvaneció, y ya no se manifestó allí ninguna turbación más del viejo Enemigo, pero por el terrorífico sonido que hizo dio a entender cuán a la fuerza salía del lugar que durante tanto tiempo había poseído[179].

5. Pocos días después, hallándose el cielo completamente sereno, descendió sobre el altar de la iglesia una nube procedente del cielo, y lo cubrió con su velo y llenó toda la iglesia de un modo tan extraordinario y con un olor tan delicioso que, aun estando las puertas abiertas, nadie se atrevía a entrar allí; y el sacerdote y los custodios, o los que habían venido a celebrar la ceremonia de la misa, veían el prodigio, pero no podían entrar, y aspiraban el perfume de aquel olor maravilloso[180].

6. Al día siguiente, cuando las lámparas colgaban sin luz en la iglesia, todas ellas se encendieron gracias al envío de una luz procedente de lo alto. Y, de nuevo, pocos días después, habiendo salido de la iglesia

el custodio —una vez concluida la ceremonia de la misa y apagadas las lámparas—, entró muy poco después y encontró luciendo las lámparas que había apagado. Pensó que las había apagado mal y las apagó esta vez con más cuidado. Al salir cerró la iglesia, pero al volver pasadas tres horas halló luciendo las lámparas que había apagado, sin duda para que mediante aquella luz se pusiera claramente de manifiesto que aquel recinto había venido de las tinieblas a la luz[181].

7. PEDRO. Aunque nos hallamos en medio de grandes tribulaciones[182], sin embargo, estos asombrosos milagros de Dios que estoy oyendo atestiguan que no hemos sido dejados enteramente de lado por nuestro Creador.

8 GREGORIO. Aunque yo me había propuesto narrar únicamente los milagros obrados en Italia, ¿quieres, no obstante, que para mostrar la condena de esta misma herejía arriana nos traslademos con la palabra a Hispania y que desde allí regresemos a Italia a través de África?[183].

PEDRO. Marcha a donde quieras. Pues yo iré allí con todo gusto y con todo gusto volveré.

[31. El rey Hermenegildo, hijo del rey de los visigodos Leovigildo, asesinado por su propio padre por su fe católica]

1. GREGORIO. Según hemos sabido por el relato de muchos que vienen de las tierras de Hispania, hace poco el rey Hermenegildo, hijo del rey de los visigodos Leovigildo, se ha convertido de la herejía arriana a la fe católica gracias a la predicación del reverendísimo varón Leandro, obispo de Sevilla, unido a mí en íntima amistad desde hace mucho tiempo[184].

2. Para hacerlo volver a la herejía, su padre arriano intentó persuadirlo con regalos y amedrentarlo con amenazas. Mas, como él respondiera con toda firmeza que jamás podría abandonar la fe verdadera una vez que la había conocido, el padre, airado, le privó del reino y le despojó de todos sus bienes. Pero, como ni siquiera así fuera capaz de debilitar la fortaleza de su alma, encerrándolo en una angosta prisión cargó de cadenas su cuello y sus manos. Así pues, el joven rey Hermenegildo, despreciando el reino terreno y ansiando con ardiente deseo el celestial, comenzó a yacer, encadenado, sobre una manta de piel de cabra, a prodigar súplicas a Dios todopoderoso para que lo confortara y a desdeñar la gloria de este mundo pasajero, tanto más exaltadamente cuanto que sabía que, aun encadenado, no había nada que pudiera serle arrebatado[185].

3. Llegado el día de la fiesta pascual, en el silencio de las altas horas de la noche su pérfido padre le envió un obispo arriano para que recibiera de sus manos la comunión de la sacrílega fe y mereciera por ello volver al favor de su padre. Pero el varón entregado a Dios se deshizo

en reproches —como debía— ante el obispo arriano que había venido hasta él, y alejó de sí su perfidia con las reprensiones merecidas, porque, aunque exteriormente yacía encadenado, sin embargo, ante sí mismo, en la elevada altura de su alma, se mantenía firme y seguro de sí.

4. Y así, cuando el obispo regresó a Leovigildo, el padre arriano bramó y envió inmediatamente a sus guardias para que en el mismo lugar donde yacía mataran al inquebrantable confesor de Dios. Así se hizo. En efecto, nada más entrar, clavándole un hacha en la cabeza le quitaron la vida corporal, y de ese modo pudieron hacer perecer en él precisamente aquello que también el propio muerto había resuelto despreciar[186].

5. Pero, para mostrar su verdadera gloria, no faltaron tampoco los milagros celestiales. Así, en el silencio de la noche, junto al cuerpo del mencionado mártir y rey —rey verdaderamente por ello mismo, por haber sido mártir— empezaron a oírse cánticos de salmos[187]. Y cuentan también algunos que allí mismo, en las horas nocturnas, se veían lámparas encendidas[188]. Y por ello vino a suceder que su cuerpo acabó siendo debidamente venerado, como el de un auténtico mártir, por todos los fieles[189].

6. Por su parte, el padre pérfido y parricida, arrepentido, se lamentó de haber hecho lo que había hecho, pero no hasta el punto, sin embargo, de alcanzar la salvación. Reconoció, en efecto, que la fe católica era la verdadera, pero atemorizado por el miedo a su pueblo no mereció llegar a convertirse a ella. Llegado el fin de sus días tras haber contraído una enfermedad, cuidó de encomendar al obispo Leandro —a quien antes había combatido con ahínco— a su hijo el rey Recaredo (al cual dejaba profesando su herejía), para que hiciera también con él mediante su predicación lo que antes había hecho con su hermano. Y una vez cumplida esta encomienda, falleció[190].

7. Tras su muerte, el rey Recaredo, siguiendo los pasos no de su padre herético, sino de su hermano mártir, se convirtió desde el error de la herejía arriana y condujo a todo el pueblo de los visigodos a la fe verdadera, hasta el punto de no permitir desempeñar cargos en su reino a quienes no temieran ser enemigos del Reino de Dios profesando la perfidia herética[191].

8. Y no es sorprendente que quien es hermano de un mártir se haya convertido en heraldo de la fe verdadera. Pues también los méritos de éste lo ayudan para hacer retornar a tantísima gente al seno de Dios todopoderoso. Y es que en relación con esta conversión nosotros debemos pensar que todo ello no habría podido realizarse en modo alguno si el rey Hermenegildo no hubiera muerto por la verdad. En efecto, como está escrito: *Si el grano de trigo no muere cayendo en la tierra, entonces sólo perdura él; pero si muere, produce mucho fruto*[a]. Y vemos que en los

a. Jn 12, 24.

miembros sucede lo mismo que sabemos que ha sucedido en la cabeza. Y así, en el pueblo de los visigodos murió uno sólo para que vivieran muchos, y cayendo un solo grano fielmente para conseguir la fe, brotó una copiosa cosecha de almas.

PEDRO. ¡Oh hecho admirable y asombroso en nuestra época!

[32. Los obispos africanos que, tras ser arrancadas sus lenguas de raíz por los vándalos arrianos por su defensa de la fe católica, no sufrieron merma alguna en su habitual capacidad de habla]

1. GREGORIO. También en tiempos del emperador Justiniano, cuando la persecución arriana iniciada por los vándalos se ensañaba violentamente en África contra la vida de los católicos, algunos obispos que perseveraban valientemente en la defensa de la verdad fueron hechos comparecer públicamente. El rey de los vándalos, al no ser capaz de doblegarlos a la herejía ni con palabras ni con regalos, creyó que podría vencerlos con tormentos. Y así, como les hubiera ordenado guardar silencio en la defensa de la verdad y ellos, sin embargo, no dejaran de hablar contra la herejía (no fuera que, si callaban, pareciera acaso que estaban de acuerdo con ella), preso de furor, hizo que se les cortaran las lenguas de raíz. ¡Y oh hecho admirable y conocido por muchos ancianos!: a pesar de no tener lengua, ellos hablaban después en defensa de la verdad exactamente igual que antes habían hablado con lengua[192].

2. PEDRO. Verdaderamente admirable y sumamente asombroso.

GREGORIO. Pedro, acerca del Unigénito del Padre excelso está escrito: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y Dios era la Palabra*. Y acerca del poder de la misma se añade también lo siguiente: *Todo ha sido hecho gracias a ella*[a]. ¿Por qué, pues, admirarnos de que la Palabra, que hizo la lengua, pueda pronunciar palabras sin lengua?

PEDRO. Me parece bien lo que dices.

3. GREGORIO. Así pues, en aquella época llegaron ellos, fugitivos, a la ciudad de Constantinopla. Y todavía en la época en la que yo fui enviado al emperador como nuncio de la Iglesia encontré a un anciano obispo que aseguraba haber visto aún cómo sus bocas hablaban sin lengua[193], de modo tal que ellos gritaban con sus bocas abiertas: «Mirad, ved que no tenemos lenguas y hablamos». En efecto, los que se volvían a mirarlos veían —según contaba— que en su garganta, por haber sido cortadas sus lenguas de raíz, se abría como una especie de profundo agujero, mas, sin embargo, en sus bocas vacías se formaban palabras enteramente acabadas e inteligibles.

a. Jn 1, 1-3.

4. Uno de ellos, habiendo caído allí en la lujuria, fue privado al punto del don de aquel milagro; y ello, sin duda, por justa decisión de Dios todopoderoso, a fin de que quien no se había cuidado de guardar la continencia carnal, no pudiera pronunciar palabras virtuosas sin lengua carnal[194]. Pero como condena de la herejía arriana baste ya con lo que hemos dicho. Ahora volvamos a los prodigios que han tenido lugar recientemente en Italia[195].

[33. El siervo de Dios Eleuterio]

1. Ese Eleuterio del que más arriba hice mención[196], abad del monasterio de San Marcos Evangelista, que se encuentra extramuros de la ciudad de Espoleto, vivió conmigo durante mucho tiempo en esta ciudad de Roma en mi monasterio, y allí murió[197]. Sus discípulos contaban que, rezando, había resucitado a un muerto[198]. Era un varón de una sencillez y una compunción tan grandes que no hay duda de que las lágrimas salidas de un espíritu tan humilde y sencillo habrían podido conseguir muchas cosas ante Dios todopoderoso. Voy a contar, pues, un milagro suyo, que él mismo refería con toda sencillez ante la insistencia de mis preguntas[199].

2. Un día, cuando iba de viaje, no habiendo sitio alguno para retirarse cuando se le echó encima la noche, se llegó a un monasterio de monjas, en el cual había un niño pequeño a quien el Espíritu maligno solía atormentar todas las noches. Las religiosas, cuando acogieron al hombre de Dios, le rogaron lo siguiente: «Padre, que este niño se quede esta noche contigo». Él lo aceptó de buen grado y permitió que el niño yaciera con él aquella noche.

3. Al llegar la mañana, las religiosas se pusieron a preguntarle al padre muy diligentemente si esa noche le había sucedido algo al niño que le habían entregado. Y él, sorprendido de que le preguntaran eso, les respondió: «Nada». Entonces ellas le informaron sobre el caso del niño y le manifestaron que el Espíritu maligno no se apartaba de él ninguna noche, rogándole encarecidamente que se lo llevara consigo a su monasterio, porque ellas no podían ver por más tiempo el sufrimiento de aquél. El anciano consintió y se llevó al niño a su monasterio.

4. Y tras haber estado el niño durante mucho tiempo en el monasterio sin que el viejo Enemigo se hubiera atrevido en modo alguno a acercarse a él, el alma del anciano se dejó llevar en demasía por la alegría a propósito de la salud del niño. Y así, reunidos los hermanos en su presencia, les dijo: «Hermanos, el Diablo se burlaba de las hermanas. Pero, cuando se ha acudido a los siervos de Dios, ya no se ha atrevido a acercarse a este niño». Tras estas palabras, en el mismo momento y hora, el Diablo, introduciéndose en el niño, lo atormentó delante de todos los hermanos.

5. Al ver esto, el anciano se entregó de inmediato a la aflicción. Y queriendo consolarlo los hermanos tras haber estado llorando él durante mucho tiempo, les respondió lo siguiente: «Creedme: hoy no entrará pan en la boca de ninguno de vosotros, si este niño no es arrancado de las garras del Demonio». Entonces se postró en oración con todos los hermanos y no dejaron de rezar hasta que el niño sanó de su tormento. Y sanó tan completamente que el Espíritu maligno en adelante no tuvo ya el atrevimiento de acercarse a él[200].

6. PEDRO. Creo que, por haberse apoderado de Eleuterio algo de orgullo, Dios todopoderoso quiso que sus discípulos fueran fautores de aquel prodigio[201].

GREGORIO. Así es. No pudo, en efecto, cargar él sólo con el peso del milagro. Lo compartió con los hermanos y de ese modo cargó ya con él.

7. Yo he comprobado en mi propia persona cuánto poder tenía la oración de este hombre. Así, una vez, cuando aún me hallaba en el monasterio, sufriendo fuertes cólicos en mis partes vitales y aproximándome por momentos a la muerte en medio de reiteradas angustias —malestar al que los médicos con un vocablo griego llaman «síncope»[202]—, de forma tal que si los hermanos no me reponían las fuerzas con frecuentes alimentos mi aliento vital parecía extinguirse inevitablemente, llegó el día de Pascua. Y como yo no pudiera ayunar el santísimo sábado en el que todos, hasta los niños pequeños, ayunan, empecé a desfallecer: más a causa de la tristeza que de la enfermedad.

8. Pero mi ánimo abatido concibió muy pronto la idea de traer secretamente al oratorio al hombre de Dios y pedirle que con sus preces ante el Señor todopoderoso consiguiera que se me concedieran fuerzas para ayunar aquel día. Lo cual se hizo. En efecto, apenas entramos en el oratorio, tras rogárselo yo humildemente, se entregó él a la oración con lágrimas en los ojos, y muy poco después, acabada la oración, salió. Y ante sus palabras de bendición mi estómago recibió un vigor tan grande que se me esfumó completamente de la memoria la comida y la enfermedad[203].

9. Empecé a asombrarme de quién era yo en ese momento y de quién había sido, puesto que incluso cuando la enfermedad volvía a mi ánimo no reconocía ya en mí nada de aquellas molestias que recordaba. Y al estar ocupada mi mente en las ocupaciones del monasterio, me olvidaba completamente de mi enfermedad. Pero incluso si la enfermedad me volvía a la memoria —como acabo de decir—, al sentirme yo tan fuerte, me asombraba de no haber comido. Y cuando él vino al atardecer, me encontré con una fortaleza tan grande que, si hubiera querido, habría podido alargar el ayuno hasta el día siguiente. Y ello ocurrió así para que yo pudiera comprobar en mí mismo que aquellos otros prodigios que se contaban de él, en los que yo no estuve personalmente presente, también eran ciertos.

10. PEDRO. Puesto que has dicho que este varón estaba dotado de una gran compunción, me gustaría conocer, mucho más por extenso, la importancia misma de la aflicción. Por eso, te ruego que me expliques detalladamente cuántas clases de compunción hay[204].

[34. Cuántas clases de compunción hay][205]

1. GREGORIO. Hay muchos tipos de compunción, ya que los que se arrepienten se lamentan de cada uno de sus pecados de manera particular. Y por eso dice también Jeremías con la voz de los arrepentidos: *Mis ojos derramaron diversos regueros de lágrimas*[a].

2. Pero fundamentalmente hay dos clases de compunción, pues el alma, sedienta de Dios, primero se duele por temor y luego por amor. En efecto, primero se anega en lágrimas porque, al recordar sus pecados, teme sufrir el suplicio eterno a causa de ellos. Pero al disiparse el temor con la prolongada angustia de la aflicción, surge ya como una especie de tranquilidad acerca de la consecución del perdón, y el alma se inflama en el amor del gozo celestial; de modo que el que antes lloraba para no ser conducido al suplicio después comienza a llorar muy amargamente por diferírsele su acceso al Reino. En efecto, el alma contempla qué sean aquellos coros de ángeles, qué aquella sociedad de santos espíritus, qué aquella majestad de la visión interior de Dios, y se lamenta por carecer de los bienes eternos más de lo que antes lloraba cuando temía los males eternos. Y de este modo sucede que la compunción del miedo, una vez concluida, entrega ya el alma a la compunción del amor.

3. Algo que se describe muy bien —mediante un relato alegórico— en la verídica Historia sagrada, en donde se dice que Axa, hija de Caleb, yendo montada en un asno, suspiró. Y su padre le dijo: *'¿Qué tienes?', y ella le respondió: 'Dame una bendición. Me has dado una tierra meridional y de secano, dame también una tierra de regadío'. Y su padre le dio el regadío de arriba y el regadío de abajo*[b].

4. Axa está montada en un asno porque su alma gobierna las pasiones irracionales de su carne. Y le pide a su padre una tierra de regadío suspirando, porque la gracia de las lágrimas se ha de pedir a nuestro Creador con grandes suspiros. Y es que hay algunos que ya han recibido el don de hablar libremente por la justicia, de velar por los oprimidos, de repartir sus bienes entre los pobres, de tener una fe ardiente, pero aún no tienen la gracia de las lágrimas. Éstos, ciertamente, tienen una tierra meridional y de secano, pero carecen aún de una tierra de regadío, porque, instalados en las buenas obras, en las cuales son estupendos y

a. Lam 3, 48.
b. Jos 15, 18-19.

fervorosos, es muy conveniente que bien por temor de los suplicios, bien por amor del Reino celestial lloren también por los pecados que anteriormente cometieron.

5. Pero puesto que —como he dicho— hay dos clases de compunción, su padre le dio el regadío de arriba y el regadío de abajo. Y es que el alma recibe el regadío de arriba cuando se aflige entre lágrimas por su deseo del Reino celestial, y recibe el regadío de abajo cuando, llorando, siente un gran temor ante los suplicios del Infierno. Y es cierto que primeramente se da el regadío de abajo y luego el de arriba, pero, dado que la compunción del amor posee mayor dignidad, fue preciso y obligado mencionar en primer lugar el regadío de arriba y luego el de abajo.

6. PEDRO. Me parece bien lo que dices. Pero después de haber dicho que este Eleuterio de vida venerable tuvo tales méritos, me gustaría saber si podemos pensar que en la actualidad existen en el mundo hombres semejantes[206].

[35. Amancio, presbítero de la provincia de Tuscia][207]

1. GREGORIO. Florido, obispo de Città di Castello[208], cuyo crédito y santidad no son desconocidos de tu caridad, me ha contado que él tiene consigo un presbítero, llamado Amancio, varón de particular sencillez, de quien afirma que posee tal poder milagroso que pone su mano sobre los enfermos, a la manera de los apóstoles, y les restablece la salud, y, por muy virulenta que sea la enfermedad, ésta remite a su contacto[209].

2. Y añade que posee también el siguiente poder taumatúrgico, a saber, que en cualquier lugar que encuentra una serpiente, por muy extraordinariamente peligrosa que sea, nada más hacerle la señal de la cruz, la mata, de modo que por el poder milagroso de la cruz que el hombre de Dios hace con el dedo, reventadas sus vísceras, muere. Y si alguna vez la serpiente escapa metiéndose en su agujero, bendice con la señal de la cruz la entrada del agujero y al instante extrae la serpiente, ya muerta, fuera de él[210].

3. Yo mismo tuve también interés en ver a este varón de poderes tan prodigiosos y, tras hacerlo venir junto a mí, quise que se quedara unos cuantos días en la enfermería, en donde, si por ventura se presentaba su don de curación, pudiera ser puesto a prueba con toda celeridad. Entre otros enfermos yacía allí uno que había perdido el juicio, al que la medicina, con un vocablo griego, denomina «frenético»[211]. Como éste una noche, evidentemente fuera de sí, diera grandes gritos y perturbara a todos los enfermos con sus enormes alaridos —hasta el punto de que nadie podía conciliar el sueño en la enfermería—, sucedía algo verdaderamente lamentable, que allí donde uno sólo se encontraba mal, todos los demás se encontraban peor.

4. Pero, según supe puntualmente —primero por el reverendísimo obispo Florido, que se encontraba entonces allí con el citado presbítero, y luego por un criado que esa noche estaba al cuidado de los enfermos[212]—, aquel venerable presbítero, levantándose de su propio lecho, se acercó silenciosamente a la cama del frenético y, puestas las manos sobre él, rezó. Y encontrándose al punto mejor, lo cogió y se lo llevó con él al oratorio, en el piso superior de la enfermería. Cuando se prosternó para rezar por él —ahora ya más libremente—, al punto lo devolvió curado a su propia cama, de modo que en adelante ya no dio ningún grito ni turbó con alarido alguno a ninguno de los enfermos. Y él, tras recobrar enteramente su juicio, ya no contribuyó a empeorar la enfermedad de los demás[213].

5. Y a partir de este solo hecho suyo hemos comprendido que debemos creer todo lo demás que hemos oído acerca de él.

6. PEDRO. Es una magnífica instrucción para la vida el poder ver a los varones que llevan a cabo hechos extraordinarios y el poder contemplar aquí en la tierra, entre sus propios ciudadanos, la Jerusalén celeste[214].

[36. Maximiano, obispo de la ciudad de Siracusa]

1. GREGORIO. Creo que no se debe pasar tampoco en silencio el milagro que Dios todopoderoso tuvo a bien mostrar sobre su siervo Maximiano, ahora obispo de Siracusa y entonces abad de mi monasterio[215]. Así, cuando por orden de mi Pontífice servía yo como nuncio de la Iglesia en el palacio de la ciudad de Constantinopla[216], llegó hasta mí con unos hermanos, impulsado por el cariño, el venerable Maximiano.

2. Y cuando él regresaba a Roma a mi monasterio, habiendo sido sorprendido en el mar Adriático por una enorme tempestad, de manera increíble y por un extraordinario milagro obrado en su favor y en el de todos los que lo acompañaban, conoció tanto la ira como la gracia de Dios todopoderoso. En efecto, habiéndose embravecido, para llevarlos a la muerte, un gran oleaje levantado por enormes vientos, las cabillas de la nave se echaron a perder, el mástil se rompió, las velas fueron arrojadas en medio de las olas y todo el casco de la nave, zarandeado a causa de la enormidad de las olas, había quedado desensamblado por todas sus junturas.

3. El agua del mar entró, pues, por las hendiduras abiertas y anegó la nave hasta el maderamen superior, de modo que aquello no parecía ya tanto una nave en medio de las olas como un mar de olas dentro de la nave. Entonces, los que se encontraban en el barco, turbados no ya por la proximidad de la muerte, sino por la propia presencia y visión de la muerte misma, se dieron todos la paz entre ellos y recibieron el cuerpo y la sangre del Redentor, encomendándose todos y cada uno de ellos a

Dios para que acogiera benevolentemente las almas de aquellos cuyos cuerpos había entregado a una muerte tan pavorosa.

4. Pero Dios todopoderoso, que tan admirablemente aterrorizó sus almas, más admirablemente aún salvó sus vidas. Pues aquella nave anegada de agua hasta el maderamen superior permaneció a flote durante ocho días, logrando completar su ruta propia. Al noveno día fue conducida al interior del puerto de la fortaleza de Crotona[217]. Y salieron de ella, sanos y salvos, todos los que navegaban con el mencionado venerable Maximiano.

5. Y tras salir también él tras ellos, la nave se hundió inmediatamente en las profundidades del puerto, como si, una vez desembarcados los hombres, el barco careciera ya —sin el peso de aquéllos— de la capacidad de flotar. En efecto, la nave que, repleta de hombres, había soportado el peso del agua y había flotado en mitad del mar, al abandonarla Maximiano con sus hermanos, sin hombres y en el interior del puerto, no pudo soportar ya el peso del agua; y ello para que Dios todopoderoso pudiera mostrar cómo con su mano había sostenido, cargada, la nave que, vacía y abandonada por los hombres, no pudo mantenerse a flote sobre las aguas[218].

[37. Sántulo, presbítero de la provincia de Nursia]

1. Hace unos cuarenta días viste también junto a mí a ese varón que mencioné más arriba, el presbítero de vida venerable llamado Sántulo, que solía venir a verme todos los años desde la provincia de Nursia[219]. Pero hace tres días ha llegado de esa misma provincia un monje que me ha dejado abatido con la aflicción de una triste noticia, pues me ha comunicado que dicho varón ha muerto[220]. Así pues, aunque no dejo de recordarlo sin dulces sollozos, sin embargo, voy a contarte, ahora ya sin temor, los milagros de dicho varón, de los que tuve conocimiento por unos sacerdotes vecinos suyos, hombres dotados de un crédito y una simplicidad admirables. Y como entre las almas que se quieren la intimidad del cariño da lugar a un gran atrevimiento, muchas veces, a instancia mía, por el placer de oírlo, él mismo también se veía obligado a contarme algunos de los prodigios de menor importancia que había hecho[221].

2. Así, en cierta ocasión, estando unos lombardos[222] prensando la aceituna en el lagar para transformarla en aceite, como él era muy alegre tanto de rostro como de carácter, les llevó al lagar un odre vacío y saludó con rostro divertido a los lombardos que allí trabajaban, les presentó el odre y, ordenándoselo más que pidiéndoselo, les dijo que se lo llenaran. Pero aquellos bárbaros, dado que ya habían estado trabajando todo el día y no eran capaces de extraer el aceite de las aceitunas estru-

jándolas, tomaron a mal sus palabras y se desataron en insultos contra él. El hombre de Dios, con rostro aún más divertido les respondió diciendo: «Que recéis así por mí... Llenadle este odre a Sántulo y de ese modo él os dejará». Y al comprobar ellos que no fluía aceite alguno de las aceitunas y ver que el hombre de Dios insistía en que le llenaran el odre, vivamente irritados, se pusieron a ofenderlo con mayores insultos aún.

3. El hombre de Dios, viendo que no salía aceite del lagar en modo alguno, pidió que le dieran agua: la bendijo a la vista de todos y la arrojó con sus propias manos en el interior del lagar. E inmediatamente después de dicha bendición brotó tal abundancia de aceite que los lombardos, que anteriormente habían estado trabajando en vano durante mucho tiempo, no sólo llenaron todos sus recipientes, sino también el odre que el hombre de Dios había traído; y le daban las gracias porque el mismo que había venido a pedirles aceite les había dado, con su bendición, aquello mismo que les estaba pidiendo[223].

4. En otra ocasión también, una severa hambruna se había extendido por todas partes, y la iglesia de San Lorenzo Mártir había sido incendiada por los lombardos. El hombre de Dios, deseando reconstruirla, empleó a muchos maestros albañiles y a un número aún mayor de obreros ayudantes. Los trabajadores necesitaban que se les costearan sin dilación los gastos diarios, pero al aumentar la miseria del hambre faltó el pan. Los trabajadores empezaron entonces a reclamar comida con insistencia, pues a causa de la escasez de alimentos no tenían fuerzas para el trabajo. Al oír esto el hombre de Dios, los consolaba exteriormente con sus palabras, prometiéndoles lo que faltaba, pero él mismo se angustiaba mucho en su interior, al no ser capaz de procurarles la comida que les prometía.

5. Y marchando angustiado de un lado para otro, llegó hasta un horno en el que unas mujeres vecinas habían estado cociendo pan el día anterior, y, encorvándose, miró allí dentro, no fuera que por un casual hubiera quedado algún pan de las que lo habían estado cociendo. Cuando de repente encontró un pan de extraordinario tamaño y de insólita blancura. Lo cogió, sí, pero no quiso llevárselo a los maestros albañiles, no fuera que perteneciera acaso a otra persona y que —creyendo obrar piadosamente— cometiera un pecado. Así pues, lo llevó a las mujeres vecinas y se lo mostró a todas, para cerciorarse de que no se le había quedado en el horno a ninguna de ellas. Pues bien, todas las mujeres que habían estado cociendo pan el día anterior dijeron que no era suyo, y le aseguraron que ellas habían retirado absolutamente todos sus panes del horno.

6. Entonces el hombre del Señor, muy contento, se dirigió con aquel solo pan al gran número de maestros albañiles, les exhortó a dar gracias a Dios todopoderoso, les hizo saber que les había conseguido provisiones e, invitándoles inmediatamente a comer, puso sobre la mesa el pan que había encontrado. Una vez saciados ellos cabal y cumplidamente, él

mismo recogió más trozos sobrantes que pan había. Y al día siguiente se llevó también los trozos para la comida, pero las sobras de esos trozos superaban de nuevo a los trozos que se habían puesto sobre la mesa.

7. Y sucedió que durante diez días todos los maestros albañiles y todos los obreros, saciándose con aquel único pan, no sólo comían de él diariamente, sino que de lo que diariamente podía comerse sobraba para el día siguiente, como si los trozos de aquel pan aumentaran al comerlo y como si las bocas de los comensales renovaran el alimento[224].

8. PEDRO. Hecho admirable y sumamente asombroso, siguiendo el ejemplo[225] de un milagro del Señor[a].

GREGORIO. Pedro, por medio de su siervo Sántulo alimentó con un solo pan a mucha gente el mismo que personalmente sació con cinco panes a cinco mil personas, el mismo que multiplica unos pocos granos de simiente en innumerables granos de trigo, el mismo también que produjo la simiente misma a partir de la tierra y el mismo que creó, al mismo tiempo, todas las cosas de la nada[226].

9. Pero para que no te admires por más tiempo de lo que el venerable varón Sántulo realizó exteriormente en la gracia del Señor, escucha qué clase de hombre fue él interiormente por la gracia del Señor[227].

10. Un día, habiendo apresado los lombardos a un diácono, lo retenían atado, y los mismos que lo habían capturado pensaban matarlo. Al atardecer, el hombre de Dios Sántulo les pidió a los lombardos que lo soltaran y le perdonaran la vida. Le dijeron que de ningún modo podían hacer ellos tal cosa. Viendo, pues, que habían decidido ya la muerte de aquél, les pidió que se lo entregaran a él para su custodia. Inmediatamente le respondieron: «Sí, te lo confiamos para su custodia, pero con esta condición, que si él huye, tú morirás por él». El hombre del Señor, aceptando de buen grado aquella condición, acogió bajo su protección al mencionado diácono.

11. A media noche, viendo que todos los lombardos habían caído en un profundo sueño, lo despertó y le dijo: «Levántate y huye rápidamente. Que Dios todopoderoso te libere». Pero el diácono, recordando su promesa, le respondió diciendo: «No puedo huir, padre, pues si yo huyera, sin duda tú morirías por mí». El hombre del Señor Sántulo le obligó a huir diciéndole: «Levántate y vete: que Dios todopoderoso te saque de aquí, pues yo estoy en manos de Él; tan sólo pueden hacer contra mí lo que Él les permita». Huyó, pues, el diácono, y su fiador se quedó allí en medio, como si hubiera sido engañado por él.

12. Al llegar la mañana, los lombardos que le habían confiado al diácono para su custodia, vinieron y le reclamaron el hombre que le habían confiado. Pero el venerable presbítero respondió que había huido.

a. Cf. Mt 14, 15-21; Jn 6, 5-13.

Entonces ellos le dicen: «Tú sabes muy bien lo que convinimos». El siervo del Señor les dijo serenamente: «Lo sé». Y ellos le dijeron: «Eres un buen hombre. No queremos que mueras en medio de variados tormentos. Elige la muerte que quieres para ti». El hombre del Señor les respondió diciendo: «Estoy en las manos de Dios. Matadme con la muerte con la que Él consienta que yo muera». Entonces todos los lombardos que allí se encontraban opinaron que debían decapitarlo, a fin de poner fin a su vida sin crueles tormentos y con una muerte rápida.

13. Así pues, al saberse que iban a matar a Sántulo —el cual gozaba entre ellos de una gran consideración en atención a su santidad—, todos los lombardos que se encontraban en aquel lugar, como son de extremada crueldad, acudieron alegres al espectáculo de su muerte. Lo rodearon, pues, formando filas. Hicieron comparecer públicamente al hombre del Señor y de entre todos los hombres robustos allí presentes se eligió a uno de quien no había duda de que habría de cortarle la cabeza de un solo golpe.

14. El venerable varón, conducido entre aquellos hombres armados, corrió también él inmediatamente a sus armas: pidió, en efecto, que se le permitiera rezar un poco. Tras dársele permiso, se postró en tierra y rezó. Mas, como ya llevara bastante tiempo rezando, el verdugo elegido le golpeó con el pie para que se levantara, diciendo: «Levántate, arrodíllate y tiende el cuello». El hombre del Señor se levantó, se arrodilló y tendió el cuello. Y, una vez tendido el cuello, viendo que la espada se levantaba ya contra él, se cuenta que dijo en voz alta únicamente esto: «San Juan, detenla»[228].

15. Entonces, el sayón elegido, teniendo ya la espada desenvainada, levantó el brazo en alto con mucha fuerza para dar el golpe, pero no pudo en modo alguno bajarlo. En efecto, de repente se quedó paralizado, y su brazo se mantuvo rígido con la espada levantada en el cielo. Entonces toda la muchedumbre de los lombardos que asistía al espectáculo de su muerte, vertiéndose en aclamaciones de alabanza, empezó a admirarse y a venerar con temor al hombre de Dios, pues verdaderamente había quedado claro qué grande era la santidad de quien había sujetado en el aire el brazo de su verdugo[229].

16. Así pues, al pedírsele que se levantara, se levantó; mas al pedírsele que sanara el brazo de su verdugo, se negó diciendo: «Yo no rezaré por él en modo alguno, si antes no me da juramento de que con esa mano no matará a ningún cristiano». El lombardo, que, por así decirlo, había perdido el brazo alzándolo contra Dios, se vio obligado a jurar —por exigencias de su propio castigo— que jamás mataría a ningún cristiano. Entonces, el hombre del Señor le ordenó lo siguiente: «Baja la mano». Y él la bajó al instante. E inmediatamente añadió: «Mete la espada en la vaina». Y al instante la metió[230].

17. Y así, al ver a aquel hombre de un poder taumatúrgico tan grande, todos querían rivalizar entre ellos por ofrecerle como regalo los bueyes y los animales productos de sus pillajes. Pero el hombre del Señor no quiso aceptar tales ofrecimientos, y solicitó un regalo de santa merced, diciendo: «Si queréis concederme algo, dadme a todos los prisioneros que tenéis, para que así tenga yo algo por lo que deba rezar por vosotros». Y así se hizo: fueron liberados con él todos los prisioneros[231]. Y, de este modo, por disposición de la gracia celestial, cuando un solo individuo se ofreció a la muerte por otro, consiguió librar a muchos de la muerte[232].

18. PEDRO. Hecho en verdad sorprendente. Y aunque yo ya tenía conocimiento de él por otras personas, sin embargo, tengo que reconocer que cada vez que lo escucho me resulta como nuevo.

GREGORIO. En este hecho no debes admirar nada en Sántulo. Ponte a pensar más bien, si puedes, en quién fue el espíritu que se adueñó de un alma tan simple como la suya y la elevó a unas cimas tan altas de virtud. En efecto, ¿dónde estaba su alma cuando con una firmeza tan grande decidió morir por el prójimo y cuando despreció su vida por la vida temporal de un solo hermano y cuando tendió su cuello bajo la espada? ¿Qué arrebato de amor se adueñó de aquel corazón que no tuvo miedo de su propia muerte por la salvación de un solo prójimo?

19. Sabemos a ciencia cierta que el venerable varón Sántulo no conocía bien ni tan siquiera las grafías de las letras. No conocía los preceptos de la ley, pero, puesto que el amor es la plenitud de la ley[a], en su amor a Dios y al prójimo observó la totalidad de la ley; y lo que desconocía exteriormente en cuanto al conocimiento lo vivía interiormente en cuanto al amor. Y quien tal vez nunca había leído aquello que el apóstol Juan dijo de nuestro Redentor, *puesto que Él dio su vida por nosotros, así también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos*[b], conocía tan sublime precepto apostólico por sus obras más que por su conocimiento.

20. Comparemos, si te parece, la docta ignorancia de aquél con esta indocta sapiencia nuestra: allí donde nuestra sapiencia yace tendida por el suelo, allí sobresale la sabiduría de aquel[233]. Nosotros hablamos de las virtudes de un modo vacío; y, como si nos encontráramos entre árboles cargados de frutos, olemos las manzanas y no las comemos. Él, en cambio, sabía coger los frutos de las virtudes, aunque no sabía olerlos en las palabras.

21. PEDRO. ¿Y por qué —te pregunto— crees que sucede esto: que todos los hombres buenos nos son arrebatados[234], y que aquellos que po-

a. Rm 13, 10.
b. 1 Jn 3, 16.

dían vivir para la edificación de mucha gente o bien no podemos encontrarlos en modo alguno o bien escasean sobremanera?

GREGORIO. La maldad de los que se quedan aquí consigue que los que podían ser de provecho nos sean rápidamente arrebatados; y, puesto que el fin del mundo se aproxima, los elegidos son hechos desaparecer para que no vean los tiempos peores. Por eso, en efecto, dice el profeta: *El justo perece, y no hay nadie que medite en su corazón; y los varones misericordiosos son arrebatados, porque no hay nadie que piense en ello*[a].

22. Y por eso está escrito también: *Abrid, para que salgan quienes la pisoteen, coged las piedras del camino*[b]. Y por ello Salomón dice: *Un tiempo de lanzar piedras y un tiempo de recogerlas*[c]. Así pues, puesto que el fin del mundo es inminente, por ello es necesario que sean recogidas las piedras vivas destinadas al edificio celestial, para que nuestra Jerusalén pueda crecer hasta alcanzar las dimensiones de su construcción. Y, sin embargo, no pensamos que sea verdad que todos los elegidos nos son arrebatados, permaneciendo en el mundo únicamente los malvados, pues los pecadores jamás podrían tornar a la aflicción del arrepentimiento si no hubiera ejemplos de hombres buenos que atrajeran sus almas.

23. PEDRO. En vano me lamento de que los buenos nos son arrebatados, yo que veo perecer también a los malos a montones.

[38. La visión de Redento, obispo de la ciudad de Viterbo]

1. GREGORIO. Pedro, no te asombres en absoluto de este hecho. Tu caridad conoció a Redento, obispo de Viterbo, varón de vida venerable, que partió de este mundo hace unos siete años[235]. Como él se hallaba unido a mí en muy íntima amistad en la época en la que yo vivía aún en el monasterio[236], a requerimiento mío él mismo me contaba lo que había llegado a saber —en tiempos de mi predecesor Juan el Joven[237]— sobre el fin del mundo, según llegó a ser sumamente conocido a todo lo largo y ancho de las tierras.

2. Así, contaba él que un día, cuando recorría sus parroquias según la costumbre, llegó a la iglesia del mártir san Eutiquio. Al anochecer, quiso que se le preparase el lecho junto al sepulcro del mártir, y allí se echó a dormir tras terminar sus tareas. A medianoche —según afirmaba—, ni dormía ni llegaba a estar tampoco enteramente despierto, sino que amodorrado, como suele ocurrir, su espíritu en vela empezaba ya

a. Is 57, 1.
b. Jer 50, 26.
c. Ecl 3, 5.

a adormecerse por cierta pesada somnolencia cuando el propio mártir san Eutiquio se apareció ante él diciendo: «¿Estás despierto, Redento?». Y él le respondió: «Estoy despierto». Él le dijo: '*Se aproxima el fin de la carne toda. Se aproxima el fin de la carne toda. Se aproxima el fin de la carne toda*'[a]. Tras esta sentencia pronunciada tres veces, la visión del mártir que se había aparecido a los ojos de su espíritu se desvaneció[238]. Entonces el hombre del Señor se puso en pie y se entregó al lamento de la oración.

3. Poco después se siguieron, en efecto, aquellos terribles prodigios en el cielo, viéndose por la parte del Aquilón lanzas y picas de fuego. Y enseguida el feroz pueblo de los lombardos[239], saliendo de la vaina del país donde moraba, cayó sobre nuestra cerviz; y la raza de hombres que, por su enorme muchedumbre, se había levantado en esta tierra a la manera de una tupida y espesa mies, segada por los bárbaros, se secó. En efecto, las ciudades fueron asoladas, las fortalezas arrasadas, las iglesias quemadas, los monasterios de hombres y de mujeres destruidos. Las haciendas se despoblaron de gente, y la tierra, abandonada por la totalidad de sus labradores, se encuentra vacía y en estado de abandono. Ningún propietario vive en ella. Las fieras salvajes han tomado posesión de los lugares que antes ocupaba la muchedumbre de los hombres. Y no sé lo que ocurre en otras partes del mundo, pero en esta tierra en la que vivimos no es que el mundo anuncie ya su fin, sino que lo muestra.

4. Es preciso, pues, que nosotros busquemos las cosas eternas con tanto mayor empeño cuanto que sabemos que las cosas temporales huyen de nosotros velozmente. Tendríamos que despreciar este mundo aun cuando nos halagara y nos recreara el ánimo con acontecimientos felices. Ahora bien, cuando nuestro ánimo se ve oprimido por tantos flagelos, cuando se ve atormentado por tantas desgracias, cuando diariamente nos reporta, redoblándolos, tantos sufrimientos, ¿qué otra cosa nos está gritando sino que no le tengamos ningún aprecio?[240].

5. Había aún muchas cosas que hubieran debido contarse sobre las obras de los elegidos. Pero las dejo pasar en silencio, pues tengo prisa por llegar a otras[241].

PEDRO. Pienso que muchísima gente que se halla dentro del seno de la santa Iglesia tiene dudas sobre la vida del alma después de la muerte del cuerpo. Por eso te ruego que expongas, para edificación de esa gente, tanto los argumentos racionales de los que ellos pueden servirse como los testimonios de las almas que te vengan a la mente, a fin de que quienes recelan de ello sepan que el alma no fenece con el cuerpo[242].

GREGORIO. Ésa es una tarea muy laboriosa, especialmente cuando el espíritu se encuentra ocupado y empeñado en otros asuntos. Pero si hay

a. Gn 6, 13.

alguien a quien le pueda aprovechar, yo pospondré mi voluntad, sin dudarlo, al beneficio del prójimo, y, en la medida que pueda y con la ayuda de Dios, en este cuarto volumen que sigue demostraré que el alma sigue viviendo después de la muerte del cuerpo[243].

FIN DEL LIBRO TERCERO

NOTAS

1 Teóricamente Gregorio dedicará los cuatro primeros capítulos del libro III a la vida y milagros de los «santos más antiguos»: Paulino de Nola, los papas Juan II y Agapito I y el obispo Dacio. Pero la verdad es que sólo Paulino de Nola, que vivió entre los siglos IV y V, es verdaderamente un santo antiguo. Los otros tres vivieron en el primer tercio del siglo VI, como muchos otros personajes de los *Diálogos*.

2 Paulino de Nola (353-431), nacido en el seno de una rica y noble familia, se dedicó primero a la carrera política y administrativa. Luego se consagró a la vida cenobítica. Hacia el año 410 fue nombrado obispo de Nola (Campania). Fue, junto con Prudencio, uno de los mejores poetas de la Antigüedad cristiana.

3 Los vándalos asdingos conquistaron el África romana en el año 429, durante el reinado de Genserico (428-477). Pero el desembarco de los vándalos en Italia y su saqueo de Roma no tuvo lugar hasta el año 455. Así pues, los hechos narrados por Gregorio no pudieron darse durante el episcopado de Paulino de Nola (410-431), por lo que todo este episodio es, sin duda alguna, legendario.

4 Sobre la atención debida a los pobres por parte de obispados y abadías *vid.* libro I, nota 109.

5 Paulino de Nola fue discípulo en Burdeos, su ciudad natal, del célebre rétor y poeta Ausonio. No nació en Italia, pero se le considera un santo italiano por haber ejercido su labor pastoral como obispo de Nola.

6 Con frecuencia las «profecías» de los santos consisten en el anuncio de la fecha de la muerte de alguien (*vid.* libro II, nota 79).

7 Tópico del «perseguidor perseguido»: Paulino se convierte en juez del rey que lo mantiene cautivo. Por lo demás, la «profecía» de Paulino se ve corroborada por el «sueño» premonitorio que tiene el rey bárbaro sobre su propia muerte.

8 El rey vándalo Genserico murió en 477, mientras que Paulino había muerto cuarenta y seis años antes, en 431. Queda claro, pues, que la profecía del obispo de Nola y todo el episodio aquí contado por Gregorio es pura leyenda.

9 Breve alusión al tópico del «perseguidor» como brazo armado de la «cólera de Dios» para castigo de los pecadores. Dicho tópico aparece claramente configurado en la historiografía cristiana a partir de Orosio, como desarrollo de la doctrina providencialista de san Agustín.

10 Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos *vid.* libro I, nota 112.

[11] Como señala De Vogüé (*SCh* 260, p. 265), Gregorio habría leído este relato milagroso sobre la muerte de Paulino de Nola en Uranio, *De obitu Paulini*, 4 (PL 53, 862), siendo la única fuente «escrita» a la que alude en toda la obra. En todos los demás casos el autor maneja «testimonios orales».

[12] Los prodigios en el momento de la muerte del santo constituyen un lugar común de los relatos hagiográficos (cf. IV, 23, 2). Su función implícita suele ser la de proclamar la santidad del difunto (*vid.* libro I, nota 76). Por lo demás, Gregorio subraya que sólo tembló la estancia de Paulino, permaneciendo estable el resto de la casa, para dejar claro el carácter prodigioso del suceso (cf. II, 8, 6: derrumbe del balcón mientras el resto de la casa permanece en pie).

[13] El papa Juan I (523-526) viajó a Constantinopla en el año 525 enviado por el rey ostrogodo Teodorico para negociar con el emperador Justino I (518-527) el cese de la persecución decretada contra los arrianos por un edicto del año 524. No teniendo éxito en su misión, fue encarcelado, torturado y muerto por orden de Teodorico (cf. IV, 31, 4).

[14] El episodio es similar a la donación del caballo al obispo Fortunato (cf. I, 10, 10).

[15] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[16] El papa Agapito I (535-536) fue enviado a Constantinopla por el rey ostrogodo Teodato en el año 535 con la misión de disuadir al emperador Justiniano I (527-565) sobre sus pretensiones territoriales en Italia.

[17] Sobre la necesidad de la «fe» del peticionario como requisito indispensable para la realización de los milagros *vid.* libro I, nota 35.

[18] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55. Se alude a la intercesión de Pedro seguramente porque el apóstol —como Agapito— curó también a un cojo (cf. Hch 3, 1 ss.).

[19] Dacio, obispo de Milán (530-552), viajó a Constantinopla en el año 544 en apoyo del papa Vigilio frente al emperador Justiniano, en relación con la controversia de los «Tres Capítulos». Pero puede que el viaje en cuestión sea anterior, hacia 538-539 (cf. De Vogüé, *SCh* 260, pp. 271 y 273), para dar sentido a las palabras con las que se cierra el capítulo: «debemos dejar de hablar ya de los hechos del pasado», pues parece que Gregorio entiende por «hechos del pasado» los anteriores al reinado de Totila (541-552).

[20] La identificación del Demonio con los más diversos animales es un lugar común en la literatura hagiográfica. Aquí al Diablo se le atribuyen las voces de diferentes animales (cf. III, 21, 2: «rugidos y balidos»), en otras ocasiones adopta directamente la figura de los mismos (*vid.* libro II, nota 24).

[21] En esta ocasión, el milagro consiste en la expulsión del Demonio de una «casa endemoniada», no de un cuerpo, como suele ser lo habitual (cf. II, 9).

[22] Para el autor los «hechos de nuestros días» —como se pone de manifiesto en el siguiente capítulo— comienzan con el reinado de Totila (541-552). Ello es lógico, si se tiene en cuenta que Gregorio nació en torno al año 540, justo un año antes de la llegada al trono de dicho rey.

[23] Sabino, obispo de Canosa, que en II, 15, 3 es citado como amigo de san Benito, fue enviado por el papa Agapito I al concilio de Constantinopla del año 536 para combatir la herejía del monofisismo. Sobre la ciudad de Canosa (la antigua *Canusium*) *vid.* libro II, nota 80.

[24] Totila, que no cree en el espíritu profético de Sabino, lo pone a prueba: lo mismo hizo a propósito de san Benito en II, 14. Sobre el rey ostrogodo Totila (541-552) *vid.* libro I, nota 24.

[25] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* libro II, nota 46.

[26] El arcediano (el primero de los diáconos de una iglesia: *archidiaconus*) ostentaba el cargo eclesiástico más importante después del obispo.

[27] Intento de envenenamiento del obispo Sabino, similar a los llevados a cabo contra san Benito: II, 3, 4 (veneno en el vino) y II, 8, 2 (veneno en un pan). Otro caso de envenenamiento, cuyos efectos fueron curados por san Benito, aparecía en II, 27, 3.

[28] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* libro II, nota 46.

[29] Tópico del «castigo de los pecadores» (*vid.* libro I, nota 29) por medio de la «maldición» del santo (*vid.* libro I, nota 115). Se trata exactamente de la misma maldición, «tú no serás obispo», que la del obispo Bonifacio al presbítero Constancio (cf. I, 9, 13).

[30] La «señal de la cruz» manifiesta aquí su doble función: efecto protector sobre la vida del santo (*vid.* libro II, nota 25) y poder taumatúrgico, procedente de Dios, que provoca la muerte del arcediano (*vid.* libro I, nota 17).

[31] Casio fue obispo de Narnia (ciudad italiana de la región de Umbría) desde 536 hasta 552. Gregorio le dedica un segundo capítulo en IV, 58.

[32] Sobre el rey ostrogodo Totila (541-552) *vid.* libro I, nota 24.

[33] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* libro I, nota 60. Sobre el poder taumatúrgico de la señal de la cruz *vid.* libro I, nota 17.

[34] Sobre la ciudad de Fondi *vid.* libro I, nota 13.

[35] Sobre la finalidad didáctica y moralizante de los *Diálogos vid.* libro I, nota 9.

[36] Sobre la tentación de la lujuria *vid.* libro I, nota 47.

[37] Sobre la función de «protección» de la «señal de la cruz» *vid.* libro II, nota 25.

[38] Los templos paganos eran relacionados por los cristianos con la presencia de demonios (cf. II, 8, 10).

[39] La función de la «visión» de los demonios es la de informar al judío sobre la tentación de la lujuria del obispo Andrés, a fin, en última instancia, de lograr la salvación de su alma evitando que caiga en el pecado. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[40] También san Benito construyó un oratorio sobre un antiguo templo de Apolo (cf. II, 8, 10-11). Sobre la costumbre cristiana de transformar los templos paganos en templos cristianos *vid.* libro II, nota 58.

[41] Constancio, obispo de la ciudad de Aquino (*vid.* libro II, nota 83) es mencionado en II, 16, 1, donde el autor lo ubica en tiempos del rey Totila (541-552). Ahora Gregorio concreta la fecha de su muerte en tiempos del papa Juan III (561-574).

[42] Los bárbaros son los lombardos (*vid.* libro I, nota 78). La destrucción de Aquino por las hordas lombardas se sitúa entre 577-589.

[43] Sobre las «profecías» *vid.* libro II, nota 79.

[44] Venancio, obispo de Luna (finales del siglo VI y principios del siglo VII), aparece más de una vez como destinatario del epistolario de Gregorio Magno.

Sabemos que viajó a Roma en el año 594, época de la redacción de los *Diálogos*. Es la fuente de Gregorio para este capítulo y los dos siguientes, así como para el capítulo IV, 55.

[45] Luca es una ciudad italiana de la actual Toscana, junto al río Serchio, cercana a la ciudad de Luna.

[46] El Serchio, que nace en los Apeninos y desemboca en el mar Tirreno, era en la época afluente del Arno.

[47] Sobre los milagros que muestran el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid*. libro I, nota 88.

[48] Plasencia (Piacenza) se halla en el norte de Italia, en la actual región de Emilia-Romaña, cerca de la confluencia de los ríos Trebbia y Po.

[49] *Vid*. nota 44.

[50] Este mismo Juan aparece también como fuente de Gregorio en el capítulo IV, 54.

[51] Sobre los milagros que muestran el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid*. libro I, nota 88.

[52] Populonia es una ciudad italiana situada en la costa de la actual región de la Toscana.

[53] El término soldado (*milites*) se refiere siempre a «soldados bizantinos». Sobre la atención debida a los viajeros por parte de obispados y abadías *vid*. libro I, nota 109.

[54] Los hechos se sitúan probablemente en el año 546, cuando el rey ostrogodo Totila (541-552) sitió Roma por primera vez. Sobre el rey ostrogodo Totila (541-552) *vid*. libro I, nota 24.

[55] Sobre el dominio de los santos sobre los animales salvajes *vid*. libro I, nota 43.

[56] *Vid*. nota 44.

[57] Los lombardos invadieron la Toscana, donde se encontraba la ciudad de Populonia, entre 571-574. Sobre los lombardos *vid*. libro I, nota 78.

[58] Elba es la isla más grande del Archipiélago Toscano, al oeste de Italia, frente a la ciudad de Populonia.

[59] La función implícita del milagro de la «división de la lluvia» es proclamar la santidad de Cerbonio (*vid*. libro I, nota 76).

[60] Sobre las «profecías» *vid*. libro II, nota 79.

[61] Otricoli es una ciudad italiana de la actual región de Umbría, a unos 70 kilómetros al norte de Roma, cercana a la ciudad de Narnia.

[62] Por tercera vez Gregorio ofrece un «testimonio literal», reproduciendo supuestamente las palabras de su fuente informadora (*vid*. libro I, nota 12).

[63] Sobre el rey ostrogodo Totila (541-552) *vid*. libro I, nota 24.

[64] Con algunas variantes, se repite el mismo milagro de «división de la lluvia» del capítulo anterior, con idéntica función: proclamar la «santidad» del obispo Fulgencio (*vid*. libro I, nota 76).

[65] Perusa (Perugia) es una ciudad italiana situada en la actual región de Umbría, cercana al Tíber y al lago Trasimeno.

[66] Florido fue obispo de Città di Castello (antiguo *Tifernum Tiberinum*), localidad cercana a la ciudad de Perusa (cf. III, 35, 1).

[67] Cuarta ocasión en toda la obra en la que Gregorio ofrece un «testimonio literal», reproduciendo supuestamente las palabras de su fuente (*vid.* libro I, nota 12).

[68] Nuevo caso de «monje-obispo» (cf. I, 5, 1).

[69] Según las fuentes historiográficas Totila comenzó el asedio de la ciudad de Perusa en el año 545 y la conquistó en 548 (sólo tres años, no siete como dice Gregorio). Sobre el rey Totila *vid.* libro I, nota 24.

[70] Los milagros relativos a los «cuerpos incorruptos» constituyen un lugar común en la literatura hagiográfica. En cuanto al cadáver putrefacto del niño, sirve como prueba —por comparación con el cuerpo intacto del santo— de que se trata de un auténtico prodigio.

[71] Al milagro del «cuerpo incorrupto» se añade un segundo prodigio: la desaparición de todo vestigio de la decapitación y el desollamiento del santo. La función de la «curación» del cadáver (*vid.* libro I, nota 55), así como la del cuerpo incorrupto, es la de proclamar la santidad del difunto (*vid.* libro I, nota 76).

[72] La ciudad de Espoleto se encuentra, como las de Perusa y Otricoli, en la Italia central, en la actual región de Umbría. El pueblo ostrogodo ocupó la península itálica desde 494 hasta 554.

[73] Sobre la oposición de los padres a la vida de piedad elegida por sus hijos *vid.* libro I, nota 15. El rechazo del matrimonio para dedicarse a la vida religiosa es un tópico hagiográfico muy común, aplicado habitualmente a las mujeres (cf. III, 21, 1; IV, 14, 1).

[74] Eleuterio, abad del monasterio de San Marcos Evangelista de Espoleto, vuelve a ser fuente de Gregorio en III, 21 y IV, 36, además de ser el protagonista del capítulo III, 33.

[75] La obra de Gregorio trata únicamente los milagros de los padres de Italia (cf. I, *pról.* 7). Isaac es siriaco, no italiano, pero el autor lo incluye en los *Diálogos* porque sus milagros fueron realizados en Italia.

[76] Tópico del «castigo de los malvados» (*vid.* libro I, nota 29). Sobre la «posesión diabólica» como castigo de los malvados *vid.* libro I, nota 59.

[77] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* libro I, nota 60. El que el propio Demonio pregone a gritos el nombre del santo que lo expulsa constituye un lugar común en los relatos hagiográficos. Con ello, entre otras cosas, queda clara la autoría del milagro.

[78] Sobre el tópico hagiográfico de la «fama de santidad» *vid.* libro I, nota 68.

[79] Como san Benito en sus inicios (cf. II, 1, 4), Isaac decide llevar a cabo una vida «eremítica». Sobre este tipo de ascetismo *vid.* libro II, nota 17.

[80] Sobre el tópico de la afluencia de mucha gente interesada en recibir las enseñanzas del santo *vid.* libro I, nota 86.

[81] La «pobreza» absoluta era consustancial, sobre todo, a la vida eremítica (*vid.* libro II, nota 22). Sin embargo, Isaac continúa con ese deseo de pobreza radical en el régimen, ya cenobítico, del monasterio.

[82] Sobre el don sobrenatural de la precognición *vid.* libro I, nota 53.

[83] Las palabras de Isaac a los ladrones son muy parecidas a las dirigidas, también a un ladrón, por el monje hortelano de I, 3, 4.

[84] Sobre la atención debida a los pobres por parte de obispados y abadías *vid.* libro I, nota 109.

[85] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* libro II, nota 46.

[86] Nuevo milagro de «clarividencia». El prodigio es un calco del obrado por san Benito en II, 18.

[87] La condena que el autor hace de la «alegría» casa bien con el título de «doctor de la compunción» con el que Gregorio ha pasado a la historia eclesiástica (*vid.* nota 205).

[88] La actual región de Umbría, en donde se ubicaban también los relatos de los capítulos 12 (Otricoli), 13 (Perusa) y 14 (Espoleto). Ahora los hechos de Euticio y Florencio se situarán en la provincia umbra de Nursia (actual Norcia).

[89] Sántulo, aquí informador de Gregorio, será el protagonista del capítulo III, 37.

[90] De las dos modalidades de la vida monástica, Euticio se consagrará a la vida cenobítica, mientras que Florencio continuará con la práctica eremítica, como Benito (II, 1, 4 ss.) e Isaac (III, 14, 4 ss.). Sobre este segundo tipo de ascetismo *vid.* libro II, nota 17.

[91] Acerca del dominio de los santos sobre los animales salvajes *vid.* libro I, nota 43.

[92] La fama de santidad suscita a veces la «envidia» de ciertos individuos mezquinos (*vid.* libro I, nota 69).

[93] Tópico del «castigo de los malvados» (*vid.* libro I, nota 29): la «cólera del santo» y su «maldición» hace que Dios castigue a los malvados con la muerte (*vid.* libro I, nota 115).

[94] Como se dijo a propósito de Benito de Nursia (cf. II, 23, 1), las palabras de un santo nunca «caen en vano de su boca» (*vid.* libro II, nota 105).

[95] Sobre el tópico de la afluencia de mucha gente dispuesta a convertirse en discípulos del santo o a recibir su bendición *vid.* libro I, nota 86.

[96] Sobre el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid.* libro I, nota 88. Como en el caso del milagro de Escolástica (cf. II, 33, 3), el hagiógrafo subraya la «serenidad» del día, así como el hecho de que el temporal estalla «súbitamente», tras la «invocación a Dios» del santo. Se intenta probar con ello la naturaleza milagrosa —no azarosa— de la lluvia.

[97] Sobre el dominio de los santos sobre los animales salvajes *vid.* libro I, nota 43.

[98] Sobre los lombardos (568-774) *vid.* libro I, nota 78.

[99] Sobre el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid.* libro I, nota 88. En este caso, se trata de un prodigio *post mortem* (*vid.* libro I, nota 80), realizado por intercesión de la túnica del santo (*vid.* libro I, nota 34).

[100] El monte Massico (800 metros) se encuentra en la región italiana de Campania, cerca del río Volturno.

[101] Martín es un monje de vida eremítica, como Benito en sus inicios (II, 1, 4 ss.), Isaac (III, 14, 4 ss.) y Florencio (III, 15, 2 ss.), pero con la particularidad de vivir siempre recluido en el interior de una cueva, sin salir nunca de ella (cf. IV, 10). Sobre el ascetismo de los «reclusos» *vid.* libro II, nota 17.

[102] Pelagio II, papa entre 579-590, inmediato predecesor de Gregorio Magno en el pontificado. Gregorio fue enviado por él como nuncio apostólico a Constantinopla, convirtiéndose luego en su colaborador personal.

[103] Sobre el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid.* libro I, nota 88.

[104] También Moisés hizo brotar agua de una peña. Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[105] Sobre la serpiente como símbolo del Demonio *vid.* libro II, nota 24. El Demonio intenta a menudo poner trabas y dificultades al santo, tanto de tipo espiritual como de tipo material (*vid.* libro II, nota 19).

[106] Las «llamas» o el «fuego» son un atributo típico del Demonio (*vid.* libro II, nota 62).

[107] Sobre la tentación de la lujuria *vid.* libro I, nota 47. El monje Martín logra vencerla mediante la oración, como también lo habían hecho, por diversos medios, los santos Equicio (I, 4, 1), Benito (II, 2, 1-3) y Andrés (III, 7, 2-8).

[108] La «cólera de Dios» lleva consigo el «castigo de los malvados» (*vid.* libro I, nota 29).

[109] En este caso la «oración» del santo no tiene efectos «curativos», como suele ser lo habitual, sino «preventivos», evitando que el niño muera o quede malherido en su caída.

[110] Tanto Mascátor como Armentario son personajes desconocidos.

[111] El milagro es parecido al de I, 1, 4, en donde el abad Honorato detiene un enorme peñasco que rueda por la ladera del monte amenazando con destruir la abadía y matar a los monjes. Sin embargo, ahora el milagro no lo realiza el santo, sino los ángeles por orden directa de Dios, quien «protege» de ese modo a su elegido (*vid.* libro I, nota 32).

[112] Todo el libro II está dedicado a Benito de Nursia.

[113] Episodio calcado de la vida de Simeón el Estilita (Teodoreto de Ciro, *Historias de los monjes de Siria*, introducción, traducción y notas de R. Teja, 26, 10, p. 180: Simeón ata una cadena de hierro por un extremo a su pie derecho y por el otro a una roca. El obispo Melecio le reconviene por su actitud, haciéndole ver que la propia conciencia basta «para imponer al cuerpo ataduras espirituales».

[114] Nuevo milagro realizado por mediación de un objeto personal del santo (cf. I, 2, 6: una sandalia; III, 15, 18: una túnica). *Vid.* al respecto libro I, nota 34.

[115] En I, 12, 4 el interlocutor Pedro muestra su pesar por el hecho de que en la «actualidad» no hay milagros como en los tiempos antiguos. Ahora se complace al comprobar que sí se producen.

[116] El monte Argentario se encuentra en la región italiana de la Toscana, junto a la costa, en la actual provincia de Grosseto.

[117] La localidad de *Buxentium*, hoy desconocida, se encontraba —según dice el autor— en la región de Aurelia, es decir, en algún punto, cercano al monte Argentario, de la zona del noroeste de Italia por la que transcurría la vía Aurelia, desde Roma hasta Pisa.

[118] Quinto milagro de «resurrección de un muerto» (*vid.* libro I, nota 33). Frente a los casos anteriores de resurrección, en esta ocasión el santo no se opone a la realización del milagro, siendo él mismo quien asume la decisión de llevarlo a cabo, impulsado por la conmiseración hacia el dolor de la viuda. Sobre «el polvo del altar» como medio para realizar milagros *vid.* libro I, nota 94.

[119] Es un lugar común que los santos intenten ocultar o impedir la divulgación de los prodigios que realizan, como signo de humildad. La discreción del monje tras el milagro compensa la «osadía» de haber resucitado a un muerto por propia iniciativa.

[120] Sobre el monasterio de Gregorio Magno *vid.* libro I, nota 3.

[121] Tópico clásico del *puer senex* (*vid.* libro II, nota 3).

[122] Sobre el rey ostrogodo Totila (541-552) *vid.* libro I, nota 24.

[123] Doble milagro en el que se manifiesta, una vez más, la «protección» de Dios para con sus elegidos (*vid.* libro I, nota 32): Dios impide, por dos veces, que el fuego abrase al santo.

[124] Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[125] La ciudad de Verona se encuentra en el norte de Italia, en la actual región del Véneto. La atraviesa el río Adigio, cuyo desbordamiento se relata en este capítulo.

[126] El agua, en lugar del fuego.

[127] Desconocemos quiénes fueran el tribuno Juan y el conde Pronulfo. En cuanto a Autario, fue el rey lombardo (584-590) que puso fin a la década de anarquía de los ducados, unificando el reino bajo su mando.

[128] Según Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, 10, 1, el desbordamiento del Tíber se produjo en el año 589, el mismo año en que tuvo lugar también el desbordamiento del Adigio, según Paulo Diácono, *Historia Langobardorum*, 3, 23. El río Adigio es el segundo más largo de Italia (410 kilómetros), después del Po.

[129] San Zenón, el protagonista del milagro narrado en este capítulo, fue obispo de Verona (¿363-380?), pero no mártir. Escribió casi un centenar de sermones u homilías (*PL* 11, 253-328).

[130] Sobre el dominio de los santos sobre las fuerzas de la naturaleza *vid.* libro I, nota 88. En este caso, se trata de un milagro *post mortem* (*vid.* libro I, nota 80), por medio del cual san Zenón protege y ayuda a los fieles.

[131] De la misma manera que el fuego conserva su poder para el «socorro», pero no para el «tormento», el agua puede aplacar la sed de los fieles, pero no puede anegar la iglesia.

[132] Sobre el vocabulario de carácter militar, característico de la hagiografía, *vid.* libro II, nota 36.

[133] Sobre la antigua región de Valeria *vid.* libro I, nota 46.

[134] Según De Vogüé (*SCh* 260, p. 350) y S. Pricoco, *Storie di santi e di diavoli*, vol. II, p. 408, podría tratarse del futuro papa Bonifacio IV (608-615).

[135] Como en el caso de Benito (cf. II, 23, 1-4) y de Florencio (cf. III, 15, 8), las palabras de Esteban no «caen en vano de su boca» (*vid.* libro II, nota 105).

[136] Sobre el vocabulario de carácter militar, característico de la hagiografía *vid.* libro II, nota 36.

[137] Cf. III, 14, 1 (nota 74).

[138] Sobre la ciudad de Espoleto *vid.* nota 72.

[139] Sobre la oposición de los padres a la vida de piedad elegida por sus hijos *vid.* libro I, nota 15. Sobre el rechazo del matrimonio para dedicarse a la vida religiosa *vid.* nota 73.

[140] Sobre la atribución de voces de animales al Demonio *vid.* nota 20.

[141] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* libro I, nota 60. Como en I, 4, 7, el diablo habla con el santo a través de la boca del endemoniado.

[142] Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[143] En esta ocasión es el propio Gregorio (y no su interlocutor Pedro, como es lo habitual) quien introduce un nuevo tema: el de los milagros realizados por los santos *post mortem*.

[144] Sobre el abad Valencio *vid.* libro I, nota 74. Sobre la antigua región de Valeria, *vid.* libro I, nota 46.

[145] Sobre los milagros *post mortem vid.* libro I, nota 80. Sobre el «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29. El santo castiga al ladrón mediante la «paralización de sus miembros» (cf. I, 2, 2: paralización de los caballos al cruzar el río). El episodio recuerda también al del ladrón de I, 3 atrapado en la cerca del huerto.

[146] Palestrina es la antigua ciudad de Preneste, en la región del Lacio, a 35 kilómetros de Roma.

[147] Sobre la estancia de Gregorio Magno en el monasterio de San Andrés, en Roma, *vid.* libro I, nota 3.

[148] Revelación divina de la próxima muerte del santo (*vid.* libro I, nota 105).

[149] Doble milagro del abad: cumplimiento de su «profecía» o predicción (*vid.* libro II, nota 79) y desplazamiento de su cuerpo muerto para hacer sitio al nuevo cadáver. Este segundo milagro (*post mortem*) tiene claros antecedentes en otros relatos hagiográficos (*vid.* De Vogüé, *SCh* 260 p. 361).

[150] El milagro de la iglesia de San Pedro en Palestrina lleva al narrador, por «asociación de ideas», a recordar otro milagro ocurrido en la iglesia de San Pedro en Roma. Ello constituye una clara muestra del peculiar método de composición de Gregorio Magno.

[151] Sobre los tres sacristanes taumaturgos que aparecen en los *Diálogos vid.* libro I, nota 81.

[152] Cf. I, 5, 2 y 4-5, donde el sacristán Constancio también se aplica a la tarea de encender las lámparas.

[153] En la literatura hagiográfica, el «blanco» es el color característico de los seres celestiales (cf. IV, 13, 3; IV, 18, 1; IV, 26, 4; IV, 27, 4; IV, 37, 8; IV, 48; IV, 49, 4), de la misma manera que el «negro» caracteriza al Demonio, el Infierno y los seres infernales (*vid.* libro II, nota 39).

[154] La función de la «visión» no es otra que la de confortar y animar al sacristán Teodoro. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48. Es la segunda vez en los *Diálogos* que san Pedro interviene directa o indirectamente en un milagro (cf. III, 3, 1-2).

[155] Sobre la comparación de la conducta de los santos con la de determinados personajes bíblicos *vid.* libro I, nota 112.

[156] Sobre los tres sacristanes taumaturgos que aparecen en los *Diálogos vid.* libro I, nota 81.

[157] La función del «sueño» es transmitir una instrucción celestial. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[158] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55. Es la tercera vez en los *Diálogos* en que san Pedro aparece como protagonista o intercesor de un milagro (cf. III, 3, 1-2; III, 24, 1-2).

[159] Menas es el quinto eremita de los *Diálogos*, como Benito en sus inicios (II, 1, 4 ss.), Isaac (III, 14, 4 ss.), Florencio (III, 15, 2 ss.) y Martín (III, 16). Sobre este tipo de ascetismo *vid.* libro II, nota 17.

[160] Su muerte tendría lugar en torno a 583-584, ya que Gregorio escribe sus *Diálogos* hacia el año 593-594.

[161] Sobre los lombardos *vid.* libro I, nota 78. Sobre el tópico del «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29. Sobre la «posesión diabólica» como castigo de los pecadores *vid.* libro I, nota 59.

[162] Sobre el tópico hagiográfico de la «fama de santidad» *vid.* libro I, nota 68.

[163] Sobre el dominio de los santos sobre los animales salvajes *vid.* libro I, nota 43. Por tercera vez en los *Diálogos* (cf. III, 11, 1-2; III, 15, 3-6) el santo logra dominar la fiereza de los osos.

[164] Sobre el régimen de pobreza propio, sobre todo, de los eremitas, *vid.* libro II, nota 22.

[165] Sobre el don sobrenatural de la «clarividencia» *vid.* libro II, nota 46.

[166] Cf. II, 12, 2.

[167] El interlocutor Pedro introduce un nuevo tema, el del «martirio» de algunos santos, que será abordado en los capítulos siguientes: 27, 28, 31 y 32. En los dos primeros no se narra milagro alguno.

[168] Oposición entre el martirio espiritual (incruento) y el martirio corporal (cruento), este último sólo posible en las épocas de persecuciones.

[169] Sobre los lombardos *vid.* libro I, nota 78.

[170] Los hechos se sitúan en torno al año 578-579, ya que Gregorio escribió los *Diálogos* hacia el año 593-594.

[171] Según este relato y el anterior, los lombardos, de confesión arriana (como se evidencia en el capítulo siguiente), conservarían aún antiguos ritos paganos.

[172] El interlocutor Pedro introduce el tema del capítulo siguiente: la protección, por parte de la divina providencia, de los fieles católicos frente a los arrianos heréticos.

[173] Sobre el monasterio de Gregorio *vid.* libro I, nota 3.

[174] Sobre la ciudad de Espoleto *vid.* nota 72.

[175] Triple milagro: apertura espontánea de las puertas cerradas de la iglesia, encendido espontáneo de las lámparas apagadas y castigo divino del obispo arriano con la ceguera. Sobre el tópico del «castigo de los malvados» *vid.* libro I, nota 29. Sobre la «luz» como símbolo de todo lo que está en contacto con la divinidad y el Reino celestial *vid.* libro II, nota 146.

[176] Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia el año 593-594, los sucesos narrados en este capítulo habrían tenido lugar en 591-592. En esa fecha Gregorio Magno ya es papa, y como tal asiste a la consagración en la fe católica de la iglesia arriana, si bien él mismo no es testigo ocular de los prodigios.

[177] En el capítulo se narran, en total, cuatro prodigios. Los dos primeros simbolizan el abandono de la iglesia de la herejía arriana: el diablo, en forma de cerdo, abandona la iglesia, al tiempo que se produce un enorme estruendo en el tejado del templo. Los otros dos prodigios simbolizan la entrada de la fe

católica: un perfume maravilloso inunda la iglesia y las lámparas apagadas se encienden espontáneamente.

[178] El inmundo morador es, obviamente, el Demonio. Sobre los animales que lo simbolizan en la literatura hagiográfica *vid.* libro II, nota 24.

[179] Si en III, 4, 1-3 asistíamos a la expulsión del Demonio de una «casa endemoniada», ahora el milagro consiste en la expulsión del Demonio de una «iglesia católica». Aunque no se dice explícitamente, el exorcismo parece que ha de atribuirse a las reliquias de los mártires san Sebastián y santa Ágata.

[180] El olor llega a la iglesía transportado por una nube procedente del Cielo. El autor subraya la «serenidad» del firmamento, para reafirmar el carácter «milagroso» del suceso (cf. II, 33, 3; III, 15, 11).

[181] En la literatura hagiográfica tanto el olor delicioso y maravilloso (cf. IV, 15, 5; IV, 16, 5-7; IV, 17, 2; IV, 28, 4-5; IV, 49, 5) como la luz resplandeciente (*vid.* libro II, nota 146) son símbolos de Dios, de la regiones celestiales y de todo lo que está en contacto con ellos (frente al mal olor y las tinieblas, símbolos del Infierno, del Demonio y los seres infernales).

[182] Sin duda las «grandes tribulaciones» hacen referencia a la época de los lombardos, un pueblo bárbaro que arrasó grandes zonas de Italia, trayendo con ellos guerras, muerte y destrucción, además de persecuciones puntuales a los católicos, dada su condición arriana.

[183] Gregorio se aparta momentáneamente del tema al que él mismo había circunscrito su obra, a saber, «los milagros de los santos de Italia» (cf. I, *pról.* 7). Arrastrado por la inercia de los últimos dos capítulos (29 y 30), centrados en la polémica contra el arrianismo, dedicará los dos capítulos que siguen (31 y 32) al relato de milagros realizados fuera de Italia en medio de la persecución arriana llevada a cabo por los visigodos en Hispania y por los vándalos en el norte de África.

[184] Gregorio Magno, nuncio eclesiástico en Constantinopla (579-586), conoció a Leandro de Sevilla en la capital del Imperio hacia el año 583. Leandro, tras catequizar a Hermenegildo, se había desplazado allí para pedir ayuda a favor del rey católico, alzado en armas en Hispania contra su padre arriano Leovigildo. Gregorio pudo conocer así los detalles de la conversión y posterior ajusticiamiento de Hermenegildo.

[185] Gregorio silencia la larga guerra civil (579-584) entre el rey legítimo, Leovigildo, y su hijo rebelde Hermenegildo, centrándose únicamente en el aspecto religioso del asunto. Otras fuentes historiográficas de la época, en cambio (Juan de Bíclaro e Isidoro de Sevilla), hablan únicamente de la vertiente política del conflicto, silenciando la cuestión religiosa.

[186] Al ajusticiamiento de Hermenegildo alude también el cronista hispanogodo, contemporáneo de los hechos, Juan de Bíclaro (*Chronica*, a. 585, 3). El Biclarense atribuye la muerte de Hermenegildo a un tal Sisberto, al que el cronista (a pesar de silenciar el catolicismo de Hermenegildo) condena implícitamente cuando dice que el ejecutor de Hermenegildo murió, dos años más tarde, *morte turpissima*.

[187] La música, en forma de dulcísona salmodia divina (junto con la luz resplandeciente y el olor delicioso), es un tercer elemento simbólico que caracteriza a todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales (cf. IV, 15, 4; IV, 16, 7; IV, 22, 1-2).

[188] Sobre la «luz» como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y el Reino celestial *vid.* libro II, nota 146.

[189] Doble milagro: aparición espontánea de música divina y de luces celestiales (en medio del «silencio» y la «oscuridad» de la noche). La función de tales prodigios es aquí, como otras veces, la proclamación de la «santidad» del mártir (*vid.* libro I, nota 76).

[190] A pesar de que también Gregorio de Tours recoge el rumor de la conversión de Leovigildo (*Historia Francorum*, 8, 46), es difícil creer que el rey arriano se hubiera convertido realmente al catolicismo. En primer lugar, porque la conversión a última hora de los perseguidores no pasa de ser un tópico habitual de la literatura hagiográfica o moralizante. En segundo lugar, porque, de haberse producido dicha conversión, resultaría increíble que los cronistas hispanos católicos de la época, Isidoro de Sevilla y Juan de Bíclaro (este último gran admirador de Leovigildo), no la hubieran recogido en sus crónicas.

[191] El rey visigodo Recaredo (586-601) se convirtió personalmente al catolicismo el año 587, mientras que la conversión oficial de todo el pueblo visigodo tuvo lugar el año 589, en el III Concilio de Toledo.

[192] Como señala De Vogüé, *SCh* 260, pp. 390-391 (*vid.* también S. Pricoco, *Storie di santi e di diavoli*, vol. II, pp. 428-429), Gregorio fecha equivocadamente en época de Justiniano (527-565) un prodigio que, según historiadores como Víctor de Vita, el conde Marcelino, Víctor de Túnez o Procopio, tuvo lugar en el norte de África durante la persecución del rey vándalo Unerico (477-484), durante su último año de reinado.

[193] Gregorio, siendo aún diácono, fue enviado por el papa Pelagio II a Constantinopla como apocrisiario o nuncio de la Iglesia en torno al año 579, permaneciendo allí hasta el 585 o 586. Según eso, el viejo obispo citado por Gregorio, testigo ocular del prodigio, sería ya centenario.

[194] La virtud es consustancial con el don de hacer milagros. Por eso, si la virtud desaparece, la facultad taumatúrgica también desaparecerá.

[195] Tras los dos capítulos anteriores (31 y 32), en los que el hagiógrafo ha trasladado su relato a Hispania y al norte de África (llevado por su condena del arrianismo iniciada en los capítulos 29 y 30), Gregorio retoma el tema específico de su obra: «los milagros de los santos de Italia».

[196] Cf. III, 14, 1 y III, 21, 1-2.

[197] Sobre Eleuterio *vid.* nota 74. Sobre la ciudad de Espoleto *vid.* nota 72. Sobre el monasterio de Gregorio Magno *vid.* libro I, nota 3.

[198] Sexto milagro de «resurrección de un muerto» (*vid.* libro I, nota 33).

[199] La natural modestia de los santos les impide contar sus propios milagros, pues ello constituiría una muestra de vanidad. Por eso sólo lo hacen vencidos por los ruegos de sus interlocutores.

[200] Sobre la «expulsión de los demonios» del cuerpo del poseso *vid.* libro I, nota 60.

[201] De nuevo se pone de manifiesto cómo la virtud es consustancial con el don de hacer milagros, especialmente la virtud de la humildad (*vid.* libro I, nota 20): Eleuterio no puede realizar solo el milagro por haber pecado de «soberbia». Por ello ha de recurrir a la «oración colectiva» del resto de los monjes.

[202] Desde sus años de estancia en el monasterio (*vid.* libro I, nota 3) Gregorio sufría fuertes dolores estomacales (*incisionem vitalium*), lo que en ocasiones le llevaba a sufrir «síncopes», es decir, pérdidas repentinas del conocimiento (cf. IV, 57, 8).

[203] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55. En esta ocasión el beneficiario del milagro es el propio hagiógrafo, Gregorio Magno.

[204] El interlocutor Pedro, a partir del hecho de que la curación de Gregorio se produjo gracias a las «lágrimas» de Eleuterio, introduce un nuevo tema en el relato: las distintas clases de compunción.

[205] Por páginas como ésta Gregorio Magno ha pasado a la historia eclesiástica con el título de «doctor de la compunción». Gregorio defenderá dos tipos fundamentales de compunción espiritual: las lágrimas por el temor del Infierno y el arrepentimiento ante los pecados cometidos, y las lágrimas por el amor del Cielo y la amargura por no poder aún disfrutarlo.

[206] De acuerdo con la petición del interlocutor Pedro, los cuatro últimos capítulos del libro III estarán dedicados a santos vivos (Amancio y Maximiano) o muertos recientemente (Sántulo y Redento).

[207] Sobre la provincia de Tuscia *vid.* libro I, nota 107.

[208] Sobre el obispo Florido *vid.* nota 66.

[209] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[210] Sobre el poder taumatúrgico de la «señal de la cruz» *vid.* libro I, nota 17.

[211] Un loco furioso.

[212] Como en III, 30, Gregorio asiste a los acontecimientos, pero él mismo no es testigo ocular del milagro.

[213] Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[214] Sobre la función didáctica y moralizante de los milagros *vid.* libro I, nota 9. La «Jerusalén celeste» es, obviamente, el Reino de los Cielos.

[215] Sobre Maximiano *vid.* libro I, nota 90. Sobre el monasterio de Gregorio *vid.* libro I, nota 3.

[216] *Vid.* nota 193.

[217] Crotona se encuentra en la bota de Italia, en la costa del mar Jónico, junto al golfo de Tarento.

[218] Dios salva a Maximiano y sus acompañantes de un naufragio y de la muerte consiguiente. Para demostrar que se trata de un auténtico milagro y no de un hecho fortuito, el hagiógrafo señala que la nave, una vez vacía y en la seguridad del puerto, se hundió, mientras que en alta mar, en medio del furioso oleaje y cargada de hombres, no había naufragado.

[219] Cf. III, 15, 1. La provincia de Nursia (en la actual región de Umbría del centro de Italia) pertenecía al antiguo territorio de Valeria.

[220] La muerte de Sántulo se sitúa hacia el año 593-594, cuando Gregorio está redactando sus *Diálogos*.

[221] La natural modestia de los santos les impide contar sus propios milagros, y sólo los refieren vencidos por los ruegos de sus interlocutores (cf. 33, 1).

[222] Sobre los lombardos *vid.* libro I, nota 78.

[223] Sobre los milagros basados en la «multiplicación» *vid.* libro I, nota 101. El santo opera el milagro valiéndose de «agua bendita» (cf. I, 10, 15).

[224] Nuevo milagro de «multiplicación», en este caso de pan.

[225] Se alude, obviamente, a la multiplicación de los panes y los peces de Jesús. Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[226] Dios, el «multiplicador por antonomasia», es el verdadero artífice del milagro: Sántulo es sólo su instrumento.

[227] Como en otras ocasiones, Gregorio no sólo considera importantes los milagros «exteriores» del santo, sino también —y en mayor medida aún— su «virtud» interior (cf. I, 2, 8: paciencia de Libertino; I, 5, 3-6: humildad de Constancio; I, 1, 9, 16: generosidad de Bonifacio).

[228] Como señalan De Vogüé (*SCh* 260, p. 421) y S. Pricoco (*Storie di santi e di diavoli*, vol. II, p. 439), la invocación a san Juan Bautista se debe a que éste era el más famoso santo cristiano decapitado.

[229] Sobre el tópico del «castigo de los malvados» *vid.* libro I, nota 29. El castigo consiste en la «paralización» del brazo (cf. I, 2, 2; III, 22, 2), a fin de proteger la propia vida del santo, de acuerdo con un tópico hagiográfico muy frecuente. Al mismo tiempo, el milagro sirve también para proclamar, ante los ojos de los lombardos, la santidad de Sántulo (*vid.* libro I, nota 76).

[230] A veces el «castigo de los malvados» termina cuando dejan de perseguir a los hombres de Dios (*vid.* libro I, nota 30). Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[231] Se repite la historia de Paulino de Nola (cf. III, I, 7-8), quien, como Sántulo, rehusó los presentes y pidió la liberación de todos los cautivos.

[232] El comentario recuerda tanto a III, I, 8 como a III, 31, 8.

[233] Tratándose de santos iletrados o analfabetos (muchos monjes y sacerdotes lo eran en la época) es un habitual tópico hagiográfico el desprecio del conocimiento y la sabiduría (que se elogiarán, en cambio, en los santos letrados e instruidos), para pasar a alabar la simplicidad, la caridad y las buenas obras. La expresión «docta ignorancia» recuerda expresiones similares aplicadas a san Benito (cf. II, *pról.* 1).

[234] El nuevo tema propuesto por el interlocutor Pedro (el hecho de que los buenos siempre mueren prematuramente, mientras que los malvados permanecen en el mundo) parece sugerido por la muerte reciente de Sántulo.

[235] Sobre la ciudad de Viterbo (la antigua *Ferentis*) *vid.* libro I, nota 108. Dado que Gregorio escribe sus *Diálogos* hacia el año 593-594, el obispo Redento habría muerto en torno al año 586-587.

[236] Gregorio vivió en el monasterio de San Andrés en dos etapas: entre 574-577 y 586-590 (*vid.* libro I, nota 3).

[237] Juan III, papa entre 561-574. Durante su pontificado tuvo lugar la invasión de Italia por parte de los lombardos.

[238] San Eutiquio se aparece a Redento para anunciarle un acontecimiento futuro: la invasión de Italia por parte de las hordas lombardas, invasión que parece presagiar la inminente llegada del fin del mundo. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[239] Sobre los lombardos *vid.* libro I, nota 78.

[240] Tópico cristiano del «desprecio del mundo» (*contemptio mundi*).

[241] La misma fórmula aparece en I, 3, 1 y II, 36.

[242] El interlocutor Pedro introduce un nuevo tema: «la vida del alma después de la muerte», tema que ocupará todo el libro IV.

[243] El propósito explícito de «demostrar» que el alma sigue viviendo después de la muerte hará que el libro IV de los *Diálogos* abandone con frecuencia el carácter «narrativo» propio de los tres libros anteriores y adopte por momentos un marcado carácter «argumentativo», dando cabida, como pide Pedro, no sólo a los «testimonios de las almas», sino también a «argumentos racionales».

LIBRO IV

[1. Los hombres no creen en las cosas espirituales eternas porque lo que oyen no lo conocen por experiencia propia][1]

1. Cuando el primer padre del género humano, obligado por su pecado, fue expulsado de los gozos del Paraíso, arribó a las penalidades del exilio y de la oscuridad que ahora padecemos[a]; pues, al pecar, arrojado fuera de sí mismo, ya no pudo ver aquellos gozos de la patria celestial que antes contemplaba. Y es que en el Paraíso el hombre solía disfrutar de las palabras de Dios y estar entre los espíritus de los santos ángeles debido a la pureza de su corazón y la elevación de su mirada. Pero cuando cayó hasta aquí, se alejó de aquella luz espiritual de la que antes se hallaba henchido.

2. Nosotros, que nacimos de su carne en la oscuridad ya de este exilio, oímos, sí, que hay una patria celestial, oímos que hay ciudadanos de esa patria, los ángeles de Dios, oímos que existen compañeros de esos ángeles, las almas de los hombres justos y perfectos; pero todos los que son de carne y hueso, dado que no pueden conocer por experiencia propia a esos seres invisibles, dudan de que exista lo que no pueden ver con sus ojos corporales. Una duda que no pudo darse, ciertamente, en nuestro primer padre, pues, aunque excluido también él de los gozos del Paraíso, recordaba lo que había perdido, puesto que lo había visto. Éstos, en cambio, no pueden sentir o recordar las cosas que oyen, pues ninguno de ellos —a diferencia de aquél— tiene al menos la experiencia del pasado.

3. Así, si una mujer encinta es enviada a la cárcel y en ella da a luz a un niño, y el niño que ha nacido se cría y crece en la cárcel, en el caso

a. Cf. Gn 3.

de que la madre que lo ha engendrado le nombre el sol, la luna, las estrellas, los montes y los campos, las aves que vuelan y los caballos que galopan, el niño que ha nacido y se ha criado en la cárcel no conocerá ninguna otra cosa más que las tinieblas de la cárcel, y ciertamente podrá oír que existen esas cosas, pero, dado que no las conoce por experiencia propia, desconfiará de que existan verdaderamente[2]; del mismo modo, los hombres, nacidos en la actual oscuridad de su exilio, cuando oyen que existen seres excelsos e invisibles, desconfían de que sean verdaderos, dado que sólo conocen aquellas cosas visibles de escaso valor entre las cuales han nacido.

4. Y por ello sucedió que el propio Creador de lo visible y lo invisible, el Unigénito del Padre, vino para la redención del género humano y envió el Espíritu Santo a nuestros corazones, para que, vivificados por medio de él, creyéramos todo aquello que aún no podemos saber por experiencia propia. Así pues, todos los que hemos recibido este Espíritu, *prenda de nuestra herencia celestial*[a], no dudamos de la existencia de los seres invisibles.

5. Y todo el que aún no está convencido de creer en esto, debe concederles crédito, sin dudarlo, a las palabras de sus mayores, y confiar en aquellos que gracias al Espíritu Santo ya tienen experiencia de lo invisible. Pues el niño es necio si piensa que su madre le miente acerca de la luz por el hecho de que él no conoce ninguna otra cosa más que las tinieblas de la cárcel.

6. PEDRO. Me parece muy bien lo que dices. Pero el que no cree en la existencia de lo invisible no es otro que el incrédulo. Ahora bien, el incrédulo no busca la fe, sino la razón, en aquello sobre lo que duda.

[2. Sin fe no puede vivir ni siquiera el incrédulo][3]

1. GREGORIO. Decididamente te digo que sin fe no puede vivir ni siquiera el incrédulo. En efecto, si a mí me diera por preguntarle a ese incrédulo quién es su padre y quién es su madre, al punto me responderá: «Aquél y aquélla». Y si yo le planteara seguidamente si sabe en qué momento ha sido concebido o si ha visto en qué momento ha nacido, reconocerá que él no sabe ni ha visto nada de eso; y sin embargo, está creyendo en lo que no ve, pues asegura, sin vacilación alguna, que su padre y su madre son aquél y aquélla.

2. PEDRO. Confieso que hasta ahora mismo no he sabido que también el incrédulo tenía fe.

GREGORIO. Sí, los incrédulos también tienen fe, pero ojalá la tuvieran en Dios. Y es que, si tuvieran fe en todo, no serían incrédulos. Pero

a. Ef 1, 14.

por ello mismo hay que rebatirles en su incredulidad, por ello mismo hay que estimularles a venir hacia la gracia de la fe, porque, si en lo referente a su propio cuerpo visible creen en lo que jamás han visto, ¿por qué no van a creer también en lo invisible, que no puede ser visto corporalmente?

3. Pues que el alma sigue viviendo después de la muerte del cuerpo lo evidencia la razón, pero con la participación de la fe[4].

[3. Fueron creados tres espíritus vitales][5]

1. Dios todopoderoso creó tres espíritus vitales: uno que no está recubierto de carne; otro que está recubierto de carne, pero que no muere con la carne; y un tercero que está recubierto de carne y muere con la carne. Así, el espíritu que no está recubierto de carne es el de los ángeles; el espíritu que está recubierto de carne, pero que no muere con la carne, es el de los hombres; el espíritu que está recubierto de carne y muere con la carne es el de los animales y el de todas las fieras salvajes.

2. Así pues, como el hombre fue creado en una posición intermedia —por ser inferior a los ángeles, pero superior a los animales—, tiene algo en común con el espíritu vital más alto y algo en común con el más bajo: con los ángeles la inmortalidad del espíritu, con los animales la mortalidad del cuerpo, hasta el momento en que la gloria de la resurrección llegue a hacer desaparecer también la propia mortalidad de la carne, y el cuerpo, al estar inseparablemente unido al espíritu, se conserve eternamente, puesto que también el propio espíritu, inseparablemente unido a él, se conserva para Dios. Y dicho cuerpo, en todo caso, no muere completamente ni siquiera en los réprobos en mitad de los tormentos, puesto que, aun muriendo eternamente, subsiste, de modo que quienes han pecado con el espíritu y con el cuerpo, viviendo eternamente desde el punto de vista de la existencia, mueren indefinidamente tanto en cuerpo como en espíritu[6].

3. PEDRO. Todo lo que dices se ajusta muy bien a la razón de los que tienen fe. Pero si tú atribuyes unas diferencias tan grandes a los espíritus de los hombres y a los de los animales, entonces yo te pregunto: ¿Cómo es que Salomón[7] dice lo siguiente: *Acerca de los hijos de los hombres yo dije en mi corazón que Dios probaba y hacía ver que ellos eran semejantes a los animales, y por eso una misma muerte es la del hombre y la de los animales, y la condición de ambos es semejante*?[a]. Y continuando sutilmente con esa misma idea, añade: *Como el hombre muere, del mismo modo mueren también los animales. Todos alientan del mismo modo,*

a. Ecl 3, 18-19.

y el hombre no es superior a los animales en nada[a]. Y aún añade a estas últimas palabras una afirmación general, diciendo: *Todo es vanidad, y todo se encamina hacia un mismo lugar. Todo ha sido hecho de tierra y todo vuelve igualmente a la tierra*[b].

[4. La cuestión de Salomón en la que se dice: 'Una misma muerte es la del hombre y la de los animales'][8]

1. GREGORIO. El libro de Salomón en el que se escribieron esas palabras recibe el nombre de *Eclesiastés*. Ahora bien, «Eclesiastés» significa propiamente «El orador». Pues bien, en el discurso de un orador se expone un pensamiento mediante el cual se pueden refrenar las turbulentas rebeliones de la turba, y cuando muchos individuos piensan de manera diferente todos ellos se ven reducidos a una sola opinión gracias a los razonamientos del orador. Así pues, el libro se llama «El orador» por esto, porque en él Salomón hizo suyo, por así decir, el pensamiento de la turba cuando se encuentra agitada, a fin de exponer, a manera de intérprete, lo que probablemente piensan las mentes ignorantes arrastradas por la tentación. En efecto, el orador expuso —como a manera de intérprete— tantos pensamientos distintos como diferentes personajes asumió e hizo suyos.

2. Pero el orador verdadero[9], como extendiendo la mano, apacigua los tumultos de todos y los hace volver a una sola opinión, cuando al final de ese libro dice: *Oigamos, todos a una, el final del discurso: teme a Dios y guarda sus mandamientos, pues en eso consiste el hombre todo*[c]. En efecto, si en ese libro no hubiera asumido y hecho suyos, mediante su palabra, los papeles de muchos, ¿por qué iba a exhortar entonces a oír —todos a una con él— el final del discurso? Así pues, el que al final del libro dice '*Oigamos, todos a una*' está atestiguando que, habiendo asumido y hecho suyos los papeles de muchos, no ha hablado, por así decir, sólo y exclusivamente él.

3. Por eso, en dicho libro hay unas opiniones que son expuestas por el que actúa como intérprete y otras que se justifican por la razón; hay unas cosas que el autor expone desde el punto de vista del espíritu que ha caído en la tentación y se halla entregado aún a los placeres de este mundo, y otras en las que el autor discurre sobre aquello que es propio de la razón y mantiene el espíritu alejado de los placeres[10]. Así, por ejemplo, el autor dice allí: *Así pues, me ha parecido bueno esto, que la gente coma y beba y disfrute de la alegría de su trabajo*[d]. Y, sin embargo,

a. Ecl 3, 19.
b. Ecl 3, 19-20.
c. Ecl 12, 13.
d. Ecl 5, 17.

mucho más abajo añade: *Es mejor ir a la casa del luto que a la casa del banquete*[a].

4. Así pues, si comer y beber es bueno, parece que hubiera sido mejor ir a la casa del banquete antes que a la casa del luto. Y, según eso, se pone de manifiesto que lo primero lo dijo desde el punto de vista de las personas débiles de espíritu, mientras que lo segundo lo añadió desde la esfera de la razón. De hecho, el autor terminará exponiendo inmediatamente después los motivos propiamente dichos de la razón, haciendo ver cuál es la utilidad de la casa del luto, cuando dice: *Pues en ella se nos recuerda cuál es el final de todos los hombres, y en ella el que aún vive reflexiona en lo que llegará a ser*[b].

5. Asimismo, encontramos escrito allí: *Joven, regocíjate en tu juventud*[c]. Y poco después se añade: *Pues la juventud y el regocijo son vanos*[d]. Así pues, dado que el autor se contradice a sí mismo más adelante diciendo que es vano lo que primeramente parecía haber aconsejado, claramente está indicando que las primeras palabras las expuso desde el punto de vista, por así decir, del deseo carnal, mientras que las segundas las añadió desde el punto de vista de la verdad de la razón.

6. Por tanto, de la misma manera que, resaltando él en un primer momento los placeres carnales y dejando de lado las preocupaciones, declara que comer y beber es bueno, y sin embargo más adelante censura eso mismo desde el punto de vista de la razón, cuando dice que es mejor ir a la casa del luto que a la casa del banquete; y de la misma manera que primeramente afirma desde el punto de vista, por así decir, de la opinión de la gente mundana que el joven debe regocijarse en su juventud, y sin embargo más adelante asegura, con una afirmación sentenciosa, que la juventud y el regocijo son vanos, así también nuestro orador en un primer momento expone —como si lo hiciera desde el punto de vista del pensamiento de los hombres débiles de espíritu— la opinión de las meras suposiciones humanas, cuando dice: *Una misma muerte es la del hombre y la de los animales, y la condición de ambos es semejante. Como el hombre muere, del mismo modo mueren también los animales. Todos alientan del mismo modo, y el hombre no es superior a los animales en nada*[e].

7. Sin embargo, más adelante da a conocer él mismo su propia opinión, desde la esfera de la razón, cuando dice: *¿En qué es superior el sabio al necio, y en qué es superior el pobre, sino en que ellos se dirigen hacia*

a. Ecl 7, 2.
b. Ecl 7, 2.
c. Ecl 11, 9.
d. Ecl 11, 10.
e. Ecl 3, 19.

donde está la vida?[a]. Así pues, el mismo que dijo que '*el hombre no es superior a los animales en nada*', ese mismo, contrariamente, afirmó que el sabio es superior no sólo al animal, sino también al hombre necio, en una cosa, a saber, en '*que se dirige hacia donde está la vida*'. Con tales palabras lo primero que indica es que la vida de los hombres no se encuentra aquí, y declara que se encuentra en otra parte. Así pues, el hombre es superior a los animales en esto, en que los animales no viven después de la muerte, mientras que el hombre comienza a vivir justamente entonces, cuando por la muerte del cuerpo pone fin a esta vida visible.

8. Y mucho más abajo dice también lo siguiente: *Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo al instante, porque en el Infierno hacia donde tú te apresuras a ir no habrá ni trabajo ni razón ni conocimiento ni sabiduría*[b]. Así pues, ¿cómo va a ser una misma muerte la del hombre y la de los animales, y la condición de ambos semejante?, ¿o cómo el hombre no va a ser superior a los animales en nada, cuando los animales después de la muerte del cuerpo no viven, mientras que las almas de los hombres, arrojadas por sus malas obras al Infierno después de la muerte del cuerpo, no mueren ni siquiera en medio de la misma muerte? Y es que en esas dos afirmaciones tan dispares se demuestra que el orador verdadero dijo lo primero desde el punto de vista de la tentación carnal, y que más adelante afirmó lo segundo desde el punto de vista de la verdad espiritual.

9. PEDRO. Me complace haber ignorado lo que pregunté, pues de ese modo he tenido la oportunidad de aprender con tanta profundidad lo que ignoraba. Pero te ruego que no me tomes a mal que yo asuma también ante ti —a la manera de nuestro Eclesiastés— el papel de las personas débiles de espíritu, a fin de poder serles de utilidad a esos débiles de espíritu de un modo más cercano, actuando, por así decir, como intérprete suyo.

10. GREGORIO. ¿Cómo me voy a tomar a mal que te muestres condescendiente con la debilidad del prójimo, cuando dice Pablo: *Me he convertido en todo para todos, a fin de salvar a todos*[c]? Pues, haciendo eso por amorosa condescendencia, eres acreedor a un respeto aún mayor, al actuar siguiendo el ejemplo del eximio predicador.

[5. La cuestión del alma que sale del cuerpo de manera invisible: ¿Puede existir lo que no puede verse?][11]

1. PEDRO. Tuve ocasión de estar presente en la muerte de un hermano. De repente, mientras me hablaba, exhaló su último aliento, y a

a. Ecl 6, 8.
b. Ecl 9, 10.
c. 1 Cor 9, 22.

quien hasta ese momento yo veía hablando conmigo, súbitamente lo vi muerto. Pero no vi si su alma salió o no salió de su cuerpo, y parece muy duro tener que creer en la existencia de algo que nadie puede ver.

2. GREGORIO. ¿Qué hay de sorprendente, Pedro, en que no vieras salir el alma que tampoco veías mientras estaba en el cuerpo? ¿Es que acaso ahora, cuando estás hablando conmigo, por el hecho de que no puedas ver mi alma en mi interior crees que estoy muerto? La verdad es que la naturaleza del alma es invisible, e igual que permanece en el cuerpo de manera invisible, así también sale del cuerpo de manera invisible.

3. PEDRO. Pero la vida del alma mientras permanece en el cuerpo puedo inferirla a partir de los propios movimientos corporales, porque, si el alma no estuviera en el cuerpo, los miembros del cuerpo no podrían moverse. ¿Pero en qué movimientos o en qué acciones puedo ver yo la vida del alma una vez que abandona el cuerpo, de modo que a partir de lo visto pueda yo inferir la existencia de lo que no puedo ver?

4. GREGORIO. No digo que puedas verla de la misma manera, sino de modo diferente; pues, igual que la fuerza del alma vivifica e infunde movimiento al cuerpo, así también la fuerza divina fecunda todo lo que ha creado, y a unos seres los vivifica mediante su soplo divino, a otros les otorga la vida, y a otros únicamente les concede la existencia. Ahora bien, puesto que tú no dudas de que Dios es creador y rector, que lo llena y lo abarca todo, que todo lo trasciende y todo lo sostiene, que es ilimitado e invisible, así tampoco debes dudar de que Él tiene servidores invisibles. Y es que los que sirven deben tender a asemejarse a aquel al que sirven, de modo que no puede dudarse que los seres que sirven a alguien que es invisible también ellos son invisibles. Pero ¿quiénes creemos nosotros que son estos seres sino los santos ángeles y las almas de los justos? Así pues, igual que teniendo en cuenta el movimiento del cuerpo infieres, a partir de lo más bajo, la vida del alma mientras permanece en el cuerpo, así también, a partir de lo más alto debes inferir la vida del alma cuando sale del cuerpo, ya que la que debe permanecer al servicio de su Creador invisible puede vivir de manera invisible.

5. PEDRO. Todo lo que dices está muy bien. Pero la mente se resiste a creer lo que no puede ver con los ojos corpóreos.

GREGORIO. Cuando Pablo dice: *La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la materia de las cosas que no se ven*[a], verdaderamente está diciendo que creemos aquello que no podemos ver; pues lo que podemos ver ya no tiene sentido que podamos creerlo.

6. En cualquier caso, para que te convenzas a ti mismo rápidamente: ninguna cosa visible puede ser vista si no es por medio de lo invisible. En efecto, el ojo de tu cuerpo ve todas las cosas corpóreas;

a. Heb 11, 1.

y, sin embargo, ese ojo corpóreo no podría ver ninguna cosa corpórea si una entidad incorpórea no lo estimulara para que viera. En efecto, haz desaparecer el espíritu —que es invisible—, y el ojo que antes veía ahora estará ya abierto inútilmente. Sustráele el alma al cuerpo: no cabe duda de que los ojos permanecen abiertos en el cuerpo; entonces, si antes veían por sí mismos, ¿por qué tras salir el alma ya no pueden ver nada? Así pues, a partir de aquí concluye que incluso las propias cosas visibles solamente pueden ser vistas por medio de lo invisible.

7. Supongamos también, con los ojos de la imaginación, que se construye una casa, que se levantan inmensas moles, que se suspenden en las grúas enormes columnas. Dime, ¿quién realiza esta obra?: ¿El cuerpo visible, que arrastra aquellas moles con las manos, o el alma invisible, que vivifica el cuerpo? En efecto, sustrae lo que no es visible dentro del cuerpo, e inmediatamente todas las cosas que parecían moverse —los cuerpos visibles de los materiales de construcción— se quedarán inmóviles.

8. De acuerdo con ello, debemos inferir que tampoco en este mundo visible puede ser dispuesto nada si no es por medio de una criatura invisible. Pues, igual que Dios todopoderoso, por inspiración o fecundación divinas, vivifica e infunde movimiento a las cosas invisibles de orden y existencia racional, así también esas mismas cosas invisibles infunden movimiento y sensibilidad, fecundándolos, a los cuerpos carnales que son visibles.

9. PEDRO. Vencido de buen grado por tus razonamientos —lo confieso—, me veo obligado a pensar ahora que las cosas visibles no tienen ya casi ningún valor, yo que antes, asumiendo sobre mí el papel de los débiles de espíritu, dudaba sobre la existencia de las invisibles. En suma, me parece bien todo lo que dices. Pero, en todo caso, de la misma manera que tengo conocimiento de la vida del alma mientras permanece en el cuerpo a partir de los movimientos corporales, me gustaría asimismo tener conocimiento de la vida del alma, una vez que abandona el cuerpo, a partir de algunos testimonios claros y manifiestos[12].

[6. Igual que a partir del movimiento de los miembros se deduce la vida del alma mientras permanece en el cuerpo, así también a partir del poder de los milagros se ha de inferir la vida del alma en los santos una vez que sale del cuerpo][13]

1. GREGORIO. A este respecto, si encuentro bien dispuesto el corazón de tu caridad, apenas tendré que esforzarme en mi alegato. ¿Es que acaso los santos apóstoles y los mártires de Cristo habrían despreciado la vida presente y habrían expuesto sus almas a la muerte del cuerpo si no hubieran sabido que luego habría de seguir una vida más auténtica de sus almas? Tú mismo dices que a partir de los movimientos corporales

tienes conocimiento de la vida del alma mientras permanece en el cuerpo. Pues bien, he aquí que aquellos que expusieron sus almas a la muerte y creyeron en la existencia de la vida de las almas después de la muerte del cuerpo resplandecen en milagros diariamente: acuden hasta sus reliquias los enfermos y son curados, acuden los perjuros y son atormentados por el demonio, acuden los endemoniados y son liberados, acuden los leprosos y son limpiados, se les lleva a los muertos y son resucitados[14].

2. Considera, pues, cómo vivirán allí donde viven la almas de esos varones cuyos cuerpos, incluso muertos, viven aquí en medio de tantos milagros. Así pues, si a partir del movimiento de los miembros puedes deducir la vida del alma mientras permanece en el cuerpo, ¿por qué no infieres también la vida del alma, tras la muerte del cuerpo, a partir del poder de los milagros que ellos llevan a cabo por medio de sus reliquias?

3. PEDRO. Creo que no puede oponerse ninguna objeción a ese alegato tuyo, según el cual también nos vemos obligados a creer lo que no vemos a partir de las cosas que vemos.

[7. La salida del cuerpo de las almas]

GREGORIO. Hace un momento te quejabas de que tú no viste salir el alma del cuerpo de un muerto[15]. Pero eso fue ya un error en sí mismo: el querer ver algo invisible con los ojos corpóreos. Ahora bien, muchos de los nuestros, tras purificar los ojos del espíritu con una fe pura y una abundante oración, a menudo vieron salir las almas del cuerpo. Por eso, es preciso que yo te cuente ahora cómo fueron vistas salir dichas almas, o qué grandes cosas vieron las almas mismas mientras salían, a fin de que esos ejemplos logren persuadir a tu ánimo vacilante, ya que la razón no puede hacerlo plenamente[16].

[8. La salida del cuerpo del alma de Germán, obispo de Capua][17]

Así, en el libro segundo de esta obra ya conté cómo el venerable varón Benito —según tuve noticia por sus fidedignos discípulos—, hallándose lejos de la ciudad de Capua, vio cómo el alma de Germán, obispo de dicha ciudad, era llevada a medianoche por los ángeles al Cielo en un globo de fuego[18]. Y mientras miraba ascender su alma, distendido el seno de su espíritu, vio el mundo entero concentrado en sus ojos como en un solo rayo de sol[19].

[9. La salida del cuerpo del alma del monje Especioso]

1. Por el relato también de esos mismos discípulos suyos tuve noticia de que dos varones nobles e instruidos en los estudios profanos, her-

manos carnales —uno de ellos llamado Especioso y el otro Gregorio—, ingresaron en la santa vida monástica confiándose a su Regla. El venerable abad hizo que vivieran en el monasterio que había erigido cerca de la ciudad de Terracina[20]. Habían gozado ellos de muchas riquezas en este mundo, pero las donaron todas generosamente a los pobres por la redención de sus almas y se quedaron en el citado monasterio[21].

2. Uno de ellos, Especioso, había sido enviado, por intereses del monasterio, cerca de la ciudad de Capua. Un día su hermano Gregorio, estando sentado a la mesa con los hermanos y comiendo con ellos, alzado del suelo por el Espíritu, miró y vio cómo el alma de su hermano Especioso, que se hallaba tan lejos de él, salía de su cuerpo. Inmediatamente se lo comunicó a los hermanos, echó a correr y encontró ya a su hermano enterrado, pero averiguó que había salido del cuerpo en el preciso momento en que él había tenido la visión[22].

[10. El alma de un recluso]

En la época en la que aún vivía yo en el monasterio[23], un varón piadoso y digno de todo crédito me contó que, dirigiéndose unas personas a Roma en barco desde la región de Sicilia, cuando se hallaban en medio del mar, vieron cómo era conducida al Cielo el alma de un siervo de Dios que vivía como recluso en la región del Samnio[24]. Y al bajar ellos a tierra e indagar si la cosa había ocurrido efectivamente así, averiguaron que el siervo de Dios había muerto el mismo día en que ellos supieron que había ascendido al Reino celestial[25].

[11. La salida del cuerpo del alma del abad Espes]

1. Lo que voy a referir ahora lo supe, en la época en la que aún vivía yo en mi monasterio[26], por el relato de un varón muy venerable. Contaba él que un venerable abad, llamado Espes, erigió varios monasterios en un paraje denominado Campi, que dista unas seis millas de la antigua ciudad de Nursia[27]. Dios todopoderoso y misericordioso, flagelándolo, lo protegió del azote eterno, y guardó para él la máxima severidad al tiempo que el máximo favor de su providencia. Y más adelante dejó ver, sanándolo por completo, cuánto lo había amado antes flagelándolo. Así, por espacio de cuarenta años selló sus ojos con las tinieblas de una continua ceguera, sin permitirle ver nada en absoluto, ni lo más mínimo siquiera[28].

2. Pero, puesto que nadie puede resistir los azotes si la gracia de Dios le abandona, y puesto que, si el propio Padre misericordioso que nos inflige el castigo no nos proporciona capacidad de sufrimiento, enseguida la corrección de los pecados —debido a nuestra incapacidad de sufri-

miento— hace que aumente nuestro pecado, sucediendo de ese modo, desgraciadamente, que nuestra culpa aumenta allí donde debíamos esperar su final, por dicha razón, al ver Dios nuestras flaquezas, mezcla su protección con los latigazos, y en sus golpes se muestra primero misericordiosamente justo para con sus hijos elegidos, para poder ser después justamente misericordioso con ellos. Por eso, mientras Dios apremiaba al venerable anciano con las tinieblas exteriores, nunca le privó de la luz interior. Y así, el que era atormentado con el azote del cuerpo disponía al mismo tiempo, gracias a la protección del Espíritu Santo, del consuelo del corazón.

3. Tras haber pasado ya cuarenta años sumido en la ceguera, El Señor le devolvió la vista, le anunció la proximidad de su muerte[29] y le exhortó a que predicara la palabra de vida a los monasterios erigidos en los alrededores, a fin de que, tras haber recibido él la luz del cuerpo, abriera la luz del corazón a los hermanos que recibieran su visita en los contornos. Y él, obedeciendo al instante sus órdenes, marchó por los alrededores visitando los conventos de los hermanos y les predicó los mandamientos de vida que él mismo había aprendido con sus obras.

4. Después de quince días, concluida su predicación, regresó a su monasterio, y, reuniendo allí a los hermanos y puesto en pie en medio de ellos, recibió el sacramento del cuerpo y la sangre del Señor; y a continuación comenzó a entonar con ellos los cantos místicos de los salmos. Y, mientras ellos salmodiaban, él, aplicado a la oración, exhaló su espíritu. Todos los hermanos que se hallaban presentes vieron cómo salía de su boca una paloma, que, elevándose al punto por el techo abierto del oratorio, penetró en el Cielo a la vista de los hermanos[30]. Y debemos pensar que su alma se mostró en forma de paloma por lo siguiente, para que a partir precisamente de dicha forma Dios todopoderoso hiciera ver con cuánta sencillez de corazón le había servido aquel varón.

[12. La salida del cuerpo del alma de un presbítero de Nursia][31]

1. No puedo pasar en silencio tampoco lo que un venerable varón, el abad Esteban —que murió en esta ciudad de Roma no hace mucho tiempo, y a quien tú mismo también conociste bien—, decía que había sucedido en esa misma provincia de Nursia.

2. Así, contaba él que en esa región un presbítero gobernaba con gran temor del Señor la iglesia que tenía encomendada. Y, desde el momento en que recibió su ordenación, amando él a su esposa como a una hermana, pero guardándose de ella como de una enemiga, nunca dejaba que se le aproximara demasiado, y, no permitiendo que se acercara a él bajo ninguna circunstancia, había cortado de raíz el trato íntimo con ella. Y es que los santos varones se caracterizan por eso: para mante-

nerse siempre lejos de lo ilícito, muchas veces apartan de ellos incluso lo que es lícito. Por eso, el mencionado varón, para no incurrir en pecado alguno por culpa de su mujer, rechazaba que ella le asistiera incluso en lo necesario.

3. Tras haber vivido muchos años, este venerable varón, a los cuarenta años de su ordenación, habiendo enfermado gravemente de unas ardientes fiebres, llegó al final de su vida. Al verlo así su mujer, con el cuerpo ya extenuado, entregado ya casi a la muerte, trató de discernir, acercando la oreja a su nariz, si aún había en él algún soplo vital. Al advertirlo el presbítero —al que aún le quedaba un pequeñísimo hálito de vida—, esforzándose todo cuando pudo para conseguir hablar, con el espíritu enardecido alzó la voz y prorrumpió en las siguientes palabras: «Apártate de mí, mujer. Aún perdura una llamita. Retira la paja».

4. Y al apartarse ella, aumentó el vigor de su cuerpo y se puso a gritar con gran regocijo, diciendo: «Bienvenidos, mis señores, bienvenidos, mis señores. ¿Cómo os habéis dignado venir hasta este siervo vuestro que es tan poquita cosa? Ya voy, ya voy. Os doy las gracias, os doy las gracias». Y tras repetir estas palabras muchas y reiteradas veces, sus allegados, que se encontraban alrededor de él, le preguntaban que a quiénes les decía aquello. Él, lleno de asombro, les respondió diciendo: «¿Es que no veis que han venido aquí los santos apóstoles? ¿No veis a san Pedro y san Pablo, los primeros de los apóstoles?». Y volviéndose de nuevo a éstos, les decía: «Ya voy, ya voy». Y en medio de estas palabras exhaló su espíritu, y yendo tras ellos atestiguó que en verdad había visto a los santos apóstoles[32].

5. Muchas veces a los justos les acontece eso, que en el momento de su muerte tienen visiones de los santos que les han precedido, para que no le tengan miedo a su propia sentencia punitiva de muerte, sino que, al hacerse visible a los ojos de su espíritu la compañía de los ciudadanos celestes, se liberen de las ataduras de su cuerpo sin sufrimiento alguno de dolor o de miedo.

[13. El alma de Probo, obispo de la ciudad de Rieti]

1. A este respecto tampoco puedo pasar en silencio lo que Probo[33], siervo de Dios todopoderoso —que actualmente vive aquí, en esta ciudad de Roma, en el monasterio que se llama de Renato—, solía contarme acerca de Probo, tío suyo por parte de padre, obispo de la ciudad de Rieti[34]. Decía él que, al acercarse el final de su vida, lo abatió una gravísima enfermedad. Su padre, llamado Máximo, enviando siervos por todo el contorno, se afanó en reclutar médicos, por si acaso pudiera remediar su mal. Pero los médicos, reunidos de todas partes de los parajes vecinos, declararon, después de tomarle el pulso, que su muerte habría de sobrevenirle muy pronto.

2. Echándose encima ya la hora de comer y habiéndose hecho bastante tarde, el venerable obispo instó a los que estaban con él —más preocupado por la salud de ellos que por la suya propia— a que subieran con su anciano padre a la parte de arriba de su obispado y se recobraran reponiendo las fuerzas después del trabajo. Subieron todos, pues, al piso de arriba. Únicamente dejaron con él a un sirviente muy jovencito, el cual —según afirma el mencionado Probo— vive todavía hoy.

3. Mientras se hallaba él junto al lecho del enfermo, de repente vio entrar hasta el hombre de Dios a unos varones vestidos con unas túnicas de un blanco reluciente, que con la luz de sus rostros sobrepujaban incluso la propia blancura de sus ropas[35]. Impresionado por la luminosidad de su blancura resplandeciente, empezó a gritar a grandes voces preguntando quiénes eran ellos. El obispo Probo, alarmado también por esos gritos, los vio entrar y los reconoció, y empezó a calmar al muchacho que vociferaba y gemía, diciéndole: «No tengas miedo, porque han venido hasta mí los mártires san Juvenal y san Eleuterio».

4. Pero él, no pudiendo soportar lo inaudito de aquella extraordinaria visión, dejó atrás las puertas, huyendo a todo correr, y les comunicó al padre y a los médicos a quiénes había visto. Bajaron ellos rápidamente, pero hallaron ya muerto al enfermo que habían dejado, pues se lo habían llevado consigo los varones cuya visión no había podido soportar el muchacho que se había quedado con él.

[14. El tránsito de la sierva de Dios Gala]

1. A este respecto, tampoco creo que se deba pasar en silencio lo que supe por el relato de personas serias y fidedignas. Así, en tiempos de los godos[36], Gala, una nobilísima joven de esta ciudad de Roma —hija del cónsul y patricio Símmaco—, que había contraído matrimonio en su juventud, quedó viuda al morir su marido en el espacio tan sólo de un año[37]. Y cuando, nadando como nadaba en la abundancia de las cosas terrenales, tanto su fortuna como su edad hubieran debido llevarla a contraer nuevo matrimonio, ella prefirió unirse a Dios en nupcias espirituales[38] —en las cuales se comienza desde la aflicción, pero se termina llegando a los gozos eternos— antes que someterse a las nupcias carnales, que empiezan siempre desde la alegría y acaban con la aflicción.

2. Como ella fuera de un temperamento corporal muy ardiente, los médicos empezaron a decirle que si no volvía a los brazos de un hombre, a causa de su excesivo ardor le saldría barba, en contra de su naturaleza femenina, cosa que después efectivamente ocurrió. Pero aquella santa mujer, que amaba la belleza de su esposo interior, no tuvo miedo alguno de la fealdad exterior, y no le preocupó en absoluto que pudiera resultar desagradable en ella algo que su esposo celestial no amaba en ella.

3. Así pues, nada más morir su esposo, renunciando al estado seglar, se consagró al servicio de Dios todopoderoso en un monasterio situado junto a la iglesia de San Pedro Apóstol, y, entregada durante muchos años allí a la oración y a la sencillez de corazón, sufragó a los pobres con la generosidad de sus limosnas. Y habiendo decidido Dios todopoderoso concederle ya la recompensa eterna a sus fatigas, enfermó de un cáncer de pecho. Durante toda la noche solían permanecer encendidos dos candelabros delante de su cama, pues, siendo ella amiga de la luz, no sólo aborrecía las tinieblas espirituales, sino también las terrenales.

4. Y mientras yacía una noche en la cama, extenuada a causa de la citada enfermedad, vio cómo el apóstol san Pedro se colocaba entre los dos candelabros delante de su humilde lecho. Y ella no se asustó ni se amedrentó, sino que, armada de audacia a causa de su amor, saltó de alegría y le dijo: «¿Qué hay, mi señor? ¿Me han sido perdonados mis pecados?». Y él —siendo como es de rostro sumamente bondadoso— asintió inclinando su cabeza y le dijo: «Sí, te han sido perdonados. Ven». Pero, dado que Gala amaba a una religiosa de ese monasterio más que a ninguna otra, al punto añadió: «Te ruego que venga conmigo la hermana Benita». Y él le respondió: «No, que vaya contigo tal otra. La que tú pides habrá de seguirte dentro de treinta días»[39]. Así pues, una vez terminado este coloquio, desapareció la visión del apóstol que había estado a su lado y que había hablado con ella[40].

5. Entonces ella hizo venir enseguida a la madre superiora de toda la congregación y le manifestó lo que había visto y lo que había oído. Y a los tres días, en compañía de la hermana que le había sido asignada, murió. Y la que ella misma había pedido la siguió a los treinta días[41]. Ese hecho ha quedado como digno de recuerdo en el citado monasterio hasta el día de hoy, y, transmitido por las madres de mayor edad, las monjas más jóvenes que actualmente hay en él suelen contarlo con todo detalle, como si ellas mismas hubiesen asistido en aquel tiempo a este milagro tan grande.

[15. El tránsito del paralítico Sérvulo]

1. Pero a este propósito hay que saber que a menudo, en el momento en el que se produce la salida de las almas de los elegidos, una dulce melodía suele prorrumpir en alabanzas celestiales, a fin de que, al escucharla ellos muy gozosos, apenas puedan darse cuenta de la separación del alma del cuerpo.

2. En este sentido, recuerdo haber contado ya también en las *Homilías sobre los Evangelios*[42] que en el pórtico que sirve de paso a los que van a la iglesia de San Clemente había un individuo, llamado Sérvulo, de quien no dudo que tú también te acordarás. Era él, ciertamente,

pobre en riquezas, pero rico en merecimientos, al que una larga enfermedad había dejado tullido. De hecho, desde el día que nosotros pudimos conocerlo hasta el final de su vida permaneció postrado por una parálisis. ¿Y cómo decir que no podía mantenerse en pie el que nunca fue capaz de enderezarse en su cama ni siquiera para sentarse, el que nunca pudo llevarse la mano a la boca, el que nunca pudo volverse hacia el otro lado?

3. Estaban con él, para asistirle, su madre y su hermano, y todas las limosnas que lograba recibir se las daba a los pobres por mediación de ellos. No sabía en absoluto leer, pero se había comprado los libros de las Sagradas Escrituras y ponía todo su empeño en que todos los varones piadosos que acogía bajo su hospitalidad los leyeran en su presencia. Y así sucedió que, a su manera, se empapó totalmente del conocimiento de las Sagradas Escrituras, a pesar de que —como he dicho— no sabía en absoluto leer. En medio de su dolor se esforzaba en dar siempre gracias y en consagrar todo su tiempo, día y noche, a los himnos y alabanzas de Dios.

4. Pero, llegado ya el momento de tener que ver recompensada su gran capacidad de sufrimiento, el dolor corporal se volvió hacia sus partes vitales. Y al ver que ya se encontraba él muy cerca de la muerte, exhortó a unos peregrinos que había acogido bajo su hospitalidad a levantarse y a cantar salmos con él por la espera de su muerte. Y estando cantando salmos con ellos también el propio moribundo, de repente detuvo las voces de los que cantaban con un grito aterrador, diciéndoles: «Callaos. ¿Es que no oís qué magníficos cantos de alabanza resuenan en el Cielo?». Y mientras aplicaba el oído de su corazón a esas alabanzas que él había oído en su interior, aquella santa alma se liberó del cuerpo[43].

5. Y al salir el alma, se esparció en aquel lugar un olor tan fragante que todos los allí presentes se vieron inundados por los efluvios de un perfume indescriptible, de modo que por ello todos comprendían claramente que los cantos de alabanza ya habían recibido a su alma en el Cielo[44]. Este hecho fue presenciado por un monje nuestro, el cual vive aún en la actualidad y suele asegurar, en medio de grandes llantos, que la fragancia de aquel olor no se fue de sus narices hasta que dieron sepultura a su cuerpo.

[16. *El tránsito de la sierva de Dios Rómula*]

1. También en las citadas *Homilías*[45] recuerdo haber contado un suceso que narré a partir del testimonio de mi compañero en el sacerdocio Especioso, que tuvo conocimiento de él. Así, en la época en la que yo ingresé en el monasterio[46], una anciana, llamada Redenta, que había tomado los hábitos religiosos, vivía en esta ciudad de Roma junto a la igle-

sia de Santa María siempre Virgen. Había sido ella discípula de aquella Herundo que —según se decía— vivió una vida de eremita llena de extraordinarias virtudes en las montañas de Palestrina.

2. Esta Redenta tenía dos discípulas que habían tomado sus mismos hábitos: una llamada Rómula y otra que aún vive en la actualidad, a la que conozco de vista, pero cuyo nombre ignoro. Y así, viviendo las tres juntas en una misma morada, pasaban ellas una vida rica en tesoros de buenas costumbres, pero pobre en recursos económicos[47]. Esa Rómula a la que antes me he referido aventajaba a aquella otra condiscípula suya, a la que también antes mencioné, por los muchos méritos de su vida. Era ella, en efecto, de admirable paciencia, de extraordinaria obediencia, atenta siempre a mantener su boca en silencio y muy aficionada a la práctica de una continua oración.

3. Pero dado que generalmente aquellos a los que los hombres ya consideran perfectos guardan todavía alguna imperfección a los ojos del supremo Hacedor (de la misma manera que a menudo nosotros, hombres ignorantes, sin haber visto completamente esculpidas aún las estatuas ya estamos elogiando, como si fueran perfectas, las obras que el escultor, sin embargo, sigue todavía examinando y puliendo, y aunque él oye que las elogian, no deja, sin embargo, de seguir cincelándolas para mejorarlas), esta Rómula que antes mencioné cayó víctima de esa enfermedad del cuerpo a la que los médicos con un vocablo griego denominan «parálisis»; y, postrada en cama durante muchos años, yacía en ella sin poder hacer uso de casi ninguno de sus miembros. Y, sin embargo, tales tormentos no habían conducido su alma a la impaciencia. En efecto, el propio deterioro de su cuerpo había dado lugar a un aumento de sus virtudes, pues la práctica de la oración se había incrementado tanto más solícitamente en ella cuanto que no podía realizar ninguna otra cosa.

4. Una noche llamó ella a esa Redenta a la que antes mencioné, que cuidaba de ambas discípulas como si fueran propiamente sus hijas, diciéndole: «Madre, ven. Madre, ven». Y ella se levantó al punto junto con la otra condiscípula suya, según supo mucha gente por el relato de ellas dos y según tuve noticia yo mismo también en la época misma en la que ocurrieron los hechos.

5. En mitad de la noche, mientras estaban junto al lecho de la enferma, de repente un luz enviada desde el Cielo inundó todo el recinto del aposento y brotó un resplandor de una luminosidad tan extraordinaria que oprimió con indescriptible pavor los corazones de las que allí estaban, y —según ellas mismas contaban después— se les heló todo el cuerpo y se quedaron súbitamente estupefactas[48]. Empezó a oírse el ruido como de una gran muchedumbre entrando, y la puerta del aposento comenzó a ser sacudida como si estuviera siendo empujada por la turba de los que entraban, y —según ellas decían— sentían a la muchedum-

bre de los que penetraban, pero no podían verla por el exceso de luz y de miedo, ya que, por un lado, el pavor había embotado sus ojos, y, por otro, la misma luminosidad de aquella luz tan extraordinaria las deslumbraba. Y a dicha luz le siguió inmediatamente después la fragancia de un olor maravilloso[49], de modo que la suavidad de ese aroma les hizo recobrar el ánimo que la luz enviada desde el Cielo había conseguido amedrentar.

6. Pero, al no poder soportar ellas la intensidad de aquella luminosidad, la citada Rómula empezó a confortar con dulces palabras a Redenta, su maestra espiritual, que se hallaba a su lado y temblaba de miedo, diciéndole: «No temas, madre, que aún no me muero». Y diciéndole esto repetidas veces, poco a poco la luz enviada desde el Cielo desapareció, pero el olor que había seguido a dicha luz permaneció, y aún transcurrió un segundo y un tercer día en los que permaneció esparcida la fragancia de tal olor.

7. Así pues, a la cuarta noche llamó de nuevo a su maestra. Y cuando llegó, pidió el viático y lo recibió. Y todavía no se habían apartado del lecho de la enferma la citada Redenta ni la otra discípula suya, cuando he aquí que de repente en el patio de delante de la puerta de su aposento se colocaron dos coros de cantores de salmos, el sexo de los cuales —según decían— podía distinguirse por sus voces: los hombres entonaban los cantos de la salmodia y las mujeres les respondían[50]. Y tras llevarse a cabo las honras fúnebres celestiales delante de las puertas del aposento, aquella santa alma se liberó del cuerpo. Y mientras era conducida hacia el Cielo, cuanto más arriba ascendían los coros de los cantores de salmos, tanto más tenuemente se oía su salmodia, hasta que terminó por apagarse definitivamente tanto el sonido de la salmodia como la prolongada suavidad del olor.

[17. El tránsito de la venerable virgen Társila]

1. Algunas veces, para consuelo del alma que sale del cuerpo, suele aparecerse el propio Creador y Dador de la vida. Por ello volveré a contar también aquí lo que recuerdo haber referido ya en las *Homilías sobre los Evangelios*[51] acerca de Társila, tía mía por parte de padre. Ésta se había encumbrado, por encima de sus dos hermanas, hasta la cima de la santidad gracias a la virtud de su continua oración, la gravedad de su vida y su extraordinaria abstinencia[52]. A ella se le apareció mi antepasado Félix, Pontífice de esta iglesia de Roma, y le mostró la mansión de sempiterna claridad, diciéndole: «Ven, pues te voy a acoger en esta mansión de luz»[53].

2. Y, al punto, apoderándose de ella unas fiebres repentinas, le llegó su último día. Y como siempre que se produce la muerte de varones o

mujeres nobles acude mucha gente para consolar a sus allegados, a la hora de su muerte había en torno a su lecho muchas mujeres y hombres. Cuando, de repente, volviendo ella la vista hacia arriba, vio venir a Jesús, y, reprendiendo vivamente a los que la rodeaban, empezó a gritarles diciendo: «Retiraos, retiraos, que viene Jesús»[54]. Y, dirigiéndose hacia el que estaba viendo, aquella santa alma salió del cuerpo, y súbitamente se esparció la fragancia de un olor tan maravilloso que la propia suavidad del aroma mostraba también a todo el mundo que el autor de dicha suavidad había venido allí[55].

3. Y al desnudar su cuerpo para lavarlo —de acuerdo con la costumbre mortuoria—, se descubrió que, debido a su práctica de una prolongada oración, en sus codos y en sus rodillas le había salido una dura costra, como la de los camellos, de modo que su cuerpo muerto daba así testimonio de lo que siempre había hecho su espíritu vivo.

[18. El tránsito de la niña Musa]

1. Tampoco voy a pasar en silencio lo que el siervo de Dios Probo, anteriormente mencionado[56], solía contarme acerca de su hermana, una niña pequeña llamada Musa. Decía él que la santa Madre de Dios, la Virgen María, se le apareció a ella una noche en sueños y le mostró a unas niñas de su misma edad vestidas de blanco[57]. Y como deseara juntarse, pero no se atreviera a unirse a ellas, oyó la voz de santa María siempre Virgen que le preguntaba si quería estar con las niñas y vivir al servicio de ella. Y al decirle la niña «sí, quiero», inmediatamente recibió de ella el encargo de que en adelante no se comportara de un modo ligero ni infantil, que se abstuviera de risas y juegos, sabiendo con toda seguridad que ella habría de entrar a su servicio, junto a las vírgenes que había visto, en el plazo de treinta días[58].

2. Tras este sueño, la niña experimentó un cambio total en su comportamiento e hizo desaparecer de ella toda la ligereza anterior de su vida infantil, adoptando una gran seriedad. Y como sus padres, sorprendidos de que hubiera experimentado tal cambio, le preguntaran la causa, ella refirió lo sucedido: les reveló lo que le había ordenado la santa Madre de Dios y en qué día habría de marchar ella para entrar a su servicio.

3. A los veinticinco días se apoderaron de ella unas fiebres. Y a los treinta días, al aproximarse ya la hora de su muerte, vio venir hacia ella a la santa Madre de Dios, en compañía de las niñas que había visto en el sueño. Y al llamarla ella, la niña le respondió y exclamó con voz alta y clara, bajando reverentemente los ojos: «Ya voy, Señora. Ya voy, Señora»[59]. Y en mitad de tales palabras exhaló su espíritu y salió de su cuerpo virginal para ir a morar con las santas vírgenes.

4. PEDRO. Dado que el género humano se halla sujeto a muchos e innumerables vicios, creo que la Jerusalén celeste[60] en su mayor parte habrá de estar llena de niños o de recién nacidos.

[19. Los padres cierran la entrada al Reino de los Cielos a algunos niños, cuando los malcrían: el niño blasfemo]

1. GREGORIO. Aunque debemos creer que todos los recién nacidos bautizados y muertos en la más tierna infancia entran en el Reino celestial, sin embargo, no debemos creer que todos los niños, es decir, aquellos que ya pueden hablar, entran en el Reino de los Cielos, pues a algunos niños sus propios padres, malcriándolos, les cierran la entrada al Reino celestial[61].

2. Así, hace tres años[62] un hombre muy conocido por todos en esta ciudad de Roma tenía un hijo de cinco años, según creo. Y queriendo él al muchacho con un amor carnal excesivo, lo malcriaba consintiéndole todo. El niño, tan pronto como algo se oponía a sus deseos, tenía la costumbre —es muy fuerte decirlo— de blasfemar contra la majestad de Dios. Pues bien, habiendo caído enfermo a causa de la epidemia que tuvo lugar hace tres años[63], el muchacho llegó a las puertas de la muerte.

3. Y cuando su padre lo tenía en el regazo, viendo el niño, con ojos temblorosos —según atestiguan los que estaban presentes—, que unos espíritus malignos habían venido hasta él, empezó a gritar: «Ciérrales el paso, padre. Ciérrales el paso, padre»[64]. Y, mientras gritaba, apartaba el rostro para esconderse de ellos en el regazo de su padre. Y al preguntarle al niño, todo tembloroso, qué era lo que veía, éste dijo lo siguiente: «Han venido unos moros que quieren apresarme»[65]. Y tras decir esto, blasfemó al punto contra el nombre de la Majestad de Dios y exhaló su alma.

4. En efecto, para mostrar por qué pecado había sido entregado el niño a tales verdugos, Dios todopoderoso permitió que volviera a hacer en el momento de su muerte lo que su padre no había querido corregirle mientras vivía. Y ello para que el que durante mucho tiempo había vivido como blasfemo por tolerancia de la divinidad, blasfemara, por una vez, por decisión de la divinidad, y muriera luego, a fin de que su padre reconociera su propio pecado, ese padre que, descuidando el alma de su pequeño hijo, había criado a un no pequeño pecador para el fuego del Infierno[66].

5. Pero ahora ya, dejando de lado esta triste historia, volvamos a aquellos alegres relatos que yo había empezado a contar.

[20. El tránsito del siervo de Dios Esteban]

1. Por el relato del mencionado Probo[67] y de otros piadosos varones tuve conocimiento de lo que acerca del venerable abad Esteban ya me ocupé de referir a mis oyentes en las *Homilías sobre los Evangelios*[68]. Fue él un varón —según el citado Probo y otros muchos atestiguan— que no poseía nada en este mundo, que no ambicionaba nada, que amaba únicamente la pobreza en compañía de Dios, que en medio de las adversidades abrazaba siempre la paciencia, que huía de las reuniones mundanas, que anhelaba siempre consagrar su tiempo a la oración. Voy a contar de él un solo ejemplo de su virtud, de modo que a partir de ese único ejemplo puedan juzgarse muchas otras acciones virtuosas suyas.

2. Habiendo llevado un día a la era, ya cortada, la mies que él mismo había sembrado con sus propias manos[69], y no teniendo ni él ni sus discípulos ninguna otra cosa para el sustento de todo el año, un individuo de malvada intención, instigado por el aguijón del viejo Enemigo, le prendió fuego a la mies, tal como estaba en la era, y la quemó. Al ver dicha acción, otro individuo se fue corriendo hacia el citado siervo de Dios y le informó de ello. Y tras comunicárselo, añadió lo siguiente: «¡Ay, ay, padre Esteban!, ¿qué es lo que te ha ocurrido?». Y él, con rostro y espíritu serenos, le respondió al punto: «¡Ay lo que le ha ocurrido a quien lo ha hecho! ¿Pues a mí qué me ha ocurrido?».

3. En estas palabras suyas se pone de manifiesto a qué elevadas cimas de virtud se había remontado Esteban, que con espíritu tan tranquilo se resignaba a perder lo único que tenía para el sustento de este mundo; y que se afligía por el individuo que había cometido el pecado más que por su propia persona —obligada a soportar los daños derivados del pecado de aquél—; y que no pensaba en lo que él mismo perdía exteriormente, sino en lo mucho que perdía interiormente el culpable del delito.

4. Cuando ya la hora de la muerte le instaba a abandonar su cuerpo, acudió mucha gente para encomendar sus almas a aquella alma tan santa que se marchaba de este mundo. Y mientras se hallaban junto a su lecho todos los que allí se habían congregado, algunos vieron entrar a unos ángeles, pero no fueron capaces de decir absolutamente nada[70]; otros no vieron nada en absoluto. Pero a todos los presentes les sobrecogió un terror tan grande e intenso que ninguno pudo mantenerse allí cuando se produjo la salida del cuerpo de aquella santa alma. Y tanto los que habían visto a los ángeles como los que no habían visto nada en absoluto, sobrecogidos y aterrorizados todos por un mismo temor, huyeron; poniéndose así claramente de manifiesto de qué clase era la fuerza que había acogido a aquella alma en su seno en el momento de abandonar el cuerpo, puesto que ningún mortal había podido soportar su salida.

[21. A veces los méritos del alma no se manifiestan en el momento mismo de su salida del cuerpo, sino que se revelan después]

Pero a este respecto se ha de saber que en ocasiones los méritos del alma no se manifiestan en el momento mismo de su salida del cuerpo, sino que se revelan con mayor claridad después de la muerte[71]. Y por ello también los santos mártires sufrieron muchos y crueles tormentos a manos de los infieles, ellos que, sin embargo, tras su muerte —como anteriormente dijimos— resplandecen en prodigios y milagros diariamente en el lugar donde se encuentran sus reliquias[72].

[22. Los dos monjes del abad Valencio]

1. Valencio, de vida venerable, que fue posteriormente —como sabes— mi abad y el de mi monasterio en esta ciudad de Roma, primero gobernó su propio monasterio en la provincia de Valeria[73]. En dicho monasterio —según supe por la narración del propio Valencio—, cuando llegaron a él los crueles lombardos[74], colgaron en las ramas de un mismo árbol a dos monjes suyos. Y los ahorcados murieron ese mismo día. Al llegar la noche, los espíritus de ambos empezaron a cantar salmos allí con voz clara y sonora, hasta el punto de que los mismos que los habían matado, al oír las voces de los que entonaban los salmos, se quedaron aterrorizados y llenos de espanto[75].

2. Todos los cautivos que estaban allí presentes oyeron también las voces, y se convirtieron después en testigos de su salmodia. Ahora bien, Dios todopoderoso quiso que estas voces espirituales llegaran a los oídos corporales por lo siguiente, para que todos los que viven en la carne sepan que, si se afanan en servir a Dios, podrán vivir más verdaderamente después de la carne[76].

[23. El tránsito del abad Surano]

1. Por el testimonio también de unos piadosos varones tuve conocimiento, cuando aún vivía yo en el monasterio[77], de que en tiempos de los lombardos cerca de la provincia llamada Sora[78] había un abad de un monasterio, de vida venerable, llamado Surano, el cual, habiendo acudido a él unos cautivos que venían huyendo del pillaje de los lombardos, les dio generosamente todo lo que había en el monasterio. Y después de haberles ya dado en limosna su propia ropa y la de los hermanos y todo lo existente en la despensa, les ofreció también todo lo que pudiera haber en el huerto[79].

2. Y cuando ya les había dado todo lo que tenía, de repente vinieron a él los lombardos, lo apresaron y empezaron a pedirle oro. Y al

decirles él que no tenía nada de nada, lo condujeron a un monte vecino en el que se levantaba un bosque de una enorme extensión. Un cautivo fugitivo se hallaba escondido en un árbol hueco, en el paraje donde uno de los lombardos, sacando su espada, mató al mencionado venerable varón[80]. Y al caer su cuerpo a tierra, al punto todo el monte y todo el bosque se estremecieron, como si la tierra que así había temblado manifestara que no podía soportar el peso de su santidad[81].

[24. El tránsito de un diácono de la iglesia de los marsos]

1. En la región de los marsos hubo también otro diácono de vida muy venerable, que, tras ser descubierto, fue apresado por los lombardos[82]. Uno de ellos, sacando la espada, le cortó la cabeza; pero al caer su cuerpo al suelo, el que lo había decapitado, tras apoderarse de él un espíritu inmundo, cayó desplomado ante sus pies. Y de ese modo, siendo entregado a un enemigo de Dios, el lombardo mostró que había matado a un amigo de Dios[83].

2. PEDRO. Dime, ¿cómo es que Dios todopoderoso permite que mueran de este modo unos varones cuya extraordinaria santidad no consiente, en cambio, que permanezca oculta después de su muerte?

GREGORIO. Puesto que está escrito que *sea cual sea el tipo de muerte que le sobrevenga a un justo, su justicia no le será arrebatada*[a], ¿qué daño ocasiona a los elegidos —los cuales se encaminan sin duda hacia la vida eterna— el hecho de tener una muerte demasiado severa? Y a veces quizás hay en ellos algún pecado, por muy pequeño que sea, que debe ser cercenado con la muerte misma.

3. Por ello sucede que los malvados reciben y disponen ciertamente de poder contra los vivos, pero, cuando estos últimos mueren, entonces se castiga muy severamente en los primeros el haber recibido y empleado el poder de su crueldad contra los buenos; como, por ejemplo, ese desalmado al que se le permitió herir mortalmente al venerable diácono cuanto estaba vivo, pero al que no se le permitió regocijarse una vez muerto. Lo cual también lo atestiguan las Sagradas Escrituras[84].

[25. La muerte del hombre de Dios que había sido enviado a Bethel]

1. Así, un hombre de Dios que había sido enviado contra Samaria fue matado en el camino por un león por haber comido durante el viaje, desobedeciendo al Señor[85]; pero a continuación está escrito que el león se mantuvo inmóvil junto al asno del hombre de Dios y *no devoró su ca-*

a. Sab 4, 7.

dáver[a]. Según eso, se pone de manifiesto que el pecado de desobediencia le habría sido perdonado con su muerte, pues el león no se atrevió a tocar, una vez muerto, al que se había atrevido a matar cuando estaba vivo. En efecto, el león, que tuvo el atrevimiento de matarlo, no recibió licencia, sin embargo, para devorar el cadáver del hombre muerto, pues el que había sido culpable en vida, una vez castigada su desobediencia era ya un justo tras su muerte. Y así, el león, que primero le había quitado la vida al pecador, después custodió el cadáver del justo[86].

2. PEDRO. Me parece bien lo que dices. Pero me gustaría saber si las almas de los justos pueden ser acogidas ya mismo en el Cielo, es decir, antes de la resurrección de los cuerpos.

[26. Sobre si las almas de los justos son acogidas en el Cielo antes de la resurrección de los cuerpos][87]

1. GREGORIO. Eso ni podemos afirmarlo de todos los justos ni negarlo de todos ellos. Así, a las almas de algunos justos se las hace aguardar, durante algún tiempo aún, el Reino celestial. Pero con el daño producido por tal dilación ¿qué otra cosa se pone de manifiesto sino que la justicia de ellos no fue del todo perfecta?[88]. Y, en cambio, resulta más claro que la luz del sol que las almas de los justos perfectos, tan pronto como salen de la cárcel de este cuerpo, son acogidas en las mansiones celestiales. Lo cual también lo atestigua por sí misma la propia Verdad, cuando dice: *Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas*[b]; pues donde se halla el cuerpo del propio Redentor, allí, sin duda alguna, se congregan también las almas de los justos.

2. Y Pablo desea *disolverse y estar con Cristo*[c]. Así pues, quien no tiene duda de que Cristo está en el Cielo tampoco puede negar que el alma de Pablo está en el Cielo. Y el mismo Pablo dice también acerca de la disolución de su cuerpo y acerca de la morada de la patria celestial: *Pues sabemos que, si la casa terrenal de nuestra residencia en este mundo se destruye, tenemos de Dios un habitáculo en los Cielos: no una casa fabricada con las manos, sino una casa eterna*[d].

3. PEDRO. Pero si las almas de los justos están en el Cielo desde ya mismo, ¿qué es lo que van a recibir como recompensa de su justicia el día del Juicio?

GREGORIO. El incremento que experimentan los justos el día del Juicio es éste, que mientras que ahora solamente disfrutan de la felicidad

a. 1 Re 13, 28.
b. Mt 24, 28; Lc 17, 37.
c. Flp 1, 23.
d. 2 Cor 5, 1.

de las almas, después disfrutarán también de la de los cuerpos, de manera que su gozo se extenderá ya a esa misma carne en la que ellos sufrieron, por el Señor, dolores y tormentos. De hecho, por esa doble gloria suya es por lo que está escrito: *Ellos poseerán en su tierra una doble recompensa*[a].

4. Y por ello también está escrito lo siguiente acerca de las almas de los santos antes del día de la resurrección: *Se les dieron túnicas blancas, una a cada uno, y se les dijo que siguieran descansando algo más de tiempo todavía, hasta que se completara el número de sus compañeros de esclavitud y de sus hermanos*[b]. Así pues, aquellos que ahora han recibido una túnica cada uno, el día del Juicio habrán de tener dos, pues ahora sólo se regocijan por la gloria de sus almas, pero entonces se regocijarán por la de sus almas y la de sus cuerpos al mismo tiempo.

5. PEDRO. Estoy de acuerdo. Pero me gustaría saber por qué sucede con frecuencia que ellos hacen muchas predicciones en el momento mismo de su muerte[89].

[27. De qué diferentes tipos son las predicciones de los moribundos: la muerte del abogado Cuncuodeo, las revelaciones de los monjes Geroncio y Melito, y la muerte del criado Armentario y su don de lenguas]

1. GREGORIO. A veces la propia capacidad de las almas puede prever un hecho futuro por propia intuición; otras veces, las almas que están a punto de salir del cuerpo conocen lo que va ocurrir por revelación; otras veces, en fin, cuando ya se acerca el momento en que deben abandonar el cuerpo, las almas, tras recibir un soplo de inspiración divina, ven los secretos celestiales con los ojos inmateriales del espíritu[90].

2. Que a veces la misma capacidad del alma conoce por propia intuición las cosas que van a ocurrir lo pone de manifiesto el siguiente suceso: el abogado Cuncuodeo, que murió en esta ciudad de Roma hace dos días debido a una pleuresía, poco antes de morir llamó a un criado suyo y le mandó que le preparase la ropa para salir. Y como el criado viera que su amo poco menos que había perdido el juicio, y no obedeciera por ello de ninguna manera sus órdenes, Cuncuodeo se levantó, se puso la ropa y dijo que él habría de ir a la iglesia de San Sixto por la vía Apia.

3. Poco después, agravándosele la enfermedad, murió. Se había decidido que su cuerpo debía ser enterrado en San Jenaro Mártir, en la vía Prenestina. Sin embargo, dado que a los que se habían encargado de sus exequias les pareció que ese lugar se hallaba muy distante, de repente,

a. Is 61, 7.
b. Ap 6, 11.

cambiando de parecer, marchando con el cortejo fúnebre por la vía Apia y sin saber lo que él había dicho, lo enterraron en la misma iglesia que él había anunciado. Ahora bien, sabiendo como sabemos que ese hombre había estado sujeto a las preocupaciones del siglo y que ansiaba las ganancias terrenales, ¿cómo pudo hacer él tal predicción sino solamente porque la propia capacidad y perspicacia de su alma preveía lo que habría de sucederle a su cuerpo?[91].

4. Que a menudo también sucede que los que están a punto de morir presienten el futuro por revelación divina podemos inferirlo a partir de lo que nosotros mismos sabemos que ha ocurrido en algunos monasterios. Así, hace diez años había en mi propio monasterio un hermano llamado Geroncio[92], el cual, habiendo caído víctima de una grave enfermedad, vio una noche en sueños cómo unos varones con vestiduras blancas y sumamente deslumbrantes descendían desde las alturas hasta el mismo monasterio[93]. Y cuando estaban ya delante del lecho del enfermo, uno de ellos dijo: «Venimos para esto, para enviar a la milicia[94] a algunos hermanos del monasterio de Gregorio», y ordenándoselo a otro agregó: «Escribe: Marcelo, Valentiniano y Añelo», junto con otros nombres que ahora ya no recuerdo. Terminado lo cual, añadió lo siguiente: «Escribe también el nombre de ese que nos está mirando».

5. Informado por este sueño, el citado hermano, al llegar la mañana, notificó a los demás hermanos quiénes de aquel monasterio iban a morir, y les anunció que él mismo habría de seguirles también. Al día siguiente empezaron a morir los hermanos que él había predicho, y fueron muriendo en el mismo orden en el que sus nombres habían sido escritos. Y al final también murió el que había previsto que aquellos hermanos iban a morir[95].

6. Durante esa epidemia también que hace tres años asoló esta ciudad de Roma con una grandísima mortandad[96], en el monasterio de la ciudad de Porto había un monje llamado Melito, un varón aún en plena juventud, pero de una admirable sencillez y humildad, el cual, aproximándose el día de su llamada, abatido por la citada mortandad, llegó a sus últimos momentos. Al oír esto Félix, varón de vida venerable, obispo de la citada ciudad[97] —por cuyo relato tuve yo conocimiento de este hecho—, quiso acercarse a él y confortarlo con persuasivas palabras para que no le tuviera miedo a la muerte. E incluso dio en prometerle un tiempo de vida bastante largo aún por parte de la divina misericordia.

7. Pero Melito respondió a eso que el tiempo de su vida ya se había cumplido, y contó que se le había aparecido un joven y le había traído una carta diciéndole: «Ábrela y lee». Y, tras abrirla, aseguró que su nombre y el de todos los que habían sido bautizados por el mencionado obispo el mismo día, a saber, en la festividad de la Pascua, los encontró escritos en aquella carta con letras de oro. Primero —según decía— ha-

lló su propio nombre, y luego el de todos los bautizados aquel mismo día. Y por este hecho tuvo la completa seguridad de que tanto él como ellos habrían de partir de esta vida rápidamente.

8. Y sucedió que ese mismo día murió él, y después de él le siguieron todos los que habían sido bautizados, de modo que en el espacio de pocos días ninguno de ellos permaneció en este mundo[98]. Y según eso, es claro y evidente que el mencionado siervo de Dios había visto escritos sus nombres con letras de oro por lo siguiente, porque la luz eterna los había grabado en ella.

9. Y de la misma manera que éstos pudieron conocer el futuro por revelaciones, así también algunas veces las almas que van a salir del cuerpo pueden predecir los misterios celestiales no ya mediante un sueño, sino en plena vigilia. Por ejemplo, tú conociste bien a Amonio, monje de mi monasterio[99]. Pues bien, cuando éste pertenecía aún al estado seglar, habiendo tomado en matrimonio a una hija natural de Valeriano, abogado de esta ciudad de Roma, se hallaba continua y constantemente a su servicio, y conocía todo lo que sucedía en su casa.

10. Estando él ya en el monasterio, me contó que en la epidemia que afligió duramente a esta ciudad en tiempos del Patricio Narsés[100], en casa del citado Valeriano había un criado, Armentario, de particular sencillez y humildad. Pues bien, habiendo sido asolada la casa del abogado por la mencionada mortandad, el criado fue abatido por ella y llegó a sus últimos momentos.

11. Armentario, sustrayéndose de repente a los presentes, volvió luego en sí e hizo que le trajeran a su señor. Y le dijo: «Yo he estado en el Cielo y sé qué personas de esta casa van a morir. Tal, tal y tal van a morir. Pero tú no tengas miedo, porque en este momento no vas a morir[101]. Mas, para que sepas que digo la verdad cuando afirmo que he estado en el Cielo, he aquí que he recibido en él el poder de hablar en todas las lenguas. ¿Acaso no sabes tú que yo no conozco en absoluto la lengua griega? Y, sin embargo, voy a hablar en griego, para que sepas si es verdad o no lo que afirmo, que yo he recibido el poder de hablar en todas las lenguas»[102].

12. Y entonces su señor le habló en griego y él le respondió en esa misma lengua, de modo que todos los que estaban presentes se quedaron maravillados. En esa casa vivía también un escudero búlgaro del citado Narsés. Conducido él a toda prisa hasta el enfermo, le habló en lengua búlgara. Y entonces aquel criado, nacido y criado en Italia, le respondió en esa lengua extranjera, mismamente como si él fuera descendiente de aquella nación. Todos los que lo oían se maravillaban, y, por la prueba de esas dos lenguas que no sabían que él conociera antes, creyeron también que él podía hablar todas las demás que no podían verificar.

13. Entonces su muerte se difirió dos días aún, pero al tercer día —no se sabe por qué secreto designio— se desgarró con los dientes las manos, los brazos y los antebrazos, y de ese modo salió del cuerpo. Y una vez muerto, todos aquellos que él había predicho fueron sustraídos inmediatamente de este mundo; y en ese tiempo no murió nadie en aquella casa cuya muerte no hubiera sido anunciada por sus palabras.

14. PEDRO. Resulta muy terrible que quien mereció recibir un don como ése fuera castigado luego con un suplicio también como ése.

GREGORIO. ¿Quién puede conocer los secretos designios de Dios? En todo caso, lo que no podemos comprender en los dictámenes divinos, debemos temerlo más que cuestionarlo[103].

[28. La muerte del conde Teófanes]

1. Para continuar con lo que hemos iniciado acerca de la salida del cuerpo de las almas que conocen de antemano muchas cosas futuras, no debo pasar tampoco en silencio lo que supe por el testimonio de mucha gente —durante mi estancia en la ciudad de Civitavecchia[104]— acerca de Teófanes, conde de dicha ciudad. Fue él un varón entregado a las obras de misericordia, atento siempre a las buenas acciones, muy dado especialmente a la hospitalidad. Ocupado en el ejercicio de la administración de su condado, se encargaba de los asuntos terrenales y mundanos, pero, como más tarde se puso de manifiesto en su final, lo hacía más por obligación que por propia voluntad.

2. Así, cuando ya se aproximaba el momento de su muerte, como un fortísimo temporal impidiera poder llevarlo a la sepultura y su mujer le preguntara con muchísimas lágrimas: «¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a sacarte para llevarte a enterrar, yo, que no puedo salir siquiera de las puertas de esta casa a causa de este enorme temporal?», entonces él le respondió: «No llores, mujer, porque, nada más morir yo volverá a serenarse el tiempo». Y, en efecto, la muerte siguió inmediatamente a sus palabras, y el buen tiempo a su muerte[105].

3. Y a este prodigio le acompañaron también otros prodigios. Así, sus manos y sus pies, hinchados por los humores de la gota, se habían convertido en llagas en carne viva que supuraban. Pero al desnudar su cuerpo para lavarlo —según la costumbre—, encontraron sus manos y sus pies tan sanos como si nunca hubieran tenido llaga alguna[106].

4. Lo llevaron, pues, y lo enterraron. Pero, al cuarto día después de enterrado, a su esposa le pareció que debía cambiarse la lápida de mármol que habían puesto sobre su tumba. Y al quitar la lápida que se hallaba colocada sobre su cuerpo, se esparció un olor tan fragante procedente de su cadáver como si de su carne putrefacta brotasen, en lugar de gusanos, aromáticos perfumes[107].

5. Y como, al referir este hecho en mis *Homilías*[108], algunos débiles de espíritu lo pusieron en duda, he de decir que un día, estando yo sentado en una reunión de gente noble, se presentaron en ella los propios obreros que habían cambiado la lápida de mármol en la tumba de Teófanes, para pedirme algo relativo a sus propios asuntos. Yo les pregunté sobre el citado milagro delante del clero, los nobles y la plebe. Y ellos no sólo atestiguaron haberse henchido maravillosamente de la fragancia de aquel olor, sino que aun añadieron en relación con la tumba de Teófanes algunas otras cosas en acrecentamiento del milagro, que ahora considero largo de contar.

6. PEDRO. Reconozco que mis pesquisas ya han sido suficientemente satisfechas. Pero todavía hay una cuestión que turba mi ánimo: puesto que anteriormente se ha dicho que las almas de los santos ya se encuentran en el Cielo[109], sólo nos resta creer que las almas de los malvados están también, sin duda alguna, en el Infierno. Yo no sé qué sostiene la Verdad sobre este asunto, pero la creencia humana considera que las almas de los pecadores no pueden ser atormentadas antes del Juicio.

[29. Se ha de creer que, de la misma manera que las almas de los justos están en el Cielo tras la muerte del cuerpo, así también las de los malvados están en el Infierno][110]

1. GREGORIO. Si a partir de lo que se afirma en las Sagradas Escrituras has creído que las almas de los santos están en el Cielo, debes creer también, sin ningún género de duda, que las almas de los malvados están en el Infierno, puesto que de acuerdo con la recompensa de una justicia interior, según la cual los justos ya disfrutan de la Gloria, es de todo punto necesario que también los malvados estén atormentándose en el Infierno. En efecto, de la misma manera que la dicha regocija a los elegidos, así también hay que creer que los réprobos se abrasan en el fuego desde el día mismo de su salida del cuerpo.

2. PEDRO. ¿Y por qué razón habremos de creer que el fuego, siendo algo material, puede someter a algo inmaterial?

[30. Por qué razón debemos creer que el fuego material puede someter a las almas inmateriales]

1. GREGORIO. Si el alma inmaterial se encuentra en el interior del cuerpo material mientras el hombre vive, ¿por qué, después de la muerte, aunque el alma sea inmaterial, no va a poder ser sometida por un fuego material?

PEDRO. En toda persona viva el alma inmaterial se encuentra en el interior del cuerpo por el hecho de que ella vivifica al cuerpo.

2. GREGORIO. Pedro, si el alma inmaterial puede encontrarse en el interior de aquello a lo que vivifica, ¿por qué no iba a poder encontrarse también allí donde —por castigo— es mortificada? Por lo demás, decimos que el fuego somete al alma en el sentido de que ésta sufre el tormento del fuego viéndolo y percibiéndolo. En efecto, el alma es víctima del fuego por el hecho mismo de verlo, y se quema porque ve que se quema. Y de ese modo sucede que una cosa material abrasa a otra inmaterial, produciéndose una quemazón y un dolor invisibles a partir de un fuego visible, de manera que por medio de un fuego material el alma inmaterial es atormentada con una llama también inmaterial.

3. Aunque lo cierto es que de las palabras del Evangelio podemos inferir que el alma no sólo es víctima del fuego viéndolo, sino también sintiéndolo. Así, por boca de la Verdad se dice que el rico, al morir, fue sepultado en el Infierno[a]. Y que su alma se encuentra efectivamente en medio del fuego lo da a entender él mismo, cuando suplica a Abraham: '*Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque sufro un gran tormento en medio de estas llamas*'[b]. Así pues, si la misma Verdad presenta al rico pecador condenado en mitad del fuego, ¿qué hombre sabio puede negar que las almas de los réprobos se hallan sometidas al fuego?

4. PEDRO. La verdad es que mi ánimo se ve inclinado a creer a partir del razonamiento y los testimonios bíblicos aducidos[111], pero, emancipándose, vuelve de nuevo a su tozudez: no sé, en efecto, cómo una cosa material puede someter y atormentar a una cosa inmaterial.

GREGORIO. Dime, por favor, ¿los espíritus apóstatas arrojados de la Gloria celestial[112] consideras que son materiales o inmateriales?

PEDRO. ¿Qué hombre sabio y en su sano juicio podría decir que los espíritus son materiales?

GREGORIO. ¿Afirmas que el fuego del Infierno es material o inmaterial?

PEDRO. No dudo en absoluto de que el fuego del Infierno es material, y es seguro que los cuerpos sufren tormento en él.

5. GREGORIO. Sin duda en el Juicio Final la Verdad habrá de decir a los réprobos: '*Id al fuego eterno que ha sido preparado para el Diablo y sus ángeles*'[c]. Así pues, si el Diablo y sus ángeles, aun siendo inmateriales, han de ser atormentados con un fuego material, ¿qué hay de sorprendente en que las almas puedan sentir también tormentos materiales incluso antes de recobrar sus cuerpos?

a. Lc 16, 22.
b. Lc 16, 24.
c. Mt 25, 41.

PEDRO. El razonamiento es claro y evidente, y mi ánimo ya no debe dudar en adelante acerca de esta cuestión.

[31. La muerte del rey arriano Teodorico]

1. GREGORIO. Una vez que, no sin dificultad, has creído, pienso que merece la pena que te cuente algo que me fue referido por varones dignos de todo crédito. Julián, segundo *defensor* de esta iglesia de Roma a la que yo sirvo ahora por dictado de Dios, que murió hace unos siete años[113], venía a visitarme con frecuencia cuando yo estaba aún en el monasterio, y solía conversar conmigo acerca de asuntos provechosos para el alma[114].

2. Pues bien, un día éste me contó lo siguiente[115]: «En tiempos del rey Teodorico[116], el padre de mi suegro había realizado en Sicilia una exacción de impuestos, y regresaba ya a Italia. Su barco fue hecho atracar en la isla llamada Lípari[117], y dado que allí vivía un eremita de grandes virtudes, mientras la tripulación reparaba los aparejos del barco, al mencionado padre de mi suegro le pareció oportuno dirigirse hacia aquel hombre de Dios y encomendarse a sus oraciones.

3. »Al verlos el hombre del Señor, mientras conversaba con ellos, les dijo entre otras cosas lo siguiente: '¿Sabéis que el rey Teodorico ha muerto?'. Y ellos inmediatamente le respondieron: 'No lo quiera Dios. Nosotros lo hemos dejado vivo, y hasta ahora no nos ha llegado ninguna noticia de eso'. Y el siervo de Dios añadió lo siguiente: 'Sí, ha muerto. Pues ayer, a las dos de la tarde, conducido sin cinturón y descalzo en medio del papa Juan y del patricio Símmaco y con las manos atadas, fue arrojado al interior del cráter del volcán que hay aquí al lado'[118].

4. »Al oír aquello, anotaron ellos solícitamente la fecha, y hallándose ya de vuelta en Italia supieron que el rey Teodorico había muerto el mismo día en que su muerte y su suplicio le habían sido mostrados al siervo de Dios»[119]. Y puesto que Teodorico mató al papa Juan torturándolo en la cárcel y asesinó también con la espada al patricio Símmaco, quedó de manifiesto que fue arrojado justamente al fuego por aquellos mismos a los que él había juzgado injustamente en esta vida[120].

[32. La muerte de Reparato]

1. En aquella época también en la que yo comencé a arder en deseos de la vida retirada[121], un honorable anciano llamado Deusdedit, muy querido por los nobles de esta ciudad de Roma, estaba unido a mí también por una solícita amistad.

2. Éste me contaba lo siguiente[122]: «En tiempos de los godos[123], un varón eminente, llamado Reparato, llegó a las puertas de la muerte. Tras

yacer mudo y rígido durante bastante tiempo ya, parecía que el hálito vital lo había abandonado por completo y que su cuerpo se había quedado sin vida. Y estando ya de duelo por el muerto tanto la mucha gente que había acudido a su casa como su familia, de repente Reparato volvió en sí, transformando en estupor las lágrimas de todos los que lloraban[124].

3. »Y tras volver en sí, dijo: 'Enviad un criado a toda prisa a la iglesia de San Lorenzo Mártir, la que se llama de San Dámaso por el nombre de su fundador, y que vea qué es lo que ocurre con el presbítero Tiburcio y se apresure a comunicarlo'. Y lo cierto es que entonces se decía que el tal Tiburcio —de cuya vida y costumbres también se acuerda bien aún Florencio, presbítero de dicha iglesia en la actualidad— sucumbía a los deseos de la carne.

4. »Y tras marcharse el criado, el mismo Reparato que había vuelto en sí refirió lo que había sabido acerca de Tiburcio en el lugar donde él había sido llevado, contando lo siguiente: 'Estaba preparada una enorme hoguera. Conducido allí el presbítero Tiburcio, lo pusieron encima de ella y, prendiendo fuego a la hoguera, lo quemaron. Pero se estaba preparando también otra hoguera, cuyo extremo más alto parecía extenderse desde la tierra hasta el cielo. Y se oyó una voz que proclamaba a gritos de quién era esa hoguera...'. Tras decir esto, Reparato murió al instante[125]. En cuanto al criado que había sido enviado a ver a Tiburcio, encontró a éste ya muerto»[126].

5. Como se ve, el tal Reparato fue llevado al lugar de los tormentos, y, tras verlos, volvió, contó lo que había visto y murió. Con ello se pone claramente de manifiesto que lo que vio no lo vio para sí mismo, sino para nosotros, que todavía podemos corregirnos de nuestras malas obras mientras todavía se nos ha concedido vivir[127]. Y Reparato vio que se levantaba la hoguera no porque en el Infierno ardan realmente leños para hacer el fuego, sino que —para poder contar tales cosas a los vivos— vio en la quema de los malvados aquello con lo que suele alimentarse entre los vivos el fuego material, a fin de que los oyentes comprendan mediante lo que conocen qué es lo que deben temer de lo que desconocen.

[33. La muerte de un cortesano cuya tumba se incendió]

1. Un varón de vida venerable, Maximiano, obispo de Siracusa, que durante mucho tiempo fue abad de mi monasterio en esta ciudad de Roma[128], solía contar que en la provincia de Valeria había sucedido algo también terrible, refiriendo lo siguiente[129]: «En esa región, el santísimo sábado de Pascua un cortesano fue padrino del bautizo de la hija adolescente de cierto individuo. Al regresar a casa después del ayuno, ebrio de

mucho vino, pidió que esa ahijada suya se quedara con él, y esa noche —abominable es decirlo— la deshonró.

2. »Al levantarse, llegada la mañana, el pecador pensó en ir al baño, como si el agua del baño pudiera lavar la mancha de su pecado. Marchó, pues, al baño, se lavó y empezó a tener miedo de entrar en la iglesia. Ahora bien, si dejaba de ir a la iglesia en un día como aquél, sentía vergüenza de los hombres, pero si iba a la iglesia, temía sobremanera el juicio de Dios. Finalmente venció en él la vergüenza humana[130]. Se dirigió, pues, a la iglesia, pero empezó a temblar y a estremecerse de miedo, temiendo a cada instante el momento en que habría de ser entregado al espíritu inmundo y atormentado a la vista de todo el pueblo. Sin embargo, aunque tenía un miedo atroz, durante la solemne celebración de aquella misa no le sucedió, por así decir, ningún infortunio.

3. »Salió muy contento, y al día siguiente entró ya sin miedo alguno en la iglesia. Y sucedió que durante seis días seguidos marchaba hacia ella contento y sin miedo, pensando que o bien el Señor no había visto su crimen, o bien, si lo había visto, lo había perdonado misericordiosamente. Pero al séptimo día murió de muerte repentina. Y después de darle sepultura, una llama estuvo saliendo de la tumba durante mucho tiempo a la vista de todo el mundo, y quemó sus huesos durante tanto tiempo que acabó por consumir toda la tumba, y se vio cómo se hundía la tierra que había sido amontonada en el túmulo»[131].

4. Es evidente que, al hacer eso, Dios todopoderoso quiso mostrar lo mucho que sufría secretamente el alma de aquel pecador, cuyo cuerpo incluso fue consumido por una llama a la vista de todo el mundo. Y mediante este hecho tuvo a bien ofrecernos, asimismo, un ejemplo de temor a todos los oyentes, para que, pensando en él, colijamos cuánto llega a sufrir por sus pecados el alma viva y sensible, cuando incluso los huesos insensibles son abrasados por el fuego con un suplicio tan grande[132].

5. PEDRO. Me gustaría saber si los buenos reconocen a los buenos en el Reino de los Cielos, y los malos a los malos en el suplicio del Infierno[133].

[34. Sobre si los buenos reconocen a los buenos en el Reino de los Cielos y los malos a los malos en el suplicio del Infierno]

1. GREGORIO. El dictamen sobre esta cuestión quedó expresado con más claridad que la luz del sol en las palabras del Señor que ya citamos anteriormente[134], en las cuales se decía lo siguiente: *Había un hombre rico que se vestía con púrpura y con finísimo lino y comía todos los días opíparamente. Y había un mendigo, llamado Lázaro, que yacía echado junto a su puerta lleno de llagas, deseoso de saciarse de las migajas que*

caían de la mesa del rico, y nadie se las daba; y aun los perros venían y le lamían sus llagas[a]. Y a continuación se añade que *Lázaro, al morir, fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, y el rico, al morir, fue sepultado en el Infierno.*

2. *Y el rico, al alzar sus ojos en medio de los tormentos, vio desde lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y a grandes voces le dijo: 'Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua*'[b]. Y Abraham le dice: '*Hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes en tu vida terrena, mientras que Lázaro recibió males*'[c]. El rico, no teniendo ya esperanzas de salvarse él mismo, se volvió entonces a intentar conseguir la salvación de sus seres queridos, diciendo: '*Te ruego, padre, que lo envíes a casa de mi padre —pues tengo cinco hermanos— para que él les dé testimonio, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormentos*'[d].

3. En estas palabras se pone claramente de manifiesto que los buenos reconocen a los buenos y los malos a los malos. Pues, si Abraham no hubiese reconocido a Lázaro, entonces no le habría hablado al rico, colocado en medio de los tormentos, de las desgracias pasadas por aquél, diciéndole que Lázaro ya había recibido muchos males en su vida terrena. Y si los malos no reconocieran a los malos, entonces el rico, colocado en medio de los tormentos, no se habría acordado de sus hermanos, incluso estando ellos ausentes. Pues ¿cómo no iba a poder reconocer a los presentes el que hasta se cuidó de implorar por la memoria de los ausentes?

4. Y en este asunto se pone también de manifiesto algo que tú mismo no has planteado, a saber, que también los buenos reconocen a los malos y los malos a los buenos. En efecto, también Abraham reconoció al rico, a quien le dijo: '*Tú recibiste bienes en tu vida terrena*'[e]; y, asimismo, también el malvado rico reconoció al elegido Lázaro, cuando, llamándolo por su nombre, rogó que se lo enviaran a él: '*Envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua*'[f]. Y, de hecho, con ese reconocimiento la retribución de ambas partes llega a su culmen, en el sentido de que, por un lado, los buenos experimentan mayor gozo viendo que sus seres queridos se regocijan con ellos, y, por otro lado, los malos, viendo cómo son atormentados con ellos los seres a los que amaron en este mundo menospreciando a Dios, no sólo sufren aflicción por su propio castigo, sino también por el de sus seres queridos.

a. Lc 16, 19-21.
b. Lc 16, 22-24.
c. Lc 16, 25.
d. Lc 16, 27-28.
e. Lc 16, 25.
f. Lc 16, 24.

5. Por otra parte, entre los elegidos sucede algo verdaderamente admirable, a saber, que no sólo reconocen a los que ya conocían en este mundo, sino que también reconocen —como si ya los hubieran visto y conocido— a los buenos a los que nunca antes han visto. Y así, cuando ellos alcancen a ver a los antiguos padres en el Paraíso eterno, no serán desconocidos a sus ojos aquellos a los que siempre conocieron por sus obras. En efecto, puesto que en el Paraíso todos ven a Dios en una claridad común, ¿qué podrían desconocer ellos allí donde conocen al que todo lo conoce?

[35. El piadoso varón que vio a los profetas en el momento de su muerte]

Así, un piadoso varón de nuestra ciudad, de vida muy digna de alabanza, que murió hace ahora unos cuatro años[135], en el momento de su partida —según atestiguan otros piadosos varones que estuvieron presentes— vio al profeta Jonás, y también a Ezequiel y a Daniel, y, designándolos por sus nombres, empezó a llamarlos sus 'señores'[136]. Y mientras decía que ellos habían venido hasta él y les obsequiaba con muestras de veneración bajando los ojos, fue hecho salir de la carne. En este hecho se da claramente a entender cómo será el conocimiento en la vida incorruptible futura, si este varón, hallándose aún en la carne corruptible, pudo reconocer a esos santos profetas a los que evidentemente nunca antes había visto.

[36. Algunas veces incluso almas que no se conocen entre sí se reconocen en el momento de la muerte, almas que van a recibir tormentos semejantes por sus pecados o premios semejantes por sus buenas obras: las muertes de Juan y Urso, Eumorfio y Esteban]

1. Por otra parte, a menudo suele suceder que el alma que se dispone a salir del cuerpo reconoce también a aquellos con los que va a compartir una misma morada, adjudicada en función de la identidad de sus pecados o de sus premios. Así, un varón de vida venerable, el anciano Eleuterio, de quien en el libro precedente conté muchas cosas[137], afirmaba que él había tenido en su monasterio a un hermano carnal suyo llamado Juan, que predijo a los hermanos su propia muerte en el plazo de catorce días.

2. Diariamente contaba los días que iban quedando. Tres días antes de ser llamado por Dios para dejar el cuerpo, enfermó de unas fiebres. Al llegarle la hora de la muerte, recibió el misterio del cuerpo y la sangre del

Señor, y haciendo venir a los hermanos les mandó que cantaran salmos en su presencia, pero él personalmente les prescribió la siguiente antífona sobre sí mismo: *Abridme las puertas de la justicia, y tras entrar por ellas confesaré al Señor. Ésta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella*[a].

3. Y mientras los hermanos que se hallaban presentes entonaban los salmos, de repente, alzando y dejando oír su voz, gritó: «Urso, ven». Y, nada más decir esto, salió de su cuerpo, poniendo fin a su vida mortal[138]. Los hermanos se quedaron sorprendidos, pues desconocían el nombre que el hermano había gritado en el momento de morir. A su muerte, hubo en el monasterio una gran tristeza.

4. Al cuarto día después de su muerte, unos hermanos se vieron obligados a trasladarse a otro monasterio ubicado lejos de allí. Yendo, pues, los hermanos hacia allá, encontraron muy tristes a todos los monjes de dicho monasterio. Y al decirles: «¿Qué os pasa, que os halláis tan abatidos con una tristeza tan grande?», ellos les respondieron: «Lloramos por la desolación de este lugar, pues un hermano, cuya vida era nuestro sostén en este monasterio, hace hoy cuatro días que ha sido arrebatado de este mundo».

5. Y al preguntarles con mucho interés los hermanos que se habían desplazado hasta allí cómo se llamaba, les respondieron: «Urso». Y entonces ellos, indagando minuciosamente la hora concreta en que se había producido su llamada, supieron que había abandonado su cuerpo en el mismo instante en que había sido llamado por el Juan que murió en su monasterio[139].

6. De lo cual se deduce que los méritos de ambos eran semejantes, y que a aquellos a quienes les tocó abandonar juntos el cuerpo se les concedió vivir también juntos en una misma morada.

7. Pero tampoco puedo pasar en silencio lo que alcancé a conocer por boca de algunos vecinos míos, cuando yo vivía aún como laico y moraba en la casa de mi propiedad que había heredado de mi padre en esta ciudad de Roma[140]. Así, cerca de mi casa vivía una viuda llamada Gala. Tenía ésta un hijo joven llamado Eumorfio, no lejos del cual vivía un tal Esteban, que era suboficial del ejército.

8. El citado Eumorfio, llegando al final de su vida, llamó a su criado y le ordenó lo siguiente: «Ve a toda prisa y dile al suboficial Esteban que venga rápidamente, pues ya está preparado el barco para llevarnos a Sicilia»[141]. Y como el criado pensara que había perdido el juicio y se negara a obedecerle, Eumorfio se puso a amenazarle furiosamente diciendo: «Ve y comunícale lo que te digo, porque no he perdido el juicio».

9. El criado partió para ir a casa de Esteban. Y cuando iba a mitad de camino, le salió al paso otro individuo que le preguntó: «¿A dónde

a. Sal 118, 19-20.

vas?». Y él le respondió: «Mi señor me ha enviado a casa del suboficial Esteban». Y aquél enseguida le dijo: «Vengo de su casa, y acaba de morir ahora mismo delante de mí». El criado, entonces, regresó a casa de su señor Eumorfio, pero lo encontró ya muerto. Y así, teniendo en cuenta la longitud recorrida por el individuo que le salió al paso y por el criado que regresó a casa a mitad de camino, pudo inferirse que aquellos dos habían sido llamados por Dios al mismo tiempo[142].

10. PEDRO. Lo que cuentas es realmente terrible. Pero dime, ¿por qué en el momento de abandonar el cuerpo se le apareció al alma un barco, y por qué el que iba a morir predijo que iba a ser llevado a Sicilia?

11. GREGORIO. El alma no tiene necesidad de vehículo alguno, pero no debe extrañarnos que al hombre que aún se hallaba dentro del cuerpo se le apareciera el vehículo que él estaba acostumbrado a ver corporalmente, a fin de darle a entender, por medio de él, a dónde podía ser llevada su alma espiritualmente.

12. En cuanto a su afirmación de que se les llevaba a Sicilia, ¿qué otra cosa puede pensarse sino que en las islas de esa tierra, más que en ningún otro lugar del mundo, aparecen abiertos cráteres que vomitan el fuego de los tormentos? Cráteres que —según suelen contar los que los conocen—, ensanchando cada día sus bocas, no dejan nunca de aumentar de tamaño, a fin de que, a medida que se aproxima el fin del mundo, se vea que es mayor la abertura de los lugares de los tormentos, por cuanto que, ciertamente, cada vez se amontonan allí más pecadores también para ser abrasados por el fuego. Y Dios todopoderoso ha querido que ello se muestre de un modo visible para corrección de los que viven en este mundo, a fin de que las almas de los incrédulos, que no creen en la existencia de los tormentos del Infierno, vean con sus propios ojos los lugares de los tormentos en los que se niegan a creer cuando oyen hablar de ellos[143].

13. Y en cuanto a que tanto los elegidos como los réprobos que hayan tenido un mismo comportamiento son llevados también a un mismo lugar, aun en el caso de que careciéramos de ejemplos, nos bastaría con las palabras de la Verdad. En efecto, dice la Verdad en el Evangelio con respecto a los elegidos: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*[a]. Pues si en el gozo eterno no hubiese distintas recompensas, entonces habría una sola morada, y no muchas. Hay, por tanto, muchas moradas, en las que los escuadrones de los buenos se regocijan, por un lado, por separado, y, por otro, en común, en función del consorcio de los méritos. Mas, en cualquier caso, todos esos trabajadores que se hallan separados en muchas moradas reciben un mismo denario[b], pues por un lado es dis-

a. Jn 14, 2.
b. Cf. Mt 20, 9-10.

tinta la calidad de la recompensa que alcanzan por sus diferentes obras, pero por otro lado la felicidad que allí sienten es una sola.

14. Y la Verdad, al anunciar el día en que tendrá lugar su Juicio, dice lo siguiente: *Entonces les diré a los segadores: 'Recoged la cizaña y atadla en manojos para quemarla'*[a]. En efecto, los ángeles segadores atan en manojos la cizaña para quemarla cuando juntan en tormentos semejantes a los iguales con los iguales, a fin de que los soberbios ardan con los soberbios, los lujuriosos con los lujuriosos, los avaros con los avaros, los mentirosos con los mentirosos, los envidiosos con los envidiosos, los incrédulos con los incrédulos. Así pues, cuando a los que tienen pecados semejantes se les aplican tormentos semejantes, los ángeles —puesto que ellos son los encargados de asignarles los lugares de castigo— los atan, por así decir, en manojos de cizaña para quemarlos[144].

[37. Sobre aquellos a los que parece que se les hace salir del cuerpo como por error: la llamada y la revocación de la llamada del monje Pedro, la muerte y resurrección de Esteban, y la visión de un soldado]

1. PEDRO. Lo satisfactorio de la respuesta dada a mi pregunta ha dejado claro la verdad de tu razonamiento. Pero, dime, ¿cómo es que a algunos se les hace abandonar el cuerpo como por error, de modo que después de muertos vuelven otra vez a la vida?, y ¿cómo es que todos ellos afirman haber oído decir que no era a ellos a quienes se había mandado llevar?[145].

2. GREGORIO. Pedro, cuando ello sucede, no se trata —si bien se mira— de un error, sino de una advertencia. Pues, por la enorme generosidad de su misericordia, la divina Bondad dispone que algunos vuelvan de repente a la vida incluso después de muertos, y que teman los tormentos del Infierno al menos después de verlos, ya que no creyeron en su existencia cuando oían hablar de ellos.

3. Así, un monje de Iliria, que vivía conmigo en el monasterio en esta ciudad de Roma[146], solía contarme que en la época en la que todavía vivía él en el yermo tuvo conocimiento de que Pedro, un monje natural de la región de Hispania que vivía estrechamente unido a él en el paraje de una inmensa soledad llamado Ibiza[147], antes de dirigirse al yermo —según había sabido por habérselo contado él mismo— cayó repentinamente enfermo y murió, pero devuelto inmediatamente a la vida[148], aseguraba que él había visto los suplicios del Infierno e incontables lugares llenos de llamas. Y contó que había visto incluso a algunos poderosos de este mundo suspendidos en medio de dichas llamas[149].

a. Mt 13, 30.

4. Y cuando ya se lo habían llevado para precipitarlo a él también en el Infierno, aseguraba que de repente se le había aparecido un ángel de resplandecientes vestiduras para impedir que fuera precipitado en el fuego. Y el ángel le dijo: «Vete, y, después de esto, ten muchísimo cuidado con tu modo y manera de vivir»[150]. Y tras estas palabras, despertándose del sueño de la muerte eterna —tras volver poco a poco el calor a sus miembros—, contó todo lo que había sucedido en torno a él; y en adelante se sometió a tales vigilias y ayunos que, aunque su lengua hubiera callado, la propia piedad de su vida proclamaba que efectivamente él había visto y temido los tormentos del Infierno. Y es que la maravillosa generosidad de Dios todopoderoso para con él hizo que, estando ya en la muerte misma, no tuviera finalmente que morir.

5. Pero, debido a la enorme dureza del corazón humano, ni siquiera la propia visión de los castigos es de igual provecho para todos. Así, el ilustre varón Esteban —al que tú conociste bien— solía contarme acerca de sí mismo que, hallándose él en la ciudad de Constantinopla por ciertos asuntos, cayó repentinamente enfermo y murió. Y habiéndose buscado un médico y un embalsamador para abrirlo y embalsamarlo, y no habiéndolo encontrado ese día, su cuerpo permaneció sin enterrar durante toda la noche.

6. Y, conducido al Infierno, vio muchas cosas en las que antes, cuando oía hablar de ellas, no creía[151]. Pero al ser presentado al juez que allí presidía, no fue aceptado por él, diciéndole: «Yo no ordené que se me trajera a éste, sino a Esteban el herrero». Y entonces se le hizo volver a la vida de inmediato[152], mientras que Esteban el herrero, que vivía cerca de su casa, murió a esa misma hora. Y así se demostró que las palabras que aquél había oído eran ciertas, como lo probó el hecho mismo de la muerte de Esteban el herrero[153].

7. Hace tres años también, durante esa peste que asoló a esta ciudad de Roma con una grandísima mortandad[154], en la que con los propios ojos humanos se veían venir las flechas desde el cielo y herir a todos y cada uno, murió también —como sabes— el propio Esteban. Y, abatido por esa peste en esta misma ciudad nuestra, llegó también a sus últimos momentos un soldado. Éste, tras abandonar el cuerpo, yació muerto, pero volvió muy pronto a la vida y contó todo lo que había sucedido con él[155].

8. Decía él, en efecto —según otros muchos pudieron conocer entonces también—, que había allí un puente, bajo el cual fluía un río negro y caliginoso que exhalaba unos vapores de insoportable fetidez. Pasado el puente, había unos prados verdes y amenos, engalanados con plantas de fragantes flores, en los que se veían corrillos de personas vestidas de blanco. Y había en ese lugar un olor tan sumamente delicado que la delicadeza de su fragancia saciaba completamente a los que paseaban y moraban en aquel lugar.

9. Todas y cada una de las moradas de los distintos individuos que allí había rebosaban de luz en abundancia. Se edificaba allí una casa de extraordinario esplendor, que parecía estar construida con ladrillos de oro, pero el soldado no pudo saber de quién era. Junto a la orilla del mencionado río había algunas casas: a unas las alcanzaban los fétidos vapores que se elevaban del río, mientras que a otras tal fetidez no las alcanzaba en absoluto[156].

10. Y en el mencionado puente se hallaba esa prueba por lo siguiente: para que todos los injustos que quisieran pasar a través de él hasta el otro lado cayeran en el tenebroso y maloliente río; y para que los justos —a los que no obstaculizaba pecado alguno— pudieran llegar a través de él, con paso libre y seguro, a los lugares amenos[157].

11. El soldado declaró que allí abajo había visto también a Pedro, el mayordomo eclesiástico que murió hace cuatro años[158], colocado en un lugar de lo más horrible, amarrado y agobiado bajo una enorme carga de cadenas. Y al preguntar por qué razón se encontraba él de tal guisa, dijo que oyó hablar de aquellas obras suyas que todos nosotros, los que lo conocimos en esta casa eclesiástica, recordamos y sabemos. Le dijeron, en efecto, lo siguiente: «Sufre estos tormentos porque cuando se le ordenaba aplicar algún castigo se complacía en inferir los golpes más por ansias de crueldad que por obediencia». Y ninguno de los que lo conocieron ignora que ello efectivamente era así.

12. Manifestaba que había visto también allí a un presbítero extranjero que, al llegar al mencionado puente, pasó a través de él al otro lado con tanta autoridad como grande había sido también la integridad de su vida. Y declaró que había reconocido en aquel puente también a ese Esteban del que antes hablé. Y cuando éste quería pasar por él, su pie resbaló y, precipitándose la mitad de su cuerpo fuera del puente, unos individuos sumamente horribles que surgieron del río se pusieron a tirar de él hacia abajo por las piernas, mientras que unos varones vestidos de blanco y sumamente hermosos tiraban de él hacia arriba por los brazos. Y mientras se producía este combate —tirando de él los buenos espíritus hacia arriba y los malos hacia abajo—, el soldado que estaba viendo todo esto volvió a la vida, sin llegar a saber cuál de las dos acciones terminó por imponerse.

13. Y en este hecho se da a entender, a propósito de la vida de Esteban, que en él luchaban sus pecados de la carne contra la caridad de sus limosnas. En efecto, el hecho de ser arrastrado por las piernas hacia abajo y por los brazos hacia arriba está poniendo claramente de manifiesto que él había sido, por un lado, amigo de dar limosnas, pero, por otro, no había sabido resistir completamente los vicios de la carne, los cuales lo arrastraban hacia abajo. En cualquier caso, tanto a nosotros como a quien lo vio y fue hecho volver a la vida se nos

oculta qué es lo que llegó a vencer finalmente en aquel dictamen del Juez secreto[159].

14. No obstante, es evidente que ese Esteban, después de haber visto el Infierno y volver al cuerpo —según antes referí—, no enmendó del todo su vida, puesto que muchos años después salió del cuerpo para entablar aún un combate de vida o muerte. Y de tal cosa se infiere que, incluso cuando se muestran los suplicios mismos del Infierno, ello se hace para unos como ayuda y para otros como testimonio, a fin de que aquéllos vean los tormentos que deben evitar, y éstos sufran un castigo mayor por el hecho de no haber querido rehuir los suplicios del Infierno ni siquiera después de haberlos visto y conocido.

15. PEDRO. Dime, ¿qué es eso de que en aquel lugar ameno parecía edificarse la casa de alguien con ladrillos de oro? Es sumamente ridículo creer que en aquella vida tendremos aún necesidad de tales metales.

16. GREGORIO. ¿Quién, en efecto, en su sano juicio, podría pensar eso? Pero, por lo que allí se vio, claramente se da a entender a qué se había dedicado en la tierra quienquiera que fuera el individuo para quien se estaba construyendo esa casa. En efecto, es muy claro y evidente que construye su casa de oro porque el premio de la luz eterna lo habrá merecido por la generosidad de sus limosnas. Pues —lo que antes olvidé decir— el soldado que vio todo esto contaba que los ladrillos de oro para la construcción de la casa los transportaban jóvenes y viejos, niños y niñas. De lo cual se infiere que aquellos con los que él se mostró compasivo aquí en la tierra, esos mismos parecían ser los obreros allí en el Cielo.

[38. La casa de Deusdedit, que fue vista construir en sábado]

1. Igualmente, cerca de nosotros vivía un piadoso varón llamado Deusdedit, zapatero de profesión. Por revelación divina, alguien vio que estaban construyendo su casa en el Cielo, pero que sus obreros parecían trabajar en ella únicamente los sábados[160]. Y ese alguien, investigando cuidadosamente más tarde la vida de dicho varón, descubrió que toda la comida y todo el vestido que le sobraba del trabajo de cada día solía llevarlo todos los sábados a la iglesia de San Pedro y donárselo a los pobres. Según eso, considera que no sin razón la construcción de su casa avanzaba únicamente los sábados.

2. PEDRO. Acerca de este asunto me veo más que satisfecho. Pero, dime, ¿qué diremos que significa el hecho de que los fétidos vapores alcanzaran las casas de algunos, y que las de otros, en cambio, no pudieran ser alcanzadas por ellos? ¿O qué diremos que significa el puente que vio, y qué significa el río?

3. GREGORIO. Pedro, por las imágenes de las cosas materiales sopesamos el valor de las cosas espirituales. Así, el soldado vio que los justos pasaban a través de un puente hacia los lugares amenos porque es muy angosta la senda que conduce a la vida[a]; y vio un río maloliente corriendo hacia abajo, porque también aquí en la tierra la podredumbre de los vicios carnales fluye diariamente hacia abajo.

4. Y los fétidos vapores alcanzaban las casas de algunos y no podían alcanzar, en cambio, las de otros, porque hay muchos que, aunque llevan a cabo muchas buenas obras, caen todavía, sin embargo, en los vicios de la carne deleitándose con el pensamiento; y es muy justo que los fétidos vapores se apoderen allí de aquellos que aquí en la tierra gozan aún con la fetidez del pecado carnal. Y por ello el santo Job, viendo también que el gozo carnal estaba en la fetidez, se refirió al lujurioso y al lascivo con la siguiente sentencia: *Su dulzura se convertirá en gusanos*[b]. En cambio, es claro y evidente que las casas de aquellos que arrojan totalmente de su corazón todo tipo de gozo carnal no son alcanzadas por los fétidos vapores.

5. Y se ha de notar que allí parecía haber no sólo fetidez, sino también oscuros vapores. Y ello porque los gozos carnales dejan ciertamente en tinieblas las almas que inficionan, impidiéndoles ver la claridad de la luz verdadera, de modo que por haber gozado aquí abajo sufren la oscuridad allá arriba.

6. PEDRO. ¿Y podemos pensar que eso que dices, a saber, que las culpas de los pecados carnales se castigan con el tormento de la fetidez, puede ser probado también por la autoridad de las Sagradas Escrituras?

[39. El castigo de los habitantes de Sodoma]

GREGORIO. Sí que podemos. Sabemos, por ejemplo —porque así lo atestigua el libro del Génesis—, que el Señor hizo que lloviese fuego y azufre sobre los habitantes de Sodoma[c], siendo ellos abrasados por el fuego y pereciendo por la fetidez del azufre[161]. Y de ese modo, por haberse abrasado en la pasión ilícita de la carne corruptible, los sodomitas murieron a causa del fuego y la fetidez a la vez, para que en su mismo castigo vieran que se habían abandonado a la muerte eterna por haber gozado de su propia fetidez.

PEDRO. Confieso que no me ha quedado objeción alguna acerca de todo aquello sobre lo que tenía alguna duda.

a. Mt 7, 14.
b. Job 24, 20.
c. Cf. Gn 19, 24.

[40. Las almas de algunos ven algo de los castigos espirituales cuando todavía se hallan en el interior del cuerpo: el muchacho Teodoro y las muertes de Crisaurio y de un monje en Iconio]

1. GREGORIO. Debemos saber también que a veces las almas, incluso cuando todavía se hallan en el interior de sus cuerpos, ven algo de los castigos espirituales; lo cual a unos les acontece para su propia edificación y a otros para edificación de los oyentes[162].

2. Así, ese individuo llamado Teodoro —de quien recuerdo haber hablado ya en mis *Homilías* ante el pueblo[163]— era un muchacho muy revoltoso, que vino tras su hermano a mi monasterio más por necesidad que por propia voluntad[164]. Le molestaba sobremanera que alguien le dijera algo por su salvación. Y no sólo no podía hacer el bien, sino ni siquiera oír hablar de él. Entre burlas, enfados y juramentos aseguraba que él nunca adoptaría el hábito de la santa vida de piedad.

3. Durante esa peste que no hace mucho acabó con gran parte de la población de esta ciudad de Roma[165], el muchacho, víctima de un tumor inguinal, llegó a las puertas de la muerte. Y cuando estaba exhalando ya su último aliento, se reunieron los hermanos para amparar con sus rezos su salida de este mundo. Su cuerpo, en su mayor parte, se hallaba ya exánime. Tan sólo en su pecho alentaba aún el calor vital. Todos los hermanos se pusieron a rezar por él, con tanto más empeño cuanto que veían que el muchacho se marchaba ya rápidamente.

4. Cuando, de repente, empezó a gritar a los hermanos que estaban junto a él y a interrumpir con grandes voces sus rezos, diciendo: «Marchaos. Mirad que he sido entregado a un dragón para que me devore, y no puede devorarme a causa de vuestra presencia[166]. El dragón ya tiene engullida mi cabeza dentro de sus fauces. Dadle ocasión para que no me atormente más y haga lo que tiene que hacer. Si he sido entregado a él para que me devore, ¿por qué he de sufrir demoras por vuestra causa?». Entonces los hermanos le dijeron: «¿Qué es lo que dices, hermano? Hazte la señal de la santa cruz»[167]. Pero él respondía diciendo a grandes gritos: «Quiero persignarme, pero no puedo, pues las escamas de este dragón me lo impiden».

5. Al oír esto los hermanos, postrándose en tierra con lágrimas en los ojos, se pusieron a rezar con más ahínco aún por su rescate. Y he aquí que de repente el enfermo empezó a gritar a grandes voces, diciendo: «Gracias a Dios. El dragón que me había apresado para devorarme ha huido. Vuestras oraciones lo han expulsado, no ha podido permanecer aquí. Interceded ahora por mis pecados, pues estoy dispuesto a convertirme y a abandonar enteramente la vida secular»[168]. Así pues, el individuo cuyo cuerpo —como ya se ha dicho— se hallaba en su mayor parte exánime, salvado para la vida, se convirtió a Dios de todo corazón.

Y tras el cambio producido en su espíritu, después de ser mortificado largo tiempo por los flagelos del remordimiento, su alma fue liberada del cuerpo.

6. Por su parte, Crisaurio —según solía contar Probo, un pariente suyo del que ya antes hice mención[169]— era un individuo muy acomodado en este mundo, pero tan lleno de vicios como de riquezas, hinchado de soberbia, esclavo de los placeres de la carne, abrasado por el fuego de la codicia en su afán por adquirir riquezas[170]. Mas, como el Señor hubiese decidido poner fin a tantas maldades, lo abatió enviándole una enfermedad[171].

7. Y al llegar a sus últimos momentos, en el instante mismo en el que iba ya a salir del cuerpo, abriendo los ojos vio cómo unos horribles y negrísimos espíritus[172] se detenían ante él y se empeñaban enconadamente en arrastrarlo a las prisiones del Infierno. Empezó él a temblar, a palidecer, a sudar y a pedir a grandes voces una moratoria, así como a llamar con enormes y turbados gritos a su hijo, llamado Máximo (a quien yo llegué a ver como monje en la época en la que ya era monje yo también), diciéndole: «Ven corriendo, Máximo. Yo nunca te hice ningún mal. Acógeme bajo tu protección»[173].

8. Enseguida, lleno de turbación, se presentó Máximo. Y, llorando y alborotando, acudió también su familia. Ellos no podían ver aquellos espíritus malignos cuyas embestidas a duras penas lograba él aguantar, pero advertían su presencia a partir del testimonio, la palidez y los temblores de Crisaurio, a quien los espíritus arrastraban. Por lo demás, él se removía en el lecho de acá para allá a causa del pavor que le infundía la horrible imagen de aquéllos. Si se echaba en el lado izquierdo de la cama, no podía soportar su presencia. Si se volvía hacia la pared, allí se presentaban ellos. Y como, por hallarse tan fuertemente asido, hubiera perdido ya la esperanza de poder soltarse, empezó a gritar a grandes voces: «Una moratoria al menos hasta mañana, una moratoria al menos hasta mañana». Pero mientras pedía tal cosa a voces, en mitad de sus gritos fue arrancado del habitáculo de su cuerpo.

9. Y según eso, resulta muy claro y evidente que él vio todo aquello por nosotros, no por sí mismo, a fin de que su visión aprovechara a aquellos a los que aún nos está aguardando magnánimamente la divina Paciencia. En efecto, ¿qué le aprovechó a él el haber visto antes de morir aquellos horribles espíritus y el haber pedido una moratoria, si no recibió la moratoria que pidió?[174].

10. Todavía ahora se encuentra entre nosotros Atanasio, presbítero de Isauria, el cual cuenta que en su época sucedió un hecho terrible en Iconio[175]. Hay allí —según dice— un monasterio llamado «De los Gálatas», en el que cierto monje gozaba de gran estimación. Se le veía, en efecto, como un hombre ordenado en sus costumbres y en todos sus

actos, pero —según quedó puesto de manifiesto a partir del final que tuvo— era realmente muy diferente de lo que aparentaba. Así, aunque hacía ver que ayunaba con los hermanos, en realidad tenía la costumbre de comer a escondidas. Los hermanos desconocían completamente ese pecado suyo. Pues bien, este monje, tras caer repentinamente enfermo, llegó a los postreros momentos de su vida.

11. Y estando ya en las últimas, hizo que se congregaran junto a él todos los hermanos que residían en el monasterio. Éstos, al morir un varón de tales prendas —según pensaban—, creyeron que iban a oír de él algo grande y gozoso. Pero el monje se vio forzado a revelar, todo afligido y tembloroso, quién era el enemigo al que se le entregaba en el momento de obligársele a salir de este mundo. Dijo, en efecto, lo siguiente: «Cuando creíais que yo ayunaba con vosotros, en realidad comía a escondidas. Y ahora he aquí que he sido entregado a un dragón para que me devore, el cual tiene atados con su cola mis pies y mis rodillas, y, habiendo metido su cabeza en el interior de mi boca, está arrancando a sorbos mi espíritu»[176].

12. Tras decir estas palabras, inmediatamente murió, sin que el dragón que había visto aguardase a que él pudiera liberarse mediante el arrepentimiento. Así pues, resulta muy claro y evidente que quien dio a conocer y no pudo escapar del enemigo al que había sido entregado hubo de verlo únicamente para provecho de los oyentes[177].

13. PEDRO. Me gustaría que me ilustraras sobre si debemos creer que después de la muerte existe un fuego expiatorio[178].

[41. ¿Existe un fuego expiatorio después de la muerte?]

1. GREGORIO. Dice el Señor en el Evangelio: *Andad, mientras tenéis luz*[a]. Y dice también por boca del profeta: *En el tiempo de bonanza te escuché, y en el día de la salvación te socorrí*[b]. Y el apóstol Pablo, citando tales palabras, dice: *He aquí ahora el tiempo de bonanza, he aquí ahora el día de la salvación*[c].

2. Y también Salomón dice: *Todo lo que pueda hacer tu mano, hazlo al instante, porque en los Infiernos hacia donde tú te apresuras a ir no habrá trabajo ni razón ni sabiduría ni ciencia*[d]. Y también dice David: *Porque es eterna su misericordia*[e].

3. De acuerdo con tales testimonios, queda muy claro que cada cual se presenta en el Juicio tal como sale de este mundo. Pero, en todo caso,

a. Jn 12, 35.
b. Is 49, 8.
c. 2 Cor 6, 2.
d. Ecl 9, 10.
e. Sal 117, 2.

hay que pensar que antes del Juicio hay un fuego expiatorio en relación con algunas faltas leves, según lo que dice la Verdad, a saber, que *si alguien blasfemare contra el Espíritu Santo, ello no le será perdonado ni en este mundo ni en el venidero*[a]. En esta afirmación se da a entender que algunas faltas pueden ser perdonadas en este mundo y otras en el venidero. Pues el razonamiento lógico establece que lo que se niega de una cosa se concede de otras.

4. Pero, en todo caso —como antes he dicho—, hay que pensar que ello puede darse en relación con pecados pequeños y de poca importancia, como, por ejemplo, la charla ociosa incesante, la risa inmoderada, el pecado de la administración de la hacienda familiar (la cual apenas si puede llevarse a cabo sin defectos, incluso por parte de aquellos que saben cómo se han de evitar los defectos) o el error de ignorancia en asuntos no graves. Todas estas faltas constituyen una carga incluso después de la muerte, en el caso de que no nos hubieran sido perdonadas cuando aún nos hallamos en esta vida.

5. Asimismo, cuando Pablo dice que *Cristo constituye los cimientos*[b], y añade luego: *Si sobre estos cimientos alguien edificara oro, plata, piedras preciosas, madera, heno o paja, el fuego probará de qué clase es la obra de cada cual: si la obra del que edificó sobre los cimientos de Cristo permaneciere, recibirá recompensa; si su obra ardiere, sufrirá daño. Él mismo se salvará, pero, por así decir, gracias al fuego*[c], aunque tales palabras podrían entenderse a propósito del fuego de la tribulación aplicado a nosotros en esta vida, sin embargo, si las entendiéramos a propósito del fuego de la futura expiación, debemos considerar cuidadosamente que Pablo dijo que podía salvarse gracias al fuego no aquel que sobre los cimientos de Cristo edifica hierro, bronce o plomo, es decir, pecados mayores y por ello demasiado duros y por tanto ya imperdonables, sino madera, heno o paja, es decir, pecados muy leves y de poca importancia, que el fuego puede consumir fácilmente.

6. No obstante, debemos saber lo siguiente, que nadie obtendrá allí expiación alguna —ni siquiera a propósito de los pecados de poca importancia—, si no se ha ganado el derecho a poder obtenerla en el más allá gracias a sus buenas obras cuando aún se encuentra en esta vida[179].

[42. El alma del diácono Pascasio]

1. Así, cuando yo era aún un jovenzuelo y pertenecía al estado seglar, oí contar a varones ancianos y sabios que Pascasio, diácono de esta

a. Mt 12, 32.
b. 1 Cor 3, 11.
c. 1 Cor 3, 12-15

sede apostólica, cuyos libros sobre el Espíritu Santo —escritos en un estilo muy correcto y elegante— perviven entre nosotros[180], era un varón de admirable santidad, muy dado a la caridad de las limosnas, que honraba a los pobres y se menospreciaba a sí mismo. Pero este varón, en aquella contienda que tuvo lugar entre Símmaco y Lorenzo[181] —cuando el celo de los fieles se hallaba en plena efervescencia—, eligió para el pontificado a Lorenzo; y, derrotado después por el acuerdo unánime de todos, persistió, no obstante, en su opinión hasta casi el día de su muerte, amando y prefiriendo a aquel al que la Iglesia, por decisión de sus obispos, se había negado a poner al frente de ella.

2. Pues bien, habiendo muerto él en tiempos del prelado de la sede apostólica Símmaco[182], un endemoniado tocó su dalmática, colocada encima del féretro, y al punto sanó de su mal[183].

3. Mucho tiempo después, los médicos le prescribieron a Germán, obispo de Capua —del cual hice mención anteriormente[184]—, que por la salud de su cuerpo debía tomar baños en las termas de Città sant'Angelo[185]. Y al entrar en dichas termas se encontró al mencionado diácono Pascasio de pie y ejerciendo de sirviente en medio de aquellos calores. Al verlo, se asustó muchísimo y le preguntó qué hacía allí un varón tan excelso. Y él le respondió: «El motivo por el que se me ha asignado este lugar de penitencia no es otro que el hecho de haberme puesto de parte de Lorenzo en contra de Símmaco. Pero, por favor, ruega por mí al Señor. Y en esto conocerás que has sido escuchado: si cuando vuelvas aquí ya no me encuentras»[186].

4. Tras esto, el hombre del Señor, Germán, se entregó intensamente a la oración, y pasados unos pocos días volvió, pero ya no halló al mencionado Pascasio en el mismo lugar. En efecto, dado que él no había pecado por maldad, sino por error de ignorancia, pudo expiar dicha falta después de su muerte[187].

5. Pero, en todo caso, hay que pensar lo siguiente, que fue gracias a la generosidad de sus limosnas por lo que tuvo la posibilidad de ganarse el perdón entonces, cuando ya no podía hacer nada[188].

[43. ¿Por qué en los últimos momentos salen a la luz tantísimas cosas de las almas que antes han permanecido ocultas?]

1. PEDRO. Dime, ¿cómo es que en esos últimos momentos salen a la luz tantísimas cosas de las almas que antes han permanecido ocultas, de forma tal que el mundo venidero parece presentársenos y hacérsenos visible mediante claras visiones y revelaciones?

2. GREGORIO. Ello es así porque cuanto más se aproxima el mundo presente a su final, tanto más se toca ya —debido, por así decir, a esa misma proximidad— el mundo futuro, y tanto más visible se nos hace

ese mundo con más claras señales. Y así, dado que en este mundo presente no vemos mutuamente nuestros pensamientos, mientras que en el futuro sí percibimos los unos los corazones de los otros, ¿por qué no llamar al mundo presente «noche» y al venidero «día»? Pues bien, del mismo modo que en el momento en que acaba la noche y comienza el día, antes de la salida del sol, se encuentran mezcladas al mismo tiempo, de alguna manera, las tinieblas y la luz, de forma tal que los restos de la noche que se marcha se transforman completamente en la luz del día que llega, así también el final de este mundo se mezcla ya con el comienzo del mundo futuro, y las tinieblas mismas de los restos del mundo corporal brillan ya al mezclarse con las cosas espirituales. Y vemos ya muchas cosas que son de ese mundo espiritual, pero aún no las conocemos perfectamente, pues las vemos como en una especie de crepúsculo del espíritu, como antes de la salida del sol.

3. PEDRO. Me parece bien lo que dices. Pero a propósito del excelso varón Pascasio me causa perplejidad el hecho de que tras su muerte se le condujera a un lugar de castigo, a él, cuya túnica colocada sobre el féretro fue tocada y gracias a ello se pudo hacer huir al Espíritu maligno del individuo endemoniado[189].

4. GREGORIO. En ese hecho debe reconocerse cuán grande y multíplice es la providencia de Dios todopoderoso, cuyo dictamen hizo que el citado varón Pascasio tuviera que responder de su pecado, personal e interiormente, durante bastante tiempo, pero que al mismo tiempo, ante los ojos de los hombres, obrara prodigios tras su muerte por medio de su cuerpo; él, que antes de su muerte —como todos ellos también sabían— había realizado obras piadosas. Y ello, por una parte, para que quienes habían visto sus buenas obras no se engañaran en cuanto al valor de sus limosnas, y, por otra, para que no le fuera perdonada sin castigo la falta que él ni siquiera creyó que era falta, y que por eso mismo no había podido borrar con sus lágrimas.

5. PEDRO. Comprendo lo que dices. Ahora bien, forzado por ese razonamiento, ahora me veo obligado a tener miedo no sólo de los pecados de los que soy consciente, sino también de los que no tengo conciencia de haber cometido.

6. Pero dime, puesto que poco antes la conversación versaba sobre los lugares de castigo del Infierno[190]: ¿Dónde debemos creer que se halla el Infierno? ¿Hay que pensar que se halla sobre esta tierra o debajo de esta tierra?[191].

[44. ¿Dónde debemos creer que se encuentra el Infierno?]

1. GREGORIO. Sobre esta cuestión no me atrevo a concluir nada de modo irreflexivo. Así, unos han pensado que el Infierno se halla en al-

gún lugar de la tierra, mientras que otros creen que se halla debajo de la tierra. Pero, en todo caso, mi ánimo se inclina a pensar lo siguiente, que, si lo denominamos «Infierno» por el hecho de que se encuentra en un lugar «inferior», entonces lo que la tierra es respecto al Cielo eso debe ser el Infierno respecto a la tierra. Y por ello tal vez también se dice por boca del salmista: *Has librado mi alma del Infierno inferior*[a], según lo cual parece que la tierra es el infierno superior, pero que el Infierno propiamente dicho está debajo de la tierra.

2. Y las palabras de Juan concuerdan con esa idea. Éste, tras decir que él había visto *un libro sellado con siete sellos*, añadió lo siguiente: *Y yo lloraba mucho, porque ni en el Cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra se halló a nadie digno de abrir el libro y romper sus sellos*[b]. Pero a continuación dice que dicho libro fue abierto por *el león de la tribu de Judá*[c].

3. Y, en verdad, ¿qué otra cosa se designa con ese libro sino las Sagradas Escrituras, que tan sólo fueron abiertas por nuestro Redentor? El cual, haciéndose hombre, con su muerte, su resurrección y su ascensión al Cielo descubrió todos los misterios que estaban encerrados en ellas. Y no se halló a nadie digno en el Cielo —ningún ángel—, ni en la tierra —ningún hombre viviendo en cuerpo mortal—, ni debajo de la tierra —ningún alma despojada del cuerpo—, nadie, excepto el Señor, que pudiera descubrirnos los secretos de las Sagradas Escrituras. Así pues, si se dice que no se halló a nadie debajo de la tierra digno de abrir el libro, no veo qué nos impide creer que el Infierno se encuentra debajo de la tierra.

[45. ¿Existe uno sólo o diferentes fuegos del Infierno?]

1. PEDRO. Dime, debemos creer que existe un único fuego del Infierno o se ha de pensar que hay preparados tantos fuegos diferentes como pecados diferentes hay?

2. GREGORIO. Realmente existe un único fuego del Infierno, pero dicho fuego no atormenta a todos los pecadores de la misma forma. En efecto, el castigo se sentirá allí con tanta intensidad como lo exija el pecado de cada cual. Y así, de la misma manera que en este mundo vive mucha gente bajo un único sol, y sin embargo no todos sienten de igual manera el ardor de dicho sol, pues a unos les quema más y a otros menos, así también en el Infierno dentro del único fuego no existe una sola clase de abrasamiento (pues lo que la diversidad de los cuerpos ocasiona aquí, allí lo ocasiona la diversidad de los pecados), de manera que todos los pecadores soportan un fuego igual, pero, al mismo tiempo, ese fuego abrasa de diferente forma a cada uno de ellos.

a. Sal 86, 13.
b. Ap 5, 1-4.
c. Ap 5, 5.

[46. Sobre si arden eternamente los que son condenados al fuego del Infierno]

1. PEDRO. Dime, ¿en verdad diremos que, una vez que ellos han sido arrojados al Infierno, arderán en él eternamente?[192].

GREGORIO. Es total e indudablemente cierto y verdadero que, igual que no hay fin para el gozo de los buenos, tampoco habrá fin para el tormento de los malos. Así, si la Verdad dice: *Éstos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna*[a], puesto que las promesas de Dios son verdaderas, no cabe duda alguna de que sus amenazas no serán falsas.

2. PEDRO. Pero se podría objetar que Dios amenazó con el castigo eterno a los pecadores únicamente para disuadirles de cometer pecados.

GREGORIO. Si sus amenazas son falsas, con el fin de corregir la injusticia, entonces también serán falsas sus promesas, con el fin de incitar a la justicia. ¿Pero quién, por muy loco que esté, osaría decir eso? Y si Dios amenazó con algo que no estaba dispuesto a cumplir, al pretender nosotros defenderlo como misericordioso nos vemos obligados al mismo tiempo —sacrílego es decirlo— a acusarlo de mentiroso.

3. PEDRO. Me gustaría saber cómo puede ser justo que un pecado que ha sido cometido de un modo finito sea castigado eternamente.

GREGORIO. Eso sería correcto decirlo si el Juez inflexible juzgara no los corazones de los hombres, sino sus obras. Y es que los injustos pecaron de un modo finito por el hecho de que vivieron de un modo finito. Pues, si hubieran podido, habrían deseado vivir eternamente para poder pecar eternamente. Pues quienes no dejan nunca de pecar mientras viven están haciendo ver que desean vivir siempre en el pecado. Por tanto, concierne a la magnificente justicia del Juez divino que no estén nunca libres de suplicio los que en esta vida no quisieron nunca estar libres de pecado.

4. PEDRO. Sin embargo, ningún justo se nutre de crueldad, y el amo justo ordena golpear al siervo que ha cometido una falta con la única finalidad de que se corrija de su maldad. Lo azota, pues, para eso, para que se enmiende. Ahora bien, si los injustos que han sido entregados al fuego del Infierno no llegan ya a alcanzar la enmienda, ¿con qué finalidad arderán eternamente?

5. GREGORIO. Dios todopoderoso, puesto que es bondadoso, no se nutre con el tormento de los desgraciados. Pero, puesto que es justo, no se arredra ante el castigo eterno de los injustos. Por lo demás, todos los injustos condenados al suplicio eterno son castigados por su propia iniquidad, y en todo caso, arderán para algo, a saber, para que todos los justos, además de ver en Dios los gozos que reciben, vean también en los condenados los suplicios de los que se han librado, a fin de que

a. Mt 25, 46.

comprendan que ellos están eternamente en deuda con la gracia divina, tanto más cuanto que ven cómo son castigadas eternamente las maldades que ellos han vencido con su ayuda.

6. PEDRO. ¿Y cómo podrán ser ellos santos, si no rezan por sus enemigos —a los que entonces verán arder—, cuando siempre se les dijo: *Rezad por vuestros enemigos*[a]?

7. GREGORIO. Rezan por sus enemigos cuando aún pueden convertir sus corazones a un arrepentimiento provechoso y salvarlos gracias a dicha conversión. ¿Pues qué otra cosa debemos pedir en nuestras oraciones por los enemigos sino lo que dice el apóstol: *Que Dios les conceda arrepentimiento para conocer la verdad y que se arrepientan de los engaños del diablo, el cual los mantiene cautivos a su voluntad*[b]? ¿Mas cómo se podrá rezar por ellos entonces, cuando en modo alguno se les puede hacer cambiar ya desde la iniquidad a la justicia?

8. Así pues, la misma razón hay para no rezar entonces por los individuos condenados al fuego eterno que la que hay también ahora para no rezar por el diablo y sus ángeles condenados al suplicio eterno. Y la misma razón hay también ahora para que los hombres santos no recen por los individuos infieles e impíos una vez muertos, pues con ello evitan que a los ojos del Juez justo quede sin valor el favor de su oración por aquellos a los que ya saben condenados sin remisión al suplicio eterno.

9. Y si los justos, incluso ahora, cuando aún están vivos, cuando saben que también ellos mismos tendrán que soportar todavía el Juicio sobre su propia carne, no se compadecen de los injustos muertos y condenados, con cuánta mayor severidad contemplarán los tormentos de los injustos entonces, cuando, libres de todo vicio de corrupción, se encuentren ya unidos a la Justicia de un modo mucho más cercano y estrecho. En efecto, por el hecho de hallarse íntimamente unidos a un Juez justísimo, la fuerza de la severidad se apodera de sus espíritus de modo tal que ya no les place en absoluto cualquier cosa que difiera del rigor de esa ley interior.

[47. ¿Cómo se dice que el alma es inmortal, si es evidente que puede ser castigada con la condena de la muerte?]

1. PEDRO. No hay nada que pueda objetarse ya a tu claro razonamiento. Pero inquieta ahora a mi espíritu la siguiente cuestión: ¿Cómo se dice que el alma es inmortal, cuando es evidente que ella muere en el fuego eterno?

2. GREGORIO. Dado que la vida se dice de dos maneras, también la muerte debe entenderse de dos maneras. En efecto, una cosa es el hecho

a. Mt 5, 44.
b. 2 Tim 2, 25-26.

de vivir en Dios y otra cosa el hecho de vivir por haber sido engendrados o creados; es decir, una cosa es vivir beatíficamente y otra vivir existencialmente. Se entiende, pues, que el alma es al mismo tiempo mortal e inmortal: mortal porque deja de vivir beatíficamente, e inmortal porque nunca deja de vivir existencialmente y nunca puede perder la vida de su propia naturaleza, ni aun en el caso de que hubiere sido condenada a la muerte eterna. Pues en tal caso pierde la existencia beatífica, pero no pierde la existencia misma. Y por eso siempre está obligada a sufrir una muerte sin muerte, una deficiencia sin deficiencia y un fin sin fin, de modo que para el alma hay una muerte inmortal, una deficiencia indefectible y un fin infinito.

3. PEDRO. ¿Quién, a la hora de la muerte —cualesquiera que hayan sido sus obras—, no habrá de tener miedo de esta sentencia de condenación tan inexplicable? Pues, aunque cada uno ya conoce lo que ha hecho, sin embargo, desconoce aún con cuánto rigor serán juzgadas sus obras[193].

[48. Un santo varón que tuvo mucho miedo a la hora de la muerte]

GREGORIO. Así es, como dices. Pero muchas veces el propio miedo purifica por sí sólo las almas de los justos de sus pequeños pecados veniales, a su salida del cuerpo; como a menudo has oído conmigo que se contaba de cierto santo varón, al cual le invadió un miedo atroz cuando llegó a las puertas de la muerte, y, sin embargo, tras su muerte se apareció a sus discípulos con una túnica blanca[194] y les reveló cuán maravillosamente había sido acogido[195].

[49. Algunos son fortalecidos mediante una revelación, para que no tengan miedo en el momento de la muerte: los monjes Antonio, Mérulo y Juan]

1. Pero a veces Dios todopoderoso fortalece previamente mediante algunas revelaciones las almas de los que tienen miedo, para que no sientan temor alguno en el momento de morir[196].

2. Así, vivía conmigo en el monasterio[197] un hermano llamado Antonio, que con diarias y abundantes lágrimas ansiaba los gozos de la patria celestial. Y cuando estudiaba ferviente y anhelosamente las Sagradas Escrituras no buscaba en ellas las palabras de la sabiduría, sino el llanto de la compunción, de forma que su alma, excitada por ello, se enardecía, y abandonando las profundidades terrenales volaba mediante la contemplación hacia las regiones de la patria celestial[198].

3. A éste se le ordenó en sueños lo siguiente: «Prepárate y ponte en camino, pues así lo ha ordenado el Señor». Y al replicar él que no tenía dinero para ponerse en camino, inmediatamente oyó esta respuesta:

«Si se trata de tus pecados, ya te han sido perdonados». Tras oír esto una primera vez y cuando aún se hallaba temblando de miedo, la noche siguiente fue advertido nuevamente en los mismos términos. Pasados cinco días, habiendo enfermado de unas fiebres, murió acompañado de los llantos y oraciones de todos los hermanos[199].

4. Había también en el monasterio otro hermano, llamado Mérulo. Profundamente entregado a las lágrimas y las limosnas, su boca no dejaba de entonar salmos casi en ningún momento, salvo cuando tenía que alimentar su cuerpo o dar descanso a sus miembros. Éste vio en sueños cómo una corona de flores blancas descendía desde el Cielo hasta su cabeza[200]. Y muy pronto, habiendo caído enfermo, murió con gran alegría y serenidad de ánimo[201].

5. Pasados catorce años, queriendo Pedro (el cual se halla ahora al frente del monasterio[202]) hacerse una tumba junto a su sepulcro, surgió de dicho sepulcro —según afirma— un olor de una fragancia tan delicada como si allí se hubieran reunido los perfumes de todas las flores[203]. Y gracias a este hecho quedó claramente de manifiesto cuán verdadero era lo que Mérulo había visto en sueños.

6. Había también en el monasterio otro hermano, llamado Juan, un joven de grandes cualidades, que excedía a sus años por su inteligencia y humildad, por su dulzura y gravedad[204]. Habiendo caído enfermo y encontrándose ya a las puertas de la muerte, se le apareció en sueños un anciano, que le tocó con una varita y le dijo: «Levántate, pues de momento no vas a morir a causa de esta enfermedad. Pero estate preparado, porque no permanecerás aquí durante mucho tiempo». Y habiendo sido desahuciado ya por los médicos, de repente sanó y se restableció, contó el sueño que había tenido y durante dos años exhibió una conducta en el servicio de Dios que —como ya he dicho— excedía a sus años[205].

7. Hace ahora tres años, habiendo muerto un hermano y siendo enterrado por nosotros en el cementerio del monasterio, después de salir todos de dicho cementerio, el mencionado Juan, que se había quedado allí tras marcharnos nosotros, fue llamado desde el sepulcro —según él mismo nos reveló después, todo pálido y tembloroso— por el hermano que había muerto. Y, de nuevo, el fin que siguió explicó esa llamada, pues a los diez días, tras apoderarse de él unas fiebres, fue liberado de la carne[206].

[50. Sobre si hay que tomar en consideración los sueños, y sobre cuántas clases de sueños hay]

1. PEDRO. Me gustaría que me ilustraras ahora sobre si debemos tomar en consideración lo que se nos muestra en los sueños[207].

2. GREGORIO. Hay que saber, Pedro, que las imágenes de los sueños arriban al espíritu de seis maneras. Así, unas veces los sueños tienen su

origen en el vientre demasiado lleno o demasiado vacío, otras veces proceden de una ilusión, otras de un pensamiento y una ilusión a la vez, otras de una revelación, otras de un pensamiento y una revelación a la vez. Los dos tipos de sueños que hemos mencionado en primer lugar todos los conocemos por experiencia. En cuanto a los cuatro siguientes, los encontramos en las páginas de la Sagrada Escritura.

3. En efecto, si los sueños no provinieran, muchas veces, de una ilusión del oculto Enemigo, el sabio varón no habría dicho lo siguiente: *Pues los sueños llevaron a muchos al engaño, y se perdieron por confiar en ellos*[a]; o, por supuesto: *No hagáis augurios ni toméis en consideración los sueños*[b], palabras en las que se muestra cuán execrable es todo lo relativo a los augurios.

4. Asimismo, si los sueños no procedieran en ocasiones del pensamiento y la ilusión a la vez, no habría dicho el sabio varón: *Los sueños son consecuencia de las muchas preocupaciones*[c]. Y si los sueños no surgieran algunas veces del misterio de la revelación, José no habría visto en sueños que él habría de ser preferido a sus hermanos[d] ni el ángel habría aconsejado en sueños al esposo de María que huyera a Egipto llevándose al niño con él[e].

5. Asimismo, si los sueños no procedieran en ocasiones del pensamiento y la revelación a la vez, el profeta Daniel, al interpretar el sueño de Nabucodonosor, no habría empezado a explicarlo desde su origen en el pensamiento, cuando dice: *Oh rey, tú empezaste a pensar en tu lecho qué es lo que iba a ocurrir después de esto, y el que revela los misterios te mostró lo que iba a suceder*[f]; y un poco después: *Y he aquí que tú veías una especie de gran estatua. Y aquella estatua grande y de enorme altura se levantaba frente a ti*[g], etc. Así pues, puesto que Daniel, por un lado, da a entender que el sueño se va a cumplir según la revelación, y, por otro, indica de qué pensamiento ha surgido, queda muy claro que los sueños muchas veces se originan a partir del pensamiento y la revelación a la vez.

6. En todo caso, puesto que los sueños son en realidad de tantas clases, en la medida que no resulta nada fácil dilucidar de qué impulso proceden, tanto menos fácilmente debemos darles crédito nosotros. Por lo demás, los santos varones llegan a discernir por cierta íntima percepción si las palabras o las imágenes de los sueños proceden de meras ilusiones o de auténticas revelaciones, de modo que saben cuándo lo que

a. Eclo 34, 7.
b. Lv 19, 26.
c. Ecl 5, 2.
d. Cf. Gn 37, 5-10.
e. Cf. Mt 2, 13.
f. Dn 2, 29.
g. Dn 2, 31.

perciben procede de un buen espíritu y cuándo lo que sueñan es fruto de un agente ilusorio. Y así, si el alma no fuere prudente respecto a los sueños, acabará cayendo en muchos engaños por obra del Espíritu engañador, el cual a veces suele predecir muchas verdades para, al final, poder engañar al alma con una sola mentira.

[51. Una persona a la que se le vaticinaron en sueños largos años de vida, y que habría de morir en breve tiempo]

Como ciertamente le ocurrió no hace mucho a uno de los nuestros. A éste, que se hallaba siempre muy pendiente de los sueños, se le vaticinaron en un sueño largos años de vida. Y habiendo amasado mucho dinero para hacer frente a los gastos de esa vida tan larga, de repente murió, dejando así intacto todo el dinero amasado y sin llevarse consigo ninguna buena obra.

[52. Sobre si les aprovecha a las almas el enterrar los cuerpos de los muertos dentro de las iglesias]

PEDRO. Me acuerdo de él. Pero, por favor, prosigamos con lo que habíamos comenzado. ¿Creemos que a las almas les resulta de alguna utilidad el hecho de enterrar los cuerpos de los muertos en el interior de las iglesias?[208].

GREGORIO. Cuando las almas no se hallan bajo el peso de pecados graves, el hecho de ser enterrados dentro de las iglesias les resulta provechoso a los muertos por lo siguiente, porque sus allegados, cada vez que acuden a esos recintos sagrados, se acuerdan de los suyos —cuyos sepulcros están viendo— y hacen plegarias al Señor por ellos[209]. Pero aquellos que se hallan bajo el peso de pecados graves, sus cuerpos son enterrados dentro de las iglesias no para su absolución, sino para un incremento aún mayor de su condena. Lo cual podremos mostrarlo mejor si contamos ahora brevemente los siguientes sucesos que han tenido lugar en nuestros días.

[53. Una religiosa enterrada en la iglesia de San Lorenzo Mártir, que apareció quemada por la mitad]

1. Así, el varón de vida venerable Félix, obispo de Porto[210], nació y se crió en la provincia de Sabina. Éste atestigua que había en dicho lugar una religiosa que guardó, ciertamente, la continencia sexual, pero que no supo sustraerse al pecado de la lengua desvergonzada y la necia conversación. Murió, pues, ella y fue enterrada dentro de la iglesia.

2. Esa misma noche el guardián de la iglesia vio mediante una revelación cómo la religiosa, conducida ante el sagrado altar, era cortada por la mitad, y cómo una parte de ella era quemada por el fuego, mientras que la otra permanecía intacta[211]. Y contándole esto a los hermanos al levantarse por la mañana, y queriendo mostrarles el lugar concreto en el que el fuego la había consumido, en los mármoles de delante del altar aparecieron los restos de la propia combustión de la llama, tal como si la mujer hubiera sido quemada allí mismo con un fuego material.

3. Con lo cual se da claramente a entender que a aquellos a los que no les hubieren sido perdonados sus pecados los recintos sagrados no pueden ayudarlos, una vez muertos, a evitar el Juicio.

[54. La sepultura del patricio Valeriano]

1. Conocemos también la seriedad y el crédito que merece el ilustre varón Juan, que ocupa el cargo de viceprefecto en esta ciudad de Roma[212]. Pues bien, éste me contó que había sido testigo de la muerte del patricio Valeriano en la ciudad de Brescia[213]. El obispo de esa ciudad, tras recibir dinero por ello, le proporcionó un lugar en la iglesia en donde poder ser enterrado. Y lo cierto es que el tal Valeriano vivió de una manera frívola y lasciva hasta muy avanzada edad y que rehusó poner freno a su vida depravada.

2. La misma noche que lo enterraron, el mártir san Faustino —en cuya iglesia había sido sepultado su cuerpo— se apareció en sueños a su guardián y le dijo: «Ve y dile al obispo que arroje fuera de este lugar el asqueroso cuerpo que ha enterrado aquí, porque, si no lo hace, él mismo morirá dentro de treinta días»[214]. El guardián tuvo miedo de revelar este sueño al obispo, y, advertido por segunda vez, no hizo caso. A los treinta días el obispo de la citada ciudad, que se había ido sano y salvo a la cama por la tarde, murió de muerte súbita y repentina[215].

[55. El cuerpo del difunto Valentín, arrojado de la iglesia después de su muerte]

1. Viven también en la actualidad el venerable hermano Venancio, obispo de Luna, y el ilustre Liberio, varón nobilísimo y digno de todo crédito[216], los cuales aseguran que ellos tienen conocimiento y que sus hombres estuvieron presentes en el siguiente suceso, que —según cuentan— acaeció no hace mucho en la ciudad de Génova[217].

2. En dicho lugar murió —según dicen— Valentín, *defensor* de la iglesia de Milán[218], hombre sumamente libidinoso y entregado a todo tipo de liviandades, cuyo cuerpo fue enterrado en la iglesia del santo

mártir Siro. A media noche se oyeron voces en la iglesia, como si alguien estuviera siendo arrojado a la fuerza de ella y estuvieran arrastrándolo fuera. Naturalmente, al oír tales voces acudieron corriendo los guardianes, y vieron a dos espíritus sumamente horrorosos que habían atado con ligaduras los pies del tal Valentín y lo arrastraban fuera de la iglesia, mientras él gritaba y vociferaba con todas sus fuerzas. Ni que decir tiene que los guardianes regresaron a sus camas muertos de miedo[219].

3. Llegada la mañana, al abrir el sepulcro en el que el tal Valentín había sido enterrado, no hallaron su cuerpo. Y buscando en el exterior de la iglesia dónde pudiera haber sido arrojado, lo hallaron enterrado en otro sepulcro con los pies aún atados, tal como había sido sustraído de la iglesia.

4. Y de este hecho debes inferir, Pedro, que quienes se encuentran bajo el peso de pecados graves, si se hacen enterrar en un recinto sagrado, aún tienen que ser juzgados de su osadía, de modo que ya no es sólo que los recintos sagrados no los liberen de sus pecados, sino que además se ven acusados por el pecado de su temeridad.

[56. El cuerpo del tintorero enterrado dentro de la iglesia y no hallado luego]

1. Muchos tintoreros que viven en esta ciudad de Roma atestiguan algo que habría sucedido también aquí, a saber, que habiendo muerto uno de ellos, el más insigne de su oficio, fue enterrado por su esposa en la iglesia de San Jenaro Mártir, cerca de la puerta de San Lorenzo. Pues bien, la noche siguiente —según escuchó el guardián— su espíritu empezó a gritar desde la tumba: «Me abraso, me abraso». Y después de estar lanzando esos gritos durante mucho tiempo, el guardián se lo hizo saber a su esposa[220].

2. Su esposa, queriendo saber cómo estaba el cuerpo de su marido en el sepulcro desde el que profería tales gritos, envió a la iglesia a unos individuos de su mismo oficio para que lo examinaran atentamente. Y al abrir ellos el sepulcro encontraron intactas sus ropas —las cuales se conservan hasta el día de hoy en la citada iglesia como testimonio de lo sucedido[221]—, pero no hallaron rastro alguno de su cuerpo, como si no hubiese sido enterrado en aquel sepulcro.

3. De este hecho se ha de inferir a qué pena tan grande habría sido condenada su alma, si hasta su cuerpo mismo fue arrojado fuera de la iglesia. Así pues, ¿de qué utilidad les son los recintos sagrados a quienes son enterrados en ellos, si los que son indignos son arrojados de dichos recintos sagrados por decisión divina?

[57. ¿Qué cosa puede ayudar a las almas a lograr el perdón después de la muerte?: el presbítero de Civitavecchia, por quien el alma de otra persona rogó que pudiera ser auxiliado después de su muerte mediante la hostia consagrada; y el alma del monje Justo]

1. PEDRO. ¿Qué podría haber entonces que pudiera serles de utilidad a las almas de los muertos?[222].

2. GREGORIO. Si los pecados no son imperdonables tras la muerte, la sagrada ofrenda de la hostia salutífera suele serles de gran ayuda a las almas aun después de la muerte, hasta el punto de que en ocasiones las propias almas de los difuntos parecen solicitarla.

3. Así, el obispo Félix, anteriormente mencionado[223], afirma que él supo por boca de un presbítero de vida venerable —que vivió hasta hace dos años, y que moraba en la diócesis de la ciudad de Civitavecchia y estaba al frente de la iglesia de San Juan, ubicada en un lugar llamado *Aquae Tauri*[224]— que dicho presbítero solía bañarse, cada vez que lo exigía la necesidad corporal, en el mencionado lugar, en donde unas aguas termales producen unos vapores sofocantes.

4. Al entrar un día en los baños, encontró a un individuo desconocido dispuesto a servirle, para quitarle los zapatos de los pies, cogerle la ropa o proporcionarle toallas al salir del agua caliente, y que realizaba todo ese ministerio muy servicialmente.

5. Y como esto sucediera con bastante frecuencia, un día que el presbítero iba a ir a bañarse, reflexionando para sus adentros, se dijo: «No debo mostrarme ingrato con ese hombre que suele atenderme con tantísima diligencia en los baños, sino que tengo que llevarle algo como regalo». Entonces se llevó consigo dos roscas eucarísticas. Y nada más llegar al lugar, encontró al hombre y, como de costumbre, hizo uso de todos sus servicios. Se bañó, pues, y en el momento en que se disponía a salir, ya vestido, a modo de bendición le ofreció a aquel hombre tan servicial lo que había traído consigo, pidiéndole que aceptara de buen grado aquello que él le ofrecía como muestra de cariño.

6. El hombre, muy triste y afligido, le respondió: «¿Por qué me das esto, padre? Este pan es sagrado, y yo no puedo comerlo. En efecto, yo, a quien ves delante de ti, fui en otro tiempo el dueño de este lugar, pero por mis culpas fui asignado aquí tras mi muerte. Mas, si quieres ayudarme, ofrece este pan a Dios todopoderoso por mí, para interceder por mis pecados. Y entonces sabrás que has sido escuchado, cuando vengas a bañarte aquí y ya no me encuentres». Y, tras decir estas palabras, desapareció. Y, de ese modo, el que parecía ser un hombre reveló con su desaparición que era un espíritu[225].

7. El presbítero estuvo llorando por él, muy afligido, durante siete días seguidos, ofreció diariamente por él la hostia salutífera, y, al volver

más tarde a los baños, ya no lo encontró. Con este hecho se demuestra cuánto aprovecha a las almas el sacrificio de la sagrada ofrenda eucarística, cuando incluso los espíritus mismos de los muertos la solicitan a los vivos y les muestran señales con las que hacerles ver que han sido perdonados gracias a ella[226].

8. Pero creo que tampoco se debe pasar en silencio lo que recuerdo que ocurrió en mi propio monasterio hace ahora tres años[227]. Había un monje, llamado Justo, que había sido instruido en el arte de la medicina, y que, cuando yo vivía en el monasterio, solía atenderme diligentemente y velar por mí durante mis frecuentes enfermedades[228]. Pues bien, este monje, sorprendido repentinamente por una enfermedad, llegó a sus últimos momentos. Cuidaba de él, durante su enfermedad, un hermano carnal suyo llamado Copioso, el cual ahora se gana el sustento en esta ciudad de Roma ejerciendo también él la medicina.

9. Pues bien, el mencionado Justo, sabiendo que había llegado ya a sus últimos momentos, le reveló a su hermano Copioso que tenía escondidos tres escudos de oro. Naturalmente, la cosa no pudo permanecer oculta para los hermanos, sino que éstos, escudriñando y escrutando minuciosamente todas sus medicinas, encontraron los tres escudos de oro escondidos entre los medicamentos.

10. Tan pronto como se me informó de ello, no pude soportar de buen grado un pecado tan grave de parte de un hermano que había vivido en comunidad con nosotros, dado que siempre había sido la regla de nuestro monasterio que todos los hermanos vivieran de modo comunitario, hasta el punto de no permitírseles tener personalmente nada propio. Entonces, profundamente apesadumbrado, me puse a pensar qué podría hacer yo para la purificación del moribundo y qué medidas debería tomar para ejemplo de los hermanos vivos.

11. Así pues, haciendo venir a mi presencia a Precioso, prior del monasterio, le dije: «Ve y que ninguno de los hermanos esté junto a él cuando muera, y que no reciba palabras de consolación de boca de ninguno de ellos. Y, cuando en el momento de la muerte pregunte por los hermanos, que su hermano carnal le diga que todos ellos han abominado de él por las monedas de oro que ha tenido guardadas en secreto, a fin de que al menos en el momento de la muerte la amargura por su falta traspase su alma y expíe de ese modo el pecado que ha cometido. Cuando muera, que su cuerpo no sea enterrado junto a los cuerpos de los demás hermanos, sino haced un hoyo en cualquier estercolero, arrojad su cuerpo dentro y lanzad allí, encima de él, los tres escudos de oro que ha dejado, gritando todos a la vez '*Que tu dinero perezca contigo*'[a], y cubridlo de tierra de esa guisa».

a. Hch 8, 20.

12. Pretendía yo con esas dos disposiciones que la primera le fuera de provecho al muerto y la segunda a los hermanos vivos, para que la amargura de su muerte le hiciera perdonable a él su pecado, y para que una condena tan dura de la avaricia disuadiera a aquéllos de enredarse en un pecado como el suyo[229].

13. Y así se hizo la cosa. En efecto, cuando al monje le llegó la hora de la muerte, deseando angustiosamente encomendarse a los hermanos, sin que ninguno de ellos se dignara hablarle ni acercarse a él, su hermano carnal le reveló la razón por la que todos habían abominado de él. Entonces deploró al punto con todas sus fuerzas su pecado y en medio de tal aflicción salió del cuerpo. Y fue enterrado como yo había dicho. Por su parte, todos los hermanos, impresionados por la sentencia dictada contra él, empezaron a sacar a la luz, uno a uno, todas las cosas de escaso valor e importancia que siempre se les había permitido tener de acuerdo con la Regla, y les entró un miedo atroz, no fuera que tuvieran ellos alguna cosa por la que pudieran ser reprendidos.

14. Pero, habiendo pasado ya treinta días desde su muerte, mi corazón empezó a compadecerse del hermano difunto y a pensar con profundo dolor en sus suplicios y a tratar de ver si pudiera haber alguna forma de sacarlo de aquello. Entonces llamando a mi presencia al mencionado Precioso, prior de nuestro monasterio, le dije, muy apesadumbrado: «Hace ya mucho tiempo que el hermano que murió se ve atormentado por el fuego. Debemos tener con él algo de caridad y ayudarle, en la medida en que podamos, a sacarlo de allí. Ve, pues, y desde el día de hoy y durante treinta días seguidos dedícate a ofrecer el sacrificio de la misa por él, de manera que no pase ni un solo día en el que no se ofrezca el sacrificio de la hostia salutífera por su perdón». Él se retiró al punto y obedeció.

15. Estando ocupados nosotros en otros asuntos y sin llevar la cuenta de los días que habían pasado, una noche el hermano que había muerto se le apareció en sueños a su hermano Copioso. Éste, al verlo, le preguntó: «¿Qué hay, hermano?, ¿cómo estás?». Y aquel le respondió: «Hasta este momento he estado mal, pero ahora ya estoy bien, pues hoy mismo he recibido la comunión»[230].

16. Copioso, marchándose al instante, les reveló el sueño a los hermanos del monasterio. Los hermanos contaron cuidadosamente los días, comprobando que Justo se le había aparecido el mismo día en que se había completado la trigésima ofrenda eucarística ofrecida por él. Y como Copioso desconociera lo que los hermanos habían estado haciendo por Justo, y los hermanos ignorasen, a su vez, el sueño que Copioso había tenido de él, cuando conocieron, al mismo tiempo, el uno lo que habían estado haciendo los hermanos y los otros lo que había soñado Copioso, al coincidir en el tiempo el sueño y el sacrificio, la coincidencia puso cla-

ramente de manifiesto que el hermano que había muerto se había librado del suplicio gracias a la hostia salutífera[231].

17. PEDRO. Lo que oigo es maravilloso y sumamente gratificante.

[58. La vida y el tránsito del obispo Casio][232]

1. GREGORIO. Que nosotros no debemos poner en duda las palabras de los muertos lo confirman los siguientes hechos de los vivos. Así, un varón de vida venerable, Casio, obispo de Narnia[233], que solía ofrecer a Dios el sacrificio diario de la misa y que durante el misterio mismo del sacrificio se mortificaba con abundantes lágrimas, recibió el siguiente mandato del Señor a través del sueño de un presbítero suyo: «Sigue haciendo lo que estás haciendo, sigue obrando como estás obrando. Que no se detenga tu pie, que no se detenga tu mano. Tú vendrás a mí el día natalicio de los apóstoles[234], y entonces yo te concederé la recompensa que mereces».

2. Y Casio, pasados siete años, justamente el día natalicio de los apóstoles, tras terminar la ceremonia solemne de la misa y tras recibir el misterio de la santa comunión, abandonó su cuerpo[235].

[59. Un individuo apresado por los enemigos, que fue liberado de sus cadenas en el momento de la ofrenda eucarística; y el marinero Varaca, salvado de un naufragio gracias a la hostia salutífera]

1. También hemos oído contar lo siguiente, que un individuo había sido apresado y encadenado en el territorio de sus enemigos[236]. Su esposa solía ofrecer por él el sacrificio de la misa en unos días determinados. Él, al regresar junto a su esposa después de un largo tiempo, reveló en qué días concretos había sido liberado de sus cadenas; y su esposa recordó que esos fueron justamente los días en los que ella había ofrecido el sacrificio por él[237]. Y esto mismo se nos confirma también clarísimamente a partir de otro suceso que ocurrió hace ahora siete años[238].

2. Así —según me atestiguaron y me atestiguan aún muchos varones piadosos y fidedignos—, Agatón, obispo de Palermo, habiendo sido ordenado venir a Roma en tiempos de mi predecesor, de santa memoria[239], sufrió el azote de una enorme tempestad, hasta el punto de que llegó a perder la esperanza de poder escapar del peligro tan grande de las olas. Un marinero suyo, llamado Varaca —que ahora pertenece a la clericatura de la mencionada iglesia— conducía un esquife detrás de la nave. Habiéndose roto el cable, el marinero desapareció de repente, junto con el esquife que conducía, entre el cúmulo de las olas. Por su parte, la nave a cuyo cargo estaba el obispo, tras pasar muchos peligros, destrozada por el oleaje, llegó finalmente a la isla de Ustica[240].

3. Y, pasados tres días, como el obispo no viera aparecer por ninguna parte del mar al marinero que le había sido arrebatado en su esquife, sumamente afligido le dio por muerto. Y, como obra de caridad, se ocupó de lo único a lo que estaba obligado ya con el muerto, a saber, mandó ofrecer a Dios todopoderoso el sacrificio de la hostia salutífera por el perdón de su alma. Tras ofrecer el sacrificio y reparar la nave, se dirigió a Italia. Y al llegar al puerto de Roma, encontró allí al marinero al que creía muerto. Experimentó entonces una inesperada alegría, y le preguntó cómo había podido sobrevivir durante tantos días en medio de los peligros tan grandes del mar.

4. El marinero le reveló cuántas veces había sido volteado él en medio del oleaje de la tempestad junto con el esquife que conducía, cómo se había mantenido a flote con éste lleno de agua, y cuántas veces, tras ser volteado el bote de arriba abajo, se había sentado encima de su barca; agregando cómo había sido salvado finalmente por la misericordia divina, tras haber estado haciendo aquello sin interrupción durante días y noches, y cuando ya había perdido totalmente las fuerzas a causa del hambre y la fatiga juntas.

5. En efecto, manifestó entonces lo que todavía hoy atestigua, diciendo lo siguiente: «Extenuado y desfallecido en medio del oleaje, de repente mi mente se vio embotada por un gran torpor, de forma que ni acababa de hundirme en el sueño ni creía estar despierto. Cuando hete aquí que, hallándome en medio del mar, se me apareció alguien que me trajo pan para comer. Nada más comerlo, recobré las fuerzas. Y no mucho después se presentó una nave que pasaba por allí, que me recogió del peligro de las aguas y me condujo a tierra»[241]. El obispo que escuchaba su relato le preguntó el día en que aquello había ocurrido, y descubrió que había sido justamente el día en que su presbítero, en la isla de Ustica, había sacrificado por él a Dios todopoderoso la hostia de la sagrada ofrenda eucarística[242].

6. PEDRO. Yo también tuve noticia de lo que acabas de contar cuando estuve viviendo en Sicilia[243].

GREGORIO. En mi opinión, esto se realiza de un modo tan claro y manifiesto con los vivos y con los que desconocen el poder de la sagrada hostia por lo siguiente, para mostrar a todos los que hacen estas ofrendas, y lo ignoran, que, si los pecados no son imperdonables, la hostia de la sagrada ofrenda eucarística les puede ser de utilidad para obtener el perdón también de los muertos. Pero hay que saber que la sagrada hostia les es de utilidad únicamente a aquellos muertos que en su vida aquí en la tierra han hecho merecimientos para recibir la ayuda, incluso tras la muerte, de las buenas obras que otros hacen aquí por ellos[244].

[60. El valor y el misterio de la hostia salutífera]

1. A este respecto hay que pensar que el camino más seguro es que cada cual haga por sí mismo, mientras aún vive en la tierra, el bien que espera que otros hagan por él después de su muerte. Pues es más gratificante salir libre que andar buscando la libertad tras haber sido encadenado. Debemos, pues, despreciar de todo corazón el siglo presente[245] —aunque sólo sea porque lo vemos ya desvanecerse— y ofrecer a Dios diarios sacrificios de aflicción, diarias hostias eucarísticas de su carne y de su sangre.

2. En efecto, es singularmente la hostia eucarística la que salva al alma de la muerte eterna, esa hostia que a través del misterio eucarístico renueva para nosotros la muerte del Unigénito, el cual, si bien habiendo resucitado de entre los muertos ya no muere y la muerte no le dominará nunca más[a], sin embargo, aunque en sí mismo vive de un modo inmortal e incorruptible, se inmola de nuevo por nosotros en este misterio de la sagrada ofrenda eucarística. Y es que en este sacramento se toma su cuerpo, se reparte su carne para la salvación del pueblo y se derrama su sangre, no ya a manos de los infieles, sino en la boca de los fieles.

3. Así pues, a partir de lo dicho pensemos cuánto valor tiene para nosotros este sacrificio que continuamente reproduce, por nuestro perdón, la pasión del Hijo Unigénito de Dios. ¿Pues qué fiel podría albergar alguna duda de que en el momento mismo del sacrificio eucarístico, a la voz del sacerdote, se abren los cielos; y de que en el misterio de Jesucristo asisten los coros de los ángeles, las profundidades se juntan con las alturas, la tierra se une a los cielos y de lo visible y lo invisible llega a hacerse una sola y misma cosa?

[61. Sobre la contrición del corazón durante el santo misterio eucarístico, y sobre la vigilancia del espíritu después de la compunción]

1. Pero es necesario que, al hacer el sacrificio eucarístico, nos ofrezcamos también a nosotros mismos en sacrificio a Dios con contrición de corazón, pues quienes celebramos el misterio de la pasión del Señor debemos imitar aquello que hacemos[246]. Y es que sólo entonces será verdaderamente aceptable para Dios la hostia ofrecida por nosotros, cuando nosotros mismos nos convirtamos también en hostia.

2. Y debemos esforzarnos para que también después del tiempo de oración —en la medida en que podamos y gracias a la generosidad de Dios— mantengamos nuestro espíritu con su misma fuerza y vigor,

a. Rm 6, 9.

para que no lo debilite después la flojedad del pensamiento, para que no se apodere de nuestra mente la vana alegría y para que el alma no eche a perder el beneficio de la compunción por la desidia de la flojedad del pensamiento. Pues de ese modo mereció alcanzar Ana lo que había pedido[247], por haberse mantenido con el mismo vigor espiritual después del llanto[a]. Y de ella ciertamente está escrito: *Y su rostro no se alteró ya más por sentimientos encontrados*[b]. En suma, la que no olvidó la petición que había hecho no fue privada del don que solicitó.

[62. Sobre el perdón de los pecados del prójimo, a fin de que también nos sean perdonados los nuestros]

1. Pero a este respecto hay que saber que sólo tiene justo derecho a pedir el perdón de sus pecados aquel que previamente perdona él mismo las faltas cometidas contra él. En efecto, ninguna ofrenda es aceptada si antes no expulsamos del alma la discordia, pues dice la Verdad: «*Si ofreces tu ofrenda ante el altar y te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y sólo entonces, ya de vuelta, ofrecerás tu ofrenda*»[c]. De acuerdo con ello debemos considerar —teniendo en cuenta que todo pecado es perdonable con una ofrenda— cuán grave es el pecado de la discordia, por el cual ni siquiera es aceptada la ofrenda. Debemos, pues, ir de corazón hacia el prójimo, por muy lejos y apartado que esté, ofrecerle nuestra alma y apaciguarlo con humildad y cariño; y sin duda nuestro Creador, al ver la buena disposición de nuestro corazón, perdonará nuestros pecados, pues entonces aceptará ya la ofrenda a cambio de nuestras culpas.

2. Por otro lado, también sabemos —porque así lo atestiguan las palabras de la Verdad— que al siervo que debía diez mil talentos, tras mostrar su aflicción, su amo le concedió el perdón de su deuda; pero, puesto que él mismo no le condonó la deuda a un compañero de esclavitud que le debía cien denarios, también a él se le mandó pagar la deuda que ya le había sido condonada[d]. Y a partir de esas palabras se pone claramente de manifiesto que, si no perdonamos de corazón las faltas que se cometen contra nosotros, también a nosotros se nos reclamará, por segunda vez, aquello de lo que ya nos alegrábamos que nos hubiera sido perdonado gracias a nuestro arrepentimiento.

3. Así pues, mientras nos es posible aún durante el tiempo de perdón, mientras el Juez se demora todavía, mientras el que examina las

a. Cf. 1 Sam 1.
b. 1 Sam 1, 18.
c. Mt 5, 23-24.
d. Cf. Mt 18, 23-35.

culpas espera nuestra conversión, ablandemos entre lágrimas la dureza de nuestro corazón, modelemos en el prójimo la bondad de la reconciliación, y afirmo con toda seguridad que no nos faltará la hostia salutífera tras la muerte, si antes de la muerte nos convertimos a nosotros mismos en hostia para Dios.

FIN DEL LIBRO CUARTO

NOTAS

[1] Los siete primeros capítulos del libro IV son de carácter argumentativo, no narrativo. El primero de ellos trata sobre la dificultad de los hombres para creer en los seres celestiales, dado que nunca los han visto.

[2] Clara variante del famoso «mito de la caverna» de Platón.

[3] En el cap. 2 Gregorio intenta demostrar cómo incluso los incrédulos creen en muchas cosas que jamás han visto. Deberían, pues, creer también en las cosas celestiales, aunque tampoco las hayan visto.

[4] Queda expuesta aquí la idea fundamental sobre la que girará todo el libro IV de los *Diálogos*, a saber, que «el alma sigue viviendo después de la muerte».

[5] En el cap. 3 Gregorio sostiene que tras la muerte siguen viviendo tanto el alma como el cuerpo, este último tras la resurrección de la carne.

[6] Para Gregorio una cosa es «vivir beatíficamente» (es decir, «vivir en Dios») y otra cosa «vivir existencialmente» (*vid.* IV, 47, 2). Tras la muerte corporal, el alma y el cuerpo de los réprobos, si bien mueren desde «el punto de vista beatífico», viven eternamente «desde el punto de vista de su existencia».

[7] En la época en que Gregorio escribe se creía que el *Eclesiastés* había sido escrito por el rey Salomón.

[8] En el cap. 4 Gregorio rebate las palabras del *Eclesiastés* que sugieren que el alma del hombre es mortal, como los animales. Para ello aducirá pasajes del mismo *Eclesiastés* que indican lo contrario.

[9] Gregorio denomina «orador verdadero» (*concionator verax*) al autor del *Eclesiastés* cuando habla con su propia voz y expresando sus propias y veraces opiniones, para diferenciarlo de ese mismo orador cuando habla asumiendo las opiniones y pensamientos erróneos de los demás.

[10] Gregorio intenta resolver las contradicciones existentes en el *Eclesiastés* atribuyendo al autor del libro dos voces diferentes: por un lado, la suya propia, que recoge los argumentos racionales y verdaderos; por otro, la voz de la turba —de la que el orador se convierte en intérprete—, que refleja la falsa y equivocada opinión de las personas débiles de espíritu.

[11] En el cap. 5 el interlocutor Pedro —adoptando el papel de los incrédulos— continuará poniendo objeciones acerca de la vida del alma después de la muerte, planteando la cuestión de cómo es posible creer que el alma sale del cuerpo al morir, si nunca nadie la ha visto salir del mismo.

[12] Los razonamientos y argumentaciones de Gregorio no acaban de convencer a su interlocutor Pedro, pues, en última instancia, dado que Gregorio

reconoce que el alma es invisible, sigue en pie la primera objeción de Pedro: ¿cómo puede la mente racional creer en algo que es invisible para los ojos corpóreos? Pedro reclama algún indicio «visible» a partir del cual se pueda inferir la existencia del alma «invisible», tras la muerte del cuerpo.

[13] Por fin Gregorio da una respuesta racional acerca de la vida del alma después de la muerte: los milagros que los santos realizan *post mortem* son una «prueba» de que sus almas siguen viviendo. Ello será ejemplificado con prodigios concretos en los capítulos 22, 23, 24 y 25.

[14] Sobre los milagros *post mortem* de los santos *vid.* libro I, nota 80.

[15] Cf. IV, 5, 1.

[16] Una vez expuestos los «argumentos racionales» acerca de la vida del alma después de la muerte (caps. 3-7), Gregorio anuncia la «narración» en los siguientes capítulos de prodigios relativos al momento en que las almas abandonan el cuerpo (caps. 8-25). Atiende así a la doble petición que le había hecho el interlocutor Pedro al final del tercer libro de los *Diálogos* (III, 38, 5).

[17] Los capítulos 8, 9, 10 y 11 del libro IV narran prodigios en los que el alma es vista salir del cuerpo del difunto en el momento de su muerte.

[18] Sobre Germán, obispo de Capua, *vid.* libro II, nota 147.

[19] Cf. II, 35, 2-3.

[20] Cf. II, 22. Sobre la ciudad de Terracina *vid.* libro II, nota 99.

[21] Tópico de la *contemptio mundi*: abandono de los estudios y las riquezas (*vid.* libro II, nota 5).

[22] Tratándose de visiones «a distancia», el hagiógrafo acostumbra a subrayar la coincidencia temporal entre el momento de la visión y la muerte del individuo en cuestión (*vid.* libro II, nota 151).

[23] Gregorio vivió en el monasterio de San Andrés en dos etapas: entre 574-577 y 586-590.

[24] Sobre la modalidad eremítica de los «reclusos» *vid.* libro II, nota 17. También Martín, monje del monte Massico, era un «recluso» (cf. III, 16).

[25] *Vid.* nota 22.

[26] *Vid.* nota 23.

[27] Nursia es la actual Norcia, en el antiguo territorio de Valeria (hoy región de Umbría).

[28] La ceguera de Espes es explicada por Gregorio en clave providencialista, interpretándola como un favor de Dios, ya que con ella Dios protege a Espes de un perjuicio mayor: la condenación eterna.

[29] Doble milagro, los dos obrados directamente por Dios: curación de la ceguera (*vid.* libro I, nota 55) y anuncio de la próxima muerte del santo (*vid.* libro I, nota 105).

[30] El alma del abad Espes sale del cuerpo del difunto en forma de paloma, lo mismo que había ocurrido con el alma de Escolástica, la hermana de san Benito (cf. II, 34, 1).

[31] Los capítulos 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 20 del libro IV narran prodigios en los que, en el momento mismo de la muerte, los santos o sus allegados experimentan la «visión» de diversos seres celestiales (ángeles, apóstoles, mártires, profetas, Jesús, la Virgen María, etc.), que con su presencia escenifican la «llamada» de las almas al Reino de los Cielos, al tiempo que las reconfortan en el

tránsito. El capítulo 19 sirve de contrapunto negativo: en él se narra la «visión de seres infernales» que arrastran a un alma pecadora hacia el Infierno. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[32] En esta ocasión, la «visión» es percibida únicamente por el presbítero. Ante la ausencia de «testigos», Gregorio aporta como prueba de la veracidad de la visión la muerte inmediata del santo varón, que habría atendido con dicha muerte a la «llamada» de los seres celestiales.

[33] Probo es también fuente de Gregorio para los relatos de IV, 18, 1; IV, 20, 1 y IV, 40, 6-9.

[34] La ciudad de Rieti (en al antiguo territorio de Valeria) se encuentra al suroeste de Nursia, a la altura de Amiterno.

[35] Sobre el valor simbólico del color «blanco» en la literatura hagiográfica *vid.* libro III, nota 153. Sobre la «luz» como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y el Reino celestial *vid.* libro II, nota 146.

[36] Los ostrogodos reinaron en Italia desde 494, con Teodorico, hasta 554, cuando el rey Teya fue derrotado por el emperador bizantino Justiniano I.

[37] Gala pertenecía a una ilustre familia consular romana. Su padre, Símmaco, ocupó importantes cargos durante el reinado de Teodorico, y luego, acusado de traición, fue ajusticiado en 525 (cf. IV, 31, 4).

[38] Tópico de la *contemptio mundi*, aplicado habitualmente a los santos ricos y acomodados (*vid.* libro II, nota 5). Sobre el rechazo del matrimonio para dedicarse a la vida religiosa *vid.* libro III, nota 73.

[39] La función de la «visión» es doble: confortar a Gala en el tránsito y anunciar la próxima muerte de otras hermanas. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[40] La «visión», que tiene como único testigo a la propia Gala, presenta la particularidad de que la religiosa no sólo ve a san Pedro, sino que además habla familiarmente con él.

[41] La muerte de la hermana a los treinta días «garantiza» la veracidad de la visión, ya que la monja habría muerto en la fecha predicha por el apóstol Pedro.

[42] *Hom. Ev.* 15, 5. En los *Diálogos* Gregorio repite, con apenas modificaciones, nueve relatos que ya había recogido en sus *Homilías sobre los Evangelios*: IV, 15; IV, 16; IV, 17; IV, 20; IV, 28; IV, 40, 2-5; IV, 40, 6-9; IV, 58; IV, 59, 1.

[43] Aquí no estamos tanto ante una «visión» como ante una «audición» celestial. La dulce melodía de la salmodia cumple el mismo papel que la compañía de los seres celestiales de las otras visiones: reconfortar el alma del santo en el momento del tránsito (cf. IV, 12, 5; IV, 15, 1). En III, 31, 5 la música celestial tenía una función diferente: la proclamación de la «santidad» del mártir. Sobre la música dulcísona como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 187.

[44] La música celestial es oída únicamente por Sérvulo, pero del olor son «testigos» todos los presentes. Sobre el olor delicioso y maravilloso como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 181.

[45] *Hom. Ev.* 40, 11.

[46] Gregorio ingresó en el monasterio de San Andrés en torno al año 574 (*vid.* libro I, nota 3).

[47] Por segunda vez en los *Diálogos* aparece este tipo de «ascetismo privado o doméstico», propio de mujeres que viven recluidas en sus propias casas (cf. II, 23, nota 102).

[48] Sobre la «luz» como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y el Reino celestial *vid.* libro II, nota 146.

[49] Sobre el olor delicioso y maravilloso como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 181.

[50] En la muerte de Rómula, junto con la «luz resplandeciente» y el «olor maravilloso», aparece el tercer símbolo característico de todo aquello que está en contacto con Dios y las regiones celestiales: la «música dulcísona» (*vid.* libro III, nota 187).

[51] *Hom. Ev.* 38, 15.

[52] Las tres tías carnales de Gregorio Magno eran Társila, Emiliana y Gordiana.

[53] Félix III, papa entre 483-492. La función de la «visión» es el anuncio de la muerte inminente de la santa (*vid.* libro I, nota 48). Sobre la «luz» como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y el Reino celestial *vid.* libro II, nota 146.

[54] Caso singular de «visión» del propio Jesús, para escenificar la «llamada» de la religiosa y confortarla en el tránsito. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[55] Sobre el olor delicioso y maravilloso como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 181.

[56] Cf. IV, 13, 1. Sobre Probo *vid.* nota 33.

[57] Sobre el valor simbólico del color «blanco» en la literatura hagiográfica *vid.* libro III, nota 153.

[58] Tras la «visión» de Jesús en el capítulo anterior, se produce ahora la aparición en «sueños» de la Virgen María, para anunciar a la niña Musa el día exacto de su muerte. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[59] La segunda «visión» de la Virgen tiene una función distinta: escenificar la «llamada» del alma de la niña al Reino de los Cielos en el momento de la muerte y confortarla en el tránsito (*vid.* libro I, nota 48).

[60] El Reino de los Cielos.

[61] Gregorio establece una distinción entre los «niños recién nacidos» y los «niños capaces de hablar»: los segundos son responsables de sus actos y susceptibles de ser condenados por sus malas obras o palabras.

[62] Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia 593-594, el episodio que aquí se refiere habría tenido lugar en torno al año 590-591.

[63] La epidemia de peste se produjo en Roma en los años 590-591, según atestigua Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, 10, 1. Gregorio Magno alude a ella en otros pasajes del libro IV: 27, 6; 37, 7; 40, 3.

[64] En la literatura hagiográfica, junto a las «visiones de seres celestiales» también son frecuentes las «visiones del Infierno o de seres infernales». Sobre sus diversas funciones *vid.* libro I, nota 48.

[65] Los espíritus malignos le parecen «moros» al niño por el color negro de su piel. Sobre el «negro» como color característico del Demonio, el Infierno y los seres infernales *vid.* libro II, nota 39.

[66] Sobre el «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29.

[67] Sobre Probo *vid.* nota 33.

[68] *Hom. Ev.* 35, 8. En las *Homilías* se especifica que Esteban era abad de Rieti.

[69] Sobre el trabajo manual de los monjes *vid.* libro I, nota 42.

[70] Última «visión» con la función de escenificar la «llamada» del alma del santo al Reino de los Cielos y confortarlo en el tránsito. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[71] Los capítulos 22, 23, 24 y 25 del libro IV ejemplificarán no ya las «visiones» que tienen lugar durante el tránsito, sino los «prodigios» que se producen inmediatamente después de la muerte de los santos.

[72] Cf. IV, 6, 1. Sobre los milagros *post mortem* de los santos *vid.* libro I, nota 80.

[73] Sobre Valencio, abad de Gregorio en Roma, *vid.* libro I, nota 74.

[74] Sobre los lombardos (568-774) *vid.* libro I, nota 78.

[75] La música, como en III, 31, 5 (martirio de Hermenegildo), sirve implícitamente para «proclamar la santidad» de los mártires (*vid.* libro I, nota 76). Sobre la «música dulcísona» como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 187.

[76] Con este primer prodigio permitido por Dios tras la muerte de los mártires —y con los que siguen— se intenta demostrar la tesis fundamental del libro IV: que el alma sigue viviendo después de la muerte.

[77] Gregorio vivió en el monasterio de San Andrés en dos etapas: entre 574-577 y 586-590.

[78] Sora es un territorio perteneciente a la región del Lacio, en la actual provincia italiana de Frosinone.

[79] Sobre la atención debida a los pobres por parte de obispados y abadías *vid.* libro I, nota 109.

[80] La función del cautivo fugitivo escondido en la oquedad del árbol no es otra que la de servir de oportuno «testigo» del milagroso temblor de tierra que se narra a continuación.

[81] Como en otras ocasiones la función implícita de este milagro es la de «proclamar la santidad» del mártir (*vid.* libro I, nota 76).

[82] La región de los marsos se encontraba en la Italia central, en la antigua región de Valeria (actual región de Abruzzo).

[83] Sobre el «castigo de los malvados» *vid.* libro I, nota 29. Sobre la «posesión diabólica» como castigo de los malvados *vid.* libro I, nota 59.

[84] El testimonio escriturario se recoge en el capítulo siguiente: IV, 25.

[85] Ejemplo bíblico del tópico del «castigo de los pecadores» (*vid.* libro I, nota 29).

[86] Ejemplo bíblico del dominio divino sobre los animales salvajes. Sobre la comparación de los milagros del santo con otros milagros bíblicos *vid.* libro I, nota 36.

[87] El capítulo IV, 26 (como los capítulos 1-7) es de carácter argumentativo, no narrativo. En él se sostiene que los «justos perfectos» moran en el Cielo desde el momento mismo de su muerte. Gregorio recurre para demostrarlo a citas y testimonios bíblicos.

[88] Las almas de los «justos no perfectos» irán durante un tiempo al Purgatorio, según se pondrá de manifiesto en el capítulo IV, 41.

[89] El tema de las «predicciones» o «profecías» pronunciadas inmediatamente antes de la muerte, introducido por el interlocutor Pedro, se ejemplificará en los dos capítulos siguientes: IV, 27 y IV, 28.

[90] Gregorio distingue tres tipos de «predicciones»: por intuición humana, por revelación y por directa inspiración divina. Cada uno de estos tres tipos será ejemplificado a lo largo del capítulo IV, 27.

[91] La virtud es consustancial con el don de hacer milagros. Por eso el cumplimiento de la «predicción» de alguien poco virtuoso sólo puede explicarse como mera «intuición humana», no como un auténtico prodigio.

[92] Dado que los *Diálogos* fueron escritos hacia 593-594, los hechos narrados se sitúan en torno al año 583-584. Sobre el monasterio de Gregorio *vid.* libro I, nota 3.

[93] Sobre el valor simbólico del color «blanco» en la literatura hagiográfica *vid.* libro III, nota 153.

[94] Sobre el vocabulario de carácter militar, característico de la hagiografía, *vid.* libro II, nota 36.

[95] La función del «sueño» es la de dar a conocer la próxima muerte de alguien (*vid.* libro I, nota 48). La revelación divina por medio del sueño le permite a Geroncio «predecir» la muerte de los hermanos y la suya propia (*vid.* libro II, nota 79).

[96] Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia 593-594, el suceso que aquí se refiere habría tenido lugar en torno al año 590-591. Sobre la epidemia romana *vid.* nota 63.

[97] El obispo Félix de Porto es citado también, como fuente de Gregorio, en los capítulos IV, 53 (en donde se dice que nació y se crió en la provincia de Sabina) y IV, 57.

[98] Nueva «visión», cuya función es la de dar a conocer la próxima muerte de alguien (*vid.* libro I, nota 48). La revelación divina le permite a Melito «predecir» la muerte de los hermanos y la suya propia (*vid.* libro II, nota 79). En este caso el milagro se adorna con el artificio de una carta en la que aparecen escritos con letras de oro los nombres de los futuros finados.

[99] Sobre el monasterio de Gregorio *vid.* libro I, nota 3.

[100] La epidemia de peste tuvo lugar hacia el año 571, según Paulo Diácono, *Historia Langobardorum*, 2, 4 y 26. Narsés fue, junto con Belisario, el más importante general del emperador bizantino Justiniano I, además de Gran Chambelán. Entre 538 y 552 luchó en Italia contra los ostrogodos y acabó con ellos, tras derrotar a los reyes Totila y Teya. Fue nombrado gobernador de Italia con el título de «Patricio».

[101] En este caso, el conocimiento de la muerte futura se debe también a una revelación divina, pero no por medio de un sueño o una visión, sino por la directa estancia en el Cielo. Gracias a ello Armentario llega a saber y a anunciar quiénes van a morir próximamente (*vid.* libro II, nota 79).

[102] El «don de lenguas» es un prodigio típicamente apostólico. Aquí sirve como prueba de un milagro mayor: la breve estancia de Armentario en el Cielo, donde le habría sido concedido dicho don.

[103] Gregorio no ofrece ninguna explicación para las autolesiones de Armentario. En IV, 24, 2 el autor explica este tipo de casos como expiación de algún pecado venial (cf. De Vogüé, *SCh* 265, p. 95).

[104] La ciudad de Civitavecchia (la antigua *Centumcellae*) se encuentra en el centro de Italia, en la actual región del Lacio, a 80 kilómetros al noroeste de Roma, en la costa del mar Tirreno.

[105] Nuevo milagro consistente en una «profecía» (*vid.* libro II, nota 79).

[106] Milagro consistente en la «curación» divina del propio cadáver del santo (cf. III, 13, 3). Sobre la «curación de lesiones o enfermedades» *vid.* libro I, nota 55.

[107] Sobre el olor delicioso y maravilloso como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 181.

[108] *Hom. Ev.* 36, 13.

[109] Cf. IV, 26.

[110] Los capítulos 29, 30, 31, 32 y 33 del libro IV desarrollan la idea de que los pecadores penan en el fuego del Infierno antes incluso del Juicio Final. Ello se defiende de un modo teórico y argumentativo en los capítulos 29-30, y de un modo práctico y narrativo, con ejemplos concretos, en los capítulos 31-33.

[111] Los «razonamientos» se recogen en IV, 29, 1 y IV, 30, 1-2; los «testimonios bíblicos», en IV, 30, 3.

[112] Es decir, los «ángeles caídos» o demonios.

[113] Este mismo Julián, muerto en torno al año 587, aparece también en I, 10, 1. Sobre el cargo de «defensor eclesiástico» *vid.* libro I, nota 70.

[114] Gregorio vivió en el monasterio de San Andrés en dos etapas: entre 574-577 y 586-590.

[115] Quinta ocasión en toda la obra en la que Gregorio ofrece un «testimonio literal», reproduciendo supuestamente las palabras de su fuente (*vid.* libro I, nota 12).

[116] Teodorico I el Grande, rey arriano de los ostrogodos (474-526). En el año 493, tras vencer a Odoacro, se proclamó rey de Italia, siendo reconocido como tal por el emperador bizantino Anastasio. Tras un largo período de tolerancia, en las postrimerías de su reinado se enfrentó al Papado y al Imperio bizantino, ajusticiando a sus propios consejeros Boecio y Símmaco, así como al papa Juan I.

[117] Lípari es la principal isla del archipiélago volcánico de las Islas Eolias, en el mar Tirreno, al nordeste de Sicilia.

[118] La función de la «visión» es la de dar a conocer la muerte de alguien, en este caso la de un rey malvado, al que el santo eremita ve descender hacia el Infierno (aquí simbolizado por el cráter de un volcán). Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48. Sobre Símmaco *vid.* nota 37. Sobre el papa Juan I, *vid.* libro III, nota 13.

[119] Tratándose de visiones «a distancia» el hagiógrafo acostumbra a subrayar la coincidencia temporal entre el momento de la visión y la muerte del individuo en cuestión (*vid.* libro II, nota 151).

[120] Tópico del «castigo de los malvados» (*vid.* libro I, nota 29), en su variante historiográfica de la «muerte de los perseguidores»: Dios castiga con la muerte al rey arriano Teodorico, enemigo de la verdadera fe y perseguidor de los fieles católicos.

[121] Es decir, en la época inmediatamente anterior al ingreso de Gregorio en el monasterio (a. 574).

[122] Sexta ocasión en la que Gregorio ofrece un «testimonio literal», reproduciendo supuestamente las palabras de su fuente (*vid.* libro I, nota 12).

[123] Sobre los ostrogodos *vid.* nota 36.

[124] No se trata de una «resurrección», pues Reparato no llega a estar muerto, sólo «lo parece». Es un caso similar al de IV, 27, 11.

[125] Parece claro que la «otra hoguera» era la dispuesta para el propio Reparato. Así pues, en esta ocasión no asistimos a la «visión beatífica» de un santo, sino a la «visión» del Infierno (simbolizado por una «enorme hoguera») por parte del pecador Reparato.

[126] Si en IV, 27, 11 Armentario subía momentáneamente al Cielo antes de morir y tenía conocimiento de la muerte futura de varios justos, aquí Reparato es conducido momentáneamente al Infierno antes también de morir y conoce la muerte inmediata de dos pecadores: la del presbítero Tiburcio y la suya propia.

[127] Dada la muerte inmediata de Reparato, la «visión» de su condena en el Infierno no le sirve para corregirse y lograr la salvación. Así pues, la función de la visión es la de servir de advertencia al resto de los fieles (*vid.* libro I, nota 48).

[128] Sobre el obispo Maximiano *vid.* libro I, nota 90.

[129] Séptima y última ocasión en toda la obra en la que Gregorio ofrece un «testimonio literal», reproduciendo supuestamente las palabras de su fuente (*vid.* libro I, nota 12).

[130] Cf. I, 10, 2: una mujer duda sobre si entrar o no entrar en la ermita tras haber mantenido relaciones sexuales con su esposo la noche anterior. Finalmente entra y es castigada con una «posesión diabólica».

[131] Sobre el tópico hagiográfico del «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29.

[132] Sobre la función didáctica y moralizante de los milagros *vid.* libro I, nota 9. El «fuego», en diversas formas (un «volcán» en el cap. 31, una «hoguera» en el cap. 32, una «llama» en el cap. 33) simboliza las penas y sufrimientos del Infierno.

[133] El nuevo asunto introducido por el interlocutor Pedro se desarrollará en los capítulos 34, 35 y 36. En el primero de ellos de un modo argumentativo, aportando testimonios bíblicos; en los dos siguientes de un modo narrativo, mediante el relato de prodigios concretos.

[134] Cf. IV, 30, 3.

[135] Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia 593-594, el episodio que aquí se refiere habría tenido lugar en Roma en torno al año 589-590.

[136] Nuevo caso de «visión» de seres celestiales, que se aparecen al santo a la hora de la muerte para escenificar la «llamada» de su alma al Reino de los Cielos y confortarlo en el tránsito. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[137] Cf. III, 33. Sobre Eleuterio *vid.* libro III, nota 74.

[138] Nuevo milagro consistente en el cumplimiento de una «profecía», en este caso la predicción de la propia muerte y la de un monje llamado Urso (*vid.* libro II, nota 79).

[139] Como en el caso de las visiones o de las curaciones «a distancia», el hagiógrafo subraya también en esta ocasión la coincidencia temporal entre la

llamada de Juan y la muerte de Urso, intentando demostrar que se trata de un auténtico prodigio, no de un hecho fortuito.

[140] Gregorio ingresó en el monasterio de San Andrés en el año 574. Los hechos que aquí se relatan se sitúan, pues, con anterioridad a esa fecha, cuando Gregorio aún era laico y vivía en el palacio familiar.

[141] Sicilia, donde se encuentran Lípari y el resto de las Islas Eolias, en cuyos cráteres fue arrojado el rey Teodorico (cf. IV, 31), representa el Infierno. Como Reparato (cf. IV, 32, 4), también el pecador Eumorfio experimenta la «visión» del inminente viaje de su alma y la de Esteban hacia el Infierno. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[142] La historia de Eumorfio y Esteban es similar a la de Reparato y Tiburcio (cf. IV, 32, 3-4). Como a Reparato, también al pecador Eumorfio le es dado conocer por anticipado la muerte de dos pecadores: la del suboficial Esteban y la suya propia. Por lo demás, la muerte «simultánea» de los dos pecadores confirma, como otras veces, el carácter prodigioso de la «visión» de Eumorfio.

[143] Sobre la función didáctica y moralizante de los milagros *vid.* libro I, nota 9.

[144] Gregorio aporta dos testimonios bíblicos (uno relativo a los justos y otro a los pecadores), que, sumados a los dos ejemplos narrados (el de los justos Juan y Urso, y el de los pecadores Eumorfio y Esteban) corroboran la tesis defendida en el capítulo: a iguales méritos, iguales premios e idéntica morada en el Cielo; y a iguales pecados, iguales castigos e idéntica morada en el Infierno.

[145] El nuevo asunto introducido por el interlocutor Pedro se desarrollará en los capítulos 37, 38 y 39.

[146] Gregorio vivió en el monasterio de San Andrés en dos etapas: entre 574-577 y 586-590.

[147] De Vogüé (*SCh* 265, p. 127) identifica *Iberia* con Hispania, y *Evasa* con la isla de Ibiza.

[148] Séptimo caso de «resurrección de un muerto». Pero en esta ocasión el prodigio es realizado directamente por la misericordia de Dios, no por la mediación de ningún santo (*vid.* libro I, nota 33).

[149] El «fuego» y las «llamas» son el símbolo más recurrente del Infierno en la hagiografía cristiana.

[150] «Visión del Infierno», con la función de provocar el arrepentimiento y la corrección del visionario a fin de salvar su alma. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[151] Nueva «visión del infierno», con idéntica función que la anterior: provocar el arrepentimiento y la corrección del visionario.

[152] Octavo caso de «resurrección de un muerto». De nuevo, el prodigio es realizado directamente por la misericordia de Dios (*vid.* libro I, nota 33).

[153] Una historieta similar es contada por S. Agustín en *De cura pro mortuis gerenda*, 12, 15: El cortesano Curma, a las puertas de la muerte, oye decir que no es él quien ha sido llamado, sino un herrero con su mismo nombre. Y en ese mismo instante muere el herrero. El préstamo de Gregorio es evidente (cf. De Vogüé, *SCh* 265, pp. 128-129; S. Pricoco, *Storie di santi e di diavoli*, vol. II, p. 484).

[154] Sobre la epidemia romana *vid.* nota 63.

[155] Noveno caso de «resurrección de un muerto», obrada directamente, de nuevo, por la misericordia de Dios (*vid.* libro I, nota 33).

[156] La descripción del Infierno se caracteriza por tres rasgos: «tinieblas», «mal olor» y color «negro» (sobre el «negro» como color del Demonio, el Infierno y los seres infernales *vid.* libro II, nota 39). Para la descripción del Cielo se recurre al tópico clásico del *locus amoenus* (prado verde, olorosas flores) y se insiste en tres rasgos típicos del Cielo y los seres celestiales: color «blanco» (*vid.* libro III, nota 153), «luz resplandeciente» (*vid.* libro II, nota 146) y «olor delicioso» (*vid.* libro III, nota 181).

[157] La «visión del Cielo y del Infierno» tiene, de nuevo, la función de provocar el arrepentimiento y la corrección del visionario (así como los de los lectores de los *Diálogos*), a la vista de los terrores infernales y de las delicias celestiales. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[158] Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia el año 593-594, el episodio se sitúa hacia 589-590.

[159] Se presentan tres destinos diferentes, representados por otros tantos individuos: el mayordomo Pedro, condenado en el Infierno por sus pecados; un presbítero extranjero, merecedor del Cielo por sus méritos; y Esteban, a medio camino entre el Cielo y el Infierno, por sus pecados y sus méritos.

[160] Nueva «visión del Cielo», que sirve para confirmar la estancia del piadoso Deusdedit en él. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[161] Ejemplo bíblico del tópico del «castigo de los pecadores» (*vid.* libro I, nota 29).

[162] El capítulo 40 continúa con el asunto de las «visiones del Cielo y del Infierno» de los capítulos 37-39. Tales visiones tienen una doble función: bien provocar el arrepentimiento del pecador que se halla a punto de morir, bien servir de advertencia para el resto de los fieles. Sobre la función didáctica y moralizante de los prodigios *vid.* libro I, nota 9.

[163] *Hom. Ev.* 38, 16 y 19, 7.

[164] Sobre el monasterio de Gregorio *vid.* libro I, nota 3.

[165] Sobre la epidemia romana *vid.* nota 63.

[166] En la literatura hagiográfica el «dragón» es uno de los símbolos más recurrentes del Demonio (*vid.* libro II, nota 24).

[167] Sobre la función de «protección» de la «señal de la cruz» *vid.* libro II, nota 25.

[168] La «visión del Demonio» sirve para provocar el arrepentimiento y la corrección del visionario, a fin de salvar su alma (cf. II, 25, 2). Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[169] *Vid.* nota 33.

[170] La historia de Crisaurio ya había sido contada por Gregorio en *Hom. Ev.* 12, 7.

[171] Sobre el tópico hagiográfico del «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29.

[172] Sobre el «negro» como color característico del Demonio, el Infierno y los seres infernales *vid.* libro II, nota 39.

[173] La historia es muy parecida a la de IV, 19, 3, en donde el niño blasfemo pide ayuda a su padre al verse arrastrado por los espíritus malignos. Aquí es el padre el que pide la protección del hijo.

[174] En este caso, la función de la «visión» es la de servir de advertencia no al visionario (el cual resulta finalmente condenado), sino al resto de los fieles (*vid.* libro I, nota 48). Sobre la función didáctica y moralizante de los milagros *vid.* libro I, nota 9.

[175] Iconio es una ciudad de la actual Turquía, antigua capital del territorio de Licaonia (al que pertenecía la región de Isauria), situada en la provincia romana de Asia, entre las montañas del Taurus y el mar Mediterráneo.

[176] Sobre el «dragón», como uno de los símbolos más recurrentes del Demonio, *vid.* libro II, nota 24.

[177] La función de la «visión» es, de nuevo, la de servir de advertencia no al visionario, sino al resto de los fieles (*vid.* libro I, nota 48). Sobre la función didáctica y moralizante de los milagros *vid.* libro I, nota 9.

[178] La nueva cuestión planteada por el interlocutor Pedro, a saber, la existencia o no del Purgatorio, se desarrollará en los capítulos 41, 42 y 43: en el primero de ellos de un modo teórico y argumentativo, mediante testimonios bíblicos; en los dos siguientes de un modo práctico y narrativo, aportando un ejemplo concreto.

[179] Según Gregorio Magno, dos son las condiciones que han de cumplir las almas que van al Purgatorio: haber muerto con pecados veniales (en ningún caso mortales) y haber llevado a cabo buenas obras en este mundo (cf. IV, 59, 6).

[180] Los libros del diácono Pascasio *Sobre el Espíritu Santo* no se nos han transmitido.

[181] En el año 498, a la muerte del papa Anastasio II, se produjo el llamado cisma «laurenciano»: Lorenzo se erigió como antipapa contra el pontífice oficialmente elegido Símmaco. Para la disputa violenta durante varios años (498-507) por el Papado entre Símmaco y Lorenzo *vid. Liber Pontificalis*, I, 260-261.

[182] El diácono Pascasio habría muerto en una fecha comprendida entre 511-514.

[183] Milagro *post mortem* (*vid.* libro I, nota 80): «curación» de un poseso mediante el contacto de una reliquia del santo (*vid.* libro I, notas 34 y 55).

[184] Cf. II, 35 y IV, 8. Sobre Germán de Capua *vid.* libro II, nota 147.

[185] La antigua ciudad de *Angulum*, en la actual región del centro de Italia de los Abruzos, junto al mar Adriático.

[186] El Purgatorio donde el difunto diácono Pascasio hace penitencia por sus pecados se ubica en «el más acá», concretamente en unas termas. Aunque no se dice explícitamente, estamos ante una «visión» (cf. IV, 57, 3-7), cuya función es la de hacer ver que el alma de Pascasio se encuentra en el Purgatorio y solicita la oportuna intercesión para poder redimir sus pecados. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[187] Las «plegarias» de los vivos pueden redimir de sus pecados veniales a las almas del Purgatorio. Sobre los pecados veniales cf. IV, 41, 4.

[188] Cf. IV, 41, 6: es necesario haber llevado a cabo buenas obras en este mundo si se quiere lograr el perdón en el Purgatorio.

[189] Cf. IV, 42, 2.

[190] Cf. IV, 37.

[191] Tras haber hablado del Purgatorio en los capítulos 41, 42 y 43, los cuatro capítulos siguientes, 44, 45, 46 y 47, versarán —de un modo argumentativo y discursivo, recurriendo a testimonios bíblicos— sobre diversas cuestiones relativas al Infierno y a la condenación eterna.

[192] Como ha señalado De Vogüé (*SCh* 265, p. 161), en este capítulo Gregorio Magno repite lo que ya había expuesto en *Moralia*, 34, 35-38 contra la doctrina de Orígenes, autor que defendía que las penas del Infierno no eran eternas.

[193] El nuevo asunto, el «miedo a la muerte y al Juicio de Dios», será desarrollado en los dos capítulos siguientes, 48 y 49, ejemplificado con diversos prodigios.

[194] El santo varón «se aparece» a los discípulos después de muerto, siguiendo el modelo evangélico del propio Jesús. Sobre el valor simbólico del color «blanco» en la literatura hagiográfica *vid.* libro III, nota 153.

[195] La «visión» de los discípulos sirve para confirmar que el alma del santo varón se encuentra en el Cielo. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[196] Los «sueños y visiones» del capítulo 49 tienen una función similar a la que se daba en los capítulos 12-18 y 20: reconfortar a las almas de los santos en el tránsito, ayudándolas a vencer el miedo a la muerte y el Juicio de Dios. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[197] Gregorio vivió en el monasterio de San Andrés en dos etapas: entre 574-577 y 586-590.

[198] La «compunción» es el medio para alcanzar la «contemplación». Sobre ambos conceptos espirituales en Gregorio Magno *vid.* libro III, nota 205 y libro II, nota 152, respectivamente.

[199] La función del «sueño» es doble: por un lado, anunciar la próxima muerte del santo; por otro, confortar su alma y ayudarla a vencer el miedo a la muerte, tras asegurarle que sus pecados le han sido perdonados. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[200] Sobre el valor simbólico del color «blanco» en la literatura hagiográfica *vid.* libro III, nota 153.

[201] La función del «sueño» es nuevamente la de confortar el alma del santo en el tránsito, haciéndole ver, mediante la corona de flores blancas, que tiene garantizada su ascensión al Cielo (*vid.* libro I, nota 48).

[202] Pedro sucedió a Maximiano como abad del monasterio romano de San Andrés hacia el año 590-591.

[203] Cf. IV, 28, 4: olor delicioso y fragante procedente del sepulcro. Sobre el olor delicioso y maravilloso como símbolo de todo lo que está en contacto con Dios y las regiones celestiales *vid.* libro III, nota 181.

[204] Tópico clásico del *puer senex* (*vid.* libro II, nota 3).

[205] Doble milagro divino: anuncio mediante un «sueño» de la próxima muerte del santo (*vid.* libro I, nota 48) y «curación» repentina de la enfermedad (*vid.* libro I, nota 55). En los prodigios consistentes en curaciones es frecuente la alusión al «desahucio de los médicos», a fin de probar la naturaleza milagrosa de la curación.

206 Anuncio de la muerte inminente del santo mediante una voz, en este caso la voz de un muerto (*vid.* libro 1, nota 105). Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia 593-594, la muerte de Juan habría tenido lugar en 590-591, y su curación prodigiosa dos años antes, en 588-589.

207 Los tres sueños del capítulo anterior le llevan a Pedro a proponer un nuevo tema: «la credibilidad o no de los sueños». Dicho asunto se desarrollará en los capítulos 50 y 51: en el primero de ellos de un modo teórico y argumentativo, aduciendo testimonios bíblicos; en el segundo de un modo práctico y narrativo, aportando un ejemplo concreto.

208 Desde aquí hasta el final del libro IV (caps. 52-62) se aborda un único asunto: ¿qué tipo de acciones aprovechan a las almas que se encuentran en el Purgatorio? Dentro de esta temática general, los capítulos 52-56 tratan sobre la inutilidad de enterrar en las iglesias a los muertos con pecados graves: en el capítulo 52 de un modo teórico y argumentativo, en los cuatro siguientes de un modo práctico y narrativo, aduciendo ejemplos concretos en los que los cuerpos de los pecadores son quemados (53 y 56) o arrojados fuera de la iglesias (54 y 55) por decisión divina.

209 A los muertos con pecados veniales les son provechosas las «plegarias» de los vivos. A partir del capítulo 57 se señalará un segundo medio provechoso: el ofrecimiento por ellos de la «hostia eucarística».

210 Sobre Félix, obispo de Porto, *vid.* nota 97.

211 La «visión» simboliza el alma de la religiosa: mitad virtuosa (por haberse atenido a la continencia sexual) y mitad pecadora (por su lengua necia y desvergonzada). La función de la visión es hacer ver que el alma de la religiosa se encuentra en el Purgatorio, redimiéndose de sus pecados veniales (cf. II, 23, 4). Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

212 Cf. III, 10, 1.

213 El patricio Valeriano fue un general del emperador Justiniano, destacado en el norte de Italia. La ciudad de Brescia se encuentra en el norte de Italia, en la actual región de Lombardía.

214 La función del «sueño» en esta ocasión es la de transmitir una orden amenazante, procedente de la divinidad, por el intermedio del mártir san Faustino. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

215 El «pecado» de desobediencia del guardián, que hizo caso omiso del mandato divino, acarrea la muerte del obispo, quien había enterrado en la iglesia, tras recibir dinero por ello, a un pecador. Sobre el tópico hagiográfico del «castigo de los pecadores» *vid.* libro I, nota 29.

216 Sobre Venancio, obispo de Luna, *vid.* libro III, nota 44. El noble Liberio es un personaje desconocido.

217 Génova es una ciudad del noroeste de Italia, cerca de Milán, en la actual región de Liguria.

218 Sobre el cargo de «defensor eclesiástico» *vid.* libro I, nota 70.

219 La «visión» sirve para informar a los guardianes de la expulsión de la iglesia del cuerpo de un pecador. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

220 En esta ocasión estamos ante una «audición», más que ante una «visión», pero, en todo caso, con la misma función que la del capítulo anterior.

[221] Conservación de un objeto como testimonio de un antiguo milagro (cf. II, 1, 2).

[222] Los capítulos 57-62 tratan del segundo medio provechoso (además de las «plegarias») para la redención de las almas de los difuntos: el ofrecimiento de la «hostia eucarística». En el cap. 57 se narran dos *exempla* que muestran cómo la hostia eucarística sirve para redimir a las almas del Purgatorio. En los capítulos 58 y 59 se narran tres *exempla* que muestran la importancia de la hostia para los vivos. Los capítulos 60, 61 y 62 hablan sobre el valor de la hostia eucarística de un modo general y teórico.

[223] Sobre Félix, obispo de Porto, *vid.* nota 97.

[224] Sobre la ciudad de Civitavecchia *vid.* nota 104. Las termas de Aquae Tauri (la antigua *Tauriana*) se encontraban a unos cinco kilómetros de Civitavecchia.

[225] La función de la «visión» es la de hacer ver que el alma del individuo se encuentra en el Purgatorio y solicita la oportuna intercesión para poder redimir sus pecados. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[226] Cf. IV, 42, 3-4: el diácono Pascasio purga también sus pecados en unas termas, siendo redimido, en su caso, gracias a las «plegarias» del obispo Germán.

[227] Puesto que los *Diálogos* fueron escritos hacia 593-594, el episodio que aquí se refiere habría tenido lugar en torno al año 590-591. Sobre el monasterio de Gregorio *vid.* libro I, nota 3.

[228] Sobre las enfermedades de Gregorio *vid.* libro III, nota 202.

[229] No sabemos con certeza si Gregorio llegó a ser abad de su monasterio. Estas páginas pueden hacer pensar que él era, efectivamente, el abad cuando ocurrieron los hechos narrados aquí (¿a. 590?). Pero también podría pensarse que Gregorio da las órdenes al prior Precioso en su calidad de Pontífice de Roma y fundador del monasterio (¿a. 591?). *Vid.*, al respecto, De Vogüé, *SCh* 265, pp. 190-191; S. Pricoco, *Storie di santi e di diavoli*, vol. II, pp. 504-505.

[230] La función del «sueño» es la de hacer ver que el alma del monje Justo se ha liberado del Purgatorio y se encuentra ya en el Cielo, tras haber sido redimido de su pecado por la «hostia eucarística» ofrecida por él durante treinta días seguidos. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[231] Como en otras ocasiones, la «coincidencia temporal» entre el momento del prodigio y el elemento presuntamente causante del mismo es presentado por el hagiógrafo como una prueba incontestable de la veracidad del milagro.

[232] Este mismo relato, mucho más extenso y elaborado, se encuentra en *Hom. Ev.* 37, 9.

[233] Sobre Casio, obispo de Narnia, *vid.* libro III, nota 31.

[234] El 29 de junio, día de san Pedro y san Pablo.

[235] La función del «sueño» es doble: por un lado, animar y fortalecer al santo en vida; por otro, anunciar el día de su muerte. Sobre las diversas funciones de «sueños y visiones» *vid.* libro I, nota 48.

[236] Este mismo relato se encuentra en *Hom. Ev.* 37, 8.

[237] El ofrecimiento de la hostia eucarística da lugar a la «liberación» del prisionero. Como es habitual en los prodigios obrados «a distancia», el hagiógrafo

subraya la coincidencia temporal entre la liberación y el ofrecimiento, en caso, de la hostia eucarística, a fin de demostrar que se trata de un autén prodigio, no de un hecho fortuito.

238 Puesto que los Diálogos fueron escritos hacia 593-594, el episodio aquí se refiere habría tenido lugar en 586-587.

239 Sobre el papa Pelagio II (579-590) vid . libro III, nota 102.

240 Ustica es una isla del mar Tirreno, al Norte de Sicilia, a 57 kilómetros de Palermo.

241 Los milagros de «salvación en medio de una tempestad» gracias a ayuda divina constituyen un lugar común de la literatura hagiográfica.

242 El ofrecimiento de la hostia eucarística da lugar, de nuevo, a un m «a distancia». Como es habitual en estos casos, el hagiógrafo subraya la coincidencia temporal entre la salvación del náufrago y el ofrecimiento d (vid . nota 237).

243 La estancia del interlocutor Pedro en Sicilia tuvo lugar entre 590 y

244 La idea de la necesidad de realizar buenas obras en la tierra para ser redimido de las penas del Purgatorio, gracias a la hostia eucarística, se desarrollará en los tres últimos capítulos: 60, 61 y 62.

245 Breve alusión al tópico cristiano del «desprecio del mundo».

246 La «doctrina de la compunción» o «contrición» aparece expuesta cierto detalle en III, 34.

247 Ana le pidió a Jehová concebir un hijo varón, y por sus súplicas concibió y dio a luz a Samuel.